EL HECHIZO DEL MAR
CHRISTINA DODD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Escocia, 1800

Alguien ponía un cuchillo en su garganta. Ian Fairchild despertó bruscamente de su profundo sueño y se mantuvo inmóvil, los ojos cerrados, respirando con regularidad en una perfecta parodia del sueño.

Alguien sostenía un cuchillo sobre su garganta; no era la primera vez, pero en esta ocasión lo habían tomado por sorpresa. Aún no había tenido tiempo de hacerse enemigos en Escocia. Había llegado ese mismo día, y su padre, la única persona que podía tener ganas de matarlo, estaba demasiado enfermo para levantarse de la cama.

Entonces, ¿quién se había escurrido a su dormitorio cuando sonaba la medianoche?

Entreabrió cautelosamente los ojos... y se encontró con el rostro de un fantasma.

Un fantasma encantador, con aspecto de mujer, y muy decidido, a juzgar por su expresión.

Sus ojos se abrieron muy grandes.

-Eres un idiota, Ian -se dijo en voz alta, pensando que no había nada de malo en dirigirse a un fantasma y sintiéndose muy tranquilizado por el sonido de su propia voz-. Es sólo un sueño.

Para demostrarlo, trató de moverse.

Para demostrarlo, trató de moverse.

No pudo. El fantasma estaba sentado sobre su pecho, el sueño lo mantenía atrapado, y no podía moverse.

Supuso que sería un giro normal de los hechos en un sueño. Ojalá el acero que se apretaba contra su gaznate no pareciera tan frío, tan real. Ojalá no se sintiera tan... raro. Más que adormilado se sentía flotar, tenía una ilógica sensación de tranquilidad aun bajo la amenaza de violencia.

Parpadeó, y el fantasma se puso en foco. Gruesas guedejas caían, desafiantes, de su cabeza. Sus facciones eran angulosas: barbilla cuadrada, pómulos salientes, boca ancha. Sus ojos rasgados se elevaban hacia los lados, igual que las cejas, la nariz arremangada terminaba en punta. Un rostro fascinante, pleno de carácter y que expresaba firmes convicciones. Nada fantasmal.

-Sé quién eres. Tú estás muerta. Eres lady Alanna.

Con su visión periférica, Ian veía que ella aferraba el cuchillo con ambas manos y que al oír su nombre éstas temblaron un poco.

El miedo aclaró su mente por un instante: la punta de esa hoja imaginaria parecía muy afilada.

-Ten cuidado. No sea que tengamos un accidente fatal.

-No habrá accidente.

Su voz era ronca, con un matiz de desafío y un toque de acento escocés; sonaba muy real.

Era el sueño más vivido que había tenido jamás.

-Lady Alanna. No creí que me encontraría alguna vez contigo. Eres más bonita que en tu retrato.

-Todo un cumplido, en boca de un Fairchild -el cuchillo imaginario se acercó más a la yugular del hombre-. Lo aprecio por lo que vale.

Lengua afilada y astuta, además de bella. El retrato la mostraba como a una muchacha a punto de entrar en la adultez, que esperaba con impaciencia el día en que heredaría la propiedad Fionnaway. Pero ella había desaparecido la víspera de su decimoséptimo cumpleaños y no había vuelto a ser vista jamás.

Gracias a la magia del sueño, ahora se le aparecía completamente crecida. La vela que había en la cabe-cera de la cama iluminaba sus facciones provocativas y sus curvas generosas. La llama se reflejaba en su pelo, y sus grandes ojos eran del color del mar antes de la tormenta.

Y, sin embargo, lo observaba con la misma cautela con que se observa a un lobo atrapado.

Tenía motivos. Él podía ser peligroso pero ella no lo sabía. Su recelo provenía de haber conocido a su padre y de la bien ganada reputación de los Fairchild. Su familia era tan famosa como los Borgia, y por motivos parecidos. Los movía la avidez de dinero y poder; ningún crimen era demasiado atroz cuando se cometía en nombre del bolsillo de los Fairchild.

Todos los que él había conocido ese día lo habían observado esperando que cayese su máscara agradable y se mostrara tan despreciable como su padre. Pero, al menos por ese día, él había logrado recordar los valores que le inculcara su madre. Lady Alanna y los habitantes de Fionnaway tenían razón en tratarlo con desconfianza; en ocasiones, prevalecía la sangre Fairchild.

En ese momento, por ejemplo, la tentación de gritarle «¡Bu!», era casi irresistible. Lo único que lo contenía era ese cuchillo empuñado por esas dos manos.

-Pareces preocupada. ¿Cuál es el problema, dulce dama?

-No tendrías que estar despierto.

-Tengo sueño ligero.

-Sí, pero se suponía que el humo debía...

-¿Qué?

De repente, su mente se puso alerta, notó que una especie de niebla rodeaba la silueta de ella. También captó un olor que no sentía desde que había estado en la India: hachís. Alguien había intentado drogarlo.

Observó a la mujer que apoyaba una rodilla sobre su pecho: ella había tratado de drogarlo y lo había logrado bastante bien. Estaba drogado.

Pero en un rincón lúcido, analítico de su cerebro, encontró algunas ideas claras. El ya había probado el hachís, y se dio cuenta de que pronto recobraría el uso de sus miembros. Aun antes recuperaría la capacidad de distinguir entre fantasía y realidad. Y mientras el aire se despejara, también se despejaría su cabeza, y como el fantasma seguía allí, también ella aspiraría el humo que quedaba y se aturdiría.

Se le ocurrió una pregunta y la expresó:

-¿Los fantasmas inhalan?

-No.

Pero el pecho de la mujer subía y bajaba; por lo tanto, no era un fantasma. La recuperación de la lógica lo alegró pero, junto con ella, tomó conciencia de algo in-discutible: si ella no era un fantasma, el cuchillo que sujetaba contra su garganta también era real. Con asombro provocado por la droga, dijo:

-Quieres matarme.

La mirada de la muchacha era helada; no vaciló.

-Es una buena idea.

-A mí no me parece, no.

Trató de gesticular y descubrió que las puntas de sus dedos habían recuperado la sensibilidad, información que se reservó.

Al acostarse, había subido las mantas hasta la barbilla para resguardarse de las corrientes y había cerrado bien las cortinas de la cama. Ahora, éstas estaban abiertas y dejaban pasar la luz y el humo que provenía de la chimenea, y el peso de la mujer sujetaba la manta sobre su cuerpo. Sin embargo, ella era más bien menuda, ligera, y no sería un impedimento para él... si sus músculos funcionaran.

-¿Por qué la dulce, la buena lady Alanna, a quien alaban sus sirvientes, querría asesinar a alguien?

-Tú eres uno de esos perdidos y destructores Fairchild, y has venido a robar Fionnaway. Yo soy la señora de Fionnaway, soy responsable de cuidarla, y no puedo permitir que la profanes.

Él la miró fijo y ella retrocedió. Era preferible porque si pudiera leer sus pensamientos sabría el peligro que había desatado con su condena. Ian esperaba su desdén, aunque despreciaba a las personas como ella, que habían crecido con una conciencia tan clara de su pertenencia. Los últimos siete años, él había recorrido el mundo en busca de un hogar, pero en ninguna parte había podido permanecer más de un mes o dos: invariablemente el descontento lo espoleaba a marcharse. A Londres, cuando lo convocaban los negocios. A la India, a las Américas, a sitios cada vez más exóticos.

Y ahora, el llamado de su padre lo había llevado a la acogedora, prosaica Fionnaway, donde los viejos muros del castillo se erguían

sobre un precipicio que se precipitaba a un brazo de mar. Lo que en otros tiempos había sido el territorio de los nobles MacLeod, a lo largo de los años se había convertido poco a poco en una casa señorial que ya no era tan elegante ni cómoda como la casa patriarcal de los Fairchild en Sussex y, por cierto, no tan abrigada. Desde las ventanas de la casa Fionnaway se veía todo: los campos, los prados, todo, hasta el borde del bosque lejano. Ian lo sabía porque había mirado.

También había mirado hacia el oeste y visto kilómetros de playas de arena separadas por grandes riscos de granito. Ahí, las olas rompían contra las rocas en un ritmo eterno que pronunciaba su nombre. Ian, Ian... En ese fragor oía el eco de la voz de su madre.

Odiaba el mar; sin embargo, pese a su abrumadora cercanía, se dio cuenta de que su larga búsqueda había terminado. Fionnaway satisfacía el anhelo de su alma; pronto sería suya.

No de lady Alanna, ya fuese un fantasma o una mujer que vivía y respiraba. Esa tierra sería suya.

-Tú abandonaste Fionnaway -dijo desafiante.

-¡Eso no es cierto!

Alanna apretó con más fuerza su esternón.

La rodilla huesuda de la mujer le quitó el aire, pero eso no le importó. La droga aún rodaba en su sangre y, en cuanto recuperó el aliento, dijo la verdad sin pensar en las consecuencias.

-Eras débil. Tú has muerto. Si estuvieses viva todavía, podrías recuperar tu Fionnaway, pero el botín es del vencedor puso en su sonrisa todo el encanto un poco canallesco de los Fairchild-. Yo soy el vencedor.

-¡Jamás! -se inclinó adelante, sobre la cara del hombre, y empujó la hoja contra la nuez de Ian-. Jamás dejaré Fionnaway, ni a ti ni a ninguno de los de tu clase.

Cuando sintió que el cuchillo atravesaba su piel y que la sangre corría por su cuello, Ian se dio cuenta que debía haber cerrado la boca. Si la indignación de la mujer crecía un punto más, él iría a sumarse a los coros celestiales... o tal vez a arder en el fuego del infierno.

Con un débil gemido, cerró los ojos y se concentró en relajarse. Por alguna razón no creía que lady Alanna, o su fantasma, tuviese agallas para matar a un hombre dormido. Si era afortunado, no tendría agallas para matarlo de ningún modo... aunque si seguía provocándola de ese modo, tal vez hiciera una excepción.

Mientras estaba ahí tendido, inmóvil, sintió que la presión de la hoja disminuía y que ella se removía, inquieta, quitándole del pecho parte de su peso.

-¿Qué pasa?

-Me duele la cabeza.

Le tocó la frente con la palma de la mano.

-No tienes fiebre.

-Es por el humo.

Lanzó una patética seguidilla de toses.

-Por la mañana, bebe un poco de corteza de saú...

Se interrumpió, recordando que quizá por la mañana no estuviese vivo.

-¿Por qué habrías de matarme? -sus pies habían recobrado la sensibilidad. Los flexionó con disimulo, también las manos-. Mi padre ha estado aquí durante cinco años. ¿Por qué no matar a Leslie?

Con una franqueza que él atribuyó al humo, ella le preguntó:

-¿Para qué desperdiciar un crimen con un hombre que se está muriendo?

-Muriendo. Ian saboreó la palabra y la supo verdadera. Le había impresionado el aspecto de Leslie al verlo: el viejo casi no podía mantenerse erguido en su silla. Los fluidos retumbaban en sus pulmones, y estaba tan hinchado que sus dedos parecían reventar. Ian jamás habría imaginado que vería a uno de los espléndidos Fairchild en semejante estado... y menos a su padre. Su omnipotente padre, cuya crueldad era legendaria.

Pero que este fantasma, esta mujer, lo dijera con tanta certeza... vamos, ésa era otra cuestión.

-¿Cómo lo sabes?

-Circulan rumores entre los... ángeles.

Parecía muy segura. Abrió los ojos y la observó detenidamente. Su boca era demasiado ancha para su cara e invitaba a un hombre a explorarla con los labios para ver si la pasión podía endulzar su ácida lengua. El vestido, casi un andrajo, se ceñía en la cintura diminuta y del escote asomaba la protuberancia de unos pechos del color de la crema. Pero, sobre todo, sus ojos chispeaban de desafío y de mego.

¿Angelical? No. Lady Alanna no era ningún ángel. Aún sabiendo que, si estaba en lo cierto, ella lo mataría, le preguntó:

-¿Tú lo envenenaste?

Ella retrocedió.

-¡No!

Menos mal. Le creyó. Pero...

-¿Alguien lo hizo por tu cuenta?

-Nadie ha asesinado a tu padre. Se está muriendo porque...

Su titubeo concitó el interés de Ian.

-¿Por qué?

-El señor Fairchild visitó esta parte de Escocia hace años.

Al parecer, no tenía dudas al respecto.

-Hace treinta y cinco años.

Treinta y cinco años, desde que Ian había sido concebido.

-¡No me dirás que fue entonces cuando contrajo una enfermedad!

-No tengo que decirte nada: soy yo la que tiene el cuchillo.

Muy cierto. Pero ella sabía, o sospechaba, algo acerca de la enfermedad de su padre. Y la mirada firme de Ian estaba haciéndola removerse con aire culpable.

-Debo matarte. No tengo alternativa -daba la impresión de estar discutiendo consigo misma-. El señor Fairchild dijo que eras aun más canalla que él mismo.

Atónito, Ian se quedó mirándola fijamente y luego estalló en una carcajada que brotaba incontrolable de su garganta.

-Ya está bien -la mujer proyectó hacia mera el labio inferior, como una chiquilla enfurruñada-. ¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

-Es que... -barbotó otra vez, inhaló aire y rió de nuevo-, en realidad, jamás he conocido a alguien que creyese una sola palabra a mi padre. Y ahora conozco a alguien que quiere matarme a mí por eso.

-Calla -la mujer se sonrojó intensamente pero echó una mirada hacia la puerta-. Alguien podría oír. Ian veía que no le gustaba que se rieran de ella, pero se sintió incapaz de controlar su incredulidad.

-Mi padre es el mayor mentiroso de las Islas Británicas -exclamó-, ¡y tú le crees!

-¡Calla!

La hilaridad del hombre murió de muerte súbita.

-Por ser un fantasma, te preocupa demasiado que te sorprendan - la risa había despejado sus pulmones y le había dado vigor; con un rápido movimiento, la quitó de encima de su cuerpo-. A mí deberías temer.

Ella rodó por el suelo y el cuchillo escapó de sus manos. Apartando las mantas, Ian se puso de pie sobre el colchón.

-¡Estás desnudo! Ian la miró desde lo alto y se preguntó cómo podía haber imaginado que esa pequeña y crispada muchacha podría ser otra cosa que una mujer de carne y hueso. No cabía duda de que estaba tan avergonzada como una doncella, algo de lo que no hubiese creído capaz a una mujer que intentara asesinar a alguien. Sentada en el suelo, con la falda levantada hasta las rodillas, sus dos bien formadas pantorrillas extendidas ante sí, contemplaba la figura que se erguía sobre ella y la parte de él que se erguía más especialmente; su aire era de estupefacción e indignación.

-Así es.

-Estás... estás...

-¿Excitado? -no le molestaba exhibirse, pero estar tres metros por encima de la muchacha sentada en el suelo le parecía demasiada autocomplacencia. Probando sus músculos, se bajó con agilidad de la cama-. Tal vez tú digas ser un fantasma; yo no, y protejo los deseos físicos propios del hombre.

Alanna retrocedió deslizándose sobre el trasero.

-Estoy asombrada de que un Fairchild sea capaz de sentir deseos físicos.

¿Qué habría querido decir con eso? ¿Por qué exhibía una sonrisa burlona?

Enfurecido, se abalanzó hacia ella... y descubrió que no estaba tan recuperado como esperaba estarlo. Una rodilla cedió, y Ian tropezó con el borde de la mesilla de noche, que cayó junto con él, llenando de estrépito el silencio de la noche.

La muchacha se agazapó y rodó. Luego se puso de pie y trató de correr hacia la puerta.

-Basta de jugarretas, pequeña. Ven aquí enseguida.

Atrapó la falda de ella y se encontró con un puñado de algodón deshilachado. Buen Dios, ¿acaso vestía con harapos?

Se lanzó otra vez, pero ella había recogido el cuchillo y giró de frente a él. Sujetándolo con dedos expertos, le dijo:

-Si te acercas, te juro que lo clavaré en tu corazón.

No había podido matarlo a sangre fría, pero en ese momento parecía tan asustada y desesperada que seguramente podría matarlo, y manejaba diestramente el cuchillo.

-Está bien -alzó las manos abiertas mientras ella retrocedía hacia la puerta-. No haré nada.

-Ya lo creo que no -tanteó el pomo tras su espalda y abrió-. No te muevas de ese sitio.

Mientras se disponía a cruzar el umbral, lo miró otra vez. Contempló su cuerpo y luego lo miró a los ojos.

Sin palabras, él le prometió: Te encontraré. De algún modo daré contigo.

La joven se estremeció y cerró de un portazo. Ian soltó una maldición, tomó una bata y corrió, abrió la puerta y miró el pasillo.

Tal como el fantasma que decía ser, ella había desaparecido.

Echó a correr por el pasillo llamando a gritos al mayordomo y al ama de llaves.

--¡Señor Armstrong! ¡Señora Armstrong! -entró en el gran salón. Por todas partes se encendían luces a medida que los criados salían a tropezones de sus camas. Se oía golpear las puertas, pies que se arrastraban. Ian esperaba oír el grito de alguien que la hubiese visto, que le dijera que lady Alanna había regresado, pero sólo oyó parloteos alterados. Frustrado, vociferó:-¡Armstrong!

El mayordomo llegó corriendo al pasillo, poniéndose la camisa por la cabeza.

-Señor Fairchild, ¿qué sucede?

-Vi a lady Alanna. ¿Alguien la vio?

La señora Armstrong estaba de pie detrás del marido, con su cofia y su bata, y tras ella asomaban los sirvientes en diversas etapas del proceso de vestirse. Ian vio que se miraban entre sí.

-Les aseguro que estaba en mi habitación.

Habló con el tono más razonable que pudo.

Y sin embargo oyó un murmullo escéptico.

-Está borracho -dijo alguien.

-Señor, lady Alanna ya no está entre nosotros -dijo Armstrong, utilizando un tono tranquilizador-. Como usted ha visto hoy su retrato, quizás haya soñado con ella...

-Yo la vi aquí.

Agitó ante sus ojos el trozo de falda y sólo recibió como respuesta miradas que no comprendían.

-Entonces, será su fantasma -dijo la señora Armstrong-. Me preguntaba cuándo volvería.

Armstrong sacudió a su esposa.

-No seas tonta, mujer. Aquí no hay fantasmas.

-Y si lo hubiera -Ian se tocó el cuello y extendió los dedos manchados de sangre-, ha hecho un buen trabajo intentando cortarme la garganta.

Tras él oyó una exclamación ahogada y un golpe sor-do y pesado. Al volverse, vio a su padre desparramado en el suelo, estupefacto. Mientras corría hacia él, Ian le oyó resollar:

-Viene por mí. Por favor, por piedad, no dejes que se acerque a mí.

Vasto, en eterno movimiento, sobrecogedor, el mar bate la costa occidental de Escocia. Hay lenguas de tierra que penetran en el mar tratando de aferrar la eternidad y perdiendo ante el constante ataque de las olas. El viento levanta el agua cargada de sal y la lleva hasta las Highlands, donde la niebla flota sobre las altas piedras erectas como los pliegues de seda en las damas más elegantes. Hombres y mujeres que no conocían esos escarpados peñascos se han extraviado en esa niebla para no regresar jamás y, en tomo de las humeantes hogueras de turba, se cuentan una y otra vez relatos de seres místicos que gozan confundiendo a los viajeros con quienes se topan. En las Highlands escocesas moran hadas y elfos.

Y, según se dice, también las brujas.

2

-Es una bruja, señor Ian.

Una ráfaga de aire que llegaba del mar iluminado el sol agitó los faldones del abrigo de Ian Fairchild, caminaba a grandes pasos hacia el establo. El viento revolvía su pelo y desacomodaba su corbata.

-No soy hombre dado a las fantasías, pero descuidaría mi deber si no le dijese que hay quienes dicen que una bruja malvada -las piernas cortas de Armstrong debían esforzarse para mantenerse a la par de las zancadas de Ian-. Su cara marchita el trigo en el campo, y tanto puede provocar verrugas como curarlas, ¡y eso me fue le hizo a Kennie!

Ian lanzó a Armstrong una mirada divertida.

-¿El herrero?

-Sí. Él le arrojó un trozo de hierro: las brujas odian hierro, y por eso lo maldijo -llegaron al patio frente establo-. Y mi esposa dice que, según la señora Kennie desde entonces él no ha vuelto a ser un hombre de verdad.

Ian comprendió de inmediato.

-Tiene una herradura donde debería tener una barra, ¿eh?

Armstrong asintió con aire triste.

-Muy doblada.

Ian oyó gritar y vio a dos muchachos que se aferraban desesperadamente a las riendas de su caballo. Se adelantó y miró a Tocsin en la cara.

-Si quieres pelear, elige a uno de tu tamaño. Yo, por ejemplo, estaría muy contento de darte el gusto.

El caballo bufó y se quedó quieto; los dos niños se treparon a la cerca. Ian frotó la nariz de Tocsin.

-Eres una belleza -dijo en tono tierno; luego montó con un movimiento veloz-. Armstrong, vi un fantasma la primera noche que estuve en Fionnaway.

Armstrong se encogió recordando la aparición nocturna de lady Alanna.

-Sí, y desde entonces las doncellas no se han atrevido a bajar solas al sótano.

-Y he visto la presencia de la maldad día tras día desde que vine a vivir con mi padre. Yo sé cómo manejar a una simple bruja.

-No dudo de usted, señor Ian, pero sí quiero pedirle un favor: le ruego que me prometa que se dará prisa en regresar antes de que oscurezca.

-¿Qué brebaje prepara ella por la noche? Ian sujetó el caballo con las rodillas y se calzó los guantes.

-Por la noche... es entonces cuando cambia de forma. De ser una vieja asquerosa se convierte en una mujer huesuda que esclaviza a los hombres que la abrazan.

-Le convendrá mantener apartada su malvada mi-rada de mi barra pues, de lo contrario, no le serviré como esclavo -repuso Ian-. Me han dicho que es la mejor sanadora que tenemos en Fionnaway; la traeré para que alivie los dolores de mi padre.

-¿Qué clase de tonto haría que una bruja escocesa atendiese a un inglés? -musitó Armstrong.

-Bueno, Armstrong -Ian se inclinó sobre su montura-, su propia esposa lo hizo.

La consternación del mayordomo lo hizo sonreír y, m una palabra a Tocsin, salió al galope en el día estival. Llevaba en la memoria las

indicaciones precisas para llegar a casa de la bruja. En su corazón, la euforia de hombre que escapa de su prisión.

Desde su llegada, la luna había estado llena y vuelto menguar; durante ese tiempo, Leslie Fairchild lo había hecho su heredero y Ian había inspeccionado cada rincón de Fionnaway. Sin embargo, soñaba con escapar unos momentos de la propiedad, de los atemorizados sirvientes y, sobre todo, de su padre.

Para poder gozar de ese momento, Ian era capaz de hacer cualquier cosa, incluso visitar a una bruja.

La choza de la bruja se acurrucaba en la profundidad de1 bosque; tenía techo de paja y colgajos de musgo por das partes. El jardín estaba repleto de flores y en un cobertizo en el borde del claro había leña apilada y jaulas con conejos bien cuidados. Algunos pollos picoteaban la hierba. Un fuego ardía en un hoyo al aire libre y de un caldero de hierro se elevaba un aroma delicioso. Había la mente bordeada de piedras... seguramente una fuente mágica. Ian contempló el conjunto y pensó que tal vez había equivocado, tanto de choza como de bosque.

En ese momento, la bruja salió por la puerta.

Llevaba una túnica de basta tela marrón. Una joroba deformaba su hombro y sus pechos caían sobre el cinturón que rodeaba su gruesa cintura. Una gran cuchara m tenedor de agudas puntas colgaban a su lado, entrechocándose cuando ella caminaba; también llevaba un chillo de tamaño suficiente para destripar a un hombre. Su largo pelo, reseco y gris, estaba pegado en unas manchas de ungüento verde que salpicaban su cara.

Su cara. Buen Dios, parecía un campo cuarteado por la sequía. La piel también era grisácea, con arrugas entre las cejas negras, a los costados de la boca roja y sobre el labio superior. Ian admitió que semejante rostro podía marchitar el ánimo de cualquier hombre.

La vio acercarse al fuego; Ian tuvo la impresión de que no lo había visto. Probó con la cuchara el brebaje humeante, sacudió la cabeza y abrió uno de los sacos de cuero que colgaban junto a su cadera. Tomó un puñado y lo esparció dentro del caldero. Ian esperaba ver elevarse un vapor de colores y surgir alguna forma amenazadora, pero, en cambio, el aire se llenó de olor a mejorana.

Oh, por cierto esta bruja malvada era terrible: usaba hierbas en sus brebajes. Desmontó y condujo su caballo hasta un sitio sombreado cubierto de hierbas.

-Anciana, necesito tus servicios.

Su presencia no produjo mayor impresión en la vieja. Tras echarle una mirada fugaz, levantó un cuenco de madera que había sobre un banco, junto al mego, y lo llenó. Con una inclinación de su cabeza lo invitó a entrar en la casa; ella misma entró sin mirar atrás para ver si él la seguía.

Desde luego, la siguió, guiado por el sabroso olor de la comida. Bajó la cabeza para pasar por el marco de la puerta y dijo:

-El señor de Fionnaway necesita socorro.

-No sé de ningún hombre que merezca menos ser socorrido -dijo la vieja con voz quebrada. Ian clavó en ella una mirada severa y autoritaria. La vieja le devolvió la mirada sin encogerse ni manifestar arrepentimiento.

Estaba claro: no se dejaría intimidar.

-O que lo necesite más. -¿Y por qué tendría que hacer yo lo que Ian Fairchild ordena? -preguntó la bruja.

De modo que sabía quién era él.

-Estoy seguro de que habrá oído rumores acerca mí -dijo Ian con frialdad-. Ése es un buen motivo para obedecerme.

-Rumores -resopló con desdén-. Rumores -mientras depositaba el cuenco sobre una sólida mesa gastada, le ordenó-: Coma.

No debería. Pero Ian había pasado toda la semana atendiendo a Leslie y sólo había tomado alguno que otro bocado cuando había podido. Y ahora, el olor de comida hacía gruñir su estómago. Se quitó los guantes de cuero, los dejó sobre la mesa, se sentó en el taburete y tomó la cuchara. Con disimulo, la hundió en preparación.

Estofado. Parecía estofado.

La bruja estaba de pie en un rincón oscuro, los brazos cruzados sobre la barriga.

-¡Coma! Coma y será mi esclavo para siempre. Ian recordó un truco que había aprendido de niño miró hacia ella desenfocando la vista. Cuando observaba más allá de lo físico, podía ver con claridad; se dio cuenta de que la vieja mentía. Con cada respiración, con cada movimiento que hacía, la vieja mentía.

Pero lo más importante... al menos por ese día, era que no tenía intenciones de envenenarlo.

-Si no será mi esclavo, coma por su propio bien -le dijo-. Está demacrado y hambriento; no es muy agradable estar al lado de un lobo.

Ian probó el estofado; olía a hierbas y ajo. Comió un bocado y el sabor lo convenció de una cosa: esta bruja habría debido ser la jefa de la cocina de su propiedad y no vegetar en una choza, en medio del bosque. La cocina de Fionnaway dejaba mucho que desear.

-Está bueno.

La vieja sonrió, y él se preguntó qué embrujo habría empleado para conservar todos sus dientes tan blancos, fuertes y jóvenes.

-Está encantado -respondió la bruja.

De un estante sobre su cabeza tomó un envoltorio de tela y lo arrojó hacia él.

Al abrirlo, Ian se encontró con una rebanada de pan. Arrancó un trozo, lo ensopó en la salsa y lo masticó, pensativo. Un grato sabor a nuez se extendió por su lengua, y él concedió:

-Es verdad.

La bruja fue hasta un rincón alejado, sacó un mortero y su mano de una alacena atestada de bolsas, frascos y hojas sueltas. Apretó el mortero contra la barriga y empezó a golpear piedra contra piedra, mientras él comía.

Una vez satisfecho lo más agudo del hambre, Ian apartó el cuenco y se dedicó a observar la habitación. En las ventanas se mecían las flores de los rosales trepadores. Un baúl de fino tallado estaba contra la pared más alejada. Una cama hecha con cuerda y varillas colgaba en un rincón, cubierta de lujosas pieles. En medio de ellas, un gran gato leonado que roncaba en el cuadrado de luz abrió un ojo y lo miró con desprecio, se estiró y volvió a dormirse.

Ian limpió cuidadosamente su barba con un pañuelo, añorando la compañía de su valet en este lugar. Desgraciadamente, se había marchado malhumorado; los criados ingleses tenían muchos prejuicios en relación con Escocia.

-Vendrás a Fionnaway conmigo.

Con gran cuidado, la mujer dejó el mortero en la alacena; luego fue hasta la mesa para recoger el cuenco.

-¿Qué quiere que haga con el señor Fairchild?

-Quiero que alivies sus sufrimientos.

-¿Quiere que lo cure? -ella lo miró con la mirada fija del halcón peregrino.

-Si puedes, pero la mano de Dios le aprieta fuerte cuello…

-Es más probable que sea la mano del diablo -se llevó la mano a la boca como arrepentida de su salida, pero luego la dejó caer-. ¿Sabe qué hará San Pedro con señor Fairchild cuando lo vea? Ian sospechaba que sí, pero no podía creer que la bruja tuviese la audacia de decirlo.

-Abrirá la puerta trampa y lo dejará caer directamente al infierno -se golpeó el pecho con el puño-. Reconozco en su padre a uno de los demonios de Belcebú, porque yo misma soy malvada hasta la médula.

-Estoy mojando mis calzones.

-Más le vale -entonces advirtió que él estaba mofándose y preguntó en tono amenazador-: ¿Ha sabido que hice al herrero?

-¿Kennie el Anguila?

La vieja asintió con la cabeza y se frotó las manos.

-Solían llamarlo Kennie el Chivo.

-He oído esa historia -adoptó una actitud de profundo aburrimiento-. ¿Es lo peor que puedes hacer?

Abriendo la boca, indignada, escupió: -¡Puedo resecar sus partes hasta volverlas tan pequeñas que tendría que ponerles un lazo rojo para encontrarlas!

Sin poder contenerse, Ian rió.

-Serás una bienvenida diversión cuando vayas a la casa señorial - Esta bruja malvada había sido demasiado exaltada por hombres que temblaban de miedo por la perdida de su virilidad. Él correría el riesgo de sufrir sus encantamientos y reforzaría su imagen de amo-. Vendrás a la casa.

La vieja metió las manos dentro de las largas mangas de su túnica. No quería obedecer. Tampoco quería pelear con él. Bruja o no, capaz de marchitar las mentes del amor o no, ella sería la perdedora.

-Sí -contestó con un gruñido-. Iré. Pero ¿por qué busca ayuda ahora? Él ha estado enfermo desde su llegada, incluso desde antes.

-Sí, pero ahora grita y ve cosas que no existen... y está asustado.

Con aire sombrío, la mujer se concentró en lo que le había dicho; Ian supo por qué la señora Armstrong le había aconsejado que acudiera a ella. Si bien la bruja era malvada, demostraba un interés que tranquilizaba a Ian.

-El médico de Edimburgo que atendió a mi padre jamás había visto tanto sufrimiento como el que mi padre padece, y me dejó una botella de láudano con indicaciones para aliviarlo antes... del fin.

La vieja arrastró los pies en su camino hasta los manojos de hierbas secas que colgaban de las vigas del techo, agarró una, tiró, y las hojas llovieron sobre ella. Aplastó algunas en el hueco de la mano, y olfateó pensativa.

-Si el viejo señor Fairchild muriese, usted sería el nuevo amo.

-Seré el nuevo amo.

Se debatió contra el deseo primordial, pero éste estaba bajo la piel y cosquilleaba los confines de su mente. Deseaba la muerte de su padre. Ansiaba que llegara el día en que estaría libre de las provocaciones, la crueldad, las heridas del alma que Leslie provocaba con tanta habilidad.

Y entonces... ah, entonces Fionnaway sería suya.

Como si le leyese los pensamientos, la bruja preguntó:

-¿Qué me dice de la buena y dulce lady Alanna

Cierta lúgubre emoción vibró en la voz de la vieja cierto interés personal que él no pudo distinguir. Eso le daba ventaja porque, después de todo, un hombre como Ian tema todos sus sentidos al servicio de la continuación de su existencia, nada más.

-¿Lady Alanna? -se miró las uñas- Ella no importa.

-¿No? -la extraña ansiedad de la bruja aumentó-. Pero ¿acaso los granjeros no hablan de ella? ¿No te han hablado de ella los pescadores? ¿Acaso los criados no te han contado historias acerca de ella, todos ellos con lagrimas en los ojos?

Era verdad. Los habitantes de Fionnaway deseaban esperaban el regreso de su señora. Era como si esperasen que, contando las historias relacionadas con ella la harían volver. Peor aún, se portaban como si él pudiese hacerla regresar. Como si él pudiese hacer justicia. Él, Ian, la mitad de un Fairchild y manchado por aquel ancestro.

-¿No ha visto su fantasma? -susurró la vieja Ian levantó la vista lentamente hacia ella. Su fantasma. No, él no había visto el fantasma de ella. La había visto a ella misma. La herida en su garganta lo demostraba Había estado en el dormitorio de él, lo había provocado, amenazado, intentado matarlo..., ¿por qué? Por que quería recuperar su herencia.

Ian no sabía dónde se ocultaba lady Alanna. Sólo sabía que representaba una amenaza para él y para esas tierras que llenaban el vacío de su alma.

La bruja leyó sus pensamientos porque los expresó con insólita precisión:

-Está viva.

-¿Y qué? Ella abandonó su heredad.

-¡No, no es así! Si supiera por qué se fue...

-Cuéntame, si lo sabes. ¿Qué me lo que hizo huir a la muchacha?

La bruja volvió la cara hacia él y él sintió el olor de la menta adherido a ella.

-Su padre, señor Fairchild. Su padre.

-No me llames señor Fairchild -dijo-. Ése es el nombre de mi padre. Yo soy Ian.

La vieja retrocedió hasta su rincón oscuro y puso la menta en la alacena.

-Lady Alanna tampoco quería usar ese apellido -tomó el mortero y la mano y miró sorprendida las hojas ya machacadas, como si no recordara haberlo hecho-. Su padre anunció que la convertiría en su esposa. Ian no pudo contener su estupefacción.

-¿Leslie? ¿Quería casarse con lady Alanna?

-Es una heredera -vació el contenido del mortero en un saquillo de cuero, derramando un poco. Le temblaban las manos, las contempló como si no fueran suyas-Siendo su marido, tendría el control absoluto de ella y de su fortuna.

-Él era... es... su tutor. Ya tenía el control absoluto de su fortuna.

Que un tutor tratara de casarse con una niña menor de edad dejada a su cuidado era el acto más deleznable...; pero Ian no esperaba menos de él.

-Pero ella no lo respetaba y, aun siendo una niña como era, se lo demostró. Su gente la imitó y el señor Fairchild se encontró con que perdía el control. Por eso se le ocurrió que si lograba llevarla a su cama...

Era triste ver a una mujer fea como esta bruja temblando de repugnancia mientras imaginaba a Leslie, pero Ian la entendió. Había en su padre algo repulsivo, algo que resultaba cada vez más asqueroso a medida que transcurrían los años.

-¿Cuántos años tenía ella?

-Había vivido quince años cuando murió su padre. Leslie llegó en la víspera de su decimosexto cumpleaños -la bruja se abrazó y se frotó los brazos con las manos mientras proseguía el relato con voz suave, bastante diferente de su anterior tono entrecortado-. Él se casaría con ella cuando cumpliera los diecisiete. Ian se inclinó hacia adelante.

-Hace cuatro años que ella se marchó.

-Sí, cuatro años.

El hombre se incorporó lentamente y apoyó los codos sobre la mesa, tratando de adoptar un aire despreocupado.

-Cuatro años.

Como fuera que contase, 17 más cuatro hacían 21.

-La graciosa lady Alanna declaró que rechazaría al señor Fairchild en el altar; por eso a él se le ocurrió un modo de quebrar su resistencia -dijo la bruja, sin captar la dirección que habían tomado los pensamientos de él.

Todavía sacudido por la comprensión de que pronto lady Alanna llegaría a la mayoría de edad, a Ian le costó captar lo que decía la bruja.

-¿La violó?

-No... del todo -la bruja hizo una mueca-. Su padre no lo consiguió.

Ian habría apostado que pronto lady Alanna saldría de su escondite para echar a los Fairchild de sus tierras y él no podría hacer nada para impedirlo.

-¿Eso también fue por tu culpa, abuela? -se burló, furioso por el giro de los acontecimientos.

La bruja pareció sobresaltarse, pero después le dedicó una auténtica sonrisa.

-Sí. De hecho, la culpa fue mía.

No estaba mintiendo; Ian cruzó las piernas.

-Si la bruja de Fionnaway decide arrebatarte tus manzanas de amor, hijito, no te irá nada bien -dijo la vieja, con malvada alegría.

En un momento representaba una amenaza, al siguiente no era más que una odiosa vieja. Una odiosa vieja que sabía más de lo que estaba dispuesta a decir.

-¿Dónde está ahora lady Alanna? -preguntó el hombre.

-No lo sé.

-Ven aquí -ordenó.

Ella obedeció, tal como él esperaba. Cuando empleaba ese tono de voz, todos obedecían. Extendiendo la mano, hizo que el sol cayera

sobre su anillo; al oír la exclamación ahogada de la vieja, Ian se llenó de la más honda satisfacción.

-Hermoso, ¿no?

Lo hizo girar de modo que la plata filigranada reflejase la luz. La piedra, en cambio, no. El ópalo de mar brillaba con su propia luz interior; la bruja lo contempló como si el resplandor la hipnotizara.

-Tócalo -ordenó.

Los dedos marchitos se estiraron hacia la piedra.

-Quieres hacerlo -dijo Ian suavemente-. Está llamándote.

Cuando lo tocara, él sabría mucho acerca de ella...

Un rayo de sol tocó la mano manchada de ceniza. La vieja se concentró en eso y pareció salir de su trance. Saltando hacia atrás, graznó:

-No, querido muchacho, he vivido aquí toda mi vida. ¿Acaso cree que no conozco la leyenda del ópalo de mar? Con todo, no sé cómo la averiguó usted. ¿Por qué cree que puede usar esos poderes? ¿Cómo consiguió esa sortija?

-Era de mi madre.

Respondió esa última pregunta sin intenciones de responder otra. Esa bruja tenía una fuerte voluntad, y él sólo podía fiarse de su propia sagacidad para sonsacar el secreto de lady Alanna... antes de perder Fionnaway para siempre.

Lady Alanna y la bruja estaban en dificultades.

Aun así, la vieja arpía no estaba asustada. Mientras metía hojas en el mortero, su mirada se cruzó con la le él.

-¿Cómo puede vivir con su conciencia sabiendo que heredará las tierras y la fortuna de esa querida, dulce muchacha?

No heredaría nada si no era cuidadoso.

-Mejor yo que los buitres ingleses.

-¿Acaso no es usted un buitre inglés? -preguntó, haciendo más patente su acento gaélico.

Aunque odiara revelar la verdad, hacía mucho que había jurado no avergonzarse jamás.

-La familia de mi madre ha vivido aquí desde siempre.

La mano de piedra chirrió dentro del mortero, el ruido hizo estremecer a Ian como si fuera una uña sobre el cristal. La mirada de la vieja se fijó en la sortija.

Antes de que pudiese interrogarlo, él la distrajo.

-Yo cuidaré bien de las tierras y sus pobladores, abuela.

-¿Que los cuidará bien, dice? -con la desvergüenza propia de una vieja, resopló por la nariz y lanzó una especie de relincho-. ¿Cómo lo hace Leslie? ¿Quitando parte a los granjeros aunque la cosecha sea mala? ¿Exigiendo que los niños exploren las grutas de los acantila-os en busca de piedras preciosas sabiendo que no encontrarán?

¿Buscando la ocasión de destruir las tierras y las playas por un capricho tonto?

-¿Es eso lo que esperas?

-Desde luego -musitó la bruja, echando atrás el mechón de pelo gris que colgaba sobre su ojo derecho como la relamida desganada de una vaca-. El señor Fairchild no tiene más honor que un macho cabrío. Y supongo que usted tampoco.

-Supongo que no.

Se sonrió ante la amargura de la vieja pero, antes de que pudiese replicarle, un golpe suave en la pared exterior de la choza hizo que ambos levantaran la cabeza.

-¿Señorita Bruja? -llamó una voz tímida. Ian reconoció la voz.

-¿Señorita Bruja? Discúlpeme, ¿está en casa? Ian giró en redondo y miró ceñudo a la malvada.

-¿Wilda? -aferrando a la vieja por los hombros, Ian la hizo a un lado y salió-. Wilda, ¿qué estás haciendo aquí?

Wilda, la de los cabellos de oro, el rostro dulce, la misma Wilda de aire inocente, saltó e hizo una mueca como si él acostumbrara a golpearla.

-¡Ian! ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Yo pregunté primero.

-Pero, Ian, jamás hubiese imaginado encontrarte aquí. Quiero decir que no te imagino viniendo a consultar a una bruja sobre una seta venenosa o por tener la voz demasiado alta o algo así. No digo que sea así... demasiado alta. En realidad, es una voz agradable y me gusta cómo suena hasta cuando estás enfadado conmigo... -Wilda lo observó desde abajo del borde redondo de su gorra de montar de terciopelo- ...como supongo que estás ahora.

-Muy enfadado-dijo, ejerciendo un firme control sobre esa voz que ella elogiaba. Con Wilda, si uno no ponía límites de inmediato, perdía el hilo de la conversación, del buen sentido y de la cordura-. ¿Por qué has venido aquí? ¿Quién te habló de este sitio?

-Oí a mi doncella hablando con la señora Armstrong acerca de la bruja. Es una buena doncella, ¿sabes? Cuando me trajiste aquí, no esperaba tener una buena doncella. Quiero decir que suelen servir potaje de avena y siempre está frío -Wilda se estremeció dentro de su elegante traje de montar azul que tanto realzaba el color zafiro de sus ojos- y en mi opinión, un país que no puede tener un verano decente, deja mucho que desear en cuanto a civilización, pero los sirvientes son encantadores conmigo. Más aún, todos han sido encantadores conmigo -le sonrió a la bruja-. ¿No considera encantadora a la gente de aquí?

Cuando Ian se volvió hacia ella, vio que la bruja tenía la misma expresión estupefacta que la mayoría de las personas sometidas por primera vez al parloteo de Wilda.

-Encantadora farfulló.

Wilda asintió, complacida.

-Quisiera hablar con usted, pero no puedo hacerlo estando Ian aquí. Ya sabe, conversación de mujeres, y es bien sabido cómo odian los hombres esa clase de conversación. Mamá dice que los hombres temen que las mujeres seamos más inteligentes que ellos, pero yo nunca comprobé eso. La mayoría de los hombres que conozco están completamente seguros de ser más inteligentes que yo, lo cual es una tontería porque casi todos ellos son tan estúpidos que son incapaces de mirar más arriba del escote de una muchacha para verle la cara y mucho menos prestar atención a su inteligencia. ¿No le parece?

Desconcertada, la desagradable, sucia y fea bruja pasó la mirada de Ian a Wilda. Ian ya había visto antes esa reacción: la mujer no sabía si Wilda hablaba en serio o estaba tomándole el pelo, y él no estaba de humor para aclarárselo.

-Wilda -dijo-. ¿Has visto mi caballo?

Wilda paseó la mirada por el patio hasta que vio el semental pastando apaciblemente en la sombra del bosque.

-Oh -sonrió con todos sus hoyuelos-. Ahí está Tocsin. ¿Así fue como llegaste aquí?

-Así fue como yo llegué aquí -la tomó del brazo-. ¿Cómo llegaste tú?

-A caballo -Wilda sacudió la cabeza, y la pluma de su sombrero se balanceó ante la cara de Ian.

-¿Dónde está tu caballo?

-Lo dejé ahí mismo... -señaló, pero luego dejó caer el dedo-. Bueno, me pareció que lo había dejado allí.

-¿Lo has atado?

La muchacha se llevó la mano enguantada a la boca.

-Debes recordar que es conveniente atar tu caballo -le dijo con suavidad, como lo había hecho muchas veces.

-Sí, Ian.

-Te llevaré de regreso a Fionnaway-empujándola hacia Tocsin le dijo-: Ahora, ve. Tengo que terminar de tratar unos asuntos con la bruja -esperó a que ella se alejara para que no pudiese oír y dijo bajando la voz-: Vieja, si alguna vez haces daño a Wilda, descubrirás que los rumores son ciertos.

Ella lo miró con la boca abierta.

-¿Qué rumores?

-Los que dicen que es mejor tener cuidado conmigo.

La boca de la vieja se cerró de golpe.

-¿Qué hará cuando usted descubra que los rumores son ciertos?

-¿Qué rumores?

-Los que dicen que la auténtica heredera regresará.

Habían llegado a la verdad casi con furia.

-Si sabes algo que interfiriera en mi derecho a Fionnaway, debes confesármelo, porque la quema de brujas es una antigua y honorable ocupación, muy, muy dolorosa para la bruja.

Mientras la intimidaba con su altura, un trueno re-sonó en el cielo azul.

Hasta ahora, nada la había intimidado, pero la amenaza del fuego resultó. La vieja se encogió casi hasta el suelo y gimió; por un momento, Ian se preguntó si sería su parte de Fairchild lo que lo hacía tan eficaz en aterrorizar a la vieja.

Pero, maldición, con tantas insinuaciones acerca de la auténtica heredera, ella se lo merecía. Si no hubiese sido por la inoportuna aparición de Wilda, habría llegado al fondo de la cuestión ahora mismo. Miró a la bruja en los ojos con expresión amenazadora... Los ojos de ella eran grandes y, mientras los contemplaba, se sintió caer en sus profundidades... hasta el fondo de su alma solitaria.

¿Una bruja? No. El no creía en brujas. ¿Malvada? Era desafiante, estaba asustada pero también decidida... y si eso constituía un espíritu del mal, entonces Armstrong tendría que amarrar a Ian a la misma estaca.

Unidos por la misma fascinación impía, se miraron; una sensación misteriosa lo inundó. Había algo ahí, algo peculiar, algo conocido... Hubiese jurado que había visto esos ojos antes.

Si pudiera ver a esa vieja como era en realidad, sin la máscara de la edad y la maldad, descubriría la verdad. Se esforzó, atravesando capas de engaño, hacia el centro de su esencia.

Cerca, estaba tan cerca...

-Ian -llamó Wilda-. Tocsin no se deja montar.

La bruja parpadeó y sobre su mente bajó un telón. Ian retrocedió, liberado del hechizo de su embrujo, y se tambaleó como alguien que lleva tres días bebiendo. La embriaguez fue maravillosa mientras duró, pero lo dejó fastidiado e iracundo.

Wilda chilló:

-¡Ian! Ian alzó la vista y la vio saltar con las manos aferradas a la silla y un pie en el estribo. Sin pensarlo, dejó a la vieja y su misterio.

-¡Wilda, no puedes montar un semental!

Agarró las riendas de Tocsin y frenó al indignado animal. Bajó a Wilda, montó y luego le tendió la mano.

Wilda apoyó su mano en la de él. El cuero bien curtido de la silla crujió cuando ella se acomodó de costado delante de él; sólo entonces Ian permitió que su atención regresara a la vieja en la choza. Acercando a Tocsin, le dijo:

-Enviaré a alguien a buscarte para que te lleve a Fionnaway.

Con la cabeza baja, la mujer musitó:

-Yo iré por mis propios medios. Ian titubeó. ¿Podría confiar en ella? Pero ¿a qué otro sitio podría ir?

-No te pierdas.

Su advertencia quedó vibrando en el aire, igual que la despedida de Wilda:

-¡Adiós!

La bruja se incorporó lentamente. De pie bajo el sol, estival, vio alejarse a Ian y a su extraña pasajera.

Entonces dio comienzo a su metamorfosis. Su espalda se enderezó, adquiriendo el templado acero de la juventud. Echó el pelo atrás y una nube de ceniza gris la envolvió. Quitó las almohadillas que acolchaban su vestido y apretó el cinturón en tomo de su esbelta cintura. Con un movimiento de los hombros se sacó la giba y usó una punta de la tela para limpiarse la grasa de la cara. Como si fuese una de esas delicadas mariposas que se desprenden de su crisálida que las encierran, se estiró y giró.

Ciertamente merecía el mote de transformista que le aplicaba el mayordomo; se había convertido en una joven mujer. Llevaba la ordinaria ropa de lana de cualquier aldeana de las Highlands y un collar de pulidas gemas; vivía sola en una cabaña del bosque, pero sólo un tonto dejaría de reconocerla... y si bien él no la había reconocido con ese disfraz, Alanna no cometió el error de considerar tonto a Ian.

Lo que le dijo al marcharse la perturbó; su decisión la confundió. El gato se acercó a la puerta y se frotó contra sus tobillos. Sin pensar, alzó al felino y le rascó el cuello.

-Él es inteligente. Whisky -dijo al animal-. Más inteligente que su padre. Y cortés -sostuvo al gato y miró sus ojos dorados-. Más cortés que su padre, pero eso no hace falta decirlo. Y agradable... es el hombre más guapo que he visto jamás, y es evidente que atrae a las mujeres, a mujeres bellas y charlatanas, como la flor a la abeja - Whisky pataleó, molesto, y ella lo bajó-. Ahora está por verse: ¿será tan inteligente como la bruja de Fionnaway? ¿Tanto como lady Alanna?

3

-Oh, ¡era horrible! -Wilda, que iba en la silla, delante de Ian, se estremeció-. No sé si sería capaz de hablarle sin mirarla fijo, aunque mamá dice que es grosero mirar fijamente a las personas; hay algunas a las que no puedo dejar de clavarles la vista. Debo mirarlas. Lo que quiero decir es que mis ojos van hacia ellas, y si trato de apartar la vista me siento incómoda, así que vuelvo a mirarlas sin poder evitarlo. Claro que si se quitara esa suciedad de la cara tendría mejor aspecto.

Atrapado en el torbellino irracional que Wilda creaba en tomo de sí, Ian le preguntó:

-¿Tu madre?

-¡No, la bruja! ¿No estábamos hablando de ella, acaso?

-Desde luego, hace rato largo.

Wilda suspiró, impaciente.

-Las brujas dan miedo, ¿no? Quiero decir que a mí siempre me dieron miedo, aunque mamá me dijo que no eran reales, pero una bruja que viva en la propiedad Fairchild no iría a descubrirse ante mamá, ¿no te parece? No tendría sentido que se presentara y dijese: «Soy una bruja», así, porque mamá no le creería y, aunque le creyese, no le permitiría vivir aquí; además no me imagino a una bruja enfrentando a mamá, ¿y tú?

Ian no sabía si sacudir a Wilda hasta que se callara o huir lejos para no oírla. Pero era su prima, tenía 29 años y aún era soltera. La había traído a este país olvidado de

Ian no sabía si sacudir a Wilda hasta que se callara o huir lejos para no oírla. Pero era su prima, tenía 29 años y aún era soltera. La había traído a este país olvidado de Dios, donde la gente hablaba un idioma incomprensible y comía una mezcolanza de pulmón, corazón e hígado de oveja con el eterno potaje de avena, cocido en el estómago del animal matado. Ellos lo llamaban haggis. Él lo llamaba asquerosidad.

-Ian, ¿me escuchas? -se quejó.

Se obligó a tener paciencia mientras guiaba el caballo colina arriba, hacia la casa de la heredad.

-Claro que sí, tonta. Siempre te escucho.

Ella se volvió y lo miró fijo, con su semblante inocente y sus ojos azules muy abiertos. Entonces, con una sonrisa arrebatadora, pasó de ser una simplona a ser una de las mujeres más bellas del mundo civilizado con la in-nata gracia seductora de una Helena de Troya... o una Fairchild de Sussex, que era su familia de origen. Palmeando el brazo que la rodeaba, confesó:

-Eso es lo que me agrada de ti, Ian, nunca me haces sentirme estúpida. Ian, a su vez, contempló a esta bondadosa e ingenua mujer. Ella lo quería, lo trataba como si él no fuese diferente de los demás y, sólo por esa sensación de normalidad él habría hecho mucho más que prestar oídos a su parloteo.

-Sólo un tonto te consideraría estúpida, y a mí nadie me dice tonto.

-Salvo tu padre, que te dice cualquier cosa.

Se puso rígido: la antigua herida siempre estaba pronta a sangrar.

Wilda lanzó una risilla.

-Está tratando de superarte, pobrecillo

Volvió la vista hacia delante, frotó con su dedo la tersa piedra ondulada de la sortija de su primo, y él sintió la conocida calidez que siempre relacionaba con Wilda. No se trataba de que fuese estúpida, tan sólo le faltaba preparación y, pese a su crianza, era ingenua hasta un punto que rayaba en lo absurdo. Pero el asombroso afecto que sentía por él lo impulsaba a protegerla de cualquier amenaza. Por eso le preguntó con severidad:

-¿Qué estabas haciendo en la choza de la bruja?

-Bueno, como es una bella mañana, se me ocurrió hacer un paseo a caballo, aunque debo decirte que mis pies parecen bloques de hielo dentro de las botas, porque tú tienes los pies en los estribos y los míos están colgando, Ian.

-Wilda -dijo él-. ¿Para qué necesitabas a la bruja?

-El caballo que me dieron en el establo era un buen animal, era una yegua; y por eso me asombra que se haya marchado. ¿Crees que puede hacerse daño?

Wilda estaba dando rodeos, una actitud poco habitual en ella que, por lo general, parloteaba sin segunda intención.

Sin embargo, fue paciente y le contestó:

-Eligieron esa yegua para ti porque siempre vuelve a casa -le señaló el establo, que en ese momento aparecía ante su vista-. Estoy seguro de que ya está allí -tenía poco tiempo para terminar el interrogatorio y con Wilda eso resultaba insuficiente-. Y bien... ¿qué estabas por decir de la bruja?

Wilda adoptó un aire abatido y siguió con un dedo el diseño del bordado de su falda.

-Quería algo.

-De una bruja.

-Bueno, ¿qué otra persona podría conseguirlo? -para aflicción de Tocsin, su pie se balanceó atrás y adelante-. Necesito un embrujo. Ian palmeó al animal en el cuello para calmarlo.

-¿Para qué?

-No puedo decírtelo; ¡eso arruinaría la magia! Ian tenía la esperanza de que la bruja fuese una ayuda tan eficaz para su padre como para compensar por los problemas que estaba causando.

-Esa bruja no hace ninguna magia.

-¡Eso no es verdad! -otra vez, Wilda giró sobre la silla para mirarlo-. ¿Acaso no has oído lo que le pasó a Kennie, el herrero? Ian se frotó los ojos con la mano.

-Muchas veces.

-¡Ya ves! -repuso la joven en tono triunfal.

-¿Quién te lo dijo?

La boca generosa hizo un mohín.

-Nadie.

-¿Y cómo te enteraste de la existencia de la bruja?

-Mi doncella y la señora Armstrong estaban murmurando acerca de ella -su cara se iluminó-. Tengo plata. Puedo cruzarle la mano.

-A la bruja. Sí, querida, pero eso es para las gitanas, querida.

Cuando oyó los cascos de Tocsin sobre la grava del patio, uno de los caballerizos asomó la cabeza por la puerta del establo y sonrió, mostrando un hueco entre dos de sus dientes delanteros; Ian lo saludó con un movimiento de su cabeza.

En voz baja, dijo:

-Wilda, escúchame. Es peligroso vagabundear por el bosque y más peligroso aún ir en busca de una bruja. Tal vez no haga magia pero es una vieja muy lista y podría utilizarte para hacer daño. Debes prometerme que no irás a buscarla otra vez.

-Pero, Ian...

-Prométemelo, Wilda.

Mientras él sofrenaba a Tocsin, Wilda soltó un gemido de protesta.

-De lo contrario, te enviaré de regreso a la casa Fairchild -ésa era la amenaza más cruel, pero él sabía que Wilda era muy capaz de meterse en problemas sin necesidad de ir en busca de ellos-. Prima.

La prima capituló, tal como él esperaba.

-Está bien. Te prometo que no iré otra vez a buscarla. Pero eres malo, Ian -antes de que el muchacho de la caballeriza tomara las riendas y atara a Tocsin, se deslizó de la silla sobre el bloque de montar-. Y ya no te quiero.

El muchacho la miró, sonriendo.

-Es la sajona más dulce que he conocido jamás.

-Sí -Ian desmontó-. Es dulce.

-¡Ha vuelto! -el muchacho felicitó a Ian-. Es bueno haber escapado de las redes de la bruja.

-Estoy de acuerdo contigo en eso, Shanley -se aflojó la corbata, arrugada tras la jornada a caballo-. Eres Shanley, ¿verdad?

Mientras hablaba, Shanley no quitaba los ojos de en-cima al semental.

-Sí, señor Ian.

-Eres de los Armstrong, ¿no es así?

Shanley asintió.

-Correcto otra vez, señor Ian.

Cauteloso, se acercó a la cabeza de Tocsin.

-Cuando veas a tu padre, dile que se quede tranquilo, que mis partes aún funcionan.

-¡No creo que me lo pregunte!

-No me gustaría que se quedara con la duda -Ian le entregó las riendas de Tocsin-. El caballo ha hecho un buen paseo. Frótalo, cepíllalo, te aseguro que no te causará ninguna dificultad -Tocsin bufó, pero Ian se plantó delante de él y lo miró a los ojos-. ¿No es así muchacho? ¿Lo harás?.

Las narices del potro se dilataron pero Ian le sostuvo la mirada hasta que, por fin, el animal accedió con un cabeceo a desgana; Ian le rascó la nariz.

-Eres una belleza -lo arrulló.

-Sí, señor Ian, es verdad -el joven Shanley se animó a acariciar el cuello de Tocsin- ¿Le han dicho alguna vez que se entiende bien con los animales?.

-Algunas personas-el caballo giró la cabeza hacia Shanley, y Ian observó al muchacho mientras le rascaba bajo la barbilla y Tocsin estiraba el cuello-Tú también te entiendes bien con los animales -comentó.

-Eso se lleva en la sangre -respondió el muchacho, distraído.

Sorprendido, Ian preguntó:

-¿Qué quieres decir?

Shanley lo miró con cierto aire de culpabilidad.

-Nada. Es un dicho de por acá; eso es todo.

Tocsin lanzó un fuerte relincho, y el muchacho, poniéndose de puntillas, susurró a su oído.

-No andes contando cosas de mí, grandullón.

Shanley condujo a Tocsin hacia el establo.

Ian se quedó mirándolo, con el entrecejo fruncido.

Muchas personas afirmaban entenderse con los animales pero no siempre era verdad. Era raro encontrar dos personas con esa característica en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Ian siguió tras los pasos de Wilda; subió por el irregular sendero de piedra que llevaba a la casa. Le pareció irónico que el jardín de la bruja estuviese mejor mantenido que este lugar. Desde la llegada de su padre, y tal vez desde antes, el mantenimiento dejaba bastante que desear. El techo de la lechería estaba hundido. De los árboles colgaban ramas tan bajas como para azotar la cara de una persona. Una de las ventanas de la casa se había roto y estaba remendada con un trozo de madera.

Aun así, era un deleite para la vista de Ian. El sólido edificio parecía cómodo encaramado en su colina, acostumbrado al viento del mar y orgulloso de su paisaje. Se habían agregado dos alas en distintas épocas en diferentes estilos, y eso daba a la casa cierta similitud con un pájaro. Las torrecillas de piedra gris eran réplicas de una época pasada y la ancha escalinata hacia las puertas de entrada invitaba a entrar.

Eso hizo, entrando a un ancho corredor flanqueado por puertas. Una llevaba al estudio, otra a la biblioteca, otra a una sala de estar y otra más daba a una escalera que conducía a la cocina y el lavadero. Enfrente estaba el gran salón, con dos corredores de planta circular que iban hacia los dormitorios. En uno de ellos reposaba su padre; allí debería ir Ian.

Debería hacerlo. Apoyó una mano en la mesa tallada.

Debería. Deber.

Desde que había llegado a Escocia, esas palabras regían su vida. Le gustaba cumplir sus obligaciones en Fionnaway, pero el descuido

en que se encontraba la propiedad le consumía horas, y exigía aún más. Detestaba las horas que pasaba cuidando a su padre, sabiendo que nada de lo que hiciera podría aliviarlo y que, en opinión de Leslie, él nunca hacía lo bastante. Ahora también debía dedicar tiempo a vigilar a Wilda, y el tiempo era una materia escasa para él.

-Parece agotado, señor Ian -la señora Armstrong, alta y maciza, se dirigía hacia él con un lío de sábanas sucias-. ¿Acaso no lo ha animado el paseo?

-El paseo, sí -cuadró los hombros. Como siempre, él haría lo que debía hacer. Los días de disipación habían pasado hacía mucho tiempo-. La bruja está en camino, aunque debo decir que su esposo no está muy contento con eso.

-Eso me dijo.

Mujer poco demostrativa, la señora Armstrong había estado en Fionnaway toda su vida.

-La bruja me habló de lady Alanna -dijo Ian-. Al parecer, está convencida de que la dama aún vive.

La señora Armstrong apoyó el lío en su cadera.

-Si eso fuese cierto, significa que no fue un fantasma lo que usted vio.

-Nunca lo dudé. Su rodilla me dejó magulladuras en el pecho y su cuchillo me hizo un agujero en el cuello.

-Cuando usted salió tambaleándose y gritando que había visto un fantasma, nosotros no lo conocíamos. Ahora lo tomamos más en serio.

Eso era lo más parecido a una disculpa que oiría jamás y, por otra parte, era un testimonio de su carácter: la señora Armstrong, cuyo juicio apreciaba, lo consideraba como un hombre en quien se podía confiar.

Otra confirmación de que él pertenecía a ese lugar.

-La bruja dijo que conocía bien a lady Alanna.

-¿Eso dijo?

La voz de la señora Armstrong se elevó, asombrada; dejó caer una toalla.

Cuando se inclinó para recogerla, Ian puso un pie encima.

-¿Qué me dice de eso?

La mujer se enderezó a desgana y lo miró.

-Por lo que yo recuerdo, esa bruja jamás conoció a lady Alanna. La anterior sí, pero ésta no.

-No entiendo.

-En Fionnaway siempre tenemos una bruja viviendo en la choza del claro. Hay quienes dicen que es la misma bruja que se pone más vieja y más fea, pero eso es un absurdo. Cuando una bruja se pone vieja, aparece otra.

Hablaba en tono tan práctico que Ian debió hacer un esfuerzo y recordar que no estaba en Inglaterra. Allí, había terminado la caza de

brujas, y los hombres cultos se reían de la superstición. Pero ahora estaba en las Highlands, las tierras altas de Escocia, que la civilización había dejado casi intactas. La señora Armstrong, en apariencia tan sensata, creía en cierta clase de transferencia de magia de una bruja a otra. Y como no podía burlarse sin ofenderla, preguntó con toda cortesía.

-¿De dónde viene esta nueva bruja?

La señora Armstrong echó por tierra la insolente su-posición de Ian.

-En realidad, no es una bruja. Si alguna vez vivieron seres mágicos aquí, deben de haber muerto hace mucho tiempo.

Rió, como invitándolo a hacer lo mismo.

Pero él no pudo más que esbozar una tensa sonrisa.

-La nueva bruja que aparece es sólo una vieja que ha sido echada de una aldea menos compasiva. La antigua le enseña a preparar sus medicinas para que, cuando muera, haya alguien que atienda nuestras enfermedades. Bien, es cierto, lady Alanna tenía trato con la antigua bruja. Su madre murió muy joven tratando de dar a luz, ¿sabe usted?; por eso la antigua bruja enseñó a lady Alanna el arte de curar. La castellana de una gran propiedad debe saber esas cosas.

Lentamente, Ian se inclinó y recogió la toalla.

-Eso significa que la bruja que yo conocí hoy es la nueva. Qué interesante. Me ha dado algo en qué pensar -una pieza del enigma de Fionnaway. Mientras entregaba la toalla a la mujer, la miró a los ojos-. Debería tener un poco más de cuidado con lo que dice cuando Wilda anda cerca, pues, aunque no tiene mucho sentido común, tiene un oído muy agudo.

La señora Armstrong alzó las cejas con aire interrogante.

-Hoy la encontré en casa de la bruja.

Si bien el ajetreo del ama de llaves de una gran casa y el de criar a siete hijos parecía haber inmunizado a la señora Armstrong de la sorpresa, ahora soltó un murmullo de ansiedad. Palmeándole el brazo, dijo:

-Ay, señor Ian, eso podría haber sido un desastre. Debe de habernos oído a Agnes y a mí cuando creíamos que estaba tostándose los pies ante el fuego. Está bien, advertiré a los demás. Ian se demoró un momento más. Ese día, la señora Armstrong había cuidado a su padre durante su ausencia; era la única criada que se atrevía.

-¿Cómo está él?

No necesitó preguntarle quién era él: lo sabía.

-El señor Fairchild ha estado blasfemando otra vez contra usted.

A lo largo del corredor resonó un aullido que no parecía terrenal, y la imperturbable señora Armstrong se estremeció.

-Será conveniente que la bruja se dé prisa -Ian se acomodó la chaqueta y se subió las mangas-. Él necesita ayuda y yo no sé cómo dársela.

-No se fastidie por eso, señor Ian. No se puede hacer nada por él -dijo la mujer-. Está padeciendo su vieja enfermedad, la que él mismo se ha provocado.

Parecía casi impiadosa; Ian le preguntó:

-¿A qué se refiere?

-El pecador será castigado y el cordero extraviado será redimido -la mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza y apretó con fuerza el lío de ropa sucia contra su cuerpo-. Señor Ian, recuérdelo cuando esté vociferando sus maldiciones contra usted.

-Sí -Ian no tenía idea de a qué se refería, aunque sí sabía que él no tenía mucho que ver con Dios. Dios no tenía compasión de criaturas como Ian, si bien él no tenía intenciones de perturbar a la señora Armstrong con semejantes sentimientos. Cuando ella ya se iba, le dijo-: Ah, una cosa más.

La mujer se detuvo:

-¿Qué, señor?

-¿Cuántos años tendría lady Alarma si viviera?

-¿Cuántos años? -lo miró de frente, con expresión de duda-. Señor Ian, ¿no está usted un poco más cansado de lo que está dispuesto a admitir?

-¿Cuántos años? -insistió.

-Veinte... no, casi veintiuno.

De modo que sus cálculos eran correctos. Y...

-¿Sabe la fecha de nacimiento de lady Alanna?

-Creo que sí -repuso ella, indignada-. ¡Fui yo quien asistió a su madre! Fue en verano, en julio. Creo que el veintiuno -arrugó la frente mientras recordaba-. Sí, fue el veintiuno, un día antes de que naciera mi hijo Jamie.

-Gracias, señora Armstrong. Me ha prestado una gran ayuda.

Mientras ella se alejaba hacia la lavandería, él con-templó la piedra de su sortija. El veintiuno de julio. Faltaban sólo dos semanas para el cumpleaños de lady Alanna.

Tenía menos tiempo del que pensaba.

Los viejos de Escocia sonríen con tolerancia cuando los jóvenes los interrogan con respecto a su herencia de encantamientos y responden:

-No tienen tiempo para eso. El simple esfuerzo de arrancar el sustento de este suelo áspero o de las aguas hostiles del mar les consume todo su tiempo.

Algunos de los jóvenes escuchan y doblan la espalda sobre el trabajo, como es debido.

Otros sólo ven lo romántico de la magia, con la esperanza de que, con su contribución, les alivie la vida. Quieren pociones. Quieren embrujos. Buscan ayuda en charlatanes y viejas que se consideran hechiceras.

Son tontos, porque cualquiera sabe que las brujas no existen.

4

Disfrazada de bruja, lady Alanna abrió la puerta de la casa de Fionnaway. La noche la empujaba y, ante ella, la vela nocturna parecía llamarla. Con gran cuidado, cerró la puerta y se quedó inmóvil escuchando el silencio.

Nadie estaba levantado. Nadie salió a recibirla, pero cuando entró en la casa, la alegría casi la hizo caer de rodillas. Desde su huida, sólo una vez se había atrevido a ir y había sido para cometer un asesinato.

No podía hacerlo. Debería haberlo sabido. Pero al enterarse de la llegada del hijo del señor Fairchild se sintió sacudida hasta el alma, y sintió pánico. Había recogido sus hierbas y su cuchillo más afilado y se había escurrido en su dormitorio por la noche.

Todavía gemía cuando recordaba el embrollo que había armado, y desde entonces había cuidado mucho de mantenerse alejada de Fionnaway.

Sin embargo, ese día él había acudido a ella. A pesar de la inquietud de la bruja, Ian no la había relacionado con lady Alanna. Además, quien le ordenara acudir era el hombre que creía ser el nuevo amo de Fionnaway.

Por eso, llegó invadida por la felicidad y se detuvo a escuchar los sonidos de la casa. Había echado de menos el crujir de las contraventanas sacudidas por el viento. El olor de la leña en el hogar. La textura de la piedra en las yemas de los dedos.

Pero, al mismo tiempo, llegaba a regañadientes. No quería atender al señor Fairchild. Si bien deseaba que muriese lo antes posible, se conocía a sí misma lo bastante para saber que lo ayudaría, si podía.

Con todo, lo más importante era la certeza de que no correría el riesgo de ver a Ian Fairchild si podía evitarlo.

Por supuesto, el señor Fairchild había mentido con respecto a su hijo. El viejo tunante mentía aunque no mera necesario; ella debería haberlo sospechado. Ian, alto y orgulloso, tenía hombros anchos y musculosos y piernas largas y fuertes. Ni su corto pelo negro ni su barba mostraban señales de canas ni de la vejez que su padre había descrito.

Y los ojos de Ian… se echó a temblar y apretó las gemas de su collar, en el puño. Los ojos de Ian eran como su padre los había descrito. Grandes, de pestañas oscuras, esa clase de ojos que hacen derretir a las tontuelas, algo que ella no podía entender. Eran

castaños. Sencillamente castaños. Y, sin embargo... su mirada no podía ser calificada de sencilla. Penetrantes, impacientes, di-vertidos, como si pudiesen ver la realidad detrás de su disfraz, descubrir a la mujer solitaria que ocultaba.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien la había mirado a ella, a ella misma.

¿Por qué ese alguien debería ser un Fairchild?

¿Y por qué ahora, cuando su meta estaba a la vista?

Una nueva capa de ceniza cubría su cara y se desprendía de su pelo mientras ella se deslizaba por el corredor. Sumido en las sombras, el gran salón se abría ante ella, pero no podía demorarse. Ya se había demorado demasiado. Sin dudar, se encaminó hacia el dormitorio principal, del que se había apropiado el señor Fairchild inmediatamente después de su llegada; ella no había podido hacer nada para desalojarlo. Desde luego lo había intentado: ésa era la habitación de su madre.

Pero el señor Fairchild la había tratado con su desdeñosa superioridad y seguido adelante, redecorando la habitación con cortinas dé terciopelo y moblaje recargado, y había arrojado al cubo de desperdicios cualquier rastro de la historia de los MacLeod.

Los criados lo habían rescatado y se lo habían lleva-do a ella, y de ese modo dio comienzo la batalla.

La luz se derramaba en el oscuro corredor desde la puerta del dormitorio del amo. Ella se deslizó hacia allí, deseando poder dar media vuelta y marcharse.

Pero no cometió el error de creer que Ian le permitiría faltar a su deber. En ese sentido, había sido muy claro, de modo que ella apretó su saco con hierbas y entró.

Nada se movió salvo la figura resollante tendida sobre el elevado lecho. El señor Fairchild respiraba, suspiraba y se detenía, haciendo que ella contuviera el aliento hasta que él reunía fuerzas para continuar respirando.

Alanna se adelantó, subió a la plataforma y clavó la vista en el enfermo.

-Por las piedras -susurró-, ¿qué puedo hacer para ayudarlo?

La gordura que ese hombre había disimulado por medio de corsés con ballenas había desaparecido devorada por la enfermedad que lo consumía. En su lugar, una mórbida hinchazón redondeaba exageradamente su estómago bajo las mantas. Sus llamativas sortijas habían sido cortadas para sacarlas de los dedos hinchados. Ya no llevaba la peluca, inadecuada para ocultar la cabeza cal-va. Se había mordido los labios hasta hacerlos sangrar; formaban una fina línea tensa de dolor.

-Pobre señor Fairchild-dijo-. Toda su vanidad se ha esfumado, al fin.

-Te has tomado tu tiempo para llegar aquí.

La voz que llegó desde la puerta la sobresaltó; ella giró sobre sus talones.

-Ian.

Hizo una reverencia, negándose a presentar excusas a un usurpador.

-Te esperaba esta tarde. Ian se acercó a ella a zancadas, superándola con su estatura.

Demasiado orgullosa para retroceder, Alanna se apartó un poco y replicó:

-Las hierbas conservan sus cualidades mágicas mientras están frescas; salí a recogerlas esta tarde -metió la mano en el saco que colgaba de su cinturón y arrojó a la cara de Ian un puñado de hojas-; Siempreviva para las ulceras y para aliviar la irritación de la boca. Perifollo para el estómago debilitado. Agrimonia para tonificar el hígado... y puesta debajo de la cabeza, es buena para inducir el sueño. Y betónica como panacea para todos los males.

-¡Uf! -Ian agitó la mano y retrocedió, alejándose de los olores, se bajó de la plataforma y se acercó al fuego rugiente que ardía en el inmenso hogar-. ¿Be-tónica? ¿Es la que tiene poderes contra los espíritus malvados?

La mujer alzó las cejas como expresión de burlona sorpresa.

-¿Es usted un hombre culto? Creía que eran términos mutuamente excluyentes. Ian no la abofeteó como hubiese debido hacerlo. No le mostró los dientes y no la regañó. Igual que antes, ignoró la ofensa como si no tuviese importancia viniendo de ella.

Alanna no supo cómo reaccionar, aunque eso no le agradó. -Te has tomado tu tiempo para llegar aquí.

La voz que llegó desde la puerta la sobresaltó; ella giró sobre sus talones.

-Ian.

Hizo una reverencia, negándose a presentar excusas a un usurpador.

-Te esperaba esta tarde. Ian se acercó a ella a zancadas, superándola con su estatura.

Demasiado orgullosa para retroceder, Alanna se apartó un poco y replicó:

-Las hierbas conservan sus cualidades mágicas mientras están frescas; salí a recogerlas esta tarde -metió la mano en el saco que colgaba de su cinturón y arrojó a la cara de Ian un puñado de hojas-; Siempreviva para las ulceras y para aliviar la irritación de la boca. Perifollo para el estómago debilitado. Agrimonia para tonificar el hígado... y puesta debajo de la cabeza, es buena para inducir el sueño. Y betónica como panacea para todos los males.

-¡Uf! -Ian agitó la mano y retrocedió, alejándose de los olores, se bajó de la plataforma y se acercó al fuego rugiente que ardía en el inmenso hogar-. ¿Be-tónica? ¿Es la que tiene poderes contra los espíritus malvados?

La mujer alzó las cejas como expresión de burlona sorpresa.

-¿Es usted un hombre culto? Creía que eran términos mutuamente excluyentes. Ian no la abofeteó como hubiese debido hacerlo. No le mostró los dientes y no la regañó. Igual que antes, ignoró la ofensa como si no tuviese importancia viniendo de ella.

Alanna no supo cómo reaccionar, aunque eso no le agradó.

-¿Puedes hacer que se sienta más cómodo? -Ian se calentó la espalda frente a la chimenea-. Asusta a los criados con sus gritos; nadie quiere entrar y arriesgar su pellejo.

-¿Quién lo ha cuidado?

-Yo he estado con él la mayor parte del tiempo.

La magia estaba muy extendida en esa parte de Escocia. Durante toda su vida Alanna había oído hablar de elfos y gnomos, brujos y hombres lobo. Fionnaway sobre-vivía gracias a la magia, pese a que Alanna no había visto a una criatura encantada en toda su vida.

Hasta que conoció a Ian. Guapo era una palabra débil para describirlo. Se movía como si formara par-te de la noche, oscuro, flexible, deslizándose como una tormenta venida desde el mar. Su cuerpo constituía una fuerza de la naturaleza que se movía con la gracia y el poderío del viento. Procuraba disimular su naturaleza bajo una barba brillante y bien cuidada; el austero corte de pelo no alcanzaba a ocultar su brillo de ébano.

Con los ojos entornados, Ian vio que ella lo observaba; le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

De ninguna manera Alanna, se recordó. Menos aún a él. Con cautela, dijo:

-En Fionnaway, siempre hemos llamado «Mab» a las brujas.

-Ah -se frotó el trasero ahora caliente-. ¿Eso significa que no has sido siempre Mab?

-Tomé el nombre cuando la antigua bruja murió.

Con el aire complacido de un hombre que saca una conclusión, Ian dijo:

-O sea que nunca fuiste una vieja bruja. Tal vez eras una dama.

La consternación la hizo chocar contra la cama; de todos modos el señor Fairchild no se movió.

-¿Por qué se le ocurre eso? -preguntó demasiado rápido.

-Tu inglés es muy bueno para ser una campesina.

Para distraerlo, lo desafió con otra pregunta.

-¿Qué edad tiene usted?

-Treinta y cuatro. ¿Cuánto hace que murió la vieja bruja?

-Seis meses. ¿Siempre ha vivido usted con su padre?

-Desde que tenía doce años. ¿Cuánto tiempo has vivido aquí como bruja?

-Cuatro años. ¿Dónde está su madre?

-Ella me abandonó. ¿Te sientes sola?

-¿Lo abandonó...? -empezó a decir, hasta que la segunda pregunta hizo impacto y tartamudeó-: ¿Sola? Bueno... sí. -con la intención de ponerlo en su mismo nivel, le preguntó-: ¿Y usted? Ian lanzó una carcajada profunda y agradable. Junto a sus ojos se formaron unas arrugas, sus labios se estiraron y temblaron. Este hombre, al que ella creía tan peligroso, rezumaba encanto. Y por eso, quizá fuese aún más peligroso de lo que ella había imaginado.

-¿Puedo ayudarte a cuidar de mi padre? -preguntó él.

-Necesito... -tomó aliento tratando de calmar su agitado corazón. No estaba seduciéndola. Para él, ella era sólo una vieja arpía. Cualquier perturbación que sintiera era producto de su propia desolación-Necesito una tetera con agua hirviendo y que algunas criadas me ayuden a moverlo, -vio que él dibujaba una expresión dubitativa-. Yo soy la bruja. Si yo les digo que vengan, vendrán.

-¿Cuánto tiempo las necesitará?

Alanna echó a la figura inmóvil de Leslie una larga mirada.

-Al igual que su médico, nunca he visto algo semejante, aunque... bueno. No importa. Jamás he visto algo así. Dígame, ¿cuánto hace que está tan afectado?

-El no lo dice, pero yo te aseguro que si ha mandado a buscarme es porque supone que se está muriendo. Digamos -Ian calculó-, por lo menos dos meses.

Alarma volvió otra vez la vista hacia el bulto sobre la cama, tratando de contener la oleada de odio y culpa que Leslie Fairchild le provocaba. Odio porque había debido huir de su propio hogar, y se había visto obligada a madurar y a hacerse autosuficiente cuando ella hubiese preferido seguir siendo la inmadura señora de Fionnaway. Y culpa porque odiaba a ese hombre condenado a morir en medio de grandes dolores, si las leyendas no mentían.

-Hace más tiempo que circulan rumores sobre su enfermedad.

-Ya me parecía a mí. Ian la examinó, sus ojos recorriendo su cuerpo con creciente curiosidad. Luego, haciendo un gesto de asentimiento, fue hacia la puerta.

La curiosidad prevaleció en Alanna por encima de la sensatez.

-¿Puedo hacerle otra pregunta? Ian se volvió, arqueando una ceja.

-Hasta ahora no habías necesitado permiso.

-¿Por qué ha respondido mis preguntas? ¿Por qué no me ha abofeteado por mi desvergüenza ni me ha ordenado que me ocupara de mis hierbas?

-Porque eres una mujer inteligente -sonrió, mostrando sus dientes brillantes a través de la recortada barba negra-. Una mujer inteligente. Aunque hubiera dicho que eran términos mutuamente excluyentes.

5

-¿Señorita Bruja?

La voz ahogada de Wilda hizo girar la cabeza de Alanna, quien clavó la vista en la puerta cerrada de la habitación del amo, a través de las sombras del anochecer.

-Señorita Bruja, ¿está usted ocupada?

Alanna contempló las facciones dormidas de Leslie y luego alzó la vista hacia la señora Armstrong. ¿Ocupa-da? Hacía tres días que lo atendía, asistiendo a ataques de ira y a estupores que le daban la apariencia de un muerto; sí, podía decirse que estaba ocupada.

Pero, de todos modos, la puerta se entreabrió y Wilda asomó su cabeza.

-¿No es cierto que es una pregunta tonta?: «¿está ocupada?». Desde luego, está ocupada. Incluso yo lo sé. Pero en este preciso momento el tío Leslie no está gritando, por eso pensé que tal vez quisiera dar un paseo. ¿Le gustaría caminar un rato conmigo?

Alanna miró fijamente a Wilda y sólo se le ocurrió pensar: ¡Qué hermosa es! No había derecho de que una mujer tuviese un pelo tan resplandeciente como el oro bajo el sol o la luz de las velas. Mientras la ceniza manchaba el rostro de Alanna y la áspera lana deformaba su figura no era justo que esta mujer tuviese un cutis de seda y llevara un vestido de algodón de color amaranto que acentuaba su silueta menuda y bien formada.

Y lo que Alanna odiaba, lo que más odiaba, era que la sensata señora Armstrong miraba a Wilda con expresión de gran cariño. Si debía competir con una bella mujer en su propia casa, que al menos esa mujer tuviese la bondad de ser grosera con las señoras mayores y despectiva con los criados.

-¿Caminar? -preguntó Alanna con tono no muy prometedor-. Ya se ha puesto el sol.

-En realidad, no. No del todo -Wilda le dedicó una sonrisa convincente y toqueteó los botones de su pelliza de lana-. De todas maneras, pensé que le agrada-ría la oscuridad.

Alarma estaba cansada y su mente trabajaba con dificultad, por eso preguntó:

-¿Por qué?

-Bueno, ¿no es usted una bruja? A las brujas les gusta la oscuridad. Siempre pensé que era porque querían hacer cosas malas, sin embargo usted es bondadosa con el tío Leslie; por lo tanto eso no debe de ser cierto. Quiero decir que cualquier persona que sea buena con el tío Leslie debe de ser loca o buena; aunque yo sea una Fairchild

tan espantosa como los demás, soy capaz de reconocer la bondad cuando la veo.

-¿Una Fairchild? -Alanna entendió por primera vez lo que Wilda estaba diciendo-. ¿Es usted una Fairchild?

Wilda parpadeó, agitando sus pestañas oscuras.

-¿No lo sabía?

-No, ¿por qué debía saberlo? -replicó Alanna, irritada.

-Señorita Bruja.

La señora Armstrong usó el apodo que había creado Wilda, pero con tono admonitorio.

Alanna echó una mirada de soslayo a su querida y antigua criada. Al principio, la señora Armstrong había estado en guardia contra ella. vigilándola para ver las posibles conductas demoníacas de la bruja.

Eso fue hasta que vio el collar de Alanna. Su madre había puesto la cadena de plata en torno del cuello de Alanna el día que cumplió tres años y, a partir de entonces, en cada cumpleaños, agregaba una gema cuadrada que sacaba de la pequeña bolsa que le habían regalado.

Su madre ensartaba la piedra en la cadena y Alanna la usaba todo ese día. Luego le quitaba el collar y lo guardaba hasta el año siguiente.

Al principio, ella no entendía el ritual. Las piedras cuadradas, de color tostado, estaban talladas con unos dibujos indescifrables que para ella no tenían significado. Pero los criados siempre aguardaban conteniendo el aliento mientras el señor Lewis examinaba la que ella había elegido, y Alanna se había convencido de que la prosperidad del lugar dependía de ella. En realidad, era una costumbre tonta que, en la adolescencia, había despreciado.

Sin embargo, cuando debió huir, se puso el collar en el cuello, bajo la ropa, y jamás se lo quitó. Todos los años había ido a ver al señor Lewis, quien sacaba otra piedra de la bolsa. Y en cuanto la señora Armstrong la oyó hablar y oyó el entrechocar de las gemas, el secreto de Alanna fue revelado al menos a una persona. Pero la señora Armstrong era discreta.

Por desgracia, la señora Armstrong tenía firmes convicciones con respecto a cómo debía ser la señora de Fionnaway. Debía ser bondadosa, diligente y hospitalaria

No era éste el interés de Alanna, pero la señora Armstrong asumía los privilegios que le correspondían por haber asistido su nacimiento, y daba a conocer su opinión sin titubeos.

Alanna se esforzó por hablar en tono cordial y dijo.

-No sabía que era usted una Fairchild.

Los ojos de Wilda se agrandaron de sorpresa.

-Todos nos parecemos mucho.

Alanna observó al señor Fairchild, cuyo rostro estaba iluminado por la luz de las velas y el resplandor de los rayos del sol poniente. Para su sorpresa, pudo ver los rasgos de la hermosa Wilda en esas facciones torturadas.

El alivio la inundó, aunque no tenía derecho de sentirlo. Ian era el primo de esta mujer, no su amante; eso explicaba que fuese tan protector. Sin embargo...

--Ian no se parece a usted.

-No, pobre; por eso se burlaban sin piedad de él cuando vivía en la casa Fairchild, aunque en mi opinión es más fácil ser un Fairchild y tener la apariencia de Ian que serlo y tener el aspecto que tenemos los demás, porque toda la buena sociedad retrocede cuando nos ve aparecer -se tocó el hoyuelo de la barbilla con el índice-. Salvo los hombres, por supuesto.

-Por supuesto -murmuró Alanna.

-No me parece atractivo que a un caballero se le caiga la baba, ¿no le parece?

Wilda parecía estar seria, pero una gran carcajada inesperada brotó desde dentro de Alanna. Ella la convirtió en un graznido de vieja y, cuando pudo contenerse, dijo:

-No lo sé.

-¿Cómo no? Usted ha sido bonita en otro tiempo.

Alanna se sobresaltó.

Wilda se acercó más y la examinó.

-Muy bonita. De hecho, ahora mismo podría estar mucho mejor. Quizá yo podría ayudarla a mejorar su apariencia y usted podría ayudarme con mi problema.

Alanna se quedó mirándola, horrorizada.

Wilda retrocedió al ver la expresión de Alanna y señaló el monedero que colgaba de su brazo.

-Tal vez estaría más conforme si yo cruzara su mano con plata.

-Eso sería mejor -Alanna salió de la luz de las velas y fue hacia Wilda pensando en su trayecto por los corredores oscuros-. Caminemos mientras usted dice a la vieja bruja en qué puedo ayudarla, señorita Fairchild.

Salieron de la habitación del amo y echaron a andar; Alanna cuidó de mantenerse cerca de la pared. Pero Wilda no decía nada.

-¿Señorita Fairchild? -invitó Alanna con suavidad.

-Bueno, quizás usted me considera una tonta, ¿no es así? Esperé tentó tiempo para hablar con usted cuidando de que Ian no me viese, y ahora no sé qué decir. Porque Ian se enfadó mucho cuando mi a verla, ¿sabe? Me obligó a prometer que no volvería a ir a su casa.

-¿En serio?

-Dijo que era usted una vieja astuta.

-Tiene un poco de razón -dijo Alanna con bastante humor.

-Pero en realidad yo no mi a buscarla porque usted ya estaba aquí; entonces no quebré mi promesa y, ¡oh, señorita bruja!... -Wilda apretó la mano de Alanna entre las suyas-. Llevo conmigo tanto tiempo este deseo de mi corazón; ya no sé quién puede ayudarme.

Wilda sorprendió a Alanna con su calidez y su bondad. Esta muchacha... no, esta mujer, porque ya no era tan joven como parecía, conmovió a la vieja bruja sin causar vacilación o temores. Alanna se sintió inundada por el recuerdo de su madre, del modo en que ella solía acariciar su mejilla o pasar un brazo sobre sus hombros, expresando verdadero afecto sin decir palabra.

-Puede pedirme lo que quiera.

Alanna misma no podía creer que esas palabras hubiesen salido de su boca, cuando en realidad tenía intenciones de deshacerse de Wilda con una miscelánea de palabras mágicas sin comprometerse de verdad.

Después de todo, Wilda esperaba brujerías de verdad.

-¡Gracias! -los ojos de Wilda brillaron como dos zafiros-. Sabía que Ian se equivocaba con respecto a usted. Cuando usted vino aquí, tuve miedo de que él estuviese rondando todos los días y todas las noches, y de que nunca la encontraría sola.

-En cambio, le faltó tiempo para abandonar su lugar junto a su padre -repuso Alanna.

_Oh, no -Wilda soltó la mano de Alanna-. Ian no hace eso.

A pesar de ser una mujer que hablaba sin parar, pareció conforme diciendo sólo eso.

Y aun a desgana, Alanna admitió que Wilda tenía razón. Al comienzo, Ian había vigilado cada tanto los progresos de la bruja, pero a medida que ella demostrara su eficacia, él había aprovechado la oportunidad de resolver las cuestiones que Fionnaway le planteaba. Alanna odiaba ver a los criados acudir a él con sus preguntas, odiaba oírlo responder a los aldeanos con sabiduría, pero, al mismo tiempo, se alegraba cuando él se iba de la casa para recorrer la propiedad montando a Tocsin. Tenerlo cerca de ella le daba una incómoda conciencia de su verdadera identidad, y su sombría mirada la hacía sentirse desnuda de su disfraz.

Ahora, él se marchaba todo el día y ella lo agradecía. La propiedad tenía gran necesidad de cuidados y Ian tema una actitud competente que inspiraba confianza a los sirvientes y, aun más importante, a la propia Alanna.

Alanna no quería pensar cómo reaccionaría él cuan-do ella cumpliese 21 años y reclamase la devolución de Fionnaway. Tampoco quería pensar que estaba en deuda con él por su administración porque sabía que las arcas estaban, o debían de estar, vacías.

Se consolaba con la idea de que, cuando llegara el momento lo compensaría de alguna manera. Y no ahondaría mucho en el enfado de

él cuando descubriese su engaño. Cuando descubriese todos los engaños

Un paso más y Wilda y la bruja estarían en el gran salón, con sus luces y sus comodidades; Alanna no quería que eso sucediera. Haciendo un brusco giro, dijo:

-Diga a la abuela cuál es el deseo de su corazón.

-Prometió que no se reiría.

La voz de Wilda tembló.

-No me reiré.

-Lo que quiero... ¡olvidé cruzar su mano con plata. -Wilda manoteó la cuerda de su bolso-. ¿Cuánto por un hechizo?

Fascinada, Alanna observaba el temblor de los dedos de Wilda.

-Depende del hechizo.

-A mí me parece que es grande -Wilda sacó una moneda e, inmediatamente, la dejó caer- Oh, caramba -poniéndose de rodillas, se arrastró hacia la moneda que giraba, mientras de su bolso caían más- Bueno no tan grande. No se trata de hacer que el ojo de alguien se ponga en el medio de la frente o de provocar una plaga de esos asquerosos insectos con esas cosas que se mueven en la cabeza, pero es más grande que convertir a una rana en príncipe.

-Por lo genera1, yo hago lo contrario -siguiendo a Wilda, Alanna se agachó y recogió las monedas a medida que avanzaba-. Suelo convertir a los príncipes en ranas. Wilda se puso en cuclillas.

-¿En serio?

-No -entregó las monedas a Wilda y su palpable desilusión la hizo reír. Decidió aliviar la ansiedad de la otra-. Señorita Fairchild, deje que la abuela le diga lo que quiere.

Wilda unió sus manos y dijo:

-¿Usted lo sabe?

Alanna no tenía la menor idea; sin embargo cuanto más miraba a Wilda más comprobaba que no era una mujer muy joven. Debía de estar acercándose a los 30 años, no llevaba sortija y vivía con su primo. Estaba segura que acertaría cuando dijo:

-Quiere una poción de amor.

La cara de Wilda se alargó de tal modo que Alanna se sintió culpable por haberla decepcionado.

-¡No! Espere. En realidad, la abuela necesita de su cristal para mirar en su corazón -se frotó la frente con los dedos: había estado convencida de que no se equivocaba-. Dinero -dijo, mirando a la otra.

La decepción de Wilda se hizo aún mayor.

Amor. Dinero. ¿Qué otra cosa podría querer Wilda?

-¿Una casa para usted sola?

Wilda negó con la cabeza y unos mechones de pelo se balancearon en torno de su cara en forma de corazón.

Alanna bajó las manos y parpadeó como si estuviese poniéndose en trance.

-Señorita Fairchild su mente es compleja y fascinante.

Wilda se iluminó.

-La vieja abuela encuentra difícil entender sus pensamientos. Quizá debería decirme qué clase de hechizo quiere.

Mientras guardaba las monedas dentro del bolso, Wilda miró a Alanna con expresión franca.

-Tiene usted tan buen corazón. Yo quiero...

Una ráfaga de viento golpeó la puerta del frente contra la pared. El ruido resonó en toda la casa, y la voz de Ian exclamó:

-Cenaré y después iré al establo. Una de las yeguas esta por parir, y Shanley está inquieto por ella.

Las dos mujeres se miraron y, sin decir palabra, salieron corriendo en direcciones opuestas.

-Alimaña traicionera -Alanna se frotó el ojo golpeado y miraba fijamente a Leslie, que vociferaba, casi inconsciente-. Gusano de corrupción.

-No sé de dónde sacó fuerzas para darle semejan-te golpe-la señora Armstrong se acercó a la vela de no-che-. Déjeme que lo vea.

-¡No! -dijo Alanna con demasiada vehemencia y lo lamento-. No.

-Se pondrá morado si no le ponemos un paño frío -insistió la señora Armstrong, sin dejarse impresionar por la explosión de Alanna.

Los ojos de las brujas no se ponen morados.

Se enjugó el hilillo de sangre que corría por su mejilla, deseando que mera cierto. Le dolía el cuerpo de cansancio por haber estado tantas horas atendiendo al enfermo. Su alma se retorcía ante los fragmentos de malevolencia que el señor Fairchild soltaba, incluso en medio de su delirio.

-Tampoco sangran -replicó la señora Armstrong- Pero si es usted obstinada, no es problema mío. No choque con alguna pared con ese ojo cerrado por la hinchazón.

Con los ojos entornados, Alanna miró a las mujeres que había elegido por su equilibrada sensatez. Dos de ellas hablan sometido al señor Fairchild por la fuerza y le habían dado una dosis de betónica; ahora estaban de pie a ambos lados de la cama. La señora Armstrong estaba a los pies, en el vértice del triángulo. Todas tenían la misma pose: las manos en las caderas, los codos abiertos.

-Gracias por vuestra ayuda. Habéis sido más amigas que nadie desde que la vieja Mab murió el invierno pasado. Acabo de advertir que me he sentido... solitaria -sonrió titubeante, en un intento por demostrar su gratitud ya que no podía hacer otra cosa-. No sé qué habría hecho sin ustedes estos dos últimos días -dando un paso a un

costado, les hizo señas de que salieran-. Ya es muy tarde y necesitan descansar. Ahora, lo cuidaré yo.

Las mujeres salieron, chasqueando la lengua y protestando. Irían a los cuartos de los criados, se envolverían en sus mantas y dormirían hasta que ella volviese a llamarlas. Cuando su amistosa calidez desapareció del cuarto, la sensación de soledad volvió a inundar a Alanna. Con dedos temblorosos, humedeció un paño en un cuenco de loza que había sobre la mesilla de noche y se limpió la sangre de la herida. En el trapo aparecieron manchas de sangre y de ceniza, y el temblor aumentó. Hundió el trapo en el agua, lo retorció y volvió a limpiarse... y murmuró:

-Bueno, no importa.

Alanna llevó consigo el recipiente hasta un gran espejo, lo dejó en el suelo y se sentó al lado. Con firmes pasadas, se limpió la capa de suciedad de la cara. Con mucho cuidado, se quitó el camuflaje del hematoma y de los párpados. A medida que el agua se ensuciaba, sus intentos tenían menos éxito; parpadeó para eliminar las lágrimas y poder contemplar su reflejo: lo que vio la hizo llorar otra vez. Tenía el ojo hinchado y crecía el morado. Llorar siempre le dejaba los ojos hinchados y la nariz enrojecida y deformada. Y, pese a sus esfuerzos, le quedaban ras-tros de ceniza y carbonilla.

Pero, ¿quién la vería y a quién le importaría? Por cierto que no al hombre acostado. Levantándose, camino hasta la cama. Tal vez el señor Fairchild no volviera a despertar.

Durante cuatro años, ella había soñado con volver a su hogar. Y ahora que había vuelto, todo estaba cambiado. Los sirvientes más nuevos eran adustos y poco inclinados a cooperar. No se habían hecho mejoras en la casa. El señor Fairchild había corrompido el hogar de Alanna con su sola presencia, y ella no sabía cómo podría limpiarla.

Esto era Fionnaway. ¡Era suyo! Y no podía seguir permitiendo que unos extranjeros, ingleses, hollaran sus tierras como un sabueso que persigue a un zorro.

Había sido testigo de los intentos de su madre de complacer al hombre irresponsable y hosco con el que se había casado. La había visto morir en esta misma habitación, tratando de dar a luz a un hijo para ese hombre; Alanna había jurado que jamás permitiría a un hombre semejante control sobre su vida. Cuando cumpliera 21 años ocuparía su lugar como ama de Fionnaway. Tomaría esposo, sí, pero esperaría un año. Primero habría consolidado su posición como señora indisputada de sus tierras, de su fortuna. Consideraría todas las posibilidades y elegiría a alguien que fuese sumiso y dócil. Que conociera su lugar; durante sus años de exilio había planeado cómo recuperaría la grandeza de Fionnaway

Y sin embargo ahora, cuando el señor Fairchild muriese, quedaría su hijo, y Alanna no cometería el error de pensar que él soltaría el hueso con facilidad.

Todo Fionnaway dependía de ella. Tal como había hecho el ama durante innumerables años, ella custodiaba los secretos de Fionnaway. Y ahora, por causa de Ian, sentía el impulso de correr, a verificar que el pacto estuviese a salvo. Quería escabullirse en su antigua recámara y confirmar que aún estuviesen ahí las piedras en su caja, abrigadas e indemnes.

Tantos secretos... Tantas responsabilidades... Tantos peligros...

Un jadeo que llegaba desde la tarima la hizo alzar la cabeza. El señor Fairchild, consciente por primera vez en tres días, la contemplaba con expresión enloquecida. Alanna retrocedió pero el reconocimiento distorsionó el rostro del enfermo, que susurró:

-Alanna.

Ella dio otro paso atrás, musitando:

-No. Calle.

La voz del enfermo se hizo más fuerte.

-Alanna -se convirtió en un bramido-. ¡Alarma! Es ella... Alanna.

Con esfuerzo, se incorporó sobre las almohadas y Alanna saltó hacia él.

-¡No! ¡No se mueva!

Apoyó una rodilla en la cama, forcejeó con el violento sujeto, haciéndole bajar los codos sobre los que intentaba apoyarse.

El hombre le sujetó las muñecas. Su grito resonó con más fuerza en la noche, buscando una respuesta en el vacío.

-Es Alanna. ¡Detenedla!

-¡Calle!

Tironeó hacia atrás para soltarse... y cayó en brazos de un asistente.

El hombre la empujó, alejándola de la cama. Tomándola por los hombros, la hizo girar y le clavó la vista. Con la boca abierta, Alanna vio el rostro de Ian que se cernía sobre ella, y convocó a todos los poderes mágicos posibles para que la ayudasen a desaparecer.

Pero no desapareció. Ian dejó escapar una exclamación ahogada y la soltó como si le quemara los dedos.

Desde la cama, llegaron agitadas órdenes.

-Mi pupila. Atrapa a la pequeña ramera -más fuerte-. ¡Atrápala, imbécil bastardo! Ian la aferró por los brazos y la sacudió:

-¡Bruja! Si eres la transformista que cuentan las habladurías, te convendrá transformarte en alguien que pueda suavizar la muerte de este hombre... si no ordenaré a las cortes inglesas que te acusen de brujería y yo mismo encenderé el fuego bajo tus pies. Alanna corrió como si todos los osos de Inglaterra le mordiesen los talones; Ian la

miró mientras huía y luego volvió junto al lecho donde el enfermo se debatía en su delirio.

Hasta las rocas de la costa de las Highlands cantan su magia. El viajero solitario la puede oír como la melodía de un tiempo desaparecido hace mucho, puede olería en la fragancia picante de los brezos, puede ver sus destellos en la niebla. La magia llega, irresistible, a los sitios más recónditos del alma con cada cambio de la luna, con cada cambio de la marea.

Así lo han decretado los selkies.

Si son dejados en paz, la vida de los selkies es serena. Pescan en el mar, cuidan de sus crías y nadan con la gracia y la facilidad de las focas. Porque es a ellas que se parecen. Los humanos que las observan desde la costa lanzan exclamaciones viendo sus abriolas tan humanas y se sienten superiores a estas criaturas que suponen inferiores. Sin embargo, los selkies tienen dones que los humanos no pueden imaginar. Pueden ver los sentimientos. Pueden controlar las tormentas.

Y pueden adoptar diversas formas.

6

Ian había jurado que nunca volvería a mirar el mar. Cuando lo hacía, lo abrumaba el recuerdo de olas monstruosas y de un miedo que lo asfixiaba. Pero el ruido de las olas lo atraía siempre, y esa mañana estaba demasiado fatigado para resistir la tentación.

Apoyando la frente en el marco de la ventana oeste del gran salón, se puso a contemplarlo. Lenguas rocosas y pequeñas playas enfrentaban la rompiente que excavaba la tierra. Las olas aceptaban el desafío, atacaban, salpicaban, retrocedían y volvían a intentarlo. El viento llevaba a su nariz la fragancia salada del mar y allí arriba, en el aire, las gaviotas de cabeza negra y los alcatraces lanzaban sus roncos y guturales graznidos. Pero el paisaje no daba reposo a sus pensamientos.

Maldición, esa horrible vieja no tenía poderes.

Después de haber desistido en su inútil búsqueda de respetabilidad, había viajado por el mundo trabajando para Sebastian Durant, vizconde y comerciante, ganando más dinero del que creía posible. Y tenía el orgullo de decir que jamás había visto un fantasma. Nunca se había topado con un hada o un duende, y por cierto, tampoco había tenido encuentros con brujas.

Entonces, ¿por qué ahora? ¿Por qué allí, donde el mar lo arrullaba con la voz de su madre, veía a esta horrible y prosaica transformista?

Desde el primer instan-te en que la viera, había sabido que la bruja ocultaba secretos. Pero también sabía... ¡maldición, lo sabía!, que era tan humana como... bueno, tan humana como cualquiera de los que había conocido en esa comarca.

Un movimiento en las olas atrajo su atención. El mar era de ese color turquesa de las raras mañanas soleadas, adornado con orlas de espuma y trozos de... Ian aferró el brazo de una criada que pasaba.

-¿Qué es eso?

Aguzó la vista para distinguir qué era lo que retozaba entre las olas.

Agnes siguió la dirección que señalaba el dedo de Ian, y luego bajó los ojos.

-Bueno, señor Ian, podría ser una foca. Ian no hizo caso del escalofrío que lo recorrió.

-Pero esa... esa cosa tiene brazos. Has vivido toda tu vida aquí. ¿Qué es eso?

-¿Un tronco? -propuso, esperanzada, hundiendo el pie en la alfombra de lana tejida.

-¿Un bello tronco con una cabeza de cabellera cobriza? -se burló Ian-. ¿Qué te sucede? ¿Acaso no ves...?

-Mi vista ya no es lo que era, señor -dijo la mujer.

Con los brazos en jarras, Ian miró a la doncella de Wilda y vio que tenía los labios apretados. Pero él también podía ser obstinada.

-¿Quién puede saber qué es eso?

-Armstrong.

-Di a Armstrong que venga, entonces.

Aunque el tono de Ian no era demasiado alto ni áspero, Agnes se me andando hacia atrás: ése era el efecto que él tenía sobre ciertas personas. Había quienes detectaban el salvajismo que acechaba bajo la superficie. Otros, como Wilda, sólo veían bondad en él.

Ian nunca se había animado a desilusionar a su prima.

Agnes volvió menos de un minuto después.

-Armstrong acaba de regresar de la aldea de pescadores, señor Ian. Le ruega que espere a que se lave. Ian asintió; había olido esa mezcla tan peculiar de pescado y humo de turba y esperaría con gusto mientras Armstrong se lavaba.

Pero, para su sorpresa, Agnes se demoró mirando lacia fuera como si las cabriolas de esa criatura la fascinaran. Dijo como para sí misma:

-¿Le parece que tendremos una tempestad?

Ian no necesitaba pensarlo: lo sabía. Con un poco de concentración, podría atraerla hacia la costa o hacer que se quedara mar adentro. Era un talento que poseía, aun-que no lo admitiese.

-La niebla en el horizonte presagia una noche borrascosa.

-Me pregunto dónde se ocultará ella en noches como ésta.

-¿Ella? -preguntó Ian.

Agnes lo miró de soslayo, le dedicó una reverencia y cruzó deprisa el vasto espacio vacío del bien decorado salón. Ian codiciaba Fionnaway por su gran salón. En otra época había sido el salón principal del castillo y, si bien había cambiado con el tiempo, sus muros todavía mostraban las piedras toscas de su pasado medieval. Los enormes tapices que colgaban en sus muros le daban un esplendor señorial, y dos chimeneas inmensas rugían con sus fuegos encendidos en un intento de caldear la habitación. Vigas sin desbastar sobresalían, audaces, cruzan-do el cielo raso, ennegrecido por fuegos extinguidos hacía mucho. La historia rezumaba de los propios muros; si Ian podía asegurarse la posesión de la casa de Fionnaway, él formaría parte de esa historia. Tendría un apellido propio: sería el señor de Fionnaway.

Entonces, las piernas arqueadas de Armstrong lo condujeron a través del gran salón, hasta llegar junto a Ian.

-¿Señor? ¿En qué puedo servirle? Ian salió de sus cavilaciones y volvió a contemplar las olas. Sin dejar de mirar a ese ser viviente que aparecía y desaparecía en ciclos irregulares, preguntó:

-Allí, ¿lo ve?

-Oh, Ella ha vuelto, ¿no es cierto? -Armstrong rió entre dientes y luego se puso rígido-. Sí, lo veo. ¿En qué puedo servirle, señor Ian?

-¿Qué es?

-Podría ser una foca... Ian flexionó las rodillas y acercó su cara a la de Armstrong.

-Ya he tenido una conversación parecida con Agnes, y no quisiera tener una igual con mi mayordomo. Usted dijo «ella». Dígame, ¿quién diablos es «ella»?

Armstrong observó a Ian con expresión dubitativa.

-Es una superstición, señor Ian.

-¿Como una bruja?

-Bueno..., no. Yo he visto a la bruja con mis propios ojos. No, ese ser que está en el agua... los más ignorantes murmuran que es una... -Armstrong bajó la voz- ... una selkie. Ian se sintió atravesado por la sacudida, por la necesidad de negar, por la ira; su cabeza empezó a latir al ritmo de las olas. Había llegado a Escocia con recelo y hallado un refugio, y ahora descubría que su presentimiento de una tragedia se iba confirmando. Se preguntó una vez más cómo haría para escapar a lo que temía, si estaba dentro de sí.

Con perfecta compostura y tono moderado, repitió:

-Una selkie.

Sin duda, Armstrong interpretó que Ian estaba confundido.

-Sólo se trata de un viejo relato escocés, señor Ian, que habla de una criatura marina maravillosa.

Por un instante, Ian perdió el control.

-¡Sé muy bien qué es una maldita selkie!

Alarmado, Armstrong se cuadró y dijo con ofendida dignidad:

-La mayoría de nuestros visitantes ingleses lo ignoran.

-Yo no formo parte de esa mayoría de visitantes ingleses. Yo soy un condenado...

Se interrumpió; había estado a punto de cometer una estupidez.

Manoteó con gesto brusco la falleba de la ventana y la abrió. Una brisa fresca entró en el salón; Ian se enfrentó a ella con los ojos cerrados, esperando que le despejara las telarañas del cerebro.

Cuando sintió que había recuperado el control, se volvió hacia Armstrong.

-Lamento haberle hablado de ese modo. Lo que sucede es que... primero un fantasma. ¿Una bruja? ¿Y ahora una selkie?

-No tiene por qué creer, señor -dijo Armstrong con dignidad.

-¡Pero ella está ahí!

-Sí, pero es por culpa de lady Alanna.

-¡Claro! Todo termina en lady Alanna.

Esa mujer estaba acosándolo más de lo que lo haría un simple fantasma.

-Lady Alanna amaba el mar como todos los MacLeod desde siempre. Nadaba entre las olas, jamás temía a las corrientes o al frío; cuando desapareció pensamos que el mar se la había llevado. Algunos de los más viejos, los que miran el mar... dicen que la selkie tiene las facciones de Alanna.

-¿Las facciones de ella? -Ian se quedó mirando al mayordomo.

-Sí. Dicen que la selkie tiene la misma trenza larga, la misma piel clara. Sé que es una tontería -puso cara larga-. Pero usted me pidió que se lo dijera. Ian levantó las solapas de su chaqueta negra y se inclinó hacia fuera esforzándose por observar la silueta que se balanceaba más abajo, entre las olas. Mientras el viento aclaraba su mente, él repetía:

-Un fantasma, una bruja y una selkie -clavó la vista en el retazo de piel desnuda que distinguía en las olas coronadas de espuma, y una conjetura surgió en su mente. Cerró la ventana-. La señora Armstrong me dijo que en Fionnaway solía haber dos brujas.

-La señora Armstrong habla demasiado -suspiró como quien ve puesta a prueba su paciencia-. Pero bueno, es cierto. Vi por primera vez a la bruja nueva para San Juan, el mismo día que el pequeño Alistair se cayó del henil sobre la horquilla. Las brujas lo curaron: la vieja Mab indicaba a la nueva qué debía hacer. Eso sucedió hace casi cinco años.

-Qué coincidencia -Ian sonrió al comprobar que las piezas del rompecabezas empezaban a encajar-. ¿Cuándo habéis llegado a la conclusión de que esta bruja nueva era transformista?

-Algunos aldeanos estaban una noche en el bosque... vamos, bebiendo.

O practicando caza furtiva, pensó Ian.

-Y vieron a una mujer que se bañaba en el arroyo. La persiguieron y ella huyó... Bueno, junto al arroyo encontraron las ropas de la bruja; por eso dedujeron que ella se había convertido en cierva. De lo contrario, ¿cómo era posible que una muchacha pudiese escapar a tres hombres robustos? Ian percibió una nota de desdén en el tono de Armstrong; aventuró otra pregunta.

-De modo que en el término de un año, lady Alanna escapó, una selkie con sus rasgos retoza en las olas, y una bruja que se convierte en una muchacha viene a vivir en Fionnaway. Dígame, señor mío, ¿acaso esa muchacha que huyó tenía el pelo del color del cobre pulido?

Armstrong hizo una mueca.

-No me dirá que... No, no puede ser -se alejó unos pasos, giró sobre sus talones y volvió-. No es posible que una mujer joven, de buena cuna...

-¿Ni con un tutor como mi padre?

Armstrong se paseaba inquieto. Se detuvo y concedió:

-¡Bueno, con un tutor como él -se detuvo, apesadumbrado-. Discúlpeme, señor Ian. No quise ofenderlo. Ian hizo un ademán quitando importancia a lo dicho.

-No me ha ofendido.

Armstrong volvió a pasearse.

-Pero es imposible que la muchacha no mera des-cubierta.

-Sin duda, habrá una explicación incluso para esto. Seguramente, las criadas que corrieron en mi auxilio la noche que él me despertó gritando Alanna... -Ian sometió al agitado mayordomo a la fuerza de su mirada_. Las mujeres calmaron a Leslie sin inmutarse por la extraña apariencia de la bruja.

-Quiere decir que mi esposa está al tanto de esta infame ficción ella se había convertido en cierva. De lo contrario, ¿cómo era posible que una muchacha pudiese escapar a tres hombres robustos? Ian percibió una nota de desdén en el tono de Armstrong; aventuró otra pregunta.

-De modo que en el término de un año, lady Alanna escapó, una selkie con sus rasgos retoza en las olas, y una bruja que se convierte en una muchacha viene a vivir en Fionnaway. Dígame, señor mío, ¿acaso esa muchacha que huyó tenía el pelo del color del cobre pulido?

Armstrong hizo una mueca.

-No me dirá que... No, no puede ser -se alejó unos pasos, giró sobre sus talones y volvió-. No es posible que una mujer joven, de buena cuna...

-¿Ni con un tutor como mi padre?

Armstrong se paseaba inquieto. Se detuvo y concedió:

-¡Bueno, con un tutor como él-se detuvo, apesadumbrado-. Discúlpeme, señor Ian. No quise ofenderlo. Ian hizo un ademán quitando importancia a lo dicho.

-No me ha ofendido.

Armstrong volvió a pasearse.

-Pero es imposible que la muchacha no mera des-cubierta.

-Sin duda, habrá una explicación incluso para esto. Seguramente, las criadas que corrieron en mi auxilio la noche que él me despertó gritando Alanna... -Ian sometió al agitado mayordomo a la fuerza de su mirada_. Las mujeres calmaron a Leslie sin inmutarse por la extraña apariencia de la bruja.

-Quiere decir que mi esposa está al tanto de esta infame ficción.

La franca indignación del hombre causó gracia a Ian.

Armstrong agarró la manga del patrón y la sacudió.

-¡Sin embargo, el señor Fairchild está mejor! ¡Mab... o quienquiera que sea, alivió su mal! Ian apoyó su espalda contra la pared y recordó la sensación que había tenido cuando miraba a la bruja en los ojos. Ahora comprendía por qué había sentido un lazo, un territorio común de sentimientos y deseos. Los dos querían lo mismo: los dos querían Fionnaway.

-Ella no haría daño a mi padre; creo que a ninguna otra alma viviente.

Armstrong asintió y coincidió:

-Por mucha ventaja que obtuviese con ello.

-No, no es necesario asesinar. Ian recordó lo que ella había dicho aquella noche que lo amenazara con un cuchillo: ¿Para qué desperdiciar un asesinato con un moribundo? Ian tenía la certeza de que los días de Leslie estaban tocando inexorablemente a su fin. Su suerte estaba echada; nada podría cambiarla.

Una agitación en la entrada atrajo la mirada de Ian; él observó al caballero que entraba. El sujeto llevaba una chaqueta derecha del más fino cuero de ante. Su corbata blanquísima, anudada con deliberado descuido, des-tacaba el chaleco de un verde guisante. Las presillas de sus pantalones de punto colgaban sobre sus botas negras, que le cubrían las pantorrillas. El joven petimetre miró alrededor con aire de propietario, haciendo resbalar su mirada desdeñosa sobre Ian.

Esa indiferencia no engañó a Ian; el vello de su nuca se erizó como el de un galgo escocés que ve un oso merodeando en su jardín.

-¿Quién es ése! -preguntó a Armstrong en voz baja.

-Brice MacLeod.

La expresión de Armstrong se mantuvo tan cuidadosamente neutral como sólo puede hacerlo un buen criado.

Brice se quitó los guantes de montar, luego el sombrero de castor; entonces Ian vio por primera vez su melena de color cobre.

-Es el primo de lady Alanna -continuó Armstrong-, y actual heredero de Fionnaway.

Sí, los selkies pueden transformarse en humanos.

Cuando el mundo era joven, los selkies y su magia armonizaban con ese paisaje de maravilla. En aquellos tiempos, los hombres adoraban al sol y se asustaban de un eclipse de luna. Saludaban, asombrados, las maravillas de la naturaleza y bendecían a cualquier selkie que abandonara su piel y caminara entre los humanos.

7

Ian se apartó de la pared.

-¿Hay un heredero?

-Sí, y los últimos dos años ha estado peticionando ante la corte para que dé por fallecida a lady Alanna. Ian se sintió sumido en una oleada inesperada de traición.

-He estado aquí más de un mes. ¿A nadie se le ocurrió advertirme?

-Debe estar desaparecida durante siete años antes de ser declarada muerta; aún no hemos abandónalo las esperanzas de que vuelva -dijo Armstrong con aspereza.

Eso puso a Ian en su lugar. Había imaginado que teñiría esa propiedad cuando su padre muriese. Se había convencido de que agradaba a los criados. Pero había estado poco tiempo en comparación con el clan MacLeod; peor un, era un intruso, un inglés. Mientras no vieran su cadáver, no abandonarían la esperanza de que su lady Alanna regresara; entonces se volverían hacia Brice. Ian había considerado el regreso de Alanna como un obstáculo para sus pretensiones de heredar. Ahora le resultaba claro que ella constituía el primero de ellos. Obstáculos que él salvaría; éstos no hacían más que fortalecer su decisión de poseer Fionnaway.

-Ambos sabemos que es muy poco probable que ella sea declarada muerta ahora. Pero no diremos esto a este MacLeod. No confío en él, ¿sabe usted?

Entró otro caballero, más joven que el anterior, coronado por la misma melena rojiza y su piel salpicada de abundantes pecas. No era tan elegante ni tan desdeñoso, pero Ian maldijo por lo bajo.

-El hermano del señor Brice -explicó Armstrong antes de que Ian preguntara-. El señor Edwin está a la sombra de su hermano, depende de él en todo. Y es un poco tonto, demasiado abúlico para preocuparse por nada.

-Afortunadamente para mí. ¿Es ésta una invasión MacLeod?

-Ya no vendrá ninguno más. Otra cosa, señor Ian... Ian se volvió hacia Armstrong.

-Recuerde que el hombre que ocupa la propiedad es quien está en situación más ventajosa, y es usted quien la ocupa. Ian exhaló un suspiro agradecido. Al menos en una cosa estaba equivocado. Si bien Armstrong no estaba dispuesto a abandonar las esperanzas por Alanna, tampoco entregaría gustoso Fionnaway a Brice. Con su presencia allí, Ian se había asegurado ese grado de lealtad.

Tras intercambiar un breve gesto de asentimiento con el mayordomo, Ian atravesó el salón para saludar a los primos de Alanna, los intrusos. Tendiendo la mano a Brice, utilizó su mejor acento británico de clase alta.

-lan Fairchild, señor. Bienvenido a Fionnaway. Es un placer recibir su visita.

-Brice MacLeod -aceptó la mano de Ian y la sacudió con vigor-. ¡Qué bueno visitar otra vez la vieja casa! No ha cambiado nada desde las travesuras de mi infancia.

Se habían disparado los primeros tiros. Ian se había presentado como el hombre que ocupaba la residencia. Brian, como el hombre cuyo pasado se entrelazaba con Fionnaway. Ian presentaría batalla hasta ese punto. Y, al evaluar a Brice, tuvo la impresión de que tenían la misma edad; también coincidían en la altura y el peso. Sin embargo, este MacLeod sería derrotado por Ian del mismo modo que lo sería Alarma. Ian se aseguraría que así fuera.

El hermano menor carraspeó con aires de importancia.

-Edwin MacLeod, a su servicio.

Hizo una cortés reverencia. Ian retribuyó el gesto, y notó que las pecas de Edwin parecían incandescentes, vistas desde tan cerca, y que la misma intensidad tenía su ceño.

-¿Quieren acompañarme a tomar el té? -invitó Ian-. Armstrong, pregunte a la señora Bridie si ha hecho sus deliciosos bollos.

Armstrong cumplió a la perfección su papel de criado devoto.

-Sí, amo, ya sabe que la señora Bridie ha hecho bollos. Los hace cada día desde que usted le dijo que le gustaban.

Un punto para mí, pensó Ian mientras él y Brice se instalaban junto al mego. Edwin prefirió pasearse inquieto en tomo del pequeño grupo de sillas y mesas que había cerca. Cada tanto, se detenía y golpeteaba sobre los paneles de madera exhibiendo el hábito más irritante que Ian hubiese conocido jamás. Calculó que no tendría más de 2 5 años y vio que carecía por completo de elegancia, que era un enemigo que no ocultaba sus sentimientos.

Brice, por su parte, sólo mostraba un aire de cautela.

-En cuanto supe que había llegado el hijo del señor Fairchild, vine de inmediato. Como señor de los MacLeod de Fionnaway es mi deber darle la bienvenida oficial.

Estiró las botas hacia el calor de modo que Ian pudiese contemplar su intenso brillo y su calce perfecto. Ian paseó una mirada crítica por el resto de su persona: el tipo había visitado a los sastres ingleses porque cada puntada rezumaba una impecable elegancia.

-¿Señor del clan? ¿Es verdad? -Ian logró dar a su voz un matiz de sorpresa-. Pensé que lady Alarma era la señora.

Brice trató de sonreír aunque la curva de sus labios daba más idea de pesar que de agrado.

-El título pasa al descendiente varón -la sonrisa se volvió maliciosa-. Para pesar de su padre. He oído decir que está enfermo: espero que no sea grave.

Esta muñéndose pero que me condenen si dejo que lo sepa antes de haber asegurado mi posición aquí.

-De ninguna manera.

-¿Cenaremos con él?

¿Quién te ha invitado a cenar?

-Aún está recuperándose de la última visita del médico. Ya sabe que eso es toda una prueba -Ian se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y dijo con el mayor fervor del que era capaz-: Me avergüenza decir que no entiendo la ley escocesa; le pediría que me la explique. ¿Es usted el que posee el título de señor de los MacLeod de Fionnaway?

Edwin detuvo su paseo y dijo con ferocidad:

-Es un título tan prestigioso como el de cualquier lord inglés.

-Desde luego -Ian hizo un gesto de asentimiento-. Sin embargo, lady Alanna heredó Fionnaway.

-El título debe pasar a un hombre, aunque sólo un descendiente directo de los primeros MacLeod puede heredar la propiedad -Brice esbozó una tensa sonrisa triunfal-. Salvo que no haya ningún otro para heredar. O que ese descendiente directo quiebre alguna de las reglas que gobiernan la herencia.

-¿Reglas? -esta vez, Ian no necesitó fingir confusión-. ¿Acaso se refiere usted a leyes?

Ansioso, Edwin se apresuró a decir:

-No, Fionnaway es especial. Está sujeto a un pacto que establece...

-Él trata de decir -interrumpió Brice, sereno- que Fionnaway es tan antiguo que en su caso las leyes no son tan importantes como la tradición. Ian miró a Edwin.

-Ah, ¿eso era lo que trataba de decir?

En los pómulos del aludido trepó un oscuro sonrojo.

-Sí, eso era.

Edwin mentía mal. Retrocedió otra vez hasta la chimenea, donde se quedó golpeteando en la repisa.

-Entonces... -Ian concentró su atención en Edwin-. Si lady Alarma tuviese un hijo, ¿él sería jefe del clan?

Brice respondió por su hermano.

-Esta rama de la familia sólo tiene hijas -se permitió otra breve sonrisa petulante-. Mi rama de la familia nunca ha dejado de tener hijos varones.

Yo podría tener un hijo con Alarma. La claridad del pensamiento sorprendió al propio Ian.

-De todos modos -dijo Brice-, lady Alanna ya no está entre nosotros.

-Al parecer, ha superado bastante bien la congoja -observó Ian.

Brice aferró los brazos del sillón con los puños y se inclinó hacia adelante.

-Después de la muerte de la tía Keven, mi familia los visitó con frecuencia.

-La tía Keven es la madre de Alanna -dedujo Ian.

-Sí. Una dama encantadora pero poco perspicaz a la hora de elegir marido -Brice se puso ceñudo como si la culpa fuese de Ian, y dijo con tono condenatorio-: Se casó con un inglés.

-Y vivió para lamentarlo -comentó Edwin con malvado deleite.

-Todos lo lamentamos -añadió Brice con aspereza-. Sobre todo Alanna. Yo lo sé: solíamos jugar juntos. Cuando ella desapareció, yo oré por su regreso. Pero se ha hecho evidente que mis plegarias han sido vanas; era necesario que alguien se hiciera cargo antes de que...

Interrumpió su impetuoso flujo verbal.

-Antes de que su padre la destruyese -concluyó Edwin, con odio.

Brice dirigió una mirada hosca a su hermano, y Edwin retrocedió.

-Lo siento.

Se encogió de hombros y dirigió a Brice una sonrisa arrepentida.

La irritación se reflejó en el semblante de Brice, pero se arrellanó en su silla en una evidente ficción de comodidad.

-Edwin carece de talento diplomático: espero que lo perdone.

-Por supuesto -murmuró Ian.

Balanceando su pie, Brice dijo:

-Esa sortija que lleva es muy interesante. Ian bajó la vista hacia su dedo medio de la mano izquierda.

-Más interesante de lo que usted cree.

-¿Me permite mirarla? -preguntó Brice. Ian extendió la mano sin vacilar, permitiéndole a Brice tomar el anillo y hacerlo girar con suavidad.

-Hermoso -la expresión de Brice traicionó su envidia y su asombro-. ¿Cómo lo consiguió?

-Siempre lo he tenido.

Era verdad. No recordaba una época en que no lo hubiese tenido en su dedo.

-Herencia familiar, supongo.

-Se podría decir. Frote la piedra. Ian recordó la inmediata negativa de la bruja y se preguntó si Brice estaría también al tanto.

Al parecer, no, porque pasó el dedo sobre la tersa piedra ondulada y lanzó una exclamación de deleite.

-¡Cambia de color! Mira, Edwin.

Edwin se apresuró a acercarse mientras Ian se esforzaba por contener su súbita repugnancia. Un oscuro presagio lo invadió y a duras penas controló el impulso de liberar su mano de la de Brice.

Luego me Edwin el que tomó la mano de Ian y Brice frotó otra vez la piedra.

-La piedra pasó del azul al verde. Y mira... está cambiando otra vez.

-Qué insólito -Edwin apartó la mano de su hermano y frotó la piedra-. Ahora se pone negra. Ian trató de interpretar a los dos hermanos y se esforzó por entender esa sensación de desastre inminente.

-Edwin, ¿ésta es como las piedras que te mostró el tío Darnell? -preguntó Brice.

El hermano frunció el entrecejo.

-El no me mostró nada.

-Pero tú dijiste...

-Yo no dije tal cosa. Ian retiró la mano. Los dos hermanos se sacudieron, se enderezaron, y se quedaron sorprendidos, con la boca abierta.

Wilda pareció flotar hada ellos a través del gran salón.

Bien. Ella los mantendrá entretenidos.

La idea revoloteó en su mente. Después, no sintió nada. Sólo el flagelo odioso de su don sobrenatural. Un frío que provenía de la piedra penetró en sus huesos como la hoja de amputar de un cirujano. Un frío tan vio-lento que casi lo hizo caer de rodillas. Lo combatió; con los ojos cerrados, las mandíbulas apretadas, la mano derecha rodeó a la izquierda, con la sortija apretada dentro.

Por un instante, la habitación y toda la casa de Fionnaway se borró por completo de su conciencia y él se cernió sobre un abismo tan hondo y abrupto que, de caer en él, habría podido quedar destrozado. Su corazón se detuvo. La muerte lo atrapó y todos los ángeles huyeron, del monstruo que él era. Estaba resbalando hacia...

-Ian, ¿quiénes son estos apuestos caballeros?

Wilda. Era Wilda quien le hablaba.

-Sí, señor, ¿por qué no nos presenta?

-Y ese muchacho. ¿Cómo se llamaba? Edwin. Ed-win MacLeod. Quería conocer a Wilda. Ian abrió lentamente los ojos.

La habitación seguía estando como antes. El fuego aún brindaba su calor. La luz seguía derramándose por las ventanas. Los hombres estaban de pie ante Wilda con esas expresiones de embobamiento, como los ciervos hipnotizados por un hierro candente. Nadie había advertido la zozobra de Ian; no era necesario que diese explicaciones.

Ojalá pudiese explicárselo a sí mismo. Había lleva-do esa sortija durante años como una manera de descubrir la verdadera naturaleza de un hombre y, hasta entonces, sólo había significado el cambio de la piedra que pasaba de un verde frío o un cálido rojo a un tímido color melocotón, jamás se había puesto negro. Y él jamás había experimentado tales emociones, tan intensas que casi no las reconocía. Sólo sabía que le retorcían las entrañas y lo acercaban mucho a la locura.

¿Pero acaso no era la locura una posibilidad fuera del alcance de un ser como él?

-¿Ian? -lo instó Wilda, pasando la vista de Edwin a Brice. Ian hizo las presentaciones sin saber bien qué decía aunque debió de haber sido lo correcto porque Wilda tendió la mano a los MacLeod, y cada uno de ellos la llevó a sus labios como si mera un icono sagrado.

-¿Os quedaréis? -preguntó la muchacha.

-Sí, sí -farfullaron al unísono.

Se habían enamorado tempestuosamente de ella. Ian lo sabía porque había sido testigo de ello cientos de veces. Cada hombre que posaba la vista sobre una Fairchild se enamoraba.

Ian se volvió y se llevó los dedos a las sienes. Ese día labia averiguado muchas cosas. Su padre estaba moribundo pero Alanna vivía. ¡Viva! Y dispuesta a regresar como señora de Fionnaway. Un frío lo recorrió. Si ella volvía, él sería otra vez lo que siempre había sido: un hombre sin apellido ni lugar.

Con todo, algo podía hacer. Existía un modo de asegurar la propiedad.

Miró otra vez a los MacLeod, que adulaban a Wilda. Al menos por esa noche, Brice y Edwin estarían fascinados y maravillados con cada palabra que pronunciara Wilda y se disputarían su atención.

Y no notarían cuando Ian se escabullera para seducir a una bruja llamada Alanna.

Según cuenta la leyenda, un selkie y un MacLeod formaron una alianza cuando Fionnaway vivía uno de sus inviernos más crudos. En tierra, el pueblo MacLeod moría de inanición y de frío; los del clan nada podían hacer. No podían comerciar con sus vecinos más acaudalados, no tenían nada para ofrecer a cambio de comida o combustible. Pero los selkies no podían soportar los llantos de los niños, por eso trajeron piedras desde las profundidades: gemas de colores cambiantes y cualidades místicas. Los humanos las aceptaron,

las llevaron al sur, donde el sol brillaba con más calor y, para su asombro, descubrieron que las ganancias obtenidas les permitían alimentar a sus niños. Pero, siendo MacLeod, se afanaron en recompensar a los selkies.

Los selkies dicen que a los MacLeod no les resulta fácil aceptar regalos.

También saben que, aunque sean criaturas del mar, necesitan aire para respirar. Deben ira tierra para acoplarse. Por eso, hace muchos años, el jefe de los Macleod y el de los selkies llegaron a un acuerdo. Lo escribieron, y así fue establecido el pacto.

8

La brisa se enfriaba a medida que el sol se deslizaba más allá de las nubes. Alanna se sumergió una vez más en las olas heladas; luego nadó hacia la orilla. Las corrientes eran traicioneras y ella ya llevaba demasiado tiempo en el agua. Tenía frío y estaba cansada, pero... ¡cómo la había animado la vista del pacto!

Mientras pataleaba en el agua, recorrió con la vista la pequeña playa y los riscos que la circundaban. Ningún movimiento fuera de lo común; sólo las plantas costeras que se mecían con el viento.

Como pensaba: ninguno de los aldeanos se había atrevido nunca a bajar al mar al atardecer, cuando el selkie de Fionnaway retozaba en las olas. Miró a sus espaldas, hacia las aguas abiertas del Minch. Ningún selkie se había aventurado tampoco por ahí, ni siquiera cuando ella era niña y rogaba poder echarles un vistazo. Sin embargo, creía en su existencia; justamente acababa de ver la prueba de ello.

Corrió por la playa de puntillas, agarró su basta toalla de lino y se secó con movimientos vivaces. Envolvió su cabeza con la toalla y se puso la capa. Como estaba oscureciendo, el disfraz le bastaba para tener la seguridad de que no sería reconocida por algún pescador con el que se topara por casualidad.

El momento de trepar esa parte del risco y salir a la parte llana y abierta, cubierta de vegetación que había creado el mar, siempre la ponía nerviosa. No había forma de que un selkie pudiera ocultar sus miembros; el viento que soplaba permanentemente impedía que creciera otra cosa que maleza aplastada.

Y esa tarde, mientras ella se deslizaba hacia las colinas que se elevaban en el linde del llano, le pareció oír su nombre gimiendo en el viento.

-Alanna. Alarma.

Giró en amplio círculo pero no vio a nadie. Esa playa estaba lejos de la casa Fionnaway. La aldea se acurrucaba en el extremo más alejado y nadie podía llamarla desde allí. Si alguien se agazapaba

Librodot

detrás del borde del acantilado y la llamaba, el viento habría llevado el sonido hasta ella...

O tal vez las criaturas del salvaje océano Atlántico, los selkies de la leyenda, anhelaran su compañía.

No estaba segura de querer verlos, en realidad.

Apretó más la toalla en tomo de su cabeza, corrió por el sendero que serpenteaba por la colina, hacia su hogar, sin hacer caso de ese susurro que volvía a suspirar:

-Alanna. Alanna.

En realidad, no podía oírlo.

Se detuvo en la sombra protectora de los árboles. Allí no había nada, se dijo a sí misma. Sólo el viento que arreciaba, anunciando la tormenta. El sol poniente iluminaba el bosque con un resplandor fantasmagórico. Sus rayos indirectos se proyectaban desde abajo de las nubes, creando un mundo de castillos en el aire y una especie de limbo silencioso más abajo. Su luz dorada bañaba las ramas resaltando los menores detalles, dibujando las motas de polvo que danzaban en el aire y lastimando los ojos de Alanna.

-Alanna. Alanna.

¿Había alguien detrás de ella? Hizo un rápido giro, pero no vio a nadie.

Camina deprisa, se aconsejó, pero con dignidad.

Una rama que se quebraba. El roce de una tela. Pies le se arrastraban por el sendero.

Dejó de lado la dignidad y apretó el paso casi hasta correr.

No mires atrás, no mires atrás... pero miró, y en ese instante las nubes se apretujaron sobre su cabeza, precipitando al mundo del crepúsculo hacia la noche, casi como si un hechicero lo hubiese ordenado. Tragó unas bocanadas de aire, se calmó; luego reanudó la marcha. La oscuridad, no interrumpida por el menor rayo de luna o por la luz de las estrellas, la hacía alzar la vista. Conocía bien el camino hasta la choza, pero esa noche parecía diferente. La cabeza de la muchacha se llenó de historias de hadas que modificaban los caminos y atrapaban a los mortales desprevenidos. Sin embargo, no eran las hadas lo que la asustaba. Eran las otras historias, las que iban a contrapelo de su sentido común. Relatos de duendes que apresaban a mujeres inocentes a quienes arrancaban la ropa y hundían dos huesudos entre las costillas. Cuentos de fantasmas, de cadáveres que cobraban vida durante un breve lapso, manchados de tierra y envueltos en mortajas deshilachadas, que, impulsados por la envidia, seguían a los vivos.

Lo que más la atormentaba eran las historias de los grandes brujos. De brujos a quienes ofendía el desafío los mortales, que dirigían hordas de espíritus corruptos y que tenían autoridad sobre el

mar y el aire. Hechiceros capaces de vengarse de una mujer solitaria e se atreviese a presumir de familiaridad con los poderes del mundo antiguo. Brujos capaces de influir en el clima, aumentando el viento y la lluvia hasta convertirlos en tremendos aluviones para abatir al presuntuoso ser humano.

Un relámpago y un trueno simultáneos empujaron a Alanna con la misma eficacia que una mano puesta en SU espalda. El trueno la ensordeció, el relámpago la encegueció. Olió el azufre, la madera carbonizada, una vaharada de fuego. Percibió que algo la miraba: ojos en la oscuridad, contemplando con deleite su carrera. Su huida montaña arriba se convirtió en una indigna serie de tropezones sobre las raíces que sobresalían y las ramas que se clavaban en sus carnes.

Los árboles parecían estar vivos, reteniéndola, des-garrándole la piel. Perdió la toalla, enganchada en las uñas de una malévola ninfa con aspecto de árbol. La lluvia arreció con brutal desdén de sus pasos sobre el sendero de hierba. El diluvio lavó la sal que había en su pelo y penetró en sus huesos, calándola.

Su capa se abrió mientras trepaba por la cuesta, y el agua empapó su cuerpo. Llegó al pico que dominaba su pequeño valle. Vio su choza iluminada por los relámpagos, y sintió esos ojos que le perforaban la espalda. En un último arranque de coraje, giró rápidamente y escudriñó el bosque... y vio un monstruo con alas de murciélago que se erguía en el sendero.

El relámpago más brillante estalló en el cielo. Un segundo antes de que la explosión sacudiera la montaña, Alanna pudo ver su rostro aterrador. Sus ojos eran negras cuencas vacías, sus dientes resplandecían. Se expandió hacia arriba más y más hasta que...

Alanna corrió aterrada.

Evitó el sendero con su suave cuesta; prefirió el trayecto más rápido hacia abajo, camino a su choza. Saltó sobre matorrales y rodeó árboles. Su pie resbalaba en el barro, se deslizaba en cada paso; sólo faltaban los últimos metros hasta la cerca que limitaba su jardín. Saltó sobre la cerca y corrió hacia la puerta.

Por un instante, tanteó el cerrojo, incapaz de abrirlo.

Pero al fin cedió. Abriendo de par en par, se precipitó dentro y cerró de un golpe. A salvo.

Sus ojos escudriñaron la oscuridad de la choza. A salvo.

El último relámpago de la tormenta, el estallido más grande iluminó la choza un segundo antes de que el trueno explotara marcando el final. Desde arriba de su propia mesa se alzó una versión en miniatura del espectro de la colina. Se elevó más y más, la boca abierta, los col-millos amenazantes, los ojos resplandecientes.

El espectro lanzó un aullido que la petrificó; se abalanzó hacia ella atravesando la habitación.

Al fin, Alarma lanzó un grito, un alarido tan fuerte que liberó todo el miedo que había sentido en el bosque y en la colina.

El monstruo se detuvo bajo su capa y maulló, lastimero.

-Oh -se aferró un momento más al tirador de la puerta y luego se inclinó-. Gato tonto -acarició con mano trémula su piel erizada por el terror. El chasquido de la estática sacudió a los dos; Alanna lo alzó en sus brazos regañándolo suavemente-: No te inquietes. La tormenta casi ha parado.

Algo, que sin duda no eran sus palabras, había hecho cesar el infernal estruendo. Los relámpagos se hicieron más débiles, los truenos refunfuñaron las buenas noches. Altas nubes surcaban el cielo dejando guedejas dispersas que predecían otro chubasco. La luz de la luna, como un chorro de ópalos de mar, se filtró por las rendijas de las contraventanas sobre las pieles de la cama.

Alanna se pasó una mano por la frente; sintió que partículas de tierra se incrustaban en su piel. Sin pensar, llevó la mano ante sus ojos y la miró: las manchas oscuras eran de barro, pero...

Dejó al gato en el suelo, abrió de par en par las contraventanas, mojó sus manos en el agua que caía del alero y las frotó. El dolor puso una mueca en su cara; miró otra vez las palmas, ahora limpias. Las manchas oscuras seguían allí. Y de esas manchas manaba sangre. Alarma-da, se miró a la luz de la luna.

El barro la cubría de pies a cabeza. De su cubierta de tierra mojada sobresalían hojas y trozos de ramas, y el barro envolvía sus pies como un molde.

-Ah, Alanna, ¿qué has hecho? -murmuró disgustada.

Se quitó la capa, la arrojó a un rincón y tomó el cubo que estaba junto a la mesa. Sus pies la llevaron hacia la puerta, sus manos fueron al cerrojo... entonces la golpeó la precaución demorada. Después de todo, había visto al monstruo de alas de murciélago, ¿verdad?

Entreabrió la puerta e inspeccionó el sector de patio que podía ver por la rendija: estaba iluminado por la luna y muy tranquilo. Abrió un poco más y apoyó el hombro en la puerta.

Nada. Las estrellas brillaban intensamente. La luna en cuarto creciente navegaba en el cielo negro recién lavado. El agua goteaba formando charcos. El aire olía fresco y fuerte. Las hierbas de su jardín sacudían sus hojas pesadas por la lluvia y soltaban su sabrosa fragancia.

El claro del bosque donde estaba la casa tenía un aspecto normal; tan normal que ella se riñó a sí misma; Buena bruja eres tú, asustándote de una tormenta. Traspuso el umbral, armada sólo con el cubo, y caminó hasta el barril donde recogía el agua de lluvia. Sacó agua para lavarse pero tuvo la prudencia de mantener la espalda hacia la choza y la vista en el bosque que la rodeaba.

Envuelto en su capa, llevando la toalla de Alanna, Ian se detuvo y la observó mientras se bañaba. Atrevidamente desnuda, se lavaba con el agua helada de la lluvia. Tuvo el placer de comprobar que el cuerpo de la muchacha resistía cualquier comparación con el de la bruja que había fingido ser. Sus delicados pechos erguidos y firmes alimentaron la hinchazón que crecía dentro de los calzones de Ian. Sus caderas florecían a partir de la fina cintura, y sus piernas... En otra situación, él se habría sentido sacudido con sólo echar un vistazo a esos tobillos; ahora podía regalarse con la visión completa de esas adorables piernas. Libre de su disfraz, era más una ninfa que una bruja. Se parecía a su retrato y al fantasma que había intentado cortarle el cuello aquella noche, no hacía mucho.

Alanna soltó su larga trenza y sumergió la melena en el cubo. Desde el árbol en el que estaba apoyado, Ian la oía murmurar regañándose a sí misma. Riendo para sus adentros, aguzó el oído: la dama no estaba conforme con-sigo misma.

Antes, cuando se detuvo en medio del sendero, detrás de ella, la había asustado; ahora no pudo contener una sonrisa al recordar su pánico, tan grande que la obligó a salir corriendo. La pequeña bruja se lo merecía por la treta que le había jugado.

Pero él no tenía intenciones de causarle daño.

Cuando al fin ella se apartó del barril con agua de lluvia, resbaló en la hierba mojada y cayó de rodillas. Ian empezó a avanzar mientras Alanna tanteaba hasta alcanzar el borde del barril y se ponía de pie. Alanna levantó el pie afectado y lo giró de un lado a otro; Ian le oyó decir:

-¡Está hinchado! -en tono de sentida sorpresa.

Alarma emprendió la marcha otra vez, ahora con más cuidado; Ian la observaba afligido. Pero su aflicción no le impedía contemplar la esbelta belleza de su espalda o el orgullo con que caminaba hacia la choza, pese a la cojera.

No había luz en la habitación. La humedad hacía imposible encender una vela; Ian se esforzó por mirarla cuando pasó ante la ventana abierta. La vio caminar ida y vuelta hasta que se asomó, aún gloriosamente desnuda, y cerró las contraventanas. Ian se sentó sobre una piedra a planear su próximo movimiento.

Si él hubiese sido un buen caballero inglés, se habría marchado y Alanna jamás habría sabido lo que él había visto. Pero él no era un buen caballero inglés; muchas veces, numerosas personas lo habían dicho muy clara-mente. Por una parte, era mitad inglés. La otra mitad era... bueno, no solía hablar de la otra mitad. Y además estaba esa pequeña cuestión de que sus padres no se hubiesen tomado la molestia de conseguir una licencia de matrimonio.

En su opinión, el hecho de ser bastardo no lo hacía diferente de otros hombres, pero, al parecer, él estaba equivocado. Era tan bueno

como para acostarse con una mujer, las que, por cierto, parecían disfrutar, pero no lo suficiente como para que quisieran casarse con él. Ni su prima Mary, que se había enamorado de Sebastián Durant tan rápidamente que él no había tenido oportunidad. Ni la hija de un vizconde venido a menos, desesperada por el dinero que él había ganado en sus negocios. Ni siquiera Nell...

El dolor del recuerdo le estrujó el corazón. Nell; cuáquera, bondadosa y poco inclinada a juzgar. Lo había adorado; devolvía sus besos con tanta dulzura que él creía estar en el cielo. Creía... había pensado que ella lo amaba. Habían estado prometidos, pero, poco a poco, el cariño de ella se había transformado en cautela. Luego en temor. Cuando Ian ya no pudo soportar sus estremecimientos de repulsión, bebió todo el alcohol que pudo y le confesó la verdad acerca de su madre.

Ese había sido el fin. Nell le envió una carta borroneada por las lágrimas pidiéndole perdón y diciéndole que no podía casarse con alguien como él.

Se oyó el ulular de un búho cuando salía volando de un árbol a cazar algo para la cena. Con las garras preparadas, era un oportunista como él. Ian se concentró otra vez en la choza, ahí abajo. La mujer que la habitaba era heredera de una propiedad. No era la más grande de las islas Británicas. Tampoco era la más rica. Pero era su lugar en el mundo. Un lugar que lo llamaba como el canto de una sirena.

Leslie no había logrado ganarse a Alanna. Su propia maldad le había jugado en contra. Y ahora, ella vivía en el bosque, esperando recuperar sus tierras en cuanto cumpliera sus 21 y si, por algún infortunio, fracasaba, en la línea de sucesión la seguía Brice MacLeod y tras él Edwin y después... ¿Quién podía saber cuántos MacLeod esperaban?.

Quizás Ian estaba haciéndole un favor, incluso. Tembló al recordar el frío que le habían transmitido los MacLeod por medio de la sortija. Si Brice supiera que ella aún vivía, ¿qué sería capaz de hacer para hacerse con la pro-piedad?

Sí, sólo había una cosa que Ian podía hacer; apoyar-se en su herencia Fairchild. Iría hasta la choza y visitaría la cama de Alanna.

Las manos de Alarma temblaban mientras medía las hierbas para echar en su vino caliente. Corteza de sauce para el dolor, camomila para relajarse, sanícula para el esguince del tobillo, y canela para disimular el sabor. La vieja bruja Mab le había enseñado a ser cauta cuando preparara algo para ella misma, pero Alanna puso una generosa dosis de láudano en el vino para que la ayudara a dormir. Sabía que si no dormía el dolor de las heridas y la preocupación por el apuesto hijo del señor Fairchild la mantendrían desvelada.

Removió la mezcla y bebió un sorbo: a decir verdad, sabía bastante bien. Se sentó en el banco y bebió otro sorbo. Muy bien.

Librodot

No era el atractivo rostro de Ian lo que la acosaba. Eran sus ojos. Tan grandes y tan castaños, tan directos y escudriñadores... Casi hipnóticos en su intensidad.

Revolvió una vez más la poción y bebió un generoso trago ignorando la sensación arenosa que le dejaba en los dientes.

Sintió como si se hubiese zambullido en la mirada de él y no fuese a salir jamás. En sus ojos se generaban las tormentas. La intuición se leía en su cara. Era muy probable, temía Alanna, que la magia se escondiera en sus caricias.

Pero, desde luego, jamás lo sabría porque ¿quién podría querer amar a una bruja?

Si hubiese habido algún modo de que Ian pudiese conquistar esas tierras sin vejar a la dama...

No lo había.

Si hubiese habido algún otro sitio en el que pudiera vivir...

No lo había.

Por lo tanto, se apoderaría de Alarma y de sus tierras tan salvajemente como habían hecho muchos hombres antes que él. Después de todo, estaba en Escocia, un lugar primitivo, y Ian había vuelto a la circunstancia de toda su vida: estaba solo, no dependía de nadie. Por la respetabilidad que le daría un sitio propio, por el derecho de concebir hijos y por la misma seguridad de Alanna, debía poseerla. Además, había cierto placer de venganza y el placer aún mayor de hacer suyas tanto la tierra como a la mujer. Se estremeció. La humedad traspasaba su capa de lana, subía por sus piernas desde las botas empapadas, y el viento fresco lo penetraba hasta los huesos. Saliendo de la sombra de la colina escudriñó el horizonte. Otro racimo de nubes rodaba sobre la colina, desde el mar. Pronto habría otra tormenta. Encogió los hombros y avanzó en silencio hacia la choza de la bruja. Así se decidían las grandes cuestiones de la vida: no por medio de la lógica sino por el frío que daba una capa húmeda.

La choza estaba en silencio. Ian esperaba que ella es-tuviese acostada, incluso dormida; así sería más fácil llevar a cabo sus planes.

Apoyó una mano sobre la puerta y empujó. Ésta se abrió sin ruido, y él se deslizó en el interior. La oyó res-pirar, casi roncar. Ese suave ronquido revelaba su agota-miento; ahora él tenía la intención de cansarla aún más.

Continuó avanzando hacia el interior de la morada, dejó la toalla sobre la mesa para que se secara, junto a la copa de plata y la botella de forma aflautada, de incongruente elegancia en ese ambiente sencillo. Buscó las contraventanas al tacto y las abrió de par en par. La luz de la luna inundó la casa formando un cuadrado en el suelo y dando un resplandor iridiscente a todos los objetos que había en su interior.

Ian echó una mirada cautelosa hacia la cama, pero Alanna yacía de espaldas, un brazo caído a su lado, otro apoyado en su cintura. Su pelo cobrizo caía suelto alrededor, ocultando y revelando, al mismo tiempo, los pálidos hombros, el cuello esbelto rodeado por una cadena con piedras. Las pieles cubrían su vientre. Ian se encogió al ver los arañazos que surcaban su pecho... y también por la reacción que experimentaba al ver esos pechos pálidos que ella mostraba sin saberlo. El morado en el ojo, que ya iba desapareciendo, le confirmó su identidad y selló su destino. La pequeña bruja. Su bruja. Ian debería haber estado avergonzado por tratar de conseguir su herencia de semejante manera. Pero, por el contrario, necesitó contener una oleada de gozosa anticipación. Alanna no era como cualquier otra mujer a las que había conocido. Ella no tenía miedo de tomar al des-tino por los cuernos. Tampoco le temía a él. Y él sabía que podía enamorarla.

Un roce en sus tobillos lo sobresaltó, y un maullido identificó al gato de Alanna. Alzándolo por la barriga, Ian lo puso a la altura de su cara. El felino estiró el hocico, lo olfateó delicadamente y apretó su nariz contra la de Ian. Este aceptó la bendición y dejó al fornido animal sobre el alféizar. El animal saltó a la hierba y corrió hacia la aldea.

Ian soltó el broche que cerraba su capa, se la quitó y la dejó sobre la mesa, junto a la toalla. Soltó el cordón que le ceñía la cintura y se quitó la camisa sobre la cabeza. La sed lo impulsó a tomar la botella y olfatear su contenido: ¡vino! Levantó la copa que, sin duda, sería un recuerdo de la vida de Alarma en la casa Fionnaway, y con un gesto ampuloso la llenó hasta el borde y saludó con ella en dirección a la cama.

-Mi dulzura, compartiremos la copa nupcial aunque tú no lo sepas.

Vació el denso vino especiado. El poso supo amargo en su lengua; Ian se estremeció al tragar esa sustancia granulosa. Ya fortificado, se quitó los pantalones. Con el pecho desnudo, se inclinó sobre la cama y dijo suavemente:

-Alanna.

Ella no dio la menor respuesta: ni un movimiento, ni un suspiro. Con dedos suaves, recorrió el contorno de las cejas oscuras y de los pómulos marcados. Ese rostro sin máscara lo fascinaba.

¿Qué interés podía tener él en las pequeñas vírgenes de la nobleza? Gozaba con la fuerza, con la diversidad, con las mentes claras; él sabía que Alanna encarnaba todos esos rasgos.

Tocó las piedras que colgaban de su cuello y forzó los ojos intentando leer los dibujos tallados en ellas. En esa estrecha cuña de luz de luna y sombras, vio las indescifrables marcas y supo que ya las había visto antes. Eran piedras rúnicas, usadas por los iniciados para predecir el futuro.

El no tenía ese talento, tampoco le importaba en ese momento por qué usaba ella esas piedras. Se sorprendió sonriendo amablemente a la muchacha.

-Nos llevaremos muy bien una vez que tú aprendas quién es el amo.

Parpadeó. El sonido de su propia voz lo sorprendió: le pareció más alta, más áspera de lo que él imaginaba.

-¿Vino fuerte? -aventuró, y tomó los hombros de Alanna-. Fingir que duermes no te salvará -la sacudió un poco y la cabeza de Alanna cayó hacia atrás. La observó-. Simulas bien.

Volvió a acostarla y se sentó pesadamente sobre la cama. Las cuerdas que cruzaban el marco de la cama crujieron, y él se echó sobre el colchón de plumas. Forcejeó para quitarse las botas embarradas y, cuando se puso de pie para librarse de las calzas, el suelo se movió.

Miró a sus pies con aire estúpido y repitió:

-Finges bien. No es posible que duermas tan pro-fundamente. ¿Acaso tú...? -alzó la cabeza y echó a la mujer una mirada preocupada-. ¿Has bebido una poción para dormir, para soportar el dolor? -su vista cayó sobre la copa de plata. La señaló y agrego-: ¿En esa copa?

Un hondo suspiro le respondió, mientras Alanna se volvía de lado. Ian se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo. Con la incierta dignidad de un borracho, afirmó:

-Bruja, no me ganarás, ¿me oyes? Te haré mía -se tambaleó-, ahora... te lo juro... ahora.

Se desató el pantalón y, dejando caer sus calzones de lino, se metió en la cama y se derrumbó junto a Alanna.

Detrás de nubes cada vez más espesas, la luna dejó de iluminar los dos cuerpos enredados sobre la estrecha cama. Los cúmulos se amontonaron sobre la colina; luego se precipitaron sobre el valle. Desgarrados relámpagos llevaron al espacio el calor acumulado en la tierra. El retumbar de los tambores celestiales sacudió la pequeña choza. El viento entraba por la ventana abierta, descargando torrentes sobre los durmientes; el agua sacó a Ian del sopor provocado por las drogas.

-¿Qué diablos...?

Se levantó en medio del agua que entraba y cerró con dificultad las contraventanas. Sacudió la cabeza para aclararla, echó una mirada a la forma difusa que se-guía durmiendo bajo las pieles. Su cuerpo retenía el calor de la mujer, su inconsciente deseo de conocerla; la poción le devolvía el control de sus sentidos. Una breve carcajada le despejó la garganta; Ian dejó que la lluvia lo mojara. Cerró la ventana, la aseguró con una barra y volvió a la cama.

A su bruja.

9

Manos. Manos que apartaban el pelo de su cara. La retenían cerca de una maravillosa y sedosa calidez, mientras afuera retumbaba el trueno y estallaba un relámpago tan enceguecedor que atravesaba sus párpados cerrados. Una mano le tapó un oído cuando el estrépito la hizo encogerse.. Con el otro oído escuchó el ritmo regular de un corazón fuerte, al que no atemorizaban los vibrantes despliegues de la naturaleza.

Manos que le acariciaron los labios cuando ella gimió por el horror de un monstruo del bosque que la perseguía en sueños. Manos que llevaban su boca hacia suaves besos que caían sobre ella, luego la sostenían con más firmeza mientras que algo, algo tibio y húmedo, saboreaba sus dientes y entraba y salía como una pluma enloquecida en el viento.

Esas manos callosas la tranquilizaban con su con-tacto. Le ofrecían socorro, consuelo, solaz cuando ella se alejaba de las intimidades que las acompañaban. Al mismo tiempo, las manos le enseñaban a olvidar sus re-cuerdos, le enseñaban nuevas respuestas y nuevos place-res. No la saqueaban; la seducían. Un suave recorrido por sus hombros, un leve toque en el pecho, una presión en la cintura, como midiendo su ancho. Manos que deslizaban su collar hacia un costado. Manos que remontaban tímidas y tentadoras de un punto a otro de su cuerpo hasta que ella se movió de manera de alentarlas con su respuesta.

Luego las manos cambiaron.

Se deslizaron hacia arriba por su cuello metiéndose entre su pelo, sujetando su cabeza para que pudiera recibir un beso... un beso que sondeó, preguntó y respondió su propio interrogante. Manos que entrelazaron sus dedos con los de ella y los retuvieron mientras un cuerpo le enseñaba cómo era el peso de un hombre, la combinación de músculos y pelo y una aterciopelada dureza que no tenía parangón.

La destreza de esas manos le arrancó un suspiro. Se estremeció y trató de escapar, pero las manos la atraje-ron una y otra vez, más y más deseosas de extraer sus secretos con el poder que tenían.

Hacía mucho tiempo que Alanna estaba sola, aislada del contacto humano; cada caricia saciaba un hambre mucho tiempo contenido. Esas manos buscaban una joya, y ella deseaba... no, ansiaba entregarla.

Las manos subieron entre sus muslos y, pese a su resistencia, la acariciaron y la adoraron. Cediendo, permitió que hicieran todo lo que pretendían.

Las manos se posaron en su vientre; jugaron con el rizado vello en la unión de sus muslos y se deslizaron dentro de ese nicho donde florecía una tibia humedad. Las manos pusieron alas a su voluptuosidad, crearon pasión, inventaron respuestas mientras acariciaban hondamente dentro de ella; ella contuvo sus gritos de asombro.

Murmullos de aliento brotaron del hombre sin rostro que pesaba sobre ella, murmullos interrumpidos por los besos nutritivos que él depositaba en su cuerpo. Él alentó, tentó y provocó hasta que un hormigueo recorrió sus pies y sus puños se cerraron y ya no pudo seguir conteniendo sus gritos.

Entonces se convirtió en un solo ser con el viento, los truenos tumultuosos y los relámpagos. Tras un breve dolor cuando atravesó las nubes, fue una con la tormenta y con Ian…

Alanna se sentó en la cama.

El sol entraba por las hendeduras de las contraventanas en la pared del este, listando de luz sus piernas. Parpadeó, tensa por una sensación de incredulidad. ¿Estaba sola?

Su mirada voló por el cuarto buscando, temiendo encontrar… ¿a quién?

Allí no había nadie. El cuarto parecía el mismo de siempre. No había motivos para que su corazón martilleara en su pecho como queriendo escapar. No había motivos para sudar en la fresca mañana y, por cierto, ninguno para sentirse avergonzada por su ropa… o su falta de ella. Estaba desnuda, y había apartado la manta en el fervor de una fantasía. Sus manos aferraron las pieles y las subieron hasta sus hombros, y se envolvió en ellas como en un escudo protector contra las… pesadillas.

Sin duda, se trataba de eso. Había soñado con… un hombre. Un hombre sin rostro cerca de ella, tocándola, haciéndole cosas indecibles de una manera exquisita.

Sondeó con delicadeza su mente, temerosa de descubrir alguna emoción absurda que la derrotase. Pero no, se sentía viva de un modo nuevo, ardiendo de curiosidad. Por primera vez en su vida estaba casi convencida de que Dios no había cometido una tontería cuando hiciera a las mujeres con cuerpos tan vulnerables. El placer aún corría por sus venas dejándola asombrada, lánguida y un poco incómoda.

Un sueño. Por las piedras, debía tratarse de un sueño. Lo que sucedía era que estaba cansada de estar sola.

Este exilio impuesto por ella misma la desgastaba cada día un poco más; deseaba poder abandonar su disfraz y volver a ser lady Alanna.

Bajó las mantas y se miró... y ahogó una exclamación. Largos arañazos cruzaban su pecho y sus miembros y marcaban su piel. Sus dedos acariciaron un cardenal en la cara interna del muslo, y rápidamente recuperó la sensatez.

Dijo al gato que dormía sobre el tapete:

-¿Cómo pude haberlo olvidado? Por el modo en que corrí anoche por el bosque, soy afortunada de no haberme roto un hueso.

Whisky no le respondió. Ni siquiera levantó la cabeza.

-No puede haber sido un tejedor de sueños. Ninguna caricia de hombre parece... seda. Ningún hombre puede brindar consuelo con un beso y al mismo tiempo generar semejante... calor.

¡Qué ilusión! La sensación de besos sobre sus labios. Sobre sus pechos. Sobre su vientre y más abajo. Por cierto, era una ilusión que un mismo beso pudiese consolar e inflamar.

Aun así, parecía tan real que su, cuerpo todavía palpitaba. Apretó los muslos con fuerza para librarse de la sensación de plenitud y trató de no recordar la aspereza de esas manos callosas ahuecadas sobre sus nalgas.

Sus manos. Los callos de esas manos. ¡Ese detalle!

La mayoría de los sueños carecían de forma, eran contradictorios, imposibles de asociar con la sustancia física. Pero en éste recordaba detalles específicos. Ojos castaños iluminados por la luz fugaz de un relámpago. Una voz de hombre tranquilizadora, aduladora que murmuraba cosas acerca de su belleza, del placer que sentía.

El tintinear de sus piedras rúnicas cuando él las tocaba y luego las hacía suavemente a un lado. La piel de gallina que aparecía en sus brazos cuando él la chupaba, no como un niño que extrae todo lo que puede sino como un hombre que da... pasión. Sus dedos acariciándole los brazos, las caderas, él deslizándose dentro de ella y generando humedad. Sus manos separándole los muslos de modo que el cuerpo de ella lo envolviese. Sus manos re-teniéndola cuando ella se debatía en el desafío final de una virgen. Sus manos apartándole el pelo de la cara cuan-do él ya la había penetrado profundamente.

Alanna lanzó un hondo suspiro al recordar su enajenación. Todos sus sentidos habían quedado saturados, desbordados. Le dolió... un poco. Sintió placer... mucho. Había querido moverse, gritar, encogerse en sí misma y convertirse en la niña que había sido.

Pero su tejedor de sueños no le permitió nada de eso. Ella se había movido, había gritado y había hecho lo que hace una mujer transportada por el deseo. Y como todas sus antecesoras, lo había dado todo.

Como su madre, había abrazado el desastre.

En un rapto de furia, hizo a un lado las mantas.

-Eres una imbécil.

Saltó de la cama, se tambaleó y necesitó aferrarse a ella cuando su tobillo cedió. La articulación palpitaba; veía puntos de luz danzando ante sus ojos, pero se enderezó y cojeó hacia el estante donde tenía las hierbas. Tomó la bolsa que contenía la droga más potente para dormir, fue saltando hasta la ventana, la abrió y, con un amplio movimiento del brazo, la tiró sobre la hierba. Giró hacia la habitación y examinó la copa. El poso que había allí salió por la ventana y, por las dudas, también la copa. La oyó chocar contra un banco pero ni siquiera ese gesto grandioso la alegró.

-Basta de pociones -se prometió-. Basta de apariciones que vengan a hacerte el amor. Estás inflamada y sangrando porque has tropezado en la montaña. Has estado soñando porque vas a regresar a Fionnaway. Entonces, deberás elegir marido, pero no será como Ian. Deberás encontrar a un hombre dócil, que conozca su lugar -apoyándose pesadamente sobre el alféizar, se volvió otra vez hacia la habitación y levantó la barbilla-. Uno que no te haga soñar.

Su mirada vagó de la cama al banco, a la mesa, al baúl... y otra vez a la mesa, y frunció el entrecejo. Con mano temblorosa, se tocó el pelo.

-Habría jurado que perdí mi toalla... -Su voz se apagó-. Que la perdí en el bosque.

Cerró los ojos y los abrió: aún estaba allí.

Cojeó hasta ella y la tocó: estaba seca. En algún momento de la noche, había sido extendida sobre el borde de la mesa.

No podía creerlo. No podía creerlo.

-Anoche estaba tan asustada que no sabía lo que hacía. La tuve conmigo todo el tiempo. Salvo que le crecieran patas y llegara andando; es cierto que fue una noche bastante extraña; sin embargo dudo que... -sopesó la toalla en la mano y sacudió la cabeza ante su propia credulidad-. Has estado demasiado tiempo sola, muchacha. Estás volviéndote loca. Hablas con el gato, hablas sola, te has conseguido un amante imaginario...

Las franjas de sol desaparecieron bruscamente. Se volvió hacia la ventana y vio que una tormenta se acercaba en el cielo.

Una nube que lo oscurecía todo. La tierra salpicada por la lluvia. El relámpago incendiando el cielo, el trueno haciendo temblar la tierra. Sabía qué significaba eso; debía tomar precauciones.

Se puso el disfraz deprisa, colocó la joroba rellena de paja en su sitio, echó ceniza en su pelo y tosió al aspirar el fino polvo.

-No es él. No puede ser él. Ningún hombre puede convocar la tempestad -recitó, como si las palabras pudiesen mantenerlo alejado.

Cuando oyó el ruido de los cascos del caballo, corrió hacia la puerta, la abrió y se miró en los ojos castaños de su enemigo. Ian. Ahí estaba, llevando la vestimenta de montar propia de un caballero, confeccionada en la más fina tela negra. En verdad parecía traer las

tormentas... y había habido una la noche pasada. Pero era preferible que no pensara en eso ahora. Estaría mejor si dejara de pensar en eso.

Alanna sabía qué aspecto tenía ella con el pelo gris colgando sobre sus mejillas. Sabía que la ceniza cubría su cara; sin embargo le preocupaban las líneas de carbón que no había tenido tiempo de hacer. Bultos de tela sueltos se movían bajo su túnica acompañando sus movimientos; procuraba entonces moverse con cuidado. Para un ojo poco advertido ella era una bruja... pero jamás cometería el error de creer que la mirada de Ian era poco advertida. Ian la examinó de pies a cabeza con expresión decepcionada.

-Vaya, vaya. La bruja de Fionnaway llevando todas sus galas.

-El intruso de Fionnaway en todo su esplendor. Qué sorpresa. Pase; los trabajadores del tiempo ya están otra vez atareados -como para confirmar sus palabras, retumbó un trueno y un relámpago derramó su luz sobre la mañana que oscurecía rápidamente. Añadió-: Traiga su caballo... es un animal demasiado fino para que lo deje a la intemperie.

Ian miró el cielo y convino:

-Es un animal demasiado fino para dejarlo a la in-temperie, pero puedo amarrarlo en su cobertizo. La lluvia tardará unos minutos más en caer.

Como para confirmar las palabras de él, la tormenta detuvo su marcha hacia el mar. Irritada, Alanna se quedó en la entrada mientras Ian se ocupaba de su caballo. Había abrigado la esperanza de que el caballo entrase en su casa y los distrajera con su nerviosidad y sus exigencias. Cualquier distracción le vendría bien hasta que ella pudiese controlar su nerviosidad y las exigencias de su cuerpo.

Alanna lo observó mientras caminaba hacia ella; se le ocurrió que él formaba parte de los elementos. La chaqueta desabotonada se abría; el viento que arreciaba agitaba su corbata perfectamente anudada. Los músculos de sus muslos sobresalían mientras sus pies cruzaban con firmeza los charcos. La sortija de Ian brillaba con luz propia. Sus cabellos cortos temblaban y sus dientes se desnudaban en una sonrisa eufórica acompañando la dificultosa marcha hasta la puerta de la choza de Alanna. Notó con pesadumbre que parecía un lobo solitario frente a un banquete de doce platos.

En un inútil alarde de arrojo, quiso plantarse ante él y negarle la entrada, pero prevaleció la cordura. Entró arrastrando los pies, más encorvada que de costumbre; su cojera, una dolorosa realidad. Al volverse, vio que Ian la seguía pegado a sus talones, observándola con enervante intensidad. Extendió su manaza y le apretó el hombro sin acolchar con una fuerza que la hizo encogerse, mientras él acercaba hacia ellos el banco, arrastrándolo con el pie. Con la misma brusquedad, la obligó a sentarse. Él levantó una pierna y se sentó a horcajadas, inclinándose hacia ella con evidente agresividad.

Librodot

-Bien -escudriñó bajo el pelo enmarañado y la miró directamente a los ojos-. ¿Cómo te sientes en esta radiante mañana?

El sonrojo tiñó la cara de Alanna bajo la capa de ceniza. Lo sintió en las puntas de las orejas y la nariz y en la piel del pecho. Sabía que él no podría verlo porque las nubes aumentaban la oscuridad dentro de la choza, pero esa sonrisa misteriosa iluminó su cara como si él estuviese muy complacido.

¿Radiante mañana? -graznó y, por una vez, no necesitó fingir el temblor de la voz-. Las tormentas de ve-rano no tienen nada de radiante.

-Para mí, sí. Yo nací en medio de una tormenta. Las tormentas me atraen... o acaso yo las atraigo.

Las nubes que se cernían sobre la casa gruñeron, de acuerdo con él, y él miró hacia arriba reconociendo la afirmación.

-Demasiada lluvia en verano arruina las cosechas.

-Pasará al mediodía -aseguró él.

Desconcertada por la confianza de él, Alanna se alejó, apartó la vista de él y entonces vio sus propias manos. En la prisa, se había olvidado de completar su disfraz. No había frotado grasa y ceniza en las uñas y la piel; ahora tenían el brillo propio de una mujer joven y saludable. Incómoda, metió las manos dentro de las anchas mangas.

Él continuó:

-Quiero hablar contigo. Me siento cerca de ti...

La mirada de Alanna volvió hacia él.

-...de una manera que nadie podría reivindicar en Fionnaway.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Alanna. ¿Qué querría decir él? ¿Acaso ese hombre también podía dirigir sus sueños?

-¿Qué has sabido de Alanna? -preguntó.

-¿Alanna? -se ahogó-. Dicen... que está muerta. Dicen que los selkies...

-Los selkies la han robado, los mismos selkies pueden devolverla -replicó, cruel-. Lady Alanna está viva, tú lo sabes, y volverá tan pronto como Leslie muera. Reclamará sus tierras y yo quedaré desposeído.

Lo repentino del ataque la dejó atónita, confundida; se obligó a pensar con cuidado antes de contestar:

-Usted tiene la custodia de Fionnaway; ¿cómo es posible que lady Alanna recupere su posesión?

-Ella es la heredera. Si decidiera acudir a la corte, me echarían sin compensación.

La ira estalló en Alanna.

-A cambio de una generosa porción de la herencia de Alanna.

-¿Tan corruptas son las cortes en Escocia? -preguntó Ian con fingida inocencia.

-Las cortes siempre son corruptas dijo ella con amargura-. Las cortes me hicieron tomar...

A duras penas se contuvo a tiempo. Las cortes habían obligado a aceptar a Leslie, como tutor porque su padre, un imbécil como pocos, creyó que Leslie era un buen amigo y le dio poder en su testamento. Las cortes no se habían expedido; sólo dijeron que su padre tenía derecho a nombrar a quien sería tutor de su hija menor de edad. Cuando ella arguyó que prácticamente había administrado la propiedad desde la muerte de su madre, se rieron de ella con indulgencia y extendieron la mano para recibir la correspondiente contribución por herencia.

Ahora, Alanna dijo:

-Las cortes están constituidas por hombres, y los hombres siempre se favorecen mutuamente.

-Seguramente ella no tendrá necesidad de preocuparse -repuso él con frialdad-. Será mayor de edad el veintiuno de julio.

-Falta poco -dijo ella con voz desmayada.

¿Cómo habría averiguado su fecha de nacimiento? ¿Y cómo habría adivinado sus planes?

-Ese día, Fionnaway será legalmente suya. Pero, tal como dices, las cortes están constituidas por hombres. No es fácil que los hombres crean que una mujer sea capaz de manejar una propiedad del tamaño de Fionnaway.

Estaba expresando en voz alta los temores que ella no se atrevía a admitir.

-Ayer mismo llegaron a Fionnaway unos parientes de lady Alanna, atraídos por la noticia de que Leslie estaba muriendo -dijo Ian-. El mayor me dio a entender que él era heredero de Fionnaway después de lady Alanna.

-Brice.

Apenas susurró el nombre. Brice, siempre sonriente, siempre elegante, siempre dispuesto a dar a su prima menor el beneficio de un consejo. A Alanna no le gustaba, pero tal vez eso se debiese, como había puntualizado Leslie muchas veces, a que ella no aceptaba de buen grado las órdenes. Sin duda, muchos hombres consideraban a Brice un buen tipo, un deportista, y muchas mujeres, un hombre apuesto.

-Sí, creo que se llama Brice MacLeod. Afirma ser cabeza del clan.

-No afirma: lo es.

-Bien -Ian extendió las manos con las palmas hacia arriba-. Ahí tienes. Yo había creído que, cuando mi padre muriese, Fionnaway pasaría a mí, y estaba contento. Siempre he soñado con tener un lugar. A juzgar por el estado del establo y el campo y por los problemas que enfrentan algunos de los agricultores, hace falta una mano de hombre.

-¡No hay ningún problema en Fionnaway!

-Nada que no pueda remediar un poco de cuidados -con un golpe en su pecho, se propuso a sí mismo-. Con todo, el destino de Fionnaway gira en tomo de lady Alanna. Si ella no regresara, Brice me haría echar por la fuerza. Si- ella regresara y decidiera desposeerme, yo lucharía.

-¿Cómo podría hacerlo?

-Preguntaría dónde ha estado todos estos años. Insinuaría que una mujer joven que ha sobrevivido sola seguramente se ganaría la vida por medios dudosos. Diría que una mujer semejante no es apta para heredar Fionnaway y, en última instancia, presionaría para que me nombraran su tutor.

Lo haría. Era tan cruel como para arruinar la reputación de Alanna sin parpadear. Se frotó la frente y, al recordar que no había maquillado su mano, se apresuró a meterla otra vez en la manga.

-Brice también podría hacer eso.

-Sí, por cierto que podría, con lo cual quedaríamos él y yo luchando en las cortes por la tutoría de Fionnaway y de lady Alanna. Claro que Fionnaway sería la sacrificada porque las cortes son lentas y, hasta que la cuestión se resolviera, la propiedad quedaría al garete.

Alanna se agitó, temerosa de formular la pregunta que pendía entre ellos hasta que un relámpago le transmitió su mego.

-¿Qué otra alternativa tiene lady Alanna? Usted di-ce que si ella no regresara aquí habría una batalla. Pero que si ella regresara usted lucharía contra ella por sus tierras.

-No, lo único que dije fue que lucharía si ella decidiera echarme. Hay otro modo -otra vez escudriñó sus ojos-. Puede regresar y tomar su lugar... a mi lado.

-¿Matrimonio? ¿Con un Fairchild?

El horror la inundó en oleadas. Horror, espanto y... oh, no, no sería ésa una perspectiva muy feliz.

-¿Con usted? Ian asintió.

-Sé que es un pensamiento tenebroso, pero ella ya ha estado prometida a mi padre y yo me jacto de ser un postulante mejor.

¿Mejor? ¿Mejor en qué? Leslie le había provocado repugnancia, pero él siempre había sabido cuidar de los criados y de ella misma. Con Ian no tenía tal seguridad. Aferró el banco hasta que le crujieron los nudillos.

-Es usted un presumido.

-¿Le parece? Le aseguro que después de nuestra noche de bodas, lady Alanna no pensará que soy un petulante.

Su voz había bajado hasta hacerse un ronroneo.

Alanna sintió un cosquilleo alrededor de los labios, como si el beso que había soñado la noche pasada hubiese si-do dado por un hombre con barba. Una barba negra, suave, pero perfectamente

cortada. Oh, ¿por qué los sueños de la noche anterior habían elegido ese momento para acosarla? Se sintió acalorada, blanda, tímida a su pesar.

-Los pobladores de la aldea, los pescadores y hasta los criados me han relatado historias del orgullo que Alanna sentía por Fionnaway, y yo les creí. Cuando ella me creyó inepto, se deslizó en mi habitación con un cu-chillo y trató de cortarme el cuello -su voz la envolvía-. ¡Qué mujer! Ella será mi dama. Le cantaré canciones, la vestiré con las más finas telas y...

-Y la golpearás si quema tu comida dijo ella, tratando de romper el hechizo que él ejercía.

-No por un motivo tan insignificante -ahí estaba otra vez la sonrisa pero cambiada, suavizada-. Sólo la golpearía si la lealtad de ella hacia mí resultara ser menor que la que yo le tuviera. O si entregara su cuerpo, voluntariamente, a otro.

-¿Y ella podrá golpearlo a usted si se desvía?

-Mi fidelidad será indoblegable -le tocó el brazo y la miró a los ojos-. Un voto matrimonial me liga para siempre.

-Bonitas palabras -se burló ella.

-No tienes por qué dudar de mi honor. No debes juzgar a todos los hombres por tu... por Leslie Fairchild.

-Tal vez no. Sin embargo me pregunto... ¿por qué me dice a mí lo que haría por lady Alarma?

-¿Acaso no eres la bruja? Llévale mi mensaje -miró a su alrededor en la choza que había sido el hogar de Alanna durante tantos años-. Debes de tener una bola de cristal escondida en algún sitio.

Habló con tal impudicia que a ella le escocían las manos por darle una bofetada.

-No me ha dicho si tendrá suficiente firmeza para retener sus tierras.

-Buena pregunta -su tono era de aprobación-. Me alegra que lo preguntes. Desde los nueve años fui criado en la casa de los Fairchild y, como es natural, me volví tan corrupto como el resto de la familia, famosa por esa causa. Sin embargo, hace siete años, tuve una revelación relacionada con una joven.

-¿Una joven?

Eso la sobresaltó.

-En realidad, fue el hermano de la muchacha quien me hizo recuperar la sensatez -su mirada se entibió con una risa contagiosa-. Empleó unos cuantos golpes en la cabeza. Desde entonces, he viajado por todo el mundo como comerciante y así recogí los conocimientos sobre la naturaleza humana que, según me enseñaron los Fairchild, me serían útiles y pertinentes. No me gusta fanfarronear -se inclinó hacia delante y murmuró-: pero soy capaz de descubrir a un mentiroso donde sea.

Alanna se esforzó por tragar el nudo de culpa que se había formado en su garganta.

-¿Ah, sí?

-De verdad. Y además poseo el capital que Fionnaway se merece - su semblante perdió todo rastro de humor-. Pero estoy cansado, Mab. Estoy cansado de ver antiguos esplendores, de conocer personas que siempre serán desconocidas, de vivir en casas que no son hogares. Es cierto que he ganado una fortuna, pero el dinero no es nada para un hombre que no tenga un sitio al que pueda llamar su hogar. Ningún otro lugar en el mundo me da esa sensación de pertenencia; Fionnaway es mi único refugio. Me moriría si no pudiese vivir aquí.

Ella trató de convencerse de que él se había puesto melodramático. Pero en realidad parecía apasiona-do y, cuando el estallido de un relámpago iluminó su cuerpo con nítidos negros y blancos, parecía una piedra tallada en las montañas. La imagen había desaparecido cuando llegó el siguiente relámpago; Alanna se sacudió la inquietud. Era demasiado terca para entregarse a la superstición.

¿Acaso no lo era?

Reflexionó sobre los hechos. Alanna había sido educada para manejar las responsabilidades cotidianas de la propiedad. Y eso no era más que el derecho y el deber de toda doncella de buena cuna. Las exigencias que la asustaban eran las que le presentaría el hombre que tenía sentado ante ella cada noche. Él era fuerte, joven, viril. Controlaba su caballo con los músculos de los mus- los y a las personas con el poder de su mente... y ella tenía miedo. Cuando lo contemplaba, ella ya no pensaba en la crueldad sino en dos cuerpos desnudos retorciéndose en la cama hasta que la mujer entregaba su dulzura, su pasión y sus gritos. La mujer lo cedía todo: el hombre no quedaría satisfecho con menos.

Con la mirada cargada de recelo, la bruja hizo un gesto de asentimiento.

-Entregaré el mensaje a lady Alanna en caso de que me llame desde el más allá.

Él la miró como si pudiese leer en ella cada pensamiento; cuando comprobó que en verdad lo había rechazado, dijo:

-Tú la llamaras, te lo aseguro.

La choza pareció volverse sofocante; Alanna sintió que le faltaba el aire.

-Tú conoces a todos los que trabajan en la aldea y en la propiedad -dijo-. ¿Quién podrá quedarse?

La bruja no entendía:

-¿Quedarse? .

-En la aldea, ¿quién podrá conservar sus tierras? En la propiedad, ¿quién podrá conservar su puesto?

-Los campesinos heredaron sus tierras, y la gente de la propiedad retiene sus empleos según sus habilidades y sus necesidades.

-En relación con sus habilidades estoy de acuerdo -coincidió-. Pero ¿sus necesidades? Las necesidades de ellos no tienen importancia. Las mías son las que importan. La vieja Mary sólo puede sentarse en un rincón e hilar; su fin está cercano.

-¿Qué se propone hacer con ella? -preguntó Alanna, primero incrédula y después furiosa.

El se encogió de hombros.

-No es cosa mía. Puede ir adonde quiera.

-¿Ir...? -No pudo ni pronunciar con claridad-. ¿Ir adonde quiera? Ella quiere quedarse en Fionnaway. Ha vivido aquí toda su vida. Si se marchara, moriría.

-De todos modos, pronto morirá. Caramba, esa vieja arpía debe de tener como sesenta años. Y Robbie cultiva una de las mejores tierras de la aldea pero está baldado y no tiene hijos. La tierra produciría más si la trabajara otro.

-¡Quedó lisiado al servicio de lady Alanna!

-No a mi servicio.

-Si acepta la tierra, debe aceptar la responsabilidad. Ian alzó las manos con las palmas hacia arriba.

-Yo no sé cuáles son las responsabilidades importantes. No sé si los criados están aprovechándose de mí. Si tuviese a alguien que me guiara...

Alanna le aferró con fuerza las muñecas y se inclinó hacia delante, escrutándolo a la escasa luz.

-Yo lo guiaré. Ian retorció las muñecas para librarse del apretón y le aferró las manos.

-¿Tú? ¿Qué puede saber una vieja bruja de la administración de una propiedad? Si...

Ella repitió:

-¿Si qué?

-Si lady Alanna regresara.

Un relámpago iluminó las facciones bien marcadas del hombre, y él le acarició la palma con la yema del pulgar.

Confundida por la calidez y el consuelo que le daba su contacto, Alanna soltó un suspiro largamente contenido y clavó la vista en las manos unidas. ¡Santa Madre! ¡Sus manos! En su desesperación por disimular su error, dijo, desafiante:

-Si Alanna regresara para casarse con usted, su vi-da no valdría una botella de vino agriado.

-¿Te refieres a que Brice podría matarme? Que lo intente.

-¡No, me refiero a que Alarma lo mataría!

Los dientes de Ian brillaron, afilados y blancos.

-Si Alarma regresara y se casara conmigo, yo podría manejarla.

La bruja trató de retirar las manos, pero Ian las apretó más fuerte. Llevándose a los labios sus blancas manos, él las besó una a una, luego las dejó sobre el regazo de ella. Se puso de pie y se estiró hasta tocar las vigas del techo.

Totalmente sacudida, algo que le sucedía cada vez que estaba con Ian, ella lo contempló, hechizada por su promesa de lealtad y de pasión.

Con una sola zancada, él llegó a la puerta y la abrió al día recién lavado.

Alarma miró más allá de su robusto cuerpo y vio el chisporroteo del sol en los charcos, tan luminoso que le lastimaba los ojos. Ian dio un paso amera y recogió una gota de agua en la mano. A lo lejos, la campana de la iglesia tocó las doce. Ian rió y se dio la vuelta hacia la mujer, que se ocultaba en la sombra.

-¿Ves? La tormenta se ha marchado, tal como decía. Te dije que acabaría hacia el mediodía.

El pacto fue sellado ala manera de los tiempos remotos, tanto del hombre como de la bestia, con la unión de las dos familias.

Así fue introducida la corriente de sangre selkie en la de los MacLeod. Con el transcurso de los años, se produjeron otras uniones entre personas y selkies de Fionnaway. De ese modo fue que la mayor parte de la descendencia terminó siendo completamente humana, y sólo conservó algunos dones mágicos que fueron desapareciendo de generación en generación; fue entonces que los selkies comprendieron que los humanos conquistarían la tierra.

10

Ian no necesitó de ningún sentido sobrenatural para notar que algo malo sucedía. En cuanto puso el pie en la casa, percibió un silencio anormal, pavoroso. Los criados, más que caminar se deslizaban. Evitaban la mirada de Ian. Y cuanto más se acercaba al gran salón, más ominosa se hacía la quietud.

¿Muerte? pensó. ¿Habría muerto su padre? Aunque a duras penas, aún estaba vivo cuando Ian había ido a verlo esa mañana. Por la fuerza, Ian le había hecho beber otra dosis de betónica; después lo había dejado al cuida-do de la señora Armstrong. Pero si Leslie hubiese partido al encuentro de su Hacedor, seguramente Armstrong esperaría a Ian en la puerta para darle la novedad.

No, era otra cosa la que estaba mal. Algo estaba muy, muy mal. Ian alargó el paso en el corredor e irrumpió en la habitación soleada como quien corriese al encuentro de su amada. Y se detuvo.

-¿Qué es eso de entrar aquí como un patán? A esta altura ya deberías haber aprendido a conducirte -Leslie Fairchild estaba en su silla junto al fuego, hablando en tono confiado a su atónita audiencia de tres personas-. Su origen inferior siempre será una mancha para el apellido Fairchild.

-Una mancha de tu producción, padre -repuso Ian, como siempre.

Pero estaba estupefacto. Por el rabillo del ojo vio a los demás: Wilda, sentada a la derecha de Leslie y reducida al estado de una niña trémula, como cada vez que estaba en presencia de él. Brice, sentado junto a Wilda; Ian vio que palmeaba fugazmente la rodilla de su prima con una mano que retiró apresuradamente, asustado por un atrevimiento que jamás había soñado. Edwin, sentado a la izquierda de Leslie, arrellanado en su sillón en una parodia de relajación.

Y, en el centro de la telaraña, se erguía el hinchado y sonriente rey araña.

-Estás... levantado -dijo Ian.

-Vivo, querrás decir -resopló Leslie-. Se necesita algo más que esa insignificante enfermedad para matarme, por mucho que eso pueda decepcionarte.

Pero no estaba bien. Había un tono azulado en sus mejillas, soltaba el aliento en vacilantes ráfagas, y, bajo la suntuosa bata de terciopelo, sus rodillas temblaban. Leslie estaba rodeado por los miasmas de la muerte; Ian pensó en el esfuerzo de voluntad que necesitaba sólo para mantenerse de pie.

-Y cuánto nos alegramos de saberlo, señor -Edwin cubrió la brecha con una sonrisa que parecía casi auténtica-. Los rumores volaban y, pese a las palabras tranquilizadoras que nos dio su hijo a nuestra llegada, temíamos lo peor.

Leslie esbozó una sonrisa despectiva con la destreza de un hombre habituado a usarla como arma.

-No, joven, todavía no podrás poner tus manos en-cima de Fionnaway.

El vitriolo del comentario echó por tierra la cortesía de Edwin, que, muerto de miedo, se apresuró a empujar a su hermano a la refriega.

-No seré yo quien herede Fionnaway sino Brice.

-Así es -Leslie se dirigió al encogido Brice y luego otra vez a Edwin-. Pero él se irá a Londres, ¿no?, y tú administrarás las tierras, de modo que ambos ganarán con mi muerte. No te quedes ahí en la puerta, Ian; ¡entra!

Ian no quería entrar: acababa de ver confirmados sus peores temores. Aun antes de llamarlo a su lado su padre había sabido que él no podía heredar Fionnaway. Leslie sabía que había un heredero después de Alanna y había prometido a su hijo algo que no podía cumplir.

Librodot

¿Y por qué? Bueno, en lo que a Leslie se refería, siempre se podía dar una respuesta simple. Lo hacía porque era vengativo, porque era lo peor de la perversa familia Fairchild, y disfrutaba siéndolo.

Lentamente, Ian aflojó los puños. Él había hecho lo que pocos hombres hicieron antes que él: había evitado la crueldad de su padre. Tenía a Alanna en la palma de la mano.

-Usted es sacerdote, señor Lewis. Dígame qué debo hacer.

-Soy un sacerdote, lady Alanna, pero no puedo decirte qué debes hacer. Mira en tu corazón. Tú sabes qué es lo correcto.

-Es que si regreso la aldea de Fionnaway se quedará sin bruja.

El señor Lewis se movió en el banco contra el muro de piedra de la iglesia buscando la tibieza del sol. Como siempre, usaba su kilt, su falda escocesa, las medias de lana estiradas en las delgadas piernas, sombrero y mangas largas abotonadas para proteger su piel apergaminada. Su estado no era muy saludable. Sus mejillas mostraban manchas hepáticas y sus labios se resquebrajaban al hablar.

-Eso es cierto. Hasta ahora, nunca nos habíamos quedado sin bruja.

-En realidad ayudo a la gente. Preparo mezclas de hierbas, recibo a los niños que nacen, pero no hago magia. La gente tiene tanta fe en los hechizos que se cura por sí misma.

En el otro extremo del banco, vestida de bruja, Alanna acariciaba a su enorme gato, que se había acomoda-do en su regazo. Debajo de ellos, al pie del acantilado, el mar retumbaba aún agitado después de la tormenta. Alanna, igual que el señor Lewis, miraba las olas con una mezcla de asombro, miedo y placer. Asombro, porque el mar era la fuente de la riqueza de Fionnaway. Miedo, porque, cuando venían las tormentas, destruían todo con indiferente pasión. Y placer porque amaba el mar. Lo amaba en todos sus aspectos, amaba a los seres que lo habitaban, lo amaba porque la había convertido en lo que era: una MacLeod de Fionnaway.

En el verano, el banco de la iglesia estaba disponible para los perplejos, los enfadados o los apenados. Allí llegaban los granjeros y los pescadores en busca del consejo de su avejentado pastor, que tenía los pies bien apoyados en el barro de la vida cotidiana y la cabeza bien despejada por el exaltado aire del Señor.

-Es justo y adecuado que haya un MacLeod en Fionnaway.

-No ha pasado nada malo desde que yo me marché.

Odiaba su actitud a la defensiva, pero no podía evitar-lo. Lo había hecho para protegerse, aunque ella había sido formada para otra cosa. Había sido educada para pensar ante todo en Fionnaway; sentía el aguijón de la culpa cuando pensaba en su precipitada huida y en su indigna impostura.

Con un mordisco en los dedos, Whisky hizo saber que ella estaba apretándolo demasiado.

-Sí, y bien afortunados hemos sido. Si el señor Fairchild hubiese hecho algo para quebrar el pacto...

Los ojos castaños del señor Lewis se volvieron grises y, por primera vez, Alanna se preguntó con respecto a la familia de él. Por lo que ella sabía, no tenía familia;

¿de quién habría heredado esa piel reseca y cuarteada y esa extraña mirada?

-Si el señor Fairchild hubiese hecho algo inconveniente, yo habría vuelto de inmediato.

-Dicen que está muriéndose.

-Lo he visto. Tal vez esté muñéndose, pero aún... me asusta.

Aquella vez que él se levantara de su lecho llamándola, Alanna se había preguntado si no sería el diablo, invencible en su maldad e imposible de matar.

-Tal como está ahora, no creo que pueda hacerte daño.

Con expresión significativa Alanna se tocó el morado en el ojo, que ya estaba desapareciendo.

-¿Tienes miedo de que vuelva a golpearte?

El señor Lewis veía demasiado. Sabía mucho. Por cierto, todos habían oído la historia de cómo el señor Fairchild se había deslizado en la habitación de Alanna y tratado de violarla. Y el paso del tiempo no disminuía el disgusto.

Claro que el disgusto persistía: había marcado el momento de su maduración. Desde la muerte de su madre cuando ella tenía seis años, había sido el ama de Fionnaway, franca, decidida, con gran confianza en sí misma. Estaba convencida... -¡convencida!- de ser intocable. Había dicho y hecho lo que se le antojaba.

Cuando su padre murió ella, como una buena hija, se había puesto luto, pero no se engañó a sí misma: se había sentido aliviada. Incluso cuando apareció Leslie Fairchild y las cortes apoyaron su derecho a ser tutor de Alanna, ella seguía creyéndose invulnerable. Se había reído de él, burlado, lo había convertido en una broma en su casa. Aún no sabía que una muchacha de 17 años no tenía posibilidades ante una perversidad tan experta.

-¿Te hizo mucho daño? -preguntó el señor Lewis.

-Unas magulladuras. Su lamentable pretexto de masculinidad podría, incluso, resultar risible si no fuera porque... -titubeó, poco dispuesta a admitir lo tonta que había sido-. Me obligó a darme cuenta de que yo era vulnerable.

Todas las mujeres son vulnerables.

-Es un viejo y me sometió poniéndome la mano sobre la boca. Me desgarró la ropa -sus manos temblaban mientras recordaba-. Me golpeó.

En ese momento se había dado cuenta de que, por mucho que luchase, no podría quitárselo de encima.

El señor Lewis, con semblante grave, dijo:

-Sí. A veces pienso que, de niña, te sobreprotegimos. Alguien tendría que haberte advertido de que existían sujetos así.

-Yo sabía que existían -rascó a Whisky en la garganta, reconfortada con su ronroneo complacido-. Lo que sucede es que yo pensaba que eso jamás me pasaría.

-Hay quien dice que has aprendido una lección que podría haber sido mucho más dolorosa.

-Lo sé. Ahora soy más sabia, y me alegro. Ya no me veo utilizando mi posición como la señora de Fionnaway como excusa para...

-¿Tus caprichos? -sugirió el sacerdote al verla vacilar.

La joven no respondió.

-¿Para el sarcasmo y la burla?

Alanna bajó la vista.

-¿Para decir lo que se te antoja sin medir las consecuencias?

A Alarma le ardió la cara, pero no podía negar la obvia verdad de las acusaciones.

-Siempre has hecho lo que es bueno y justo. Ahora eres un poco más madura, y no podría decir que eso sea algo malo -la miró con los ojos entornados-. ¿Has conocido al hijo del señor Fairchild?

La muchacha se sobresaltó. ¿El señor Lewis habría leído su mente?

-Sí.

-Ha venido varias veces a la iglesia desde que está aquí -el sacerdote la miró sin parpadear-. Si yo fuera mujer, diría que es magnífico.

La palabra escocesa significaba valiente y espléndido; Alarma estuvo de acuerdo.

-Pero no bueno.

-¿Bueno? -el señor Lewis desechó el concepto con un ademán-. Lo que quieres decir es que no podrás do-marlo. Y, por otra parte, sabes que no te haría daño. Parece un hombre honorable; yo creo que te protegerá.

-¿Honorable? -recordó las amenazas de esa mañana-. No es ése el calificativo que yo usaría para Ian Fairchild. Quiere casarse con lady Alanna para apoderarse de Fionnaway.

El señor Lewis no se indignó ni se impresionó como ella esperaba sino que hizo un gesto afirmativo.

-Ah. De modo que si regresas te casarás con el joven Ian -frotó sus cejas protuberantes con la punta roma de su dedo índice y contempló a Alanna con mirada pensativa-. ¿Acaso eso sería tan malo?

-¿Que si sería...? -como un muelle demasiado tenso que se soltara de repente, Alanna se puso de pie con un salto. Whisky cayó al suelo y

se quejó con un maullido gutural-. Sería espantoso. El no es mejor que su padre.

-¿No? -El señor Lewis la miró pasearse ante él-. A mí me agradó. No es nada altanero.

Alanna recordó la riña entre ella y Ian, cuando él pensaba que ella era una pobre bruja. Eso había pensado, ¿no?

-Y yo que pensaba que él gozaba de una percepción superior -dijo el señor Lewis.

-Tal vez. -Probablemente-. Él está convencido de que yo puedo enviar un mensaje a lady Alanna.

-Muy superior.

Cuando Ian le hablaba, cuando la miraba, Alanna pensaba que él sabía la verdad y que jugaba con ella como un gato con un ratón. Pero no la sabía. Oh, que no lo supiera; de lo contrario, ella habría hecho el papel de tonta.

Como un ave marina en su paseo, el sacerdote cabeceó hacia atrás y adelante.

-Sí, te casarás. Eres una mujer MacLeod, y la línea de descendencia pasa por ti. ¿O acaso quieres que Fionnaway pase a otra rama de la familia?

-No... -escarbó la tierra con el pie-. Pero Ian Fairchild no es la clase de hombre con quien deseaba casarme.

-Entonces le tienes miedo.

-¡Bah! Miedo a él.

Miedo de los sueños que él le había inducido. De la sensación de ablandarse que sentía cuando lo veía caminar como un conquistador eligiendo entre una variedad de mujeres. Temor de su propio deseo de ser la mujer. Pero no miedo a él.

-Eso está bien -dijo el señor Lewis sonriendo con aire misterioso-. Apuesto a que dentro de Ian Fairchild, si buscas profundamente, encontrarás bondad.

-Amenazó con echar a la anciana Mary de su costura y a Robbie de su tierra.

-Yo me preguntaría si no tendrá un motivo ulterior -antes de que Alarma pudiese balbucear una respuesta, levantó una mano-. Pero, de cualquier manera, no es el fin del mundo. Tú vuelves a Fionnaway, observas al joven Ian y, si te parece que puede ser tu hombre, te casas con él. Si no, tomas posesión de Fionnaway el día de tu cumpleaños.

-Él me dijo que podría no ser tan fácil. Que se presentaría ante la corte declarando que, para sobrevivir estos últimos cuatro años, seguramente había tenido que vender mi cuerpo. Dijo que Brice haría lo mismo y que ambos lucharían por la tenencia de mis tierras.

-Es decidido, ¿eh? Te ha dejado sin otra alternativa que regresar y casarte -dijo el señor Lewis-. Muchacha, tal vez yo me equivoque, pero no creo que él sea como su padre. El no te forzaría.

-¿No?

-Es una pena lo que te sucedió -suspiró el señor Lewis-. No confías en ningún hombre, ¿no es cierto?

-En usted.

-Y yo soy sólo medio hombre.

Alanna lo miró, atónita, y él le explicó:

-Con lo viejo que soy, difícilmente podría satisfacer a una mujer.

-Como si eso fuera lo más importante en un hombre. Mi padre satisfacía a docenas de mujeres pero carecía de constancia. Mis primos se jactan de ser caballeros licenciosos y, sin embargo, son un par de debiluchos.

-Has tenido experiencias desafortunadas --repitió el señor Lewis-. Es una pena, porque no amarás hasta que no confíes.

Alanna se puso rígida y declaró con énfasis:

-Puedo vivir sin amor.

El ministro rió y alzó al gato, que se frotaba contra sus tobillos.

-Ningún ser viviente puede vivir sin amor. Este anhelo de amor es responsable de muchas tonterías.

Hablaba con tal raciocinio, tan paciente que, de pronto, Alanna tomó conciencia de que ella estaba actuando de manera melodramática, como aquel equilibrista que había visto caminar en la cuerda floja una vez: suspendido en el aire sólo para que aquellos campesinos pudieran reír. Pero dijo con firmeza:

-Ninguna mujer ha parido todavía al hombre que pueda convencerme de que me exponga a ese riesgo.

-No lo dudo -el señor Lewis acomodó al gato bajo el brazo, se puso de pie y tomó la mano de la muchacha-. Pero, si es así, ¿por qué me has pedido consejo? Eres una muchacha inteligente. Sigue el impulso de tu corazón y no hagas caso de las frías reservas de la mente. Ian es un hombre; cuando te quites ese atuendo de bruja y te muestres en todo tu esplendor, vestida como una dama, reaccionará como lo haría cualquier hombre.

Alarma no se tomó la molestia de averiguar cómo había adivinado su plan: se limitó a sonreír. El señor Lewis la miraba con los ojos de su antiguo cariño. No creía que Ian se sentiría atraído por sus pecas y su cabellera color zanahoria si ella fuese pobre. De todos modos, debía casarse. Regresaría para salvar a su pueblo de las injusticias con que amenazaba Ian y lo vigilaría con cuidado. Si demostraba ser digno... Se secó las manos en la falda. Si demostraba ser digno... ¿se casaría con él? ¿Correría el riesgo con un hombre capaz de hacerla gemir por su amor? ¿De intentar cualquier cosa para conquistar ese amor? ¿De reducirla a la condición de una mujer llena de aflicciones, como su madre?

Su desconfianza no se dirigía sólo a los hombres: después de haber conocido a Ian, tampoco confiaba en sí misma.

-He arreglado que alguien te acompañe -dijo el ministro-. El leñador y su buey te esperan.

Alanna apretó por última vez la mano del señor Lewis.

-¿Cuidaría de Whisky?

-Sabes bien que sí.

Alanna se soltó. Dejaba atrás su vida de libertad y emprendía otra de obligaciones y restricciones. Aseguró la caperuza de su desgarrada capa que cubría el brillo de su pelo limpio y avanzó cojeando hacia el carro cargado de leña.

El grito del señor Lewis la detuvo.

-¿Sabías que tus primos están de visita?

Alanna interrumpió su marcha.

-Eso he oído decir.

-Eso me inquieta -el tono del ministro era áspero y desapegado-. A ellos no les importa el pacto. Ni siquiera creen en él.

-Brice dice que él es un hombre moderno en me-dio de un mar de superstición -repitiendo las palabras de su primo, Alanna sonrió-. Y Edwin no es más que la sombra de Brice. No se preocupe: sabré manejarlos.

-Hemos depositado nuestra fe en ti, señora.

No era frecuente que el señor Lewis la tratara con ese título; ella se hizo cargo tanto de la intensidad de su preocupación como de la profundidad de su dependencia.

-Comprendo mejor que nadie qué sucedería si el control quedara en las manos equivocadas. Yo cuidaré que no sea así.

Alanna trepó a la carreta y se acomodó en el pequeño espacio libre que encontró.

El leñador la miró y refunfuñó:

-Bruja.

Chasqueó la lengua para azuzar a los bueyes.

Alanna se aferró a la carreta que avanzaba a los tumbos. La marcha irregular del vehículo hacía que los palos se clavaran en sus costados y espalda; deseó haber podido caminar hasta Fionnaway. Pero su tobillo aún estaba hinchado y, si hubiese dejado pasar un día más, habría perdido el ánimo. Ansiaba con toda su alma estar viajando en sentido contrario, trepando las colinas o en procura de las húmedas fragancias del bosque. Estaba rompiendo la promesa que se había hecho a sí misma; estaba de regreso antes de la muerte del señor Fairchild, aunque en el fondo sabía que él encontraría más de una forma de acosarla.

Pensó en la forma que la miraría Brice, en Edwin y sus susurradas conjeturas, su expresión estupefacta. Sabía que toda la nobleza de Escocia especularía acerca de dónde y con quién habría estado ella. Trató de no preocuparse; ya tenía bastante para afligirse sin recurrir a lo que la gente haría y diría.

Por ejemplo, Ian Fairchild.

Por ejemplo, si Ian Fairchild estaría conforme si ella le ofreciera un puesto de administrador.

Y si esa semana nevaría en el infierno.

A medida que pasó el tiempo, el mundo se convirtió en un sitio más frío para criaturas místicas como los selkies. El pacto se volvió más significativo; su confidencialidad, de la mayor importancia. El pueblo de Fionnaway, aislado por los escarpa-dos riscos y el mar bravío, hablaba poco con los extraños que acertaban a pasar. Conquistaron reputación de hospitalarios pero reservados. Eso los tenía sin cuidado. Tenían las piedras, que los ayudaban a atravesar los tiempos difíciles, y conservaban absolutamente limpias las costas para sus socios selkies.

11

Alanna bajó por la trasera de la carreta cuando el leñador se detuvo en el patio de la heredad de Fionnaway. Su corazón palpitaba con fuerza mientras pensaba sus próximos movimientos; las acciones por medio de las cuales dejaría de ser la bruja para empezar a ser lady Alanna, unas acciones que deberían ser lo más llamativas posible. Tenía que hacerlo. Lo sabía, y sabía que, una vez hecho, no podría retroceder. Jamás volvería a ser una persona anónima.

-Vamos, ¿qué hace ahora ? -regañó el leñador-. No puede quedarse aquí, en el patio del señor Fairchild; él haría que la echen.

Alanna lo miró duramente: si necesitaba un incentivo, este sujeto lo había proporcionado. ¡Conque la propiedad del señor Fairchild!

Abriendo los brazos, gritó:

-¡Buenas gentes, venid a presenciar un milagro!

Las mujeres que trabajaban en la huerta se enderezaron. Las muchachas de la lechería salieron a la puerta. Los hombres que cambiaban los ladrillos gastados del sendero clavaron la vista en ella. Kennie se asomó a la puerta de su herrería y la miró con odio.

-¡Soy famosa en Fionnaway por mi capacidad de transformación; ¡ahora revelaré mi secreto!

Llamó a los niños que jugaban junto a la fuente, y éstos se acercaron con cautela.

Uno de los albañiles resopló y reanudó el trabajo, pero alguien habló desde lo alto de la ancha escalinata de mármol que conducía a la entrada de Fionnaway.

-Deténganse y escúchenla. Se enterarán de algo.

Alanna alzó la vista y se encontró con la mirada de tan. Parecía impaciente, él también, de conocer la ver-dad acerca de ella; Alanna tenía la esperanza de sor-prenderlo de tal manera que sus ojos castaños se tornasen verdes... como su sortija.

Pero los criados estaban reuniéndose, el leñador aguardaba y Kennie sostenía una maza con aire amenazador.

-A veces la transformación es fácil.

Alanna soltó el cordón de su capucha y la echó atrás.

Cuando vieron su encendido pelo rojo, todos dieron un paso atrás y las mujeres apretaron a sus niños contra su cuerpo.

En ese momento, Alanna oyó que alguien susurraba:

-Ésa es la melena de los MacLeod.

-Sí, es verdad -recompensó al que susurraba con una sonrisa-. La melena de los MacLeod. Una cabeza tan familiar para ustedes como la que llevan sobre los hombros.

Sacó un trapo del bolsillo y cojeó hasta la fuente.

-¡No dejen que se acerque! -gritó Kennie-. Es una bruja. Embrujará la mente como lo hizo conmigo.

-No seas imbécil, hombre -la señora Armstrong estaba cerca de la cuerda de la ropa-. ¿Acaso no ves quién es ella en realidad?

Cuando Alanna sumergió el trapo en el cubo, se inició un murmullo que crecía a medida que ella se limpiaba la cara. Contempló su reflejo en el cubo, pero la se-ñora Armstrong, que ya estaba junto a ella, le dijo:

-Ha olvidado una mancha en el mentón, milady.

-Milady -dijo una de las lecheras-. Grace ha dicho milady.

-Otra parte del milagro -exclamó Alanna, desatando el cordón que ceñía su cintura y quitándose la capa. Se soltó el pelo, que cayó sobre sus hombros, y se alisó las arrugas del vestido. El viejo corpiño que llevaba le ajustaba demasiado; Ian había roto otro mejor la noche que ella intentara cortarle el cuello-. ¡La transformista se ha convertido en lady Alanna!

-La transformista siempre ha sido lady Alanna -dijo Ian con ironía.

Él estaba fuera del círculo, y Alanna se volvió hacia él: no lo había sorprendido. Las amenazas que había proferido en la choza de la bruja habían tenido el único propósito de hacerla regresar a Fionnaway. A las manos de él. Y, por cierto, había hecho el papel de una grandísima tonta.

-Siempre lo has sabido, ¿verdad? Ian no respondió. La noticia del regreso de Alanna estaba extendiéndose. Los criados salieron en tropel de la casa, y los aldeanos subieron corriendo las colinas. De una manera u otra, todos lo supieron, y una de las criadas gritó:

-Eh, Kennie, cuéntanos otra vez cómo me que la bruja marchitó tu barra.

Se elevó en el aire una gran carcajada, y Kennie se puso más rojo que el mego de su fragua. Él estaba dispuesto a replicar, a fanfarronear y a amenazar, pero su menuda esposa estaba a su lado, los brazos en jarras, la cabeza erguida, echándole una mirada furibunda con sus ojos entrecerrados.

-Sí, Kennie, cuéntanos cómo me que la bruja marchitó tu barra. ¿O será ese trozo de falda que tienes al costado lo que te impide cumplir con tus deberes conyugales?

La mujer dio un paso hacia él, y éste se apartó, dejó caer la maza y salió corriendo colina abajo, perseguido por su esposa. Ian sabía que la nueva del regreso de Alarma pronto ingresaría en la casa solar, pero no tuvo ánimos de interrumpir su retomo triunfal. Y, por cierto, contemplándola a la luz del sol, mientras hablaba a su gente, agradeció contar con ese tiempo para recuperar la compostura. Lo que le había parecido bello a la luz de la luna casi lo cegó bajo el sol.

El pelo de Alanna resplandecía como un halo rojo en su cabeza, con un remolino que era como una proclamación de independencia y de originalidad. Los ángulos, curvas y hoyuelos de su rostro, antes apagados, ahora estaban radiantes, y la sonrisa con que obsequiaba a sus sirvientes despertaba un anhelo en él. Esa son-risa pronto le demostraría su aceptación.

Ella era deliciosa.

Era la selkie y la bruja.

Era suya.

Entonces la vio hacer una mueca y colgarse del brazo de la señora Armstrong; juntas se abrieron paso a través de la muchedumbre.

-Lady Alarma, ¿cómo está ese pie?

Sólo la expresión sobresaltada de sus ojos verdes y un breve chillido le respondieron cuando él la alzó en sus brazos.

Estaba en sus brazos. Era la primera vez que la tocaba desde aquella noche. Desde que la había sacado de su sopor con besos y con demás caricias. Fríamente, había tomado la decisión de poseerla para, a través de ella, poseer sus tierras. Pero eso no explicaba el profundo placer que le había proporcionado provocar sus gemidos con cada caricia, ni su exaltación cuando se abría paso en su virginidad. Si hubiesen existido muchos hombres antes que él, de todos modos la habría conservado, pero ella era suya. Sólo suya.

Ahora la apretaba contra sí, la retenía mientras ella forcejeaba en sus brazos, y con esa presión le imprimía el recuerdo de su cuerpo y de la noche pasada.

Cuando Alanna se relajó, lo miró con ojos entrecerrados y él vio los recuerdos que pugnaban por definir-se. Vio cómo los negaba, cómo los pisoteaba. Sonrió, casi con benevolencia.

-Cobarde -la provocó.

-No soy cobarde. He venido, ¿no es cierto? Ian emprendió el camino de la escalera.

-Has venido.

Cuando él pasó por la puerta y traspuso la entrada, los sirvientes aplaudieron. Aprobaban su acción y, por consiguiente, su pretensión.

Alanna también lo captó. Ian lo supo por el rubor que subía por detrás de sus orejas, por sus labios apretados, por la rigidez con que evitaba su contacto.

¿Cómo se las ingeniaba una muchacha tan menuda para ser tan altiva? ¿Y qué le hacía pensar que a él le importaría? La llevó a la antecámara y la depositó sobre un banco.

-Levántate la falda -ordenó.

La boca de Alarma dibujó una O perfecta. Ian fue hacia la puerta y gritó pidiendo agua caliente. Cuando regresó, el mentón de Alanna estaba pétreo como el granito. Entonces, se arrodilló ante ella y le subió la falda por encima de la rodilla.

El mentón de granito se derrumbó, y Alanna trató de cubrirse las piernas.

-¡Ian, los criados pueden vernos!

-Los criados no importan. Lo que importa es este pie. No dejaré que mi prometida sufra.

-No he aceptado ser tu prometida.

-No serás tan tonta como para no aceptar. Soy joven y vigoroso, y tengo todos mis dientes -abrió la boca para mostrarla, como si estuviese vendiendo un caballo-. ¿Ves? Canto bien y soy un tipo encantador en cualquier situación social. De hecho -con un breve gesto arrojó las sandalias de cuero por encima del hombro-, puedo mostrarte referencias. Lady Valéry, que ahora vive en las Lowlands cuando no está tratando de pillar el buen tono en Inglaterra, me adora. ¿Has oído hablar de Sebastián Durant, vizconde de Whitfield?

Alanna negó con la cabeza y lo miró como si se hubiese vuelto loco.

-Ah, es un hombre importante, es mi socio comercial y se emparentará contigo cuando nos casemos -alzó la vista para ver si ella parecía apabullada con la grandiosidad de sus palabras y vio que era tal como él esperaba-. Lord Whitfield también enviará sus referencias. No será social... lo admito; admiro a Sebastián, pero una referencia social por parte de ese pirata no vale ni la tinta con que la escriba.

-¿Es... es pirata? -tartamudeó.

-En opinión de todos los que han tratado de estafarlo, sí. Ian recibió la palangana con agua humeante de manos de la señora Armstrong y probó la temperatura con los nudillos. En el trayecto desde la cocina se había enfriado lo suficiente; la dejó en el suelo y metió en ella el pie de Alanna.

Librodot

El calor del agua la hizo encogerse, pero luego se aflojó.

-Entonces, ¿qué clase de referencia dará él?

-Económica. No te casarás con un pobre. En el aspecto monetario, harás un matrimonio conveniente -sin muchas ganas, le bajó la falda cuidando de que el dobladillo no tocara el agua-. Muy conveniente.

Junto con el color en el rostro, Alanna recuperó su intensa vitalidad.

-Si eres tan buen partido en el aspecto social y en el económico, ¿por qué no te has casado todavía?

-Suponía que pensarías en eso -se puso en cuclillas-. Mi familia paterna es Fairchild; admito que tus parientes políticos serán un problema. Pero... -alzó el índice- he conocido a tus primos y yo podría decir lo mismo de ellos.

Alanna se preguntaba cómo había sido que los hechos de su regreso escaparan a su control. Lo había planeado: se presentaría como lady Alanna, todos quedarían extasiados, demostraría a sus primos que no heredarían demasiado pronto, ella echaría un vistazo al moribundo señor Fairchild, le expresaría su cortés conmiseración por su estado y le diría que habría deseado poder ayudarlo más... y por Dios que demostraría al intruso Ian quién mandaba allí.

En cambio, allí estaba ella en la antecámara, sólo con él y con el pie en una palangana de agua tibia.

Y todo por culpa de él. Desde el momento en que había posado sus ojos en él, Ian no había hecho otra cosa que interferir en sus tan bien trazados planes. Apartando la vista de su alerta y apuesto rostro, que parecía saberlo todo, trató de recuperar aunque sólo fuese una parte de su dignidad.

-Brice es un farsante y Edwin es un... bueno, no es nada sobresaliente.

-¿Que no es sobresaliente? Conmigo nunca eres tan cortés.

Habría podido darle algunas respuestas, pero nunca ante la señora Armstrong.

Como si la hubiese entendido, Ian ordenó:

-Señora Armstrong, tráiganos un poco de tela para vendas -cuando la mujer hizo una reverencia y salió, dijo-: En nombre de los habitantes de Fionnaway, bien-venida a casa, lady Alanna.

Era un presumido. No tenía derecho a hablar en nombre de la gente de Fionnaway. Pero no parecía altanero. Más bien mimoso, como si simpatizara con el deseo de ella de tener el mando. Ian continuó:

-La cocinera está preparando un gran banquete en honor de tu llegada. La señora Armstrong ha puesto a las criadas a fregar los suelos y a preparar tu habitación.

Claro que quería que ella estuviese al mando. Quería casarse con ella. En cuanto se cumpliera ese importante suceso, él estaría al mando de quien mandaba. Muy ventajoso para él.

-Esta mañana hablé con nuestro señor Lewis; él estuvo de acuerdo en que debíamos celebrar este acontecimiento.

Alanna lanzó una breve carcajada: tanta disquisición con el señor Lewis con respecto a si ella debía regresar o no, y él ya había dado su bendición a una fiesta por el retorno de ella.

-Gracias.

Ella tomó coraje y alzó la vista. La mirada de Ian jamás se apartaba de su rostro, como si él juzgara sus emociones por las expresiones que ella exhibiera.

-He ordenado que le colocaran una espita a un barril de vino fino.

El padre de Alarma se había preocupado de que ella pudiese asumir responsabilidades con tal de no tener que asumirlas él. Al señor Fairchild le habían importado sus tierras y su riqueza. Al señor Lewis, que ella protegiese el pacto. Pero este hombre, este Ian daba la impresión de preocuparse por ella.

-Podríamos hacer una doble celebración y formalizar nuestra boda -dijo.

¿Preocupado por ella? No, era la conocida ansia de tierras. Sintiéndose incauta, extendió la mano para darle un tirón de orejas. Ian la esquivó y replicó.

-¿No? Más adelante, pues. Aquí está la señora Armstrong con las vendas.

La señora Armstrong se las entregó, hizo una reverencia y se apresuró a marcharse como si estuviese impaciente por dejarlos solos.

-¿Complacería a su señoría que le vendara el tobillo?

Alanna clavó la vista en la cabeza inclinada sobre su pie, sintió la destreza y la calidez de las manos de él y parpadeó para contener un estúpido torrente de lágrimas. Si ella hubiese sido la hija de un hombre común y él un muchacho que la cortejara, la vida habría sido mucho más fácil... Ian alzó la vista y el mundo se disolvió en una nube gris. Las tormentas marinas que ella amaba nacían en esos ojos; el fresco viento del mar, las altas nubes y las olas se agitaban en su profundidad. Una honda inspiración bañó sus pulmones con el punzante aire marino. Una corriente la elevó y ella se remontó, no fuera de su cuerpo sino contenida en él y libre de las exigencias terrenales. Sintió la bofetada de las salpicaduras, oyó el rugido del mar, olió el agua salada y, en los ojos de él, vio la dulce y apasionada admiración de un hombre.

Las manos de Ian avanzaron lentamente hada ella, dándole la posibilidad de retroceder, de darle una bofetada; sin embargo no lo hizo. Se limitó a observarlo como hipnotizada, mientras él ahuecaba las manos sobre sus pechos.

Sus pechos. Por las piedras, no tomaba sus manos con respeto ni rozaba sus labios con un beso tierno. Tenía la audacia de tocar sus pechos... y ella lo permitía. Hizo más que permitirlo: suspiró como si

deseara esa caricia, la imaginara, exaltada por la piel que descubría el ajustado corpiño. Cerró los ojos para gozar mejor de la sensación que producían esos pulgares mientras frotaban sus pezones, duros de excitación.

-Alanna.

Su voz sonó como en aquel sueño, casi corpórea en su hondura sensual. El cuerpo de él se apretaba contra sus rodillas. Alanna sintió en su pecho el calor del aliento de Ian. Sus labios se posaron en la curva del cuello de ella.

La calidez de él la hizo estremecerse, como también el modo en que la gozaba, sin dejar de acariciarle los pechos. Apretando las rodillas, trató de detener el ablandamiento que se producía en el interior de su cuerpo, pero él sabía lo que hacía. Debía de saber, porque empujó hacia delante separándole las piernas de modo de quedar entre los muslos de ella.

Alanna apoyó las palmas en el pecho de él, pensó que debía protestar. Protestaría.

La boca de Ian subió hasta detrás de la oreja de Alanna; entre beso y beso murmuró:

-Alanna.

Una de sus manos exploró las nalgas de ella y la empujó hacia delante, hasta el borde del asiento. Estaba abierta a él, sin defensas, con la falda completamente levantada. Ian movió sus caderas hacia ella, y Alanna soltó un breve gemido y se mordió el labio para contener los siguientes.

-No -Ian besó su boca, lamiendo el sitio en que ella se había mordido-. Déjame oír. Adoro oírte, Alanna.

En los labios de Alanna. En su pecho. En sus nalgas. Entre sus piernas. Ian estaba en todas partes, como si vertiera miel caliente sobre bollos recién horneados. Alanna adelantó las caderas en su afán por sentir mejor la seductora sensación. Si lo hacía bien, si él seguía moviéndose así, ella se elevaría más allá de las nubes, sobre la espuma de las olas, saboreando y oliendo la libertad... con él.

Levantó las manos y aferró las mangas de él para sujetarse. El cuerpo del hombre emitía calor como una estufa, y ella se sentía más caliente de lo que había estado en toda su vida. Al mismo tiempo, sus pezones se irguieron más todavía, anticipándose... anticipándose. Ian se apartó tan bruscamente de ella que los ojos de Alanna se abrieron y estuvo a punto de protestar.

Casi, hasta que vio la tensa expresión desdeñosa de él.

Entonces sintió que caía a tierra como un pájaro atravesado por una flecha. Un odioso calor le subió desde las mejillas hasta la frente, pero Ian le acomodó el corpiño con gestos impersonales. Se apartó, dejándole la impronta de su cuerpo, dejándola fría y anhelante, y levantó el pie a medias vendado. Como si esos sublimes momentos no

hubiesen ocurrido, inclinó la cabeza otra vez y volvió a ocuparse del vendaje

Alanna tuvo ganas de golpearlo con el puño o de mostrarse indiferente con tanta eficacia como él, pero un ruido en la entrada llamó su atención; alzó la cabeza y contempló incrédula la silueta que aparecía recortada en el hueco de la puerta.

El odioso susurro ronco del señor Fairchild la golpeó como un puñetazo.

-Al fin regresa mi querida pupila.

Poco a poco, el conocimiento del pacto se convirtió en un relato; luego en leyenda; por último, sólo unos pocos aldeanos y pescadores creían en él y en la existencia de los selkies. Los MacLeod permanecieron como los únicos custodios del pacto, desalentando las murmuraciones y riéndose de las viejas historias, mientras año tras año conocían la verdad y la seriedad de la cuestión.

Los MacLeod contrataron a un vigilante que cuidara las piedras en su escondite y, cuando llegaba el momento, el guardia transportaba las piedras al sur para venderlas. A continuación, sutil como una sombra, el vigilante regresaba a Fionnaway procurando que nadie descubriese la procedencia de las piedras.

Los MacLeod conocían al vigilante humano.

Nadie conocía al guardián selkie.

12

-Mi querida, queridísima pupila, ¿dónde has estado? -preguntó Leslie-.Jamás abandoné la esperanza de volver a verte durante estos años en que estuviste ausente buscando tu placer. Estas viejas rodillas están endurecidas por el reumatismo de tanto que oré sobre la piedra fría de la capilla pidiendo tu regreso a salvo. Este viejo corazón casi está muerto por la falta de tu afecto nutritivo.

Qué chantajista, pensó Ian. No había nadie que superase a su padre en el uso de las palabras. En un breve discurso se las había ingeniado para pintar a una Alanna culpable, manchada y falsa, ingrata, superficial y promiscua.

Las manos de ella habían oprimido las de él durante unos segundos; ahora sus dedos lo soltaron y Alarma fijó la vista por encima del hombro de Ian como si hubiese visto a un fantasma.

-Las hierbas -susurró.

A través de ella Ian revivió la sacudida que había sentido al ver que su padre moribundo recuperaba su entusiasmo vengativo. ¿Serían las hierbas las que habían permitido que Leslie dejara su lecho? Quizá, pero lo más probable era que el diablo lo resucitara para una última jugarreta destructiva. Ian apretó la mano de Alanna hasta que ella alzó

Librodot

hacia él la mirada de sus ojos alelados. Luego sonrió como si fuera posible despedir a Leslie con un encogimiento de hombros.

Mortificada, se había sonrojado cuando Ian se apartó de ella; ahora volvía a sonrojarse recordándolo. Ian tuvo ganas de maldecir en voz alta. Lo torturaba el deseo, pero había creído que con la presencia de su padre allí esa situación pronto hallaría solución.

No era así. Alanna tenía las mejillas encendidas y el pelo revuelto. Y él tendría suerte si alguna vez podía volver a estar de pie.

Al parecer, Alanna sacó fuerzas de él porque habló con firmeza.

-No he estado tan lejos, señor Fairchild. Si me hubiese buscado me habría encontrado. Ian giró cuidando de no exhibir su erección ante su padre y levantó la vista. Dos temblorosos criados sostenían a su padre, que los miraba con los párpados entornados, como si pudiese leer en sus caras lo sucedido en los últimos gloriosos minutos.

-Has regresado a honrar nuestro compromiso.

La mano de Alanna se crispó en la de Ian.

-No.

-No -dijo Ian, con más firmeza aun que ella, pero con cordialidad-. Ella es mía, padre.

Uno de los hombres que sujetaban a Leslie ahogó una exclamación, y Alanna trató de soltar su mano. Ian sostenía la mirada de Leslie, y éste, la de ella.

-¿Tuya? -replicó, mordaz-. ¿Qué derecho tienes a ella?

-Ya sabes que yo conquisto mis derechos.

-Que conquistas tus... -el color de Leslie cambiaba de manera alarmante-. ¿Quieres decir que la has poseído?

-¡No! -exclamó Alanna, luchando por liberar su mano.

Ian no estaba dispuesto a concederle ni siquiera esa pequeña victoria. La apretó contra su cuerpo y dijo a su padre:

-De todas las maneras posibles.

-¿Cómo has podido? -preguntó Leslie.

-No es verdad -Alanna trataba de arañar a Ian, pero él la contuvo.

-Fui un verdadero miserable. Ella no tuvo alter-nativa.

-No es verdad -reiteró Alanna. Ian estaba convencido de que las drogas habían con-fundido los recuerdos de la noche pasada en la mente de ella. Las drogas y su propia negativa... como si negar lo sucedido fuese a cambiar las cosas. Pero él la había poseído y la reclamaría. Reteniendo la mirada de ella, la obligó a hurgar en su memoria.

-¡Recuerda!

Alanna bajó los párpados, abrió los labios; por un instante, pareció una mujer en éxtasis.

-¡Maldición!

La exclamación de Leslie volvió a Alanna al presente y miró a Ian con dureza.

-No recuerdo nada.

-Una historia creíble -le espetó Leslie-. De todas maneras, aunque formes parte de la propiedad, yo no quiero artículos de segunda mano.

Alanna empujó a un lado a Ian y se puso de pie como si la ira hubiese curado su tobillo.

-No formo parte de esta propiedad. Soy la señora de Fionnaway, descendiente directa de los primeros MacLeod. Yo elegiré al hombre con quien me case; mientras tanto, ambos pueden irse con viento fresco.

Desde la puerta llegaron aplausos.

-¡Bravo, prima! -Brice entró en la habitación con Edwin pegado a sus talones-. ¡Así se habla! Edwin y yo estamos aquí para apoyarte cuando nos necesites.

Brice se pavoneaba como un gato con un pescado fresco, pero su chaqueta torcida hablaba a las claras de su prisa para confirmar el rumor del regreso de su prima. No preguntó dónde había estado; eso no le importaba tanto como el modo en que ese regreso lo afectaría, a él y a su fortuna.

-Con un apoyo como el tuyo... -comenzó a decir Alarma con vehemencia.

Dio un paso y pateó la palangana, volcando el agua.

Fascinado, Ian la vio hacer una profunda inspiración. El rubor desapareció y los puños de Alanna se aflojaron. Lo miró como recordando su advertencia relacionada con las intenciones de Brice... ¿sería esa mañana cuando él le había hablado? Compuso una sonrisa cortés. Se esforzó por mantener el control, y Ian la aprobó: había demostrado tener un temperamento apasionado que sería útil en mejores causas.

Pero Brice se acercó y la aferró por los brazos con tanta fuerza que le causó dolor.

-¿Dónde has estado, prima? -preguntó en voz baja-. ¿Has manchado el apellido MacLeod?

-¡No! -Alanna forcejeó para soltarse pero él la retuvo, mirándola con hostilidad-. No he hecho nada indecoroso -recorrió a su primo y su ropa londinense con una mirada desdeñosa-. ¿Puedes tú decir lo mismo, primo?

-Lo que yo haga no es algo que concierna a una mujer -dijo-. Lo que haga el ama de Fionnaway nos con-cierne a todos.

-No has cambiado, Brice -dijo la mujer-. Sigues siendo un asno pomposo.

-Puede ser, pero aquí hay que hacer una averiguación -repuso con tono amenazador.

Al ver confirmada la advertencia de Ian, Alanna lo miró y luego apartó la vista. Se libró de la mano de Brice y luego se dirigió al varón menos peligroso de los presentes.

-¡Primo Edwin! Qué alegría verte. ¿Me ofreces tu brazo? Me he torcido el tobillo.

Edwin se puso radiante al acercarse a ella para ofrecerle el brazo.

-Desde luego, prima. Será un placer.

-Por suerte, al menos alguien se alegra de verme -lanzó a Brice una mirada colérica y se apoyó pesada-mente en Edwin-. Siempre has sido el más dispuesto. ¿Recuerdas cuando éramos niños? Cuando nos peleábamos, Brice siempre acababa golpeándonos. Ian comprendió que estaba tratando de excluirlo, situándose en el seno de su familia y dejando en claro que él y Leslie eran extraños.

Brice se pavoneó un poco.

-Es verdad, siempre fui bueno para la pelea.

-Siempre fuiste más grande que yo y mayor que él -replicó Alanna, cortante.

-Cierto -era evidente que Brice no se avergonzaba de nada-. Pero lo divertido era que tú siempre podías castigar a Edwin. ¿Recuerdas cómo solía llorar?

-¡Brice, por el amor de Dios! -Edwin se puso muy rojo.

-Nos divertíamos, ¿no es cierto? -preguntó Alanna, con tacto.

-Para mí era un cobarde -dijo Brice.

Alanna palmeó la mano de Edwin y trató de contener la sonrisa mientras se volvía hacia la puerta... y se detenía.

Wilda estaba en la puerta, el pelo bien arreglado, el vestido planchado, abrigada con su pelliza y sus guantes.

Alanna oyó a su lado dos bruscas inspiraciones simultáneas y echó una mirada a Edwin. Tenía la boca abierta como un pescado a punto de morir. Miró a Brice: por primera vez desde que lo conocía lo vio como a un hombre en quien la posesividad se unía a una madura determinación.

Entonces, la aparición abrió la boca.

-Me preguntaba adonde habrían ido los caballeros. Quiero decir que es un poco desconcertante encontrarse sola con los criados tan repentinamente, teniendo en cuenta que me cuesta tanto entender lo que hablan, si bien se esfuerzan mucho por ayudarme. Son muy amables, pero mi madre dice que mi mente no es muy brillante y supongo que debe de ser verdad, aunque no entiendo por qué sigue diciéndomelo, a menos que piense que no la entendí la primera vez, lo cual es una tontería porque, tal vez yo no sea muy inteligente, pero oigo muy bien -sonrió a Alanna-. ¿Qué tal oyes tú?

Confundida como siempre por ese torrente de palabras, Alanna se limitó a decir:

-Muy bien.

-Oh, qué bien. Pienso que es importante que todo funcione bien en tu cuerpo aunque, por supuesto, jamás faltaría el respeto a aquellos menos afortunados que yo. Lo que quiero decir es que si yo

fuese un perro no me gustaría que las personas me golpearan sólo por no saber inglés. Bueno, tal vez lo hagan. Quiero decir que jamás oí a ninguno que lo hablara pero eso no significa que no lo hagan cuando están solos. Ian rió entre dientes, encantado, y Alanna lo miró con rabia mientras él sonreía a su prima.

Nunca, en toda su vida, alguien había calificado a Alanna de hermosa. Antes de conocer a Wilda, ella se creía una mujer práctica, sin una excesiva vanidad. No le importaba si otros descubrían su encanto. Pero cuando Wilda tuviese 80 años, los hombres seguirían embobándose con ella; incluso en ese momento, Ian le son-reía, provocándole unos violentos y súbitos deseos de ser bella.

Pero sólo una bestia podía estar celosa de una mujer tan dulce. Desesperada, Alanna le tendió la mano.

-Soy Alanna MacLeod, señora de Fionnaway.

Wilda le hizo una reverencia y luego, tomó los de-dos de Alanna dando muestras de placer pero sin la menor señal de haberla reconocido.

-Encantada de conocerla. Soy Wilda Fairchild. Yo no soy señora de nada pero soy una dama porque mi padre es conde, aunque no es necesario que me llame lady porque es demasiado formal; estoy segura de que seremos amigas.

-Wilda -dijo Leslie con su tono más colérico-. ¡Para de hablar!

Wilda palideció y soltó la mano de Alanna.

-Sí, tío.

Leslie alzó la voz:

-Eres la más irritante…

-Decir que Wilda es irritante cuando habla es como decir que el mar ruge durante una tormenta -Ian se acercó, tomó la azorada mano de Wilda y se inclinó sobre ella-. Es una injusticia para la música de la naturaleza.

Alanna intentaba deducir si Wilda había recibido un insulto o había sido salvada, pero era obvio que la interesada no había captado cualquier posible sutileza. Se aferró a Ian sonriendo, mostrando sus perfectos dientes blancos y su perfecto hoyuelo.

-Eres muy dulce conmigo. Siempre eres dulce conmigo -y a Alanna-: él es muy amable. ¿No es verdad? Ian sonrió a Alanna, que buscaba una respuesta. Lo que él le había hecho en esa misma estancia no había sido amable; había sido magnífico; al recordarlo, casi no podía mirarlo.

-Por supuesto que piensas que es amable -dijo Wilda, sin inmutarse-. Todas las mujeres opinan lo mismo.

Al parecer, Brice decidió que la visión lo había ignorado demasiado tiempo y se apresuró a acercarse a ella.

-¡Yo también soy amable!

-¡Y Yo!

Edwin soltó la mano de Alanna y apartó a Ian para poder contemplar embobado a Wilda.

De esa manera Alanna quedó haciendo equilibrio sobre un pie, a merced del sonriente Ian, que olvidó de inmediato a su prima y se puso junto a ella.

-Milady, tal vez me permita acompañarla al gran salón -dijo, ofreciéndole su mano.

Alanna la miró y saltó un poco para conservar el equilibrio.

-Esto no te comprometerá dijo él, persuasivo.

-No, eso ya lo has hecho.

Con sus palabras. Pero había más aún; había acariciado sus pechos ahí, en esa misma habitación. Se había portado con ella como si tuviese todo el derecho, como si ya lo hubiese hecho antes y estuviese seguro de que ella lo disfrutaría. Por las piedras; ¿acaso ella era tan fácil como suponía su primo?

-Te comprometí para salvarte de mi padre.

-Me comprometiste para tener derecho a Fionnaway.

-Yo soy el menor de dos males, seguramente. Ian ya no sonreía.

No había negado la acusación de Alanna: codiciaba sus tierras y, por desgracia, ella lo comprendía. ¿Quién no querría poseer Fionnaway? El solo hecho de transponer el umbral había aliviado un dolor en su alma.

Alanna echó una mirada a Leslie; vio que él los observaba entonces apoyó lentamente la palma en la de Ian.

-No parece una mujer satisfecha -comentó Leslie.

La respuesta de Ian me inflexible.

-Ella es mía.

Alanna trató de retirar su mano pero él la retuvo con firmeza entre las suyas. La entibió y luego se la llevó a la boca. El contacto de sus labios en los dedos, el modo en que la miró desde la sombra de sus cejas oscuras, trajo a Alarma el recuerdo del sueño y, para su vergüenza, se ruborizó hasta la frente. Ian la observó y recuperó la sonrisa.

-Mía -dijo en un tono destinado sólo a ella.

Leslie observó a Alanna mientras se alejaba cojean-do, apoyándose pesadamente en Ian. Vio a Wilda mientras sonreía a Edwin pero vio también cuando su sonrisa se iluminaba al mirar a Brice. Vio la expresión de Edwin cuando se dio cuenta de que su hermano mayor le había ganado una vez más, y llamó:

-¡Edwin!

Era un joven demasiado bien educado para ignorarlo:

-¿Señor?

-Estos criados son muy torpes -Leslie los apartó-. ¿Serías tan amable de acompañarme a mi cama? Sospecho que hoy me he pasado de la raya.

-Por supuesto, señor -respondió Edwin, aunque no podía apartar la vista de Wilda, que apoyaba con delicadeza la mano sobre el brazo de Brice.

Wilda bajó los brazos en un gesto de modestia y luego, al oír una palabra de Brice, alzó la vista y dejó escapar una risa burbujeante. Salieron juntos del estudio; la expresión de Edwin habría servido para el retrato de un asesino... o de un Fairchild.

-Tu hermano y Wilda hacen una buena pareja, ¿eh, Edwin? -dijo Leslie sonriendo y balanceándose.

Edwin se adelantó con el brazo extendido.

Leslie se apoyó en él.

-¿Tienes una casa propia?

Edwin se puso tenso.

-No, señor, ¿por qué?

-Está claro que no podrás vivir con ellos cuando se casen -giró la cabeza y sonrió a Edwin, que estaba tan acongojado que no pudo retribuir la sonrisa. La sonrisa de Leslie, en cambio, se ensanchó-. Tú y yo debemos hablar. Tenemos mucho en común.

Alanna se sentó en su dormitorio con los libros de cuentas sobre el regazo, el pie apoyado sobre una oto-mana acolchada.

Armstrong estaba de pie ante ella, retorciendo la gorra y esperando, mientras Alanna recorría con el índice las columnas de ingresos y gastos de los últimos tres años.

-No sé por qué debería sorprenderme de que se gastara más dinero del que ha ingresado -levantó un documento de deuda especialmente exasperante, presentado por un sastre de Londres-. Esta factura tiene casi dos años.

-Es de la última visita del señor Fairchild a Inglaterra -la expresión de Armstrong mostraba su amargura-. Desde entonces, no ha estado muy bien y no ha podido ir, algo que deberíamos agradecer, milady.

-¿Cómo es posible que un hombre se atreva a entrar en una propiedad floreciente como Fionnaway y despilfarrar unos recursos que no podrán recuperarse? -levantó la pila de facturas y la sacudió, deseando poder hacer lo mismo con el gaznate del señor Fairchild-. Ha gastado miles de libras en cada lujo que se le ocurrió sin aportar un penique -apartó del montón una factura particularmente ¿Cuatrocientas libras un par de zapatos el año pasado, cuando casi no podía caminar?

-Lo sé, milady, pero ¿qué podía hacer? Es imposible parar a un hombre como ése.

La rabia de Alarma había hecho que Armstrong se sintiera en falta; no era eso lo que ella pretendía.

-Claro que no, porque él lo habría despedido o algo aún peor. No, Armstrong, cuando me marché yo sabía que, quedando usted a cargo, haría lo que fuese mejor para Fionnaway.

-Lo he intentado. Pero le ruego que me disculpe: hay cosas que es necesario hacer. El establo ha perdido buena parte de su techo este invierno, en la última gran tormenta. Hace falta reemplazarlo antes de los primeros fríos; de lo contrario, perderemos algunos caballos de primera calidad.

Alanna recordó el comentario de Ian sobre las reparaciones que necesitaba el establo. Al parecer, él tenía razón... y eso la enervaba.

-He sabido que ha habido problemas con algunos campesinos.

Armstrong se sorprendió.

-Ha oído algo, ¿no es así, milady?

-Todo lo que he podido -farfulló, avergonzada de estar aprovechando la información de Ian pero no tanto como para reconocer esa fuente.

-Sí, esa misma tormenta causó muchos daños a los granjeros que viven más lejos, en las colinas, pues allí tienen poca protección. A duras penas obtienen lo suficiente para vivir; no les alcanza para reparar sus tejados. ¿Recuerda que, antes de marcharse usted, conversamos acerca de la necesidad de unas terrazas de cultivo?

Alanna lo recordaba; Armstrong depositaba sus esperanzas en cultivar en terrazas en las colinas, y así aumentar las tierras cultivables de Fionnaway.

-En otro tiempo había dinero para eso. Pero no me lo diga: se ha gastado en zapatos.

Volvió a los libros y confirmó que nada podía cambiar la sombría verdad. Se había dicho a sí misma que no importaba que ella se mera. Que Fionnaway se las arreglaría muy bien sin ella. Pero ella se había mentido y creado una falsedad para aliviar su conciencia. Aunque era cierto que si se hubiese quedado habría tenido que casarse con el señor Fairchild; en ese caso ella no habría descuidado a Fionnaway y a su gente.

160

-Fionnaway necesita dinero -musitó-. ¿Cuánto hará falta?

-El valor de cuatro piedras -respondió el hombre, y agregó sin rodeos-: Pero no gemas pequeñas.

Alanna se puso de pie y se acercó cojeando al hogar y contó los ladrillos: doce hacia abajo, cuatro hacia arriba. Usando el atizador, empujó uno de los ladrillos.

Armstrong observaba, como siempre; era el custodio de los MacLeod, miembro de una larga línea de servidores que conocían el secreto.

Ella quitó el relleno recalentado, metió la mano en el hueco y sacó la caja. Tallada en sencilla piedra gris, era tan antigua como el pacto, recuerdo de los días en que las bestias eran dueños del planeta y el hombre tenía apenas un frágil dominio en los bosques. Llevó la caja hasta la mesa y la apoyó. Armstrong se puso entre ella y la puerta, protegiéndola de la mirada de cualquiera que entrara sin llamar.

-He mantenido el mego encendido noche y día. Estarán bastante calientes.

Mojándose un dedo, Alanna rozó la caja.

-Está enfriándose -mientras esperaban, dijo en tono monocorde-: Usted ya sabe lo que debe hacer: lleve las piedras a Edimburgo. Si jura guardar silencio, véndalas al mismo joyero que las compró antes. Si no, busque a otro. Y en el viaje de regreso cuídese de las trampas. Ya han tratado de seguirlo otras veces.

-Por eso soy el guardián, milady. Nadie me sigue si yo no lo deseo.

Iba a decir algo pero vaciló.

-Adelante -lo animó la señora.

-Grace y yo tenemos siete hijos, milady, y yo estoy envejeciendo.

Alanna lo miró sorprendida. ¿Armstrong envejeciendo? El siempre había sido su apoyo: fuerte, firme, consciente de sus deberes y siempre dispuesto a ayudarla.

-Todavía no estoy en el lecho de muerte, de modo que no me mire así -hizo un gesto afirmativo-. Pero sería hora de ir preparando a mi sucesor. Así como yo soy el custodio que se ocupa de transmitir las tradiciones del pacto en caso de que algo sucediera al clan MacLeod, también tiene que haber alguien que pueda ocupar mi lugar.

Alanna contempló sus cabellos grises, las arrugas al-rededor de sus ojos y se dio cuenta de que el hombre decía la verdad. En ese momento, aún estaba en la flor de la edad; diez años después ya no sería así, y el pacto era demasiado importante para permitir que los sentimientos lo desbaratasen.

-¿Ha elegido a alguno de sus hijos para ocupar su lugar?

-Ellie. Sólo tiene ocho años pero es honesta y se puede confiar en que mantendrá su palabra. -su pecho se hinchó de orgullo-. Además, no ha existido jamás una niña capaz de hacer sombra a un hombre del modo que ella es capaz. Es la desesperación de su madre, pero, para usted, será perfecta.

-Entonces, llévela con usted a Edimburgo -abrió la caja conteniendo el aliento-. Cuando regrese, si Ellie lo desea, haremos que el señor Lewis le enseñe el primero de sus votos.

Miró dentro de la caja, vio el intenso resplandor y, como siempre, exhaló un suspiro de alivio. Allí estaban las piedras, tibias, hermosas; serían la salvación de Fionnaway como lo habían sido tantas veces.

Librodot

Atrapada por la misma tensión que siempre hacía presa de ella, eligió cuatro piedras grandes, de diversas formas.

-Ahora sólo quedan dos -dijo.

-Guárdelas: servirán para una emergencia.

Las superficies tersas pero onduladas de las piedras brillaron cuando ella las puso a la luz; incluso en el breve lapso que ella las tuvo entre sus dedos, comenzaron a cambiar. El delicado verde mar se convirtió en azul claro, y el mego que ardía en su interior las hizo chisporrotear. Puso con cuidado tres de ellas en un saco de lana basta forrado de satén, que Armstrong mantenía abierto. Pero la última la retuvo en el hueco de su mano y formuló la pregunta que había jurado no hacer:

-¿Sabe algo con respecto a la sortija que usa el señor Ian?

-No, señora. Sin duda, es una de las nuestras pero no la reconozco.

Como cada piedra era característica, la de Ian seguramente sería de alguna generación anterior.

-Él dijo que era de su madre.

-¿Eso dijo?

Armstrong no agregó más aclaraciones, y Alanna se limitó a entregarle el saco, que él guardó contra su piel.

Hizo una reverencia y retrocedió hacia la puerta.

-Yo tengo muy presentes mis votos: no permitiré que nadie descubra el origen de las piedras.

En ese momento, alzó la cabeza como un lobo olfateando un peligro. Girando sobre sus talones, me silenciosamente hacia la puerta, la abrió, se precipitó en el pasillo y corrió.

Alanna me cojeando hacia la puerta, pero, antes de que llegara, Armstrong había vuelto.

La tensión dificultaba la respiración de Alanna.

-¿Qué pasó?

-Alguien estaba escuchando. No lo atrapé, pero le aseguro que estaba ahí.

Alanna tragó saliva, asustada, y preguntó:

-¿Cuánto habrá oído?

-Nada. La puerta es demasiado gruesa para escuchar a escondidas, pero eso es lo menos importante, ¿no es cierto? -el semblante de Armstrong estaba sombrío-. Si alguien estaba escuchando, significa que conoce la existencia de un secreto. Tenga cuidado mientras yo esté ausente, milady. Cuídese, porque la traición está rondando.

13

Librodot

Ian estaba enfadado.

-¿Dónde crees que estarán?

Alanna echó una mirada hacia la puerta mientras la luz exterior era cada vez menor.

-Deberíamos empezar a comer -repitió Ian.

La mesa tendida para la cena ocupaba todo el largo de la habitación. La plata pulida resplandecía y el mantel era de un blanco impoluto. Todo estaba preparado para una cena especial de bienvenida a Alanna, y sin embargo ella aguardaba a que Leslie y sus primos tuviesen la cortesía de llegar a tiempo.

Las mujeres estaban junto al fuego; Ian estaba junto al gabinete de los licores al otro lado y servía vasos de ratafía para ambas. Entregó uno a Wilda, que estaba sentada en una silla junto al hogar ardiente.

-Ponlo sobre la mesa, querido -desenredó un hilo de bordar y lo enhebró en una aguja-. La beberé en un minuto. Tú sabes que lady Fionnaway tiene razón: no podemos empezar a cenar mientras que no sepamos si el tío Leslie está bien. Ayer mismo parecía estar a un paso de la muerte.

Alanna parecía estar cómoda, pero, cuando Ian le alcanzó el otro vaso, notó que estaba de pie junto a una silla frente a Wilda y no se sentaba en ella.

-Gracias -murmuró, sin mirarlo a los ojos.

En lo de no mirar a los ojos ella era muy eficiente. Pero, en cierto modo, eso daba a Ian la posibilidad de contemplarla largamente. Se había cambiado con la ayuda de Wilda; llevaba un vestido de estilo griego, de color verde hierba. La falda estaba sujeta bajo los pechos y Wilda la había plegado de una admirable manera que sólo ella sabía hacer. Por lo general, Ian no dejaba de admirar los esfuerzos de Wilda. Nada le agradaba más que contemplar a una mujer atractiva vestida para gustar.

Pero se trataba de Alanna y él no se limitaba a contemplarla: se la bebía con los ojos.

Un delgado chal blanco le rodeaba el cuello y caía sobre su escote cubriéndole el busto. Pero era casi transparente y Ian podía ver la piel de ella a través de la prenda.

-Quizá se haya agotado con el esfuerzo de hoy y ahora esté exhalando su último suspiro -gorjeó Wilda con tono alegre. Ian se sobresaltó:

-¿Quién?

-El tío Leslie. Ian regresó junto al bar y se sirvió una copa de vino reflexionando que no podía tener mayor fortuna. No debía permitir que su padre desbaratase, sus esfuerzos. Sobre todo viendo a Alanna de pie ante el mego, con esa diáfana falda de color verde que lo revelaba todo.

Librodot

Bueno, no todo. Ni siquiera casi todo. Más aún: estaba seguro de que ella llevaría al menos una enagua, tal vez dos. Pero la corriente que se formaba cerca del fuego pegaba la tela a sus piernas y, por momentos, veía la suave redondez de sus nalgas.

La noche pasada él había besado esa redondez. Y ese día la había acariciado. Quería volver a acariciarla esa noche. En ese mismo momento el deseo hacía que sus pantalones resultaran demasiado estrechos.

Pasando la mirada a Wilda, dijo:

-Apostaría a que estás más ansiosa por los primos que por mi padre.

Sin dejarse intimidar por su primo, Wilda sonrió y en sus mejillas, donde se mezclaban el crema y el rosado, apareció un precioso hoyuelo.

-Son encantadores -entonces, la sonrisa se desvaneció-. Claro que estoy más preocupada por el tío Leslie. No quiero decir que sea muy bueno ni nada de eso, pero es mi tío, y mi madre siempre dice: «La sangre es más espesa que el agua», aunque para mí eso es obvio. Quiero decir que aquella vez que Daisy rompió un vaso en un magnífico despliegue de ira cuando la prima Mary se casó con lord Whitfield, una de las astillas se me clavó en el cuello y la sangre me manchó el chal y no pudimos quitar la mancha. Eso no sucede cuando me salpico la ropa con agua, aunque es verdad; que la seda se mancha mucho. ¿No lo cree así, lady Fionnaway?

Alanna echó una mirada a Ian; él habría jurado que había en su expresión un dejo de simpatía.

-Lady Fionnaway es muy formal. Por favor, llámame Alanna.

Uniendo las manos, Wilda exclamó:

-¡Oh, gracias! Eres muy buena y, si bien es cierto que mi madre dice que la informalidad lleva a la decadencia del comportamiento civilizado, te llamaré Alanna porque vamos a ser parientes, ¿no es cierto? Vas a amar a Ian con todo tu corazón.

Ian presenció con sus ojos el derrumbe del comportamiento civilizado. El cutis pálido de Alanna enrojeció y se aferró al respaldo de la silla con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.
-¿Tú le dijiste eso?

Ian no pudo evitar que la agitación de Alanna lo complaciera, pero dijo con tono sereno:

-Wilda saca sus propias conclusiones.

-Todavía no ha nacido el hombre que me tiente a correr semejante riesgo -contestó Alanna a Wilda.

Ésta sonrió y, por una vez, calló.

Una fila de sirvientes llegó desde la cocina trayendo candelabros con velas de cera de abeja encendidas. Uno de ellos fue colocado en la mesa, entre Wilda y Alanna. Otro, sobre el gabinete de los licores. Dos

iluminaron la mesa preparada para seis personas. Alanna, Wilda y Ian esperaban. A medida que el reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba los segundos, los comentarios de Wilda se volvían más ilógicos y hasta Alanna comenzó a tamborilear con los dedos en el respaldo tallado de la silla.

En un momento Ian oyó risas masculinas que llegaban desde el pasillo y murmullos de conversación. Tres hombres aparecieron en la puerta: Edwin y Brice a ambos lados de un sonriente Leslie, que se prendía de los brazos de los dos para sostenerse.

-Hora de comer, ¿eh? -Leslie parecía casi jovial-. Acérquenme ahí muchachos, que tengo apetito. Los caballeros lo ayudaron a entrar bajo la mirada atónita de Ian. Muy pocas veces en su vida había visto a su padre tan feliz y en todas ellas su alegría había sido el preámbulo de un desastre de tremendas proporciones.

Leslie salvó la distancia hasta la silla de respaldo alto a la cabecera de la mesa y luego dijo con tono cortante:

-¡No te quedes ahí con la boca abierta, Ian... apártame la silla!

Aunque aquélla era tarea para un lacayo, Ian sabía que no le convenía quejarse. No necesitaba que su padre le recordase de nuevo, sus bajos antecedentes, menos aún delante de tanta gente. Delante de Alanna.

Apartó en silencio la silla y esperó a que Leslie se sentara.

A continuación, Leslie desafió a Alanna:

-Tú eres el ama aquí, pero no te molestará ceder tu lugar a tu viejo y enfermo tutor.

La vergüenza quemó las entrañas de Ian. Desde su adolescencia en el solar Fairchild no había sufrido semejante mortificación, cuando cada uno de sus errores, que eran numerosos, era como una señal para que comenzara a ridiculizarlo. Esta vez no podía culpar a nadie más que a sí mismo; siendo un hombre, no había pensado en que Alanna tema derecho a ocupar la cabecera de la mesa.

La voz fría de la dama detuvo los reproches que se dirigía a sí mismo.

-Es la única silla de brazos, señor Fairchild, y sé que no se tendría erguido si no los tuviese.

Leslie le lanzó una mirada virulenta.

Ella le devolvió la mirada sin expresión y preguntó:

-Ian, por favor, ¿podrías apartar mi silla también?

Ian se acercó a su lado, se llevó la mano de la joven a los labios y la besó.

-Vivo para serte útil -mirándola a los ojos sintió que los dedos de ella temblaban en su mano y, en un tono que sólo ella pudiera oír, agregó-: Y para servirte.

Alanna retiró bruscamente la mano y él la soltó.

-¿Dónde has conseguido esa sortija? -se alzó la voz quejumbrosa de Leslie-. La sortija de Alanna. ¿Qué haces con su sortija?

Miraba directamente a Ian, a su mano.

-¿Esta? -Ian levantó la mano y tocó la piedra brillante-. Es mía.

-Es de ella -replicó Leslie, abalanzándose hacia el hijo.

Sin dificultad, Ian lo eludió.

-¿De ella? ¿De Alanna? Es mía. Siempre la he llevado, ¿no lo recuerdas?

-¿De Alanna? No, ¡qué tonto!, no... -Leslie se volvió hacia Alanna y luego hacía los otros rostros curiosos que lo observaban-. Olvídenlo -hizo un gesto con la mano, tan hinchada que los nudillos se hundían en la piel formando hoyuelos-. Siéntense todos.

En apariencia, habían vuelto la cordura y el recuerdo. Ian escoltó a Alanna hasta el otro extremo y apartó su silla. A cada lado de la mesa se habían puesto dos cubiertos. Ian se sentó a la derecha de Alanna. Edwin se precipitó a apartar la silla de Wilda, enfrente de Ian. Ella le dio las gracias en voz baja y se sentó; Brice se sentó junto a ella.

Edwin dijo:

-Espera. ¡Espera! Esto no es justo.

-Deja de lloriquear -dijo Brice con frialdad.

-Te sentarás a mi lado la próxima vez -dijo Wilda a Edwin, sonriendo-. Siempre me entretienes mucho.

Edwin le devolvió la sonrisa con los labios apretados; luego rodeó la mesa y se sentó en la silla que quedaba.

-No he visto antes ese salero -comentó Leslie con acritud-. Los criados lo tendrían escondido. Ladrones, todos ellos.

Ian sabía a qué se refería: en su alegría por el regreso de Alanna, los criados habían hecho lo que su padre no creía que pudieran hacer. Habían puesto una mesa elegante.

-No son ladrones sino farsantes -insistió.

El mayordomo se mantuvo impasible hasta que Alanna dijo:

-Puede comenzar.

Merton llamó a sus subordinados chasqueando los dedos, y éstos aparecieron trayendo el primer plato, que consistía en dos sopas que presentaron a Alanna para que las aprobara.

Wilda hizo acopio de valor y trató de iniciar una conversación cortés, con la contribución de Brice y de Edwin. Pero ningún esfuerzo de los criados ni de los invitados bastaba para aliviar la tensión que creaba la presencia de Leslie. Ian comía los platos que le servían: venado con anguilas en escabeche, guisantes con lenguado frito; luego codornices y perdices, confitura de albaricoque, flan y liebre estofada. Comía con verdadero estoicismo, mientras esperaba que se descargara la catástrofe.

Sin embargo, cuando sirvieron queso y pan para terminar la comida, Ian echó un vistazo a su padre y vio que el esfuerzo que hacía por parecer saludable había vuelto grisácea su cara. Después de todo, quizás esa noche no habría escena.

Con ademán florido, el mayordomo presentó a Alanna la hogaza humeante.

-Milady, ¿la cortará usted?

Merton se volvió y presentó a Ian la redonda horma de queso.

-Y usted, señor Ian, ¿también hará los honores?

Ese pedido era una demostración de apoyo por parte de los sirvientes; Ian lo comprendía. Sin embargo no entendía cómo era posible que ese hombre, que había trabajado para Leslie, no comprendiera que éste le haría pagar caro... todos pagarían muy caro.

Ian tomó el cuchillo, se puso de pie y atravesó la corteza de cera, con la vista fija en lo que hacía. Las regulares tajadas amarillas cayeron sobre la mesa una a una, soltando su delicioso aroma.

Luego el olor a levadura le indicó que Alanna había cortado la corteza, y no pudo resistir la tentación de mirar sus manos, que manejaban el pan con destreza. Eran manos de palmas anchas y dedos largos: en ellas se combinaban la sensatez y el sentido artístico. Aunque no quería, alzó la mirada y volvió a ver esos pechos... Oh, Dios, ella tenía frío. Él le daría calor. En todas partes, como había hecho la noche pasada.

Clavó la vista en el rostro de ella. Y ella lo miró.

Una vez más, la brisa del mar los envolvió. Ian pudo sentir el sabor de la sal, oler la frescura del aire no contaminado por el humo de la leña y la edad. Ella era suya y cuando se tocaban podían sumergirse bajo las olas, remontarlas y regodearse en la furia de la tormenta. Juntos lo podían todo.

Un estertor rompió la comunión entre ellos, y obligó a que Ian girara la cabeza.

En la cabecera de la mesa, Leslie respiraba como si cada aliento fuese el último.

Alanna murmuró:

-Suena como si tuviese los pulmones llenos de agua.

Ian sintió un escalofrío en la espalda: era verdad. Más aún, Leslie tenía el aspecto de un ahogado, con las facciones hinchadas y el brillo en la piel. Ian casi podía verlo tendido sobre la arena, con hebras de algas atravesadas sobre los hombros y enredadas en los dedos... y de pronto él mismo empezó a jadear con la misma intensidad que su padre, como si le faltase el aire.

-¿Ian? -Alanna apoyó su mano sobre la de él-. ¿Tú también estás enfermo?

Ian se sacudió para alejar la visión, luego trató de reír: no convenía alarmarla. No podía permitirse perder otra novia antes de la boda.

Leslie tosió y volvió a aspirar; esta vez el estrépito fue más fuerte. Tenía los ojos cerrados, una mano sobre el pecho; Ian echó su silla hacia atrás.

Al oír el arrastre de la silla en el suelo Leslie abrió los ojos. Tosió en la servilleta y luego la dejó caer a su lado.

-Pásame el pan -dijo con voz ronca-. Todavía tengo hambre. Ian se echó atrás en el asiento, y el queso y el pan fueron pasando en silencio.

-Mi querida Alanna -la voz de Leslie parecía me-nos forzada-. Apostaría a que no has contado a mi hijo acerca de nuestra noche de pasión.

Un silencio tenso cayó sobre la mesa.

Alanna bajó la vista hacia su plato casi vacío con tanta atención como si estuviese mirando el interior de una bola de cristal.

Wilda se estremeció visiblemente. Brice se inclinó hacia ella y le palmeó la mano.

Decidido a proteger a Alanna, Ian intervino:

-Se equivoca, padre, me lo contó. Eso mismo me lo que la convenció de que yo era un pretendiente mejor.

Leslie agitó los dedos en dirección a Ian como un caballo espantando a una mosca.

-¿Qué sabe de estas cosas un muchacho como tú?

-Por lo que he oído... mucho más que tú.

Uno de los mayordomos tuvo un ataque de tos e hizo el gesto de marcharse, pero retrocedió precipitadamente y se apretó contra la pared, con los ojos agrandados por el terror. Ian oyó un gran estrépito. Todas las cabezas se volvieron asombradas por la llegada del perro más grande que Ian había visto en su vida. La bestia se detuvo, examinó a los ocupantes del cuarto con la confianza de un animal que se sabe superior a todos.

La mirada del perro se fijó en la de Leslie y, con un incongruente ladrido de cachorro, se precipitó hacia su amo.

Alarmada, Alanna se puso tensa. Wilda chilló. Brice apartó su silla, y las rodillas de Edwin chocaron con la mesa cuando él levantó los pies.

El perro se apoyó en Leslie, mientras éste acariciaba su enorme cabeza.

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Alanna al mayordomo.

Merton hizo una reverencia sin quitar la vista de los dos demonios que estaban en la cabecera de la mesa.

-Nadie se atreve a impedirle que vaya adonde quiera.

Alanna dijo en voz alta:

-Señor Fairchild, éste es un animal muy cruel. ¿Sigue comiendo gatos por puro placer?

-Así es -respondió Leslie sonriendo con cordialidad-. Un día se comió a uno de los tuyos.

Ian vio crecer la angustia de la joven, que aplastaba migas de pan en la palma de su mano.

-Sí, sigue comiendo gatos y cualquier ser que cometa la estupidez de ponerse en su camino. Pesa más que muchos hombres. Estos campesinos escoceses se cuidan de mantener a sus chiquillos lejos de mi Damon -el perro gimió al oír su nombre-, y los sirvientes me obedecen con celeridad cuando él está a mi lado.

Bajo la atenta mirada de Ian, los lacayos se alejaban lentamente de la mesa arrastrando los pies; él se convenció de que su padre decía la verdad.

-Debería estar encadenado -dijo Alanna.

-Estaba hasta ayer -replicó Leslie-. Ordené que lo soltaran en cuanto esa bruja operó su magia.

-¿Bruja? -Alanna clavó la vista en los ojos de Leslie.

-Sí, aunque a ustedes no les importe, yo me estaba muriendo pero la bruja... -su voz me perdiéndose mientras escudriñaba la cara de Alarma-. La bruja se parecía a...

-¿Sí? -lo instó Alanna, sin dejar de observarlo.

-Yo soñé... -Leslie perdió el color y su voz se quebró. En un susurro que perforaba el extraño silencio que reinaba en el gran salón, dijo-: Soñé que tú estabas aquí una noche, pero te parecías a...

Le tembló la mano que mantenía delante de su cara, gesticulando en una incoherente descripción de ese parecido. A continuación, tuvo una sacudida y se aflojó. Ian y Alanna se pusieron de pie y corrieron hacia él.

Pero cuando Damon gruñó, Leslie alzó la cabeza.

-Déjenme -dijo. Ian se detuvo en seco.

Alanna no: se inclinó sobre él y le tocó la mejilla.

-Está cubierto de un sudor frío.

-¡Estoy bien!

Una burbuja de transpiración le tapó una ceja. Levantó la mano para enjugársela y volvió a dejar el brazo sobre la silla como si le pesara demasiado.

El perro gruñó de nuevo.

Alanna retrocedió un paso, luego otro cuando Leslie la miró.

En esos ojos bordeados de rojo ardía el infierno.

-¿Dónde has estado, Alanna de Fionnaway? -preguntó Leslie-. Dinos dónde has estado escondida es-tos años.

-Sí, Alanna, dínoslo -dijo Edwin en voz baja-. Has cambiado mucho, y a todos nos gustaría saber por qué.

Alanna alzó el mentón con gesto altivo.

-Nunca he dejado Fionnaway.

-Quizás han oído hablar de la escena junto a la mente esta mañana -dijo Ian, tentado por la risa viendo la incredulidad de Edwin y la confusión de Brice-. Estaba disfrazada de bruja, pero la verdad estaba a la vista para cualquiera que sólo viniese a Fionnaway para sacar la cuenta de los bienes.

Brice se levantó empujando la silla hacia atrás.

-¿Acaso te atreves tú a hablarme a mí de eso? ¡Tú, un Fairchild, que extiendes tus alas de buitre sobre la mitad de la tierra!

Apoyando los nudillos sobre la mesa, Ian dijo:

-El dinero de este buitre puede salvar a Fionnaway. ¿Qué puedes hacer tú, salvo exprimirla hasta dejarla seca?

Wilda gimió, y Alanna, compadecida, dijo:

-Caballeros, ésta no es una conversación apropia-da para la cena. Ian y Brice no estaban dispuestos a callar, pero Damon gruñó y Leslie rió entre dientes. La combinación de esas dos voces perversas logró hacer silencio.

-Señor Fairchild, tenemos que llevarlo a la cama -la voz de Alanna tenía el sello de autoridad de la se-ñora de Fionnaway y de la curadora que había sido tan-tos años-. Está exigiéndose demasiado.

-Aún me queda cuerda -con los párpados caídos, Leslie miró a Alanna y después a Ian-. ¿Ya se lo has dicho?

El corazón de Ian empezó un lento y fuerte latido.

-¿Si le he dicho qué?

Había tantas cosas que no quería que ella supiera, tantos secretos sombríos que a su padre le encantaría revelar…

-La verdad. ¿Le has dicho a tu prometida la verdad con respecto a ti?

-¿Qué verdad? -preguntó Brice-. ¿No deberíamos oírla todos? Ian miró a Alanna por encima de la mesa; deseó haber estado cerca de ella. En ese caso podría tapar sus oídos con las manos, levantarla y llevársela corriendo, sacarla de esa presencia que envenenaría a ambos con los hechos.

-Es un antiguo secreto -Leslie hizo una mueca-. Un secreto que no me honra, lamentablemente. Pero una novia debe saberlo todo acerca de los antepasados de su novio.

Ahora Ian sabía de qué se trataba; cerró los ojos angustiados.

-Es mi hijo, no lo niego -dijo Leslie-. Pero, por lo demás… es mitad selkie.

Pese a todas las advertencias de los selkies más viejos, a la dureza de la vida fuera del agua, todavía muchos selkies inexpertos se acercan a las playas con la esperanza de encontrar una pareja humana.

Existe una tradición tanto entre los selkies como entre los humanos según la cual, cuando se encuentran el humano y el selkie adecuados y se unen, entre ambos se crea una pasión diferente de cualquier otra. Resplandecen, arden, se aman una y otra vez hasta que nada más importa salvo estar juntos. Dicen que es un amor que arranca lágrimas a los ojos.

Lo que no dicen es que, cuando se encuentran y se unen el humano y el selkie equivocados, los resultados son trágicos y eternos, y las lágrimas que se vierten no son de dicha sino de pena y de miedo... y de venganza.

14

Las palabras de Leslie provocaron un silencio atónito.

En cuanto a Ian, el comedor perdió la forma, se llenó de auras que giraban al compás de las emociones. Incredulidad, asombro, hilaridad, frío cálculo: todo lo vio desde lejos. Su cuerpo estaba allí, aunque él habría querido escapar y unirse a ese otro mundo que lo esperaba fuera de su horizonte visible. Ahora flotaba, muy ligero, en el aire, aguardando angustiado a oír las próximas palabras desuñadas a Alanna.

Pero en cambio oyó una risa entrecortada de hombre.

-¡Usted se está burlando de nosotros, señor!

La habitación se transformó. Las formas se consolidaron.

-Vamos -exclamó otro hombre-. ¡Selkies! Una tonta leyenda.

Edwin. Y Brice.

-¡Créanme! -insistió Leslie, golpeando con la mano abierta sobre la mesa-. Les aseguro que yo he procreado con una de ellas.

La visión de Ian se aclaró todavía más. Había esta-do perdido en un mundo mágico... y había vuelto. Ya lo había hecho otras veces sin que nadie reparara en su ausencia.

Edwin parecía incómodo. Brice contenía con esfuerzo la risa.

Hasta Wilda musitó:

-¡Tío Leslie! -con tono de desazón.

Pero Alanna todavía no había hablado; Ian se aventuró a mirarla.

Ella lo escudriñaba: ¿habría visto su silueta oscilando en los vientos de la magia?

No. No parecía asustada Más bien seria y pensativa, como si estuviese considerando la posibilidad de que él fuera realmente un fenómeno.

Brice apoyó una mano sobre el brazo de Wilda y dijo con suavidad:

-No te inquietes, mi querida. Aquí, en Escocia, también tenemos nuestro pariente loco. Nosotros comprendemos. Ian vio cómo la rabia de Leslie se contraía y se expandía con cada aliento, y con motivos. Se

había ganado su fama de mentiroso y canalla; además odiaba ser tratado como un viejo insignificante, desechado y ridiculizado.

-Yo vi. ¡Yo sé! -insistió.

-Ya está bien, viejo -dijo Edwin con tono bajo y cruel-. Por su estúpida venganza está arruinándolo todo -se puso de pie, rodeó el extremo más alejado de la mesa y me a recoger su parte de la atención de Wilda-. Bueno, bueno, querida -se arrodilló junto a ella-. No le hagas caso.

Leslie escupió:

-¿Cómo te atreves a estar en mi casa y dudar de mí? ¿Cómo te atreves...?

De repente, viendo el modo en que Alanna miraba a Ian, se interrumpió.

La habitación, las personas, todo volvía a tener forma cuando Ian se concentraba en él. Ese otro mundo encantado desapareció... por el momento. Dijo con amargura:

-¿Estás satisfecho, padre?

-La muchacha debe saber la verdad.

Las palabras eran virtuosas, el tono, no.

-Tú no reconocerías la verdad aunque te mordiera.

Leslie intentó replicar. Intentó de nuevo. Ian se inclinó adelante sin saber si su padre fingía incoherencia para conseguir un efecto dramático o porque, en verdad, no podía hablar.

Leslie exhaló una de sus profundas bocanadas acuosas y un temblor lo sacudió.

-Para mí ya es hora de dormir -dijo con voz ronca.

Su cabeza cayó sobre el pecho, sus ojos se cerraron.

Alanna se adelantó y, desde el otro costado de Leslie, el perro emitió un gruñido gutural. La joven se detuvo, pero Ian dijo:

-No te atacará, pero muévete con suavidad.

Alanna lo miró, asombrada por su certidumbre; sin embargo le creyó y se apresuró a hacer presión con los dedos en el cuello de Leslie. Damon no saltó pero mostró los dientes.

-Su corazón todavía late -informó ella.

De los labios entreabiertos de Leslie escapó una especie de gorgoteo.

-Desde luego -sin apartar la vista de Damon, Ian hizo una seña a los lacayos-. Levanten la silla. Lleven al señor Fairchild a su dormitorio. Y, por el amor de Dios, no hagan movimientos bruscos. Si tienen cuidado, el perro no los atacará.

-Sí, pero, ¿qué pasará con el hombre? -preguntó uno de ellos, pálido y tembloroso. Ian no rió: era evidente que el lacayo sabía dónde es-taba el verdadero peligro.

-Está dormido.

Los hombres rodearon a Leslie, dudando entre temer al viejo o temer al perro. Bajo la mirada de Ian, el perro también se movió alrededor de ellos como desafiándolos y, cuando uno de los criados se inclinó hacia la silla, Damon se abalanzó sobre él. Los lacayos salieron corriendo y dando gritos. Wilda lanzó un alarido y los primos también gritaron. El mayordomo se trepó al gabinete de licores haciendo caer vasos y copas. Las sillas cayeron al suelo entre trozos de cristal.

Damon giró, buscando una presa y, soltando un fuerte ladrido, el can servidor del demonio se precipitó sobre Alanna. Ian no tuvo conciencia de haberse movido pero se encontró al otro lado de la silla, en el aire. Poniendo en juego todo el peso de su cuerpo, pateó al animal en la cabeza.

La bestia volvió a levantarse acechando como si el hombre fuese una presa insignificante que él pudiese destrozar a su antojo.

-Un cuchillo -susurró Alanna-. Agarra un cuchillo de la mesa. Ian no le hizo caso y se mantuvo completamente inmóvil. El mastín se preparó para saltar. El silencio del cuarto parecía vibrar con la tensión mientras Damon concentraba su atención en los ojos de Ian.

En sus ojos.

Damon quedó inmóvil, las patas rígidas, erizados los pelos del pescuezo. Ian lo observó y le habló en voz suave, tierna:

-Quieto. Échate.

Sin parar de gruñir, el perro abandonó la postura agresiva, adoptando otra más pasiva, defensiva.

-Así es mejor -Ian hablaba al alma primitiva y retorcida del perro-. Puedes confiar en mí. Échate.

Damon bajó las orejas y los labios cerrados ocultando los dientes y su brillo amenazador.

-No dejaré que él te haga más daño -Ian se puso en cuclillas para quedar a la altura visual del animal y le hizo una promesa-. Ahora serás mi perro.

Con aspecto aturdido, Damon se echó, fijando en Ian su mirada triste. Ian apoyó la mano sobre la enorme cabeza.

-Buen muchacho.

El animal se levantó, apacible como un recién nacido, y se recostó frente al mego.

Todos permanecieron en silencio observando al perro y luego se quedaron mirando a Ian. Este se removió incómodo, preguntándose qué demonios esperaban que él hiciera: ¿dejar que el perro atacase a Alanna?

En ese momento, Leslie resopló por la nariz y roncó.

-Dios mío -balbuceó Brice-. ¿Cómo lo hiciste?

-¿No es maravilloso? Ian siempre ha sabido entenderse con los animales -dijo Wilda-. Sí; recuerdo una vez, con ese caballo que había en el establo de Fairchild...

Edwin la interrumpió sin escrúpulos.

-Tal vez este tipo realmente sea mestizo -largó una carcajada y después se interrumpió-. Qué asco -murmuró.

Sólo él rió. Nadie reía cuando Ian demostraba ser diferente y, por eso, siempre cuidaba de no exhibir sus habilidades. Y cuando lo hacía, aun en ese momento, aunque salvara la vida de Alanna, él sabía que sería castigado con frialdad, miedo y desdén.

Los lacayos se alejaron de él. El mayordomo dejó el refugio del gabinete de licores y miró ceñudo los cristales rotos, como si la culpa fuera de Ian. En la entrada, una doncella observó la escena con ojos desorbitados y luego corrió a contarlo al resto del personal de la casa.

Y, como de costumbre, Ian empleó el desapego como escudo, sin responder al asombro, el disgusto o la sorpresa. Dejaba que las murmuraciones resbalaran sobre él sin inmutarse, con los hombros erguidos y una expresión cerrada.

Indiferencia: era la única manera de sobrevivir.

Entonces, alguien tiró de su manga: era Alanna. Supuso que ella también lo acusaría.

-Ian, me has salvado la vida -tomó la falda en una mano y, dibujando un elegante arco con la otra, hizo la reverencia que hace un súbdito agradecido ante su rey-. Muchas gracias.

Ian no podía creerlo. ¿Acaso ella... ella estaba tratando deliberadamente de salvarlo de la repulsa general? Los criados de Alanna la observaban con atención y, tomando su conducta como una señal, sonrieron. Los primos de Alanna no sabían dónde mirar, avergonzados de que una simple mujer tuviese el valor que a ellos les faltaba.

Por primera vez, Ian perdió el norte. Sabía cómo replicar a la grosería. Sabía cómo manejar el desprecio. Pero, ¿cómo hacía uno para agradecer a una mujer el hecho de haberlo tratado como a un ser humano?

Al parecer, Alanna no esperaba una respuesta. Se limitó a decir a los lacayos:

-Ahora, hagan lo que el señor Ian les ordenó, lleven al señor Fairchild a su dormitorio.

Sin perder de vista al sometido perro, los hombres se acercaron. Cada mío aferró una pata de la silla y se llevaron el cuerpo bamboleante de Leslie hacia su cuarto.

Alanna y Ian los siguieron por el corredor en penumbras.

Ian pensaba qué decir. ¿Tendría que mentir? ¿ Tratar de tranquilizarla? ¿O exigirle que recordara lo que había sucedido entre ellos, que admitiese que él era un hombre en el aspecto que más importaba? La sociedad insensible lo había etiquetado: bastardo, demonio, bestia. Pero él era más que eso, y ella lo sabía. Con que sólo recordara lo sabría.

Ante la puerta, Alanna le puso la mano en el brazo para detenerlo.

-Tu padre es un viejo enfermo y tonto. Y mi inteligencia me alcanza para distinguir la verdad que hay en ti.

Su voz no expresaba repulsión. Su mano se apoyaba en el brazo de Ian. Lo tocaba sin temor. Lo miraba con aire grave, los ojos grandes y solemnes.

¡Pero es verdad! Por una vez, Ian anhelaba decir la verdad. ¡Es verdad! Mi madre era selkie. Acéptame como soy.

La sombra y la luz de la vela suavizaban el rostro anguloso e inteligente de Alanna, y Ian la deseó. La deseó y recordó a la muchacha cuáquera y sus miedos y la repugnancia que casi no había podido contener.

Tendría que informar a Alanna de los hechos. Tendría que obligarla a creer. No era justo que ella tuviera que casarse con un ser híbrido. Un monstruo. Pero era demasiado tarde: ella era suya. Él la había hecho suya.

Sólo que en ese momento, al parecer, ella no lo sabía. Pensaba que tenía posibilidades de elegir.

Rodeó su cintura con las manos y la acercó hacia él.

La mano de Alanna se alzó hasta el pecho de Ian y lo contuvo.

-Muchas cosas se interponen entre nosotros -protestó-. Mis tierras, mi pasado, tu ambición, tu padre.

-Tus tierras las quiero, lo admito, y si eso me hace ambicioso, que así sea. Pero tu pasado... tu pasado me importa un comino. Y te lo advierto ahora... -habló en voz tan baja que ella tuvo que acercarse a él para oírlo- ... no permitiré que el recuerdo de mi padre y de lo que trató de hacerte hace cuatro años nos arrebate la dicha de hoy.

-¿Me pides que olvide lo indefensa que me hizo sentir?

-Cuando te abrazo, eres omnipotente -asiéndola de los brazos, permitió que ella se aferrase a los suyos-. Siéntelo. Siente el poder que tienes sobre mí.

Confundida, Alanna trató de apartarse. Pero lo más probable era que semejante poder le suscitara temor... y que acabara temiéndole.

-Alanna.

Su nombre salió desgarrado de la garganta de Ian, como un símbolo de todo lo que quería decir y no podía. Quería darle las gracias porque ella le había agradecido públicamente el haberle salvado la vida. Quería agradecerle por ocultar cualquier horror que pudiese sentir a causa de sus ancestros. Pero el deleite del cuerpo de ella contra el suyo lo impulsaba más allá de los límites del comportamiento civilizado y lo que hizo, en cambio, fue apretarla contra la pared. Después de todo, eso era lo que ella esperaba. ¿Acaso no era él una bestia? Y un bastardo. Dios, también tendría que decirle eso. Pero aún no...

Alanna apartó el rostro. Liberando una mano, Ian la sujetó por el cuello, retuvo su mandíbula con los dedos y la besó.

Hasta el contacto con su boca era bueno. Hasta el roce de los labios firmemente cerrados lo provocaba. Y lo que más encendía su ira era la resistencia de ella. Inclinó su cara hacia la de ella.

-Abre la boca.

Lo hizo... para morderlo. Le clavó los dientes en el labio inferior... casi.

-Te daré una paliza -amenazó Ian, y le metió la lengua en la boca.

Allí saboreó la sorpresa, la indignación. Luego a ella. Aunque le vendaran los ojos y tuviese que besar a cien mujeres, siempre reconocería a Alarma. Áspera, asustada, excitada aun contra su voluntad.

La sujetó con firmeza pero la besó con delicadeza, con suavidad, convincente.

Hasta que ella empezó a responder; entonces la sangre se precipitó por sus venas elevándose como la marea. Dios, qué dulce era. Pequeña, dulce y, por sobre todo, apasionada. Lo había probado la noche pasada y ese día otra vez. La droga había colaborado con él adormeciendo su resistencia, aquietando sus temores, y ella se había entregado al deseo con tanta confusión y deleite al mismo tiempo que Ian tuvo dificultades en mantener el control.

Control. A Alanna se le cortó el aliento y gimió, lanzó un breve sonido que Ian atrapó y saboreó. Se inclinó hacia ella apretándola más fuerte contra la pared, aprovechando su peso para dominarla. Con una mano le acarició el cuello desnudo. Con la otra contorneó sus curvas desde las caderas hasta las costillas y luego en sentido contrario. Ian alzó la cabeza y la miró. Sus párpados se agitaron como si estuviesen demasiado pesados para levantarse. Tenía la boca húmeda, hinchada, y la piel alrededor de ella ligeramente enrojecida por el roce con su barba. Alarma se tocó el labio inferior con la lengua e Ian aprovechó para salirle al encuentro.

Esta vez, cuando él alzó la cabeza, Alanna lo miró aturdida, con esa sensualidad que lo estremecía.

-Esta noche no eches el cerrojo a tu puerta.

Esos ojos verdes se dilataron; Alanna intentó huir de él aplastándose contra la pared... como si él no pudiera apoyarse con más fuerza.

-¡No puedes visitarme antes de la boda! -susurró ella.

-Soy medio selkie, ¿recuerdas? -jamás se le había ocurrido que un día se jactaría de ello, pero estaba haciéndolo-. Soy mago. Puedo entrar por tu ventana con la brisa, acariciarte con mis pensamientos, encantarte con un hechizo...

Alanna se aflojó y sus ojos se velaron con el deseo que él encendía en ella.

Pero entonces él vio cómo la lógica se precipitaba bruscamente a ocupar su lugar. La boca de Alanna se puso firme. Sus ojos chispearon. Y el resplandor de pasión murió, reemplazado por el color de la razón.

-Si eres el viento, no será necesario que deje mi puerta sin cerrojo, ¿no es cierto? Ian dibujó una sonrisa lenta y segura. Él era el viento y, en efecto, se reuniría con ella. Apoyó con cuidado el pulgar en la frente de Alanna, entre las cejas y, mirándola a los ojos, hizo presión y le ordenó:

-Sueña conmigo.

Cuando los selkies salen de entre las olas para recorrer la tierra, convencen a los incautos de que los sigan. Pues cuando adoptan forma humana son bellos como la noche, con ojos oscuros que chisporrotean con reflejos de plata y pelo negro que reluce como la piel de la marta. Cuando un hombre ve a una mujer selkie, siente que un hechizo crece dentro de él y sabe que hará cualquier cosa por poseerla eternamente.

Y cuando un macho selkie desea poseer a una hembra humana, utiliza todas sus habilidades para cautivar a la mujer, invitándola a un viaje colmado de tales deleites que ella nunca deseará a ningún otro.

Algunos humanos, despechados por la felicidad ajena, dicen que este uso de la magia es injusto.

Los selkies, en cambio, dicen algo completamente diferente, que es el equivalente del encantamiento:

-Todo vale en el amor y en la guerra.

15

Ian llegó a ella como la bruma, materializándose en la oscuridad como un fantasma de placer.

-Alanna -su voz cálida vibraba en son de reproche-. Te dije que no echaras el cerrojo. Te lo he dicho las siete últimas noches y tú sigues desobedeciéndome. ¿Cómo debería castigarte?

Alanna apretó las mantas contra su pecho y lo desafío como había hecho todas las noches de esa semana.

-No tienes derecho para darme órdenes ni para castigarme.

La silueta de Ian resplandecía con luz propia cuando él apoyó la rodilla en el colchón, junto a la cadera de la mujer. Con el esmero de un amante, aflojó los dedos que aferraban la sábana y la apartó hacia los pies de la cama.

-Yo me tomo el derecho. ¿No recuerdas aquella noche, en la choza de la bruja?

-No. Te juro que no.

-Déjame que te la recuerde.

Medó sus dedos entre los cabellos, la sostuvo y le rozó las mejillas con la boca cerrada.

La dulzura de ese beso le hizo brotar lágrimas de di-cha. Ese beso era una composición, una obra maestra, la flor más exquisita de la naturaleza. Cada roce de los labios de Ian encendía su sangre en la piel; ella se preguntó: Si éste es el castigo por no dejar la puerta abierta, ¿cuál será mi recompensa por dejarlo entrar?

Él le besó la frente, el pabellón de las orejas, el mentón y el cuello.

-Ian -sin saber cómo, Alarma había llevado las manos hacia los hombros de él, ahora inclinaba la cabeza ofreciendo su boca-. Por favor, bésame.

-Estoy besándote.

Deslizó los labios por el borde de la mandíbula hasta el lóbulo de la oreja y lo mordisqueó.

Cada uno de los nervios del cuerpo de Alanna se puso alerta.

-¿Por qué hiciste eso?

-Para poder hacer esto.

Alivió el escozor con un beso y después atraco la carne tierna hacia el interior de su boca.

Sintiendo una desesperada falta de aire, Alanna hizo una brusca inhalación. La lengua, los labios, los dientes de Ian avanzaban en su oreja y la mordisqueaban, saboreando la delicada golosina. Alanna sintió que había carne de gallina en la parte baja de su espalda y que se extendía en un intento de enfriar un cuerpo recalentado.

Inútil empeño. El no le daba cuartel.

-Bonita oreja -murmuró-. Rosada, delicada, tan sensible -la suave brisa de su aliento resbaló sobre la humedad que él había dejado-. ¿No es así?

Alanna cerró los ojos tratando de absorber la sensación.

-¿Qué?

-Tu oreja. Es sensible.

Qué pregunta tan tonta: con él, todo era sensible. Su cuero cabelludo reaccionaba a los dedos de él que se deslizaban en su cabeza masajeándola hasta que ella se relajó, hasta que cada músculo estuvo laxo, cada hueso suelto. Entonces, la mano de Ian resbaló por su omóplato, y Alanna inclinó la cabeza para permitir que la acariciara; pequeños círculos de aflojamiento recorrieron su cuerpo, tenso por el trabajo y las preocupaciones. La reconfortaba de tal manera que deseó haber contado con él durante tantos años de soledad. Ojalá pudiese tenerlo a su lado en los años solitarios que la aguardaban.

-Puedes -susurró él.

Entonces, el relajamiento de Alanna desapareció.

La mano de Ian ya no masajeaba su hombro, ahora acariciaba aquello que debería estar cubierto por el camisón. ¿Cuándo, cómo la había desnudado?

Intentó hacerse con una manta pero estaba fuera de su alcance.

-¿Pudorosa, mi dulce?-su voz sombría y rica con-tuvo la incomodidad de Alanna-. Eres tonta si te avergüenzas de un cuerpo tan hermoso como el tuyo. Mira puso las manos bajo sus pechos y los levantó, acentuando su turgencia-. Las más elegantes damas del mundo desearían tener una piel tan suave y perfecta, tan elegante redondez, un pezón del color del alba.

Su voz se hizo más ronca como si se hubiese tentado a sí mismo.

Alanna observó la cabeza morena que bajaba y besa-iba su pecho. El roce de sus labios sobre la convexidad de su carne disipó cualquier resto de recato, mientras él tomaba un pezón entre el mayor y el pulgar. Pellizcó con suavidad, y ella gimió anticipando su entrega.

Los ojos de Ian, castaños y de suave resplandor bajo la luz tenue, estaban clavados en ella mientras su pulgar seguía frotándola suave, incesante.

-Aquí también eres sensible. Mira cómo se ha endurecido, esperando. ¿Por qué crees que será?

-Ian, por favor.

Trató de incorporarse.

-Háblame, Alanna. Dime con tu dulce acento escocés por qué tu cuerpo me provoca con sus reacciones.

-Porque... quiero... que me beses.

Alarma hizo rechinar los dientes; paradójicamente, su exasperación y su deseo eran tan intensos que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para mitigarlos. Cualquier cosa... excepto abrir su puerta al hombre real.

-Eres demasiado terca -la regañó-. Pero estoy a tus órdenes. Mira -levantó la cabeza, cerró los labios y lanzó un beso al aire-. Un beso.

-Quiero un beso de verdad.

-Caramba, Alarma. Quieres que abra mi boca en la tuya -fingió una mezcla de sorpresa escandalizada y profunda satisfacción-. Quieres que chupe. ¿Por qué será que quieres eso?

Porque, en cierto modo, eso podría aliviar el ansia que ella sentía recorriendo cada rincón de su cuerpo. En el rincón más sensible de su cuerpo.

-Dime, Alanna, ¿qué te parece si te lamiera, si besara tu pezón y lo chupara? Tal vez, hasta podría...morderlo.

Enloquecida por sus promesas, ella se removió inquieta.

-¡No muy fuerte! -continuó-. Con suavidad, con ternura; sólo un roce de los dientes que te advierta del peligro. Porque yo soy peligroso, Alanna. ¿Lo sabes?

Alanna flexionó una rodilla y arrastró lentamente un pie sobre la sábana de lino como si su leve aspereza pudiese darle una sensación de realidad.

-Yo también soy peligrosa.

Librodot

El matiz provocativo desapareció de la voz del hombre.

-Lo sé. Tienes la posibilidad de mandarme al exilio con el simple chasquido de tus dedos.

¡Maldito seas! ¿Por qué no hacía lo que ella pedía?

-Debería hacerlo.

-Sí -le rodeó la garganta con una mano. No hizo presión pero el mensaje era claro-. Sin embargo, te preguntas si alguna vez te librarás de estos sueños o si la frustración te perseguirá hasta el fin de tus días.

Alanna apoyó su mano sobre la de él.

-¿Y tu frustración?

Los labios de Ian, esos sensuales labios que ella deseaba, se curvaron en una sonrisa amarga.

-Yo estaré encadenado a la misma roca del infierno en la que estarás tú.

¡Qué gozosa perspectiva para Alanna! Siempre había sido la señora de Fionnaway, orgullosa, noble y honorable, pero jamás había pensado que podría sojuzgar a un hombre. Y menos a uno de tan misterioso encanto.

-Bésame -ordenó-, en los labios.

Alanna no sabía por qué era tan importante eso; sabía que quería saborearlo, que él la saborease. Sólo entonces creería que aquello estaba sucediendo. Sólo entonces sería consciente de su propio poder.

Pero él no respondió ni obedeció.

En cambio, ella sintió que la mano de Ian se deslizaba hacia su vientre. Ella olvidó el beso. Se olvidó de su orgullo. Lo único importante era la promesa que había en esa caricia.

-Ian -se retorció sobre la cama, desesperada porque él llegase con su mano hasta ese sitio que palpitaba al mismo ritmo que su corazón-. Por favor.

-¿Otro beso?

Ian acercó sus labios al pecho de Alarma.

-Así no.

Alanna le acarició el pecho y descubrió el suave vello que le cubría el esternón. Los pezones de Ian estaban fláccidos y blandos hasta que ella se humedeció los dedos con saliva. Tocó esos círculos de color y se irguieron como los de ella, y lo oyó contener el aliento.

-Eres innovadora -provocativo, le lamió el pliegue interior del codo-. O estás desesperada.

Desesperada. Sí, estaba desesperada. Sintiéndose audaz, deslizó las manos más abajo a lo largo de la cadera esbelta y fuerte. Por el vientre surcado de músculos. Si lo tocaba como ella deseaba ser tocada, tal vez también él enloqueciera de deseo.

Pero él la detuvo cuando los dedos de ella llegaron a la mata de rizos en la ingle.

-Este es un juego para amantes.

-Somos amantes. Ian le separó las rodillas con la suya y, con suma lentitud, bajó hasta que su peso quedó apoyado sobre ella. Alzando más el muslo, se acomodó entre las piernas de ella. La presión fue un pobre reemplazo de la delicadeza de su mano, pero Alanna se movió contra él primero vacilante, después ansiosa. La sensación la satisfizo y, al mismo tiempo, le hizo desear más. Ian permitió que ella lo usara, que se frotara contra él hasta que gimiera de deseo, hasta que se retorciera en procura de su satisfacción.

Entonces, le sujetó las caderas. Alanna vio el brillo de sus ojos en la oscuridad y oyó la conocida letanía:

-Seremos amantes cuando dejes la puerta abierta para mí.

Se movió con tal ligereza que Alanna no supo que se había ido hasta que se incorporó, apretando la almohada contra su vientre.

Un leve sudor cubrió su piel. El aliento salía de su boca en cortos jadeos. La sangre palpitaba en sus venas y la desesperación llevó su mano entre las piernas para aliviar la tensión, aunque sabía por experiencia que nada podía aliviar esa húmeda sensación de vacío.

Por primera vez, Ian agregó:

-Ha llegado la hora de recordar, Alanna.

Lo oyó con tal claridad que se inclinó hacia adelante y clavó la vista en la puerta esperando verlo.

La puerta estaba cerrada con llave y, las tres últimas noches, con el cerrojo echado.

Su precaución había sido inútil: una vez más Ian había cumplido su promesa. Flotando en la brisa había entrado por la ventana, había derramado su hechizo sobre ella, y ella había soñado con él como sucedía cada noche. Cada maldita noche.

Enfurecida, temblando de frustración, rodó sobre la cama cayendo al suelo con un ruido sordo…entonces vio el camisón junto a sus pies. Lo enganchó en un pie y lo arrojó lo más lejos que pudo, pero la prenda flotó en un aleteo de blanco algodón en lugar de dar contra la pared como ella esperaba.

Camisón inútil. Todas las noches lo había abotonado cuidadosamente hasta el cuello y cada mañana, cuando despertaba, lo encontraba abierto, bajado hasta la cintura, levantado hasta las caderas… ¿Cómo lo haría él?

Con el entrecejo fruncido, paseó la mirada por la habitación vacía. Era la habitación que ocupaban las hijas de los MacLeod desde que se había construido el castillo. No se había ahorrado ninguna comodidad; Alanna debería sentirse tan satisfecha de alojarse allí como las piedras en su secreto lugar de la chimenea.

Pero la satisfacción estaba muy lejos de Alanna.

Frustración: ésa era la palabra. Todas las noches Ian se le aparecía en sueños y la acariciaba hasta hacerla suplicar, rogando que

la satisficiera. Todas las noches él se negaba. La llevaba hasta el límite. Hasta el punto en que su cuerpo llegaba a la máxima tensión. Entonces... ella despertaba. Y durante todo el día cada roce le hacía pensar en Ian. Todo lo que gustaba, tocaba, olía le hacía recordar la erótica sensualidad de la noche anterior... y la seducción que en realidad no había sucedido.

-¡Al diablo con él!

Tomó su ropa de la silla y-se vistió lo más rápidamente que pudo. Necesitaba salir de allí antes de verlo.

No... antes de que él la viese. Él era el cazador, ella la presa. La seguía a todos lados mientras ella se ocupaba de las tareas de su condición de ama de Fionnaway. Supuestamente, lo hacía para ayudarla mientras el pie se recuperaba. Luego, cuando estuviese mejor, él diría que lo había hecho para acompañarla mientras ella iba a la aldea o a ver los cultivos.

Mentía. Sólo iba para sonreírle. Sonreírle, y tomar su codo cuando andaba por un sitio pedregoso. Sonreírle, y ayudarla a montar tomándola de la cintura. Sonreírle, y hacerle un masaje para aflojar el nudo que se le formaba entre los omóplatos cuando hablaba con los campesinos.

¡Él era la razón de que ella estuviese tan tensa! En ninguna ocasión volvió a tocarla como lo había hecho en el estudio. Ella sabía que las manos de él eran atrevidas, curiosas, sabias, pero, ¿acaso se lo demostraba? No. Se limitaba a observar a Alanna, nerviosa por sus sueños eró-ticos y, sin decirle una palabra, le daba a entender que él lo sabía. ¡Maldito! Él lo sabía, y Alanna estaba segura de que no soportaría mucho tiempo más si él no le daba un respiro en ese acecho interminable. Aceptaría casarse con Ian sólo para que él le mostrase qué había del otro lado de esa montaña de anhelo sexual.

Apretó contra su pecho las ligeras botas de piel con sus manos húmedas, abrió la cerradura y corrió el cerrojo. Lenta, silenciosamente, la abrió y asomó la cabeza al pasillo. Miró a un lado, luego al otro; viendo que ningún Ian acechaba entre las sombras, salió de puntillas y huyó.

16

Recorrió el pasillo sin ver un solo criado. Cruzó la extensión ilimitada del gran salón mirando a su alrededor como si fuese una intrusa en su propia casa. El corredor que llevaba al exterior la llamaba; casi había llegado cuando...

-Lady Alanna, ¿vuelves a salir?

Alanna saltó sin poder disimular su sentimiento de culpa y giró hacia la chimenea.

Allí, una figura solitaria se acurrucaba junto al mego.

-Wilda -susurró Alanna.

-Sales más temprano que de costumbre -observó Wilda.

Con la mano sobre el corazón palpitante, Alanna tuvo ganas de responder: Ciertamente, salgo antes que de costumbre. Tengo que escabullirme y eludir la compañía de tu primo. Pero no podía. Si lo hacía, lastimaría los sentimientos de la querida muchacha.

A Alanna le agradaba, aun contra su voluntad. Claro, ¿qué mujer querría sentir cariño por otra que la eclipsaba completamente con su belleza y encanto? Pero entonces Wilda le confió con aire grave:

-Es cierto que soy más bonita que cualquiera; sin embargo mamá dice que soy tonta y de corazón blando, y que no tengo probabilidades de atrapar a un hombre rico puesto que siento compasión por tantos hombres pobres.

En la situación actual, éste sería Edwin, un benjamín sin fortuna propia. Sin posibilidades, porque su hermano sólo tenía una propiedad y la administraba bien. Brice mantenía a Edwin sin quejarse -después de todo, Edwin era un sujeto agradable e incapaz de despertar aversión-, pero Alanna sabía que Brice deseaba que ella se quitara de en medio para poder dejar a su hermano en Fionnaway como administrador y poder librarse así de ese eterno apéndice.

Era una pena que Wilda tampoco tuviese probabilidades porque, en opinión de Alanna, ella y Edwin habrían hecho una pareja adorable.

Brice y Wilda... eso era otra cosa. Brice era más duro que Edwin, con inclinación al autoritarismo, y había proclamado su decisión de casarse con una mujer rica pues su más caro anhelo era ser más importante que la señora de Fionnaway. Hubiese sido necesario un gran enamoramiento para apartar a Brice de la trayectoria que había elegido, aunque, durante la última semana... Alanna clavó la vista en la otra mujer. En la última semana, si algo había quedado claro, era que si alguien podía suscitar más amor en Brice que el dinero y el prestigio, esa persona era Wilda.

Resignada a tener una charla matinal, Alanna se acercó a Wilda.

-¿Qué haces levantada a estas horas? Si acaba de amanecer.

-Mi cama estaba fría.

Wilda tenía varias mantas sobre las rodillas flexionadas y rodeándole los hombros.

-Yo voy a salir -Alanna se sentó en el suelo y se calzó las botas-. ¿Me acompañarías?

Wilda tembló:

-No, afuera está helando.

-¡Hoy es veintiuno de julio!

Y el cumpleaños de Alanna. Si hubiese estado en su mano, se habría proclamado señora indiscutida de Fionnaway y echado a todos, excepto a Wilda, por supuesto. Tampoco podía hacer que un hombre

en el estado de salud de Leslie emprendiera un largo viaje a Inglaterra. Y si trataba de echar a Brice y a Edwin, tendría que oír encendidas protestas. En cuanto a Ian... si intentaba echarlo, él se reiría de ella, intentaría presionarla, insistiría en poseerla, y ella cedería como una tonta con rodillas flojas.

Alanna apretó las palmas de sus manos sobre los ojos. ¡Cómo había enredado todo!

-Se te han enredado los cordones -dijo Wilda-. Será preferible que empieces otra vez.

Alanna miró: era cierto. Impaciente, desató los cor-dones y empezó de nuevo.

-En Escocia hace más frío que en el sur -Wilda miró a Alanna con la ansiedad marcada en su frente despejada-. Deberías ponerte un abrigo.

-Lo haré.

Aunque no lo haría, no le molestaba decir esa pequeña mentira. Wilda cada vez le recordaba más a su madre, insistiendo en que se abrigase. Preguntándole constantemente por un tobillo que ya estaba curado. Advirtiéndole que si montaba a horcajadas echaría a perder su virginidad. Era dulce... y enervante.

-¿Llevas la enagua de lana? -preguntó Wilda.

-De lana no, pero llevo enagua.

Alanna estaba segura de que Wilda llevaba su enagua de lana. Había hecho soltar las costuras de sus vestidos para que le entrasen todas las enaguas posibles. Parecía rellena como una salchicha, pero, al parecer, ni a Brice ni a Edwin eso les importaba.

-La señora Armstrong me hizo enaguas de lana para que no me enfriase. Y calzones -Wilda estiró el pie y le mostró la ancha banda de encaje que ribeteaba sus exóticas prendas íntimas-. También hizo calzones para ti, pero supongo que eres demasiado testaruda para usarlos.

-En Escocia no acostumbramos a usarlos -dijo Alanna con firmeza, mientras terminaba los lazos de las botas.

En lo que a ella tocaba, estaba convencida de que jamás aceptaría esas estúpidas prendas: parecían pantalones de hombre hechos con algodón blanco, y Alanna estaba segura de que la moda que apasionaba hoy a Wilda mañana sería anticuada.

-En Inglaterra, los hombres no usan faldas.

-Kilts -repuso Alanna, paciente-. Son kilts.

-Como sea, los calzones me abrigan las piernas -Wilda trató de envolverse los pies en las mantas-. No consigo calentar mis pies.

Alanna se sintió una ingrata burlándose de Wilda y de sus prendas de niña; se arrodilló ante ella. Tomó la manta y frotó los pies de Wilda, intentando una vez más demostrarle su gratitud.

-Has sido demasiado buena permitiendo que tu ropa fuera arreglada para mí.

Tocó los botones que se extendían desde el cuello hasta el dobladillo de su nuevo vestido azul oscuro de talle alto.

-¡Si eres la señora! -replicó Wilda-. La señora perdida durante tanto tiempo que ha regresado desde la bruma para casarse con mi primo.

Alzando los ojos, Alanna preguntó:

-¿Por qué dices eso?

-Porque has estado ausente mucho tiempo.

Las respuestas de Wilda jamás tenían relación con las preguntas.

Alanna hizo una profunda inspiración procurando calmarse y arropó con firmeza a Wilda.

-No. Me refiero a casarme con tu primo.

-Él me dijo que está decidido a tenerte -Wilda estaba radiante-. El siempre logra lo que persigue, de modo que yo me siento dichosa por ambos.

Debía de ser cierto. Wilda siempre veía la parte buena de las cosas; por eso todos la querían. Por eso la quería Alanna. Pero lo que Wilda no veía, no conocía era el costado maquiavélico de su querido primo Ian.

Sueña conmigo, le había ordenado él, y Alanna había obedecido. Ian la perseguía y Alanna huía. Él exigía y Alanna... No, no cedería. El día que regresó a Fionnaway tenía un plan. No se casaría con él hasta que demostrara ser digno de ello. No se casaría por pasión, como su madre, para después lamentarlo.

-Merece a alguien mejor que aquella muchacha cuáquera que temblaba cuando él la miraba.

Wilda atrajo la atención dispersa de Alanna.

-¿Una cuáquera?

-Yo le dije que no era esposa para él...

Asombrada, Alanna preguntó:

-¿Ha estado casado?

-¡No! -impaciente, Wilda sopló un mechón que le caía sobre los ojos-. Insistió en que ella sería su esposa porque estaba dispuesta a tolerar su desgracia.

Alanna trató de interrumpirla otra vez, pero Wilda parloteaba como un arroyuelo de montaña en la época del deshielo.

-Esa chiquilla insignificante sin título ni fortuna debería haber estado agradecida. Bueno, ella decía que se casaba con él por amor, pero yo sabía que no era así. Estaba interesada en el dinero.

En un intento de interpretar el torrente de información, preguntó:

-¿Qué dinero?

Tiene muchísimo. ¿No te lo ha dicho?

-Sí, creo que sí.

Pensó que eso explicaría por qué Ian quería una casa señorial en ruinas en Escocia. Cualquier insignificante comerciante inglés quería una propiedad en el campo y, de ser posible, un título o una esposa con título, porque tales honores le daban un aura de respetabilidad. Pero Alanna tenía malas noticias para Ian: ni cien propiedades darían respetabilidad a un hombre tan dado a la sensualidad.

-Luego, esa miserable cobarde le escribió una nota en la que decía que no soportaba seguir adelante con el compromiso porque él era un brujo -dijo Wilda-. ¡Un brujo! ¿Has oído alguna vez semejante cosa? Ya sé que el tío Leslie dijo que Ian era medio selkie, pero él es capaz de decir cualquier cosa con tal de llamar la atención. Es el segundo de los hermanos de mi abuelo y, a decir verdad, es mi tío abuelo, ¿sabes?

Alanna evocó su rostro crispado, sus bromas crueles, sus dispendiosos gastos y no pudo menos que preguntar:

-¿Siempre ha sido tan amargo?

-Sí; es un Fairchild. En nuestra familia todos somos malos de un modo u otro, pero mamá dice que el tío Leslie es excepcional. Dice que el tío Leslie siempre creyó que debía poseer el título y la fortuna, pero, en cambio, los obtuvo papá. En realidad, no sabemos quién es la madre de Ian. Sencillamente, un día Ian apareció en la casa Fairchild.

-¿Qué edad tenía cuando llegó?

-Once. Y aunque yo sólo tenía seis años y era su prima, no podía quitarle los ojos de encima. Desde luego, nosotros, los Fairchild somos hermosos pero Ian era simplemente fascinante, ¿no lo crees? El tío Leslie también odiaba eso: que él estuviese cada día más viejo y fofo, y que las criadas, que odiaban al tío, no dejaran de meterse a hurtadillas en el dormitorio de Ian.

Wilda tocó un recuerdo de Alanna. En Fionnaway las doncellas también miraban a Ian; ella se preguntaba si él pasaría solo sus noches. Se preguntaba si debería despedir a cualquier desvergonzada que le son-riera, hasta que se dio cuenta con un sobresalto de que aquello no debía importarle.

-Mamá dice que el tío Leslie es el padre más desnaturalizado que ella ha conocido, peor que cualquier otro Fairchild anterior; por eso está tratando de alejarte de Ian diciendo que él es un selkie cuando cualquiera sabe que la verdadera maga es la bruja.

Alanna se quedó rígida de asombro:

-¿La bruja?

-Oh, Alanna -Wilda se inclinó adelante con el rostro iluminado-. Se fue antes de que tú llegaras aquí pero era una mujer deliciosa. Prometió ayudarme y yo he estado esperándola y esperándola, pero no ha vuelto. ¿Crees que volverá?

-La bruja -Alanna contempló el animado semblante que tenía ante sí y deseó no tener que reventar su burbuja-. Wilda, quizá no hayas oído lo que sucedió el día que yo llegué a Fionnaway. Entré vestida

como bruja, me lavé la cara, me saqué esa sucia túnica y demostré a todos que yo había estado pasando por bruja.

Haciendo un mohín, Wilda dijo:

-Ya sé que lo hiciste.

-En serio, Wilda. Así fue como me oculté del señor Fairchild todo este tiempo. Me disfracé.

-Y nadie supo jamás que tú eras la bruja -sacudió la cabeza-. Sé que a veces parezco una marmota, pero no puedes engañarme. La bruja era vieja y fea y tú eres joven y agradable. No es posible que seas la bruja.

-Me puse carbonilla en la cara y rellené mi vestido con trapos para simular una joroba... -Alanna veía que no podía convencer a Wilda. No tenía mucha importancia pero ella todavía estaba esperando a la bruja para que le diese un embrujo-. ¿Para qué quieres a una bruja?

-Estás burlándote de mí con esa historia de que eres bruja -dijo Wilda, un poco ofendida-, ¿y quieres que confíe en ti?

-Se me ocurrió que si veía a la bruja podría decirle que...

Wilda negó con la cabeza y dijo:

-La bruja volverá para ayudarme, lo sé.

Alanna sólo podía ver desdichas en el futuro de Wilda; por eso insistió:

-¿Dónde crees que he estado todo este tiempo?

-Escondiéndote del tío Leslie.

¿Qué más podía decir? Al menos en eso, Wilda tenía razón.

-Porque el tío Leslie es un odioso y viejo... -se interrumpió, miró alrededor y luego susurró- asno.

Parecía tan asustada de su propia bravata que Alanna respondió con un susurro enfático:

-¡Sí, ya lo creí!

Y peor que hacía cuatro años. Casi daba la impresión de que Leslie se alimentaba del odio que por él sentían los sirvientes, Alanna y hasta su propio hijo. Cada día, Leslie parecía más saludable. Cada día estaba más satisfecho atormentando a quienes lo rodeaban.

No había perdonado a Ian por haber reivindicado a Alanna como propia.

-Has vuelto por Ian -Wilda se precipitó en ese discurso que, sin duda, le causaba el mayor de los placeres-. Porque tú no eres como esa cuáquera. Tú eres valiente, fuerte y libre; la mujer que Ian necesita. Nunca tendrá que consentirte, aunque estoy segura de que lo intentará porque es esa clase de hombre. Y tú le darás un hogar y él podrá ayudarte a construirlo mejor, y los dos podrán sentarse junto al mego en las largas noches... incluso en el verano, porque aquí, en Escocia, las noches son más largas, ¿acaso a ustedes no les gusta el

sol?, y ni siquiera tendrás que decirle lo que piensas porque él lo sabrá.

Alanna le clavó la vista:

-¿Qué?

Wilda comprendió que había hablado demasiado porque se removió, inquieta, debajo de las mantas.

-Quizá no sea así contigo. Lo que pasa es que él siempre sabe lo que yo estoy pensando.

Alanna sonrió, tranquilizadora, mientras pensaba: También sabe lo que yo estoy pensando.

Y, por una vez, debía salir antes de que él pudiese atormentarla. Hoy era su cumpleaños y tenía derecho a pasarlo a su albedrío. Se puso de pie y dio un paso atrás:

-Tú expresas tus emociones de una manera muy franca.

-¿Sí? Así se explica -en uno de sus mercuriales cambios de tema que tanto aturdían a Alanna, Wilda dijo-: Esta semana Ian ha ido contigo a todos lados, ha conquistado a todos los sirvientes y todos lo quieren. Será un perfecto señor de Fionnaway.

-Todo lo que él ha hecho ha sido muy tranquilizador -concedió Alanna-. En las horas del día.

-Además, baila muy bien -aparentemente, Wilda no había advertido los preparativos de Alanna para marcharse-. No te preocupes por eso. Sé que debes de estarlo; sin embargo, créeme que él puede cumplir perfectamente las funciones de un caballero en una velada.

Alanna abrió la boca para explicarle pero la cerró: no había modo de explicar eso a Wilda.

Entonces, fue Wilda la que la sorprendió a ella:

-Me imagino que también debe de ser excelente en el lecho matrimonial. Estoy segura de que eso te hará más feliz.

-¿Más feliz?

Wilda apretó la boca y la miró de soslayo:

-Has estado un poco quisquillosa esta última semana.

-Y yo que pensé que estaba manejándolo bien -dijo Alanna, ofuscada.

-Bueno, es verdad -el rostro de Wilda, por lo general vacío de todo pensamiento, resplandecía ahora con cierta astuta sabiduría-. Ha habido momentos en que mirabas a Ian como si quisieras golpearlo, hacerlo rodar por el suelo, castigarlo; sobre todo cuando él sacude la cabeza es cuando te pones... un poco susceptible.

Alanna buscó detrás de sí, encontró una silla y se dejó caer en ella.

-¿Así que todos lo saben?

-¡No, tonta! -Wilda rió entre dientes-. Los hombres son incapaces de advertir nada que no tenga que ver con ellos mismos y con sus deseos. Por suerte, Ian te quiere a tí.

-Y a Fionnaway.

Era cierto que Ian quería Fionnaway: Alanna lo había visto cuando visitaban las granjas de la aldea. Mientras él conversaba con los hombres acerca de las dificultades para cultivar ese suelo pedregoso, las mujeres hablaban con ella, le contaban sobre las anteriores visitas de él y lo elogiaban. Habían visitado las pequeñas parcelas más alejadas: él ya había estado en todas ellas. Y el día anterior habían visitado la aldea de pescadores.

Allí, Ian se había comportado de una manera extraña. Estaban en la costa misma, hablando con los pescadores sobre las corrientes, la temporada de pesca y las últimas capturas. Con todo, Alanna habría Jurado que Ian no había mirado el mar ni una sola vez, y cuando una ola algo más grande había roto contra las rocas, él se había estremecido como si le hubiese quebrado los huesos.

Había girado sobre sus talones y enfilado hacia los caballos, mientras el pescador más viejo había tomado la mano de Alanna en su puño retorcido y dándole una palmada había dicho:

-Cuídelo, milady. Tiene agua de mar en las venas, y la mayoría de los que son como él tienen un final trágico. Pero él protegerá a Fionnaway y a usted, y vivirá para contarlo siempre que usted lo ame lo suficiente.

Alanna había apartado de sí ese pensamiento, pero lo que no podía rechazar era el mensaje que había recibido. Sin disimulos, cada uno de los granjeros, de los campesinos, de los pescadores había dejado en claro que querían tenerlo como amo. Con la misma franqueza, el propio Ian había dicho que ambicionaba ese puesto.

La verdad era que a Alanna no le preocupaban los antecedentes de Ian. Lo que le molestaba era su propia intuición... esa intuición que le decía que Ian no se conformaría con el matrimonio sensato que ella siempre había imaginado. Él quería su corazón, y ella estaba resuelta a no darlo.

Wilda interrumpió sus pensamientos.

-Siento un calor en mí de sólo pensar que, por fin, una mujer lo querrá como se merece.

-No seré yo esa mujer.

¿Amarlo? ¿Amar a Ian? Que Dios no permitiese que ella amara a ningún hombre. Había sido traicionada muchas veces: por su indiferente padre, por Leslie, e incluso por los dos primos, que se sentirían más dichosos si ella no se interponía en su camino. Alanna no necesitaba amar a un hombre. Ni siquiera a un hombre capaz de seducir a un perro enloquecido y reducirlo a la docilidad. Sobre todo a un hombre que tenía el poder de inducirle sueños que le hacían desearlo y saciarse con él, sólo tocando su frente.

-Bueno, por supuesto que no quieres. ¿Qué mujer querría enamorarse de su marido hasta el punto de estar dispuesta a andar

descalza hasta los confines de la tierra? -Wilda hablaba en tono soñador, como si estuviese refiriéndose a alguien que no fuera Alanna-. Pero sucede y, cuando es así, a ambos está reservada una inmensa felicidad.

-O desdicha -Alanna repitió la promesa que había hecho antes-. Todavía no ha nacido el hombre que pueda convencerme de correr ese riesgo.

Después de decirlo recordó que Ian, si lo dicho por Leslie era verdad, no había nacido de mujer.

Wilda estalló en un campanilleo de risas.

-Pase lo que pase, Alanna MacLeod, creo que estás en problemas.

-¿Ah, sí? -Se puso de pie.

-Ahora debo irme.

Echó a andar hacia la puerta, lentamente al principio, luego más rápido, cada vez más, hasta que por fin corrió.

El lacayo que estaba en el vestíbulo del frente se apresuró a franquearle el paso. Las lecheras con sus cubos se apartaron de su camino, el jardinero que podaba los arbustos se quedó mirándola.

Pero ella logró salir por el portón del frente antes de que cualquiera -cualquier Ian- la sorprendiese.

Hay en Escocia un refrán que dice que aquellos hombres y mujeres con un encanto especial «tienen una gota de sangre selkie en sus venas». Los caballerizos que pueden domar a un caballo respetando, al mismo tiempo, su temple salvaje. Las mozas de lechería que pueden convencer a las vacas de dar la leche más dulce. Las comadronas que logran aliviar los dolores del nacimiento sin recurrir a las hierbas.

Por cierto, un selkie es capaz de encantar a cualquier criatura de esta tierra.

17

Las abejas zumbaban alrededor de la mano de Quigley mientras él recogía a la reina y su corte de la rama donde estaban posadas.

-¿Ve la carga de miel que lleva cada una? Por eso no pueden usar ese aguijón que llevan detrás. Y por eso no pican cuando están en enjambre, ¿ve?

Maravillada, Alarma movió la cabeza.

-A mí siempre me pican.

-Porque se pone muy nerviosa cuando está con ellas -el desdentado granjero sonrió mientras llevaba la reina a una colmena hecha con ramas de sauce entretejidas que había preparado-. Las abejas exploradoras ya han encontrado este lugar. Puse adentro unas

hierbas que les gustan mucho para atraerlas -dejó a la reina en medio del enjambre en la entrada y observó cómo entraban bailoteando-. Y ahora, observe. Las demás abejas la seguirán, como siempre. Es fácil, ¿ve?

Desde una distancia segura, Alanna contempló las abejas mientras entraban en la colmena en una especie de veloz corriente parda.

-¿Ahora se instalarán en su nuevo hogar?

-Sí, y harán la miel para su banquete de Navidad -Quigley se enderezó-. Estoy contento de verla ocupar el lugar que le corresponde, ¿sabe? Y estaré contento de verla casada con el señor Ian.

La sonrisa de Alarma se borró. ¿Por qué suponían todos que ella se casaría con Ian?

-Usted también lo conoce.

-Sí, vino a hablarme casi inmediatamente después de llegar, ¿sabe? Él es jefe de la colmena, eso es.

¡A todos! ¡Ian había cautivado a todos! Todos los habitantes de sus tierras querían a Ian, con excepción de su padre.

-¿Jefe?

-Sí. Él me habló, se enteró de mis conocimientos de apicultura, sugirió a Armstrong que me pusiera a cargo de las abejas y de la miel. Ha valorado de verdad mis habilidades, ¿sabe? Quizá, después de la boda, él le enseñe a trabajar con las abejas.

Quigley hizo un gesto afirmativo.

A Alanna se le erizó el vello de la nuca. Como si Ian pudiese enseñarle algo.

-No me diga.

-Tiene un talento especial con ellas, ¿sabe? Me ayudó a trasladar una colmena, sacándola de un sitio ventoso: no muchos hombres harían algo así. ¡Y ni una lo picó!

Sacudió la cabeza, maravillado; Alanna se preguntó si acaso podría librarse del recuerdo y de la mención de Ian allí donde fuese. Cuando Quigley se refirió al talento de Ian con las abejas, Alanna recordó que Ian había sometido al perro. Damon ya no amenazaba la tranquilidad de Fionnaway: se había convertido en su guardián.

-Es un buen hombre, milady. Usted ha hecho una buena elección.

Por mucho que lo deseara, Alanna no podía regañar a Quigley sólo porque le agradase Ian. Con un ademán desganado de saludo emprendió la marcha por el sendero. En Fionnaway, todos los caminos iban paralelos a la línea de la costa. En ese preciso momento, el sonido de las rompientes la atrajo hacia arriba, hacia la cima de su colina. Desde allí podría verlo, gozarlo en el sabor del viento; ahí podía pensar o no pensar, según deseara.

Entornó los ojos; el sol aprovechó la mañana sin nubes para llamar la atención de la ondulante hierba. Pese a las preocupaciones

Librodot

de Wilda, Alanna no tenía frío y dio un salto por el sendero que cruzaba el prado. Sin su incómodo disfraz, ataviada con su vestido de cretona, se sentía libre. Sin embargo, echó una mirada atrás; esa sensación constante de persecución aún la acosaba. Ian no estaba. No lo había visto en toda la mañana.

A lo lejos oyó los balidos de los corderos, los gritos de los hombres, los cencerros de las ovejas y corrió hacia allí. Apareció ante su vista el primer pastor, cargando piedras para construir una presa en el arroyo; Alanna se dirigió hacia el estanque artificial donde todos los veranos se lavaba y se preparaba a las ovejas para la esquila. Estaban reunidas en grupos pastando, esperando su turno para ser metidas en el agua. Algunos hombres con el agua hasta la cintura las sujetaban y las frotaban con jabón hasta quitar la suciedad que había dejado el invierno y que se iba flotando por la corriente hacia el mar.

Se detuvo a mirar, maravillada por la docilidad de las hembras más viejas. Incluso parecían disfrutar de quedarse flotando mientras las enjabonaban y aclaraban. Nadaban hasta la otra orilla, se sacudían el agua del vellón y, de inmediato, se ponían a pastar otra vez. Las ovejas más jóvenes no eran tan mansas y necesitaban una mano firme para obligarlas a meterse en el agua. Cuando tenían que bañar un carnero particularmente agresivo, los hombres trabajaban en parejas, lavando y aclarando con el oficio que les daba los años de práctica.

-¡Eh, milady! -uno de los pastores la había visto y ella avanzó para saludarlo. El hombre sonrió y exclamó-: Eh, milady. ¿Ha venido por su baño estival?

Como en respuesta a su pregunta, el carnero que el mozo bañaba logró hacer pie y, dando un topetazo al atrevido, lo derribó. El joven se hundió en medio de sal-picaduras y agitar de brazos; Alanna estalló en carcajadas, doblándose por la cintura. Cuando el mozo se puso de pie, Alanna le gritó:

-Yo no, pero parece que usted ha tomado el suyo.

Los otros echaron a reír mientras el damnificado se sonrojaba. Después él también rió, demasiado contento de estar mojado y fresco en ese día caluroso como para dejarse ganar por la humillación.

-Me alegra ver que ha regresado de entre los muertos -dijo, mientras se quitaba la espuma de los ojos-. Estamos contentos de que haya vuelto y complacidos por su boda con un hombre tan guapo como el señor Ian.

La sonrisa de Alanna se desvaneció y con voz exageradamente dulce, dijo:

-Usted también lo conoce.

-Nos ayudó cuando parieron las ovejas, eso hizo. Tiene buena mano con las ovejas. No anda con melindres cuando hay que ensuciarse las manos.

Todos asintieron al unísono, y el mayoral dijo:

-Es bueno.

Alanna contuvo una réplica mordaz y dibujó una son-risa cortés; luego caminó hasta el pie de la presa donde unas piedras secas permitían pasar. La mirada curiosa de los pastores parecía hormiguear en su espalda mientras andaba por las rocas planas y abandonaba el sendero para alejarse del prado. Sabía adonde quería ir y sabía que allí quería estar sola.

La tierra se inclinaba bajo sus pies y pisó con cuidado para no aplastar las flores de leche de gallina que salpicaban la alfombra de hierba. Iluminadas por el cálido sol amarillo; para Alanna esas flores sin perfume encarnaban la primavera. Brillaban cálidamente, tenían una existencia breve y dejaban un recuerdo brillante.

Cuando llegó a lo alto de la loma, se detuvo a mirar alrededor; éste era el sitio más maravilloso de la tierra. Tras ella se alzaban grupos de árboles que llegaban hasta el mar en lo más glorioso de su esplendor veraniego. Ante ella, el largo declive cubierto de hierba bajaba hacia el mar como un torrente verde.

Se presentaba a la vista como si la colina descendiera en una pendiente suavísima hacia la costa, pero ella sabía que no era así. En realidad, la pendiente era suave hasta llegar al borde del acantilado; luego caía en línea recta hasta el agua. En ese trecho de la costa ninguna playa suavizaba su caída a plomo. Si había alguien lo bastante tonto para asomarse en el borde y mirar abajo, algo que ella había hecho de niña, vería las rocas negras que emergían del agua como dientes podridos. Vería el embate de las olas sobre esas rocas, alrededor de ellas, donde se deshacía todo lo que caía al mar. Luego, con un ruido de succión, las olas lo transportaban hasta una garganta hambrienta.

Alanna amaba el mar. Caminaba junto a él, nadaba en él, lo gozaba, pero jamás, jamás olvidaba su cruel capacidad de destrucción.

Enfiló en dirección al acantilado. Descuidada, no miró por dónde andaba y tropezó, cayó y rodó. La hierba mullía el suelo; recuperó sin dificultad el aliento y rodó de nuevo. Sonrió; había un largo trecho hasta el punto donde caía el acantilado. Se sentía segura; aquello era pura diversión.

Alzó los brazos sobre la cabeza y, estirando los pies, rodó sin dirección cada vez con mayor placer. Una y otra vez fue rodando sobre su costado contemplando el cielo azul que destellaba en lo alto y la tierra que parecía girar en círculos verdes y pardos debajo de ella. Rió a carcajadas con los labios abiertos. Un tallo entró en su boca; entonces dejó de rodar y de reír, se sentó y escupió hasta estar segura de no haber tragado un insecto. Entonces volvió a reír de sí misma, se soltó el pelo y pasó sus dedos por él para quitar las semillas y las briznas de hierba que se habían enredado en sus trenzas.

Sentada en medio de las plantas, su mentón quedaba a la altura de las flores. El mar chispeaba bajo el sol, y Alanna podía ver las crestas de las olas que rodaban hacia las rocas. Con un gemido de puro deleite, se acostó de espaldas sobre la hierba.

Los tallos eran tan altos que tapaban su visión. Sólo podía ver el cielo azul, algunas nubes blancas que se hinchaban y se expandían en la brisa y los tallos verdes pesados con su carga de semillas. Un viento suave transportaba el olor del verano, y el de la hierba aplastada subía desde abajo de su cuerpo. Oía el zumbido de las abejas de Quigley que buscaban néctar y, desde muy abajo, el rumor incansable del mar. Por primera vez desde hacía unos cuan-tos días, todos los músculos de su cuerpo se relajaron.

Espléndido cumpleaños, pensó, mientras se adormilaba. Aquí no podrán encontrarme los encantamientos de Ian.

Pero cuando una sombra cayó sobre ella, se despertó sin sorpresa; no la encontrarían sus encantamientos, pero él sí.

No podía verlo bien porque su silueta se recortaba contra el sol. Pero podía ver que él era alto, de hombros anchos, muy hombre. Lo miró entrecerrando los ojos, tratando de distinguir la verdad. ¿Sería mago? Era posible. Ella había crecido escuchando esas historias y, a veces, cuando la tormenta rugía cerca y el mar bramaba, creía oír voces que llegaban de las olas.

Seguramente eran tontas fantasías.

Aun así, no podía acusarlo de invadir su mente y provocarle sueños, pues sospechaba que si Ian hubiera sido tan prosaico como uno de sus granjeros, de todos modos ella habría soñado con él; así era su presencia.

-Te quemarás esa piel tan blanca -la regañó, dejando caer el sombrero de paja sobre la cara.

-Verdad, no hay que estropear la mercancía -se arrepintió de arruinar el buen humor de ese día y levantando el sombrero hizo un gesto hacia él-. Gracias. Lo usaré cuando regrese a Fionnaway.

Habló en tono cortés y sumiso y sus propios modales la irritaron, pero ese día no quería provocarlo. A medida que transcurría el tiempo, él había abandonado su ropa formal. El primer día había desaparecido la corbata. Más tarde, la chaqueta. Sus botas lustradas se habían ensuciado de andar por el barro y la hierba, y ahora sólo usaba una camisa de blanco lino y pantalones oscuros metidos dentro de esas botas. Tenía un aspecto descuidado, casi íntimo... y allí estaban solos.

Desde aquel beso que se habían dado ante la puerta del dormitorio de Leslie, Ian se había contenido tanto que Alarma podría haber pensado que ya no le interesaba.

Pero a veces sentía que la reserva de él titubeaba. Sospechaba que cualquier noche de ésas estaría compartiendo su cama, ya no con un

sueño sino con el hombre y, aunque la sola idea le caldeaba la piel y le hacía hervir la sangre, cierta vacilación en su mente le gritaba que tuviese cuidado. Que si se entregaba a él podría ser devorada por completo.

Incómoda por su mirada, mientras ella estaba tendida en la hierba, Alanna se sentó y se arregló la falda. Cuando se vio razonablemente compuesta, preguntó:

-¿Qué has traído?

-¿Qué he traído? -parecía un tanto confundido, pero luego, siguiendo la mirada de ella, comprendió que se refería a la cesta que llevaba en el brazo-. Ah, esto -rió-. Pronto recibirás respuesta a todas tus preguntas. Tanto las que has hecho como las que has callado.

-No te entiendo.

-Sí, tú me entiendes -sacó de la cesta una manta escocesa, la desplegó y la extendió junto a ella, aplastando la hierba con su peso-. Hay un almuerzo aquí dentro -dijo-. La cocinera temía que tuvieras hambre.

Alanna se fastidió:

-¿La cocinera se preocupó? ¡Yo pensaba que eras tú el que se preocupaba por la comida!

-No estás comiendo suficiente y estás trabajando mucho -se sentó sobre la manta y se quitó las botas-. Ah -suspiró-, así está mejor -frotó los pies en la hierba con movimientos enternecedores, aunque lo que dijo ya no lo fuera-. Alguien debe cuidarte.

-Y tú crees que debes ser tú.

-Tengo derecho.

Por el modo en que se lo dijo, por el modo en que la miraba, Alanna comprendió que estaba dispuesto a reñir si ella quería. Y sabía que no sería ella la que ganaría.

Alanna se movió con lentitud como para no despertar la ira adormilada del hombre y dejó el sombrero a un costado. Ian hizo un gesto afirmativo.

-La inteligencia es atractiva en una mujer. Y ahora, ponte sobre la manta, aquí, junto a mí.

Un calor subió por el pecho de Alanna y floreció en sus mejillas; probablemente, rodar por la pendiente había enturbiado sus sentidos. El sueño de la noche pasa-da comenzaba precisamente así. Él le ordenaba que se acostara junto a él, y ella obedecía gustosamente porque en su sueño ella siempre aceptaba.

-Alanna.

El tono era autoritario.

-Estoy bien así. Ian se puso en cuclillas, se inclinó hacia ella, la levantó y la dejó sobre la manta con un solo movimiento, y ella se quedó rígida mientras él se apoyaba en ella.

Tal como en el sueño, él sonrió con sus labios suaves y tiernos sobre los fuertes dientes blancos.

-Muy bien. Aprendes.

Soltó un gemido y se estiró junto a ella, cadera con cadera, hombro con hombro aunque sin tocarla, mirando al cielo.

Casi sin respirar, Alanna se preguntó por qué se quedaría tan quieto, pero no tuvo que preguntárselo mucho tiempo.

-Eso es un dragón -dijo él.

¿De qué estaría hablando? Entonces vio que señalaba una nube con el dedo.

-¿No te parece un dragón? -preguntó.

Yo... sí... podría ser. Pero -aguzó la vista- tal vez sea un gato.

En un tono que sonaba completamente relajado, Ian repuso:

-Demasiado largo para ser un gato.

De manera muy gradual, Alanna dejó que sus músculos rígidos fueran relajándose.

-Muy inquieto para ser dragón.

-¡Pero lo es! ¡Mira lo rápido que se mueve! Es un dragón que se transforma.

Alanna exhaló un suspiro de disgusto.

-La forma típicamente masculina de ganar una discusión.

-El típico rechazo femenino a la lógica.

Su voz era blanda como el flan de huevo; Alarma volvió la vista hacia él.

Error: jamás se podría describir como blando al hombre que tenía a su lado. Mejor sería decir que era capaz de dejar sin aliento, insoportablemente guapo. Su perfil parecía tan escabroso como el de las abras rocosas que los rodeaban. Su piel estaba tostada por el sol. Sus cejas acentuaban la frente prominente. Desde el costado, sus pestañas se arqueaban hacia arriba. Su barba formaba una sombra oscura en el mentón y, en un intento inútil por aliviar su tensión, Alanna le dijo bruscamente:

-¿Qué escondes bajo esa barba? Dile a tu valet que te afeite.

La curiosidad hizo volver la cabeza a Ian, y Alanna sufrió el sobresalto de comprobar que esos ojos castaños tenían chispas de plata en el fondo.

-Mi valet no ha venido conmigo.

Los labios bien delineados de Ian se movieron bajo el bigote. Parecía muy apacible y cómodo, y Alanna se preguntó cómo encajaría este hombre en el ambiente de libertad de su casa. Hasta ahora lo había asociado con la oscuridad y las tormentas pero quizás ahora pudiese vincularlo con los elementos que las constituían: el aire, el agua, el mego y la tierra.

-Yo te conseguiré un valet.

Titubeó, fascinada con su rostro, casi inconsciente de sus propias palabras.

Esos labios se curvaron en una sonrisa encantadora, picaresca.

-¿Crees que permitiría que alguno de tus criados se acercara a mi cuello con una navaja?

Cuando entendió la insinuación, Alanna se incorporó, ofendida.

-No te cortarían el cuello sin una orden mía.

-A eso me refiero, precisamente.

Alanna calló y miró hacia el mar. Tenía tan apretadas las mandíbulas que ya sentía dolor en ellas. Ian le tiró del pelo pero se negó a volverse; entonces trató de engatusarla con palabras.

-Tus sirvientes harían cualquier cosa por ti. Te recuerdan como una muchacha tan despreocupada, salvaje e intrépida como los pájaros en el cielo. También como una persona impulsiva que jamás tuvo una actitud cruel. Dicen que de alguna manera conseguiste dinero suficiente para mantener floreciente a Fionnaway incluso cuando las cosechas eran malas.

Alanna trató de no pensar en las piedras escondidas en la chimenea del dormitorio principal. Al parecer, Ian era capaz de leer su mente, hasta de percibir sus pensamientos, y Armstrong había dicho que alguien estaba espiando tras la puerta.

¿Ian? Difícil. Ian no tenía aspecto de ser un hombre escurridizo. Pero el hecho era que Armstrong había ido a Edimburgo y, hasta que regresara, ella se preocuparía por él, por su hija Ellie y por las piedras.

Giró la cabeza y lo instó:

-Continúa.

-Como desees.

Sin embargo, seguía mirándola como si intentara adivinar sus secretos; ella trató de contener él pánico que subía hacia su garganta.

-Los sirvientes -le recordó.

-Los sirvientes -repitió él, obediente-. Si tú quisieras librarte de mí antes de nuestra boda, ellos me cortarían el cuello con gusto.

La sensación de peligro de Alarma se esfumó... al menos en lo que se refería a las piedras. Ian dijo:

-Si quisieras deshacerte de mí durante el banquete de bodas, me servirían setas venenosas. Si, después, yo te maltratase, me arrojarían por el acantilado... por lo menos.

La boda. Siempre la boda. Siempre la amenaza de hacer con ella lo que un hombre hace con una mujer. Ian la asustaba porque ella sabía que él no quedaría satisfecho hasta que ella no le entregase todo.

-Eres un oportunista -dijo-. Harías cualquier cosa por obtener mis tierras. Ian lo admitió sin titubear.

-Sí. En cualquier hombre, la ambición de poseer tierras es un impulso poderoso.

-Para conseguirlas, serías capaz de tomar por es-posa a una abuela gibosa y bizca.

-O a una bruja.

El tono era tan solemne que Alarma se volvió, lo miró y encontró en esos ojos oscuros una invitación a reír. Invitación que resistió... a duras penas. Era una mezcla de encanto, responsabilidad, magnetismo. ¿También querría ser divertido?

La mano de Ian buscó la de Alanna. Entrelazó los dedos con los de ella y apretó con suavidad.

-Me encantaba el ingenio de la bruja. Tal vez podrías recuperarlo.

Por un momento, la mujer recordó sus primeras conversaciones y discusiones. Después, los sucesos que se habían sucedido, los sueños que la perseguían; entonces sintió el roce del pulgar de Ian sobre sus nudillos.

-Creo que todo el ingenio que podía tener la bruja estaba en su giba -dijo.

-Entonces, pronto... -levantó la mano de ella y le besó los dedos-, haré una investigación para recuperar la giba y el ingenio y así podremos reírnos juntos otra vez -separando los dedos, acercó la palma a su nariz y la rozó-. Aquí, en Fionnaway, estás rodeada por tu pueblo y ellos se sienten culpables por lo que estuvo a punto de suceder con mi padre. Nunca permitirían que alguien volviera a abusar de ti.

-En lo que a ti concierne, no puedo estar segura de eso -se sentía enfurruñada, algo que detestaba, pero no conseguía contener su resentimiento-. Los has cortejado desde que llegaste. Sólo he oído cantar alabanzas hacia el señor Ian.

-¿En serio?

Parecía tan seguro de sí mismo y sonreía con tan jactanciosa arrogancia que, de haberse atrevido, Alanna lo habría abofeteado.

No se atrevía.

-Los aldeanos, las doncellas. Y hoy, el apicultor y los pastores. Puede que te arrojaran desde el acantilado, pero lo harían en contra de su voluntad. Ian lanzó una risa profunda, muy divertido.

-¿Eso lo dices para reconfortarme?

Alanna cometió el error de mirarlo a los ojos y quedó atrapada por su mirada, por el simple placer de contemplarlo. Le pareció razonable desear ser tan bella como Wilda; desear que su apariencia tuviera al menos cierta congruencia con la de Ian, sencillamente desquiciante.

Sin dejar de sonreír, él dijo:

-Estás dificultando mucho esta seducción.

-No conozco otra manera. Ian se sentó y la miró a la cara y, por la atención con que la miraba, Alanna pensó que quizás él estaba mirando una a una cada peca, pero lo único que dijo él fue:

-Yo sí.

Apoyó las manos en sus hombros y la obligó a tenderse sobre la manta.

-¿Qué haces?

¡Como si no lo supiera!

-Es inútil razonar contigo -ya estaba sobre ella bloqueando la luz del sol-. Estoy harto de razonar.

18

Ian no parecía enfadado ni irritado, sólo... decidido.

Alanna se dio cuenta de que ésa había sido su expresión desde el momento mismo en el que le había ofrecido el sombrero. Los sueños de los que intentaba huir desde la mañana la habían alcanzado con la expresa intención de convertirse en realidad. Ahora temía que el asedio de la semana hubiese debilitado su posible resistencia.

En voz baja, tratando de no irritar a la bestia, Alanna susurró:

-Ian.

-Alanna -había en su voz una entonación exótica-. Pequeña bruja. Te he dado tiempo. ¿No recuerdas, acaso, que ya eres mía?

-No

Ella moduló la palabra más que pronunciarla. Era cierto, ¿verdad? Sólo habían sido sueños inducidos por la magia de Ian. No eran fragmentos de recuerdos que su mente evocaba...

Ian se inclinó y borró la negativa de sus labios.

-No me digas que no. No lo permitiré.

-Por favor, bésame.

-Estoy besándote.

Se sentía perseguida por el eco de sus voces llegadas desde otro tiempo... hasta que los labios de él, suaves como pétalos, parecieron flotar sobre su piel. El aliento de Ian, cálido y cargado de sensualidad, despertó en ella el deseo de atraparlo; cuando abrió los labios para hacerlo, la lengua de él tocó la suya de una manera fugaz, casi casta, aunque llena de promesas.

-Más -susurró ella.

La complació. Provocativo, avanzando paso a paso, la animó a abrir más la boca, a unirse a él en un banquete de sabores tan sensual que ella imaginó que ya lo había probado. Cerró los ojos; en ese momento, oyó el retumbar de un trueno, vio el destello de un relámpago tan brillante que traspasó sus párpados.

Alanna abrió los ojos. Empujó a Ian y, cuando él alzó la cabeza, ella miró alrededor, aturdida.

El prado tenía su verde intenso como lo había tenido toda la mañana. El cielo conservaba su azul intenso y las nubes eran blancas y esponjosas... Contempló una que estaba sobre su cabeza y que

Librodot

parecía un dragón con todas sus escamas. Parpadeó creyendo que así desaparece-ría; en cambio, el dragón abrió la boca y lanzó una bocanada de humo.

Miró a Ian:

-¿Tú has hecho eso?

-¿Besarte? -sonrió con expresión lánguida y emocionada-. Sí; es cierto, he sido yo.

Magia. Aunque no necesitara recordarlo, ese hombre hacía magia. La había atrapado en sus redes con tanta certeza como un dragón que se alza con un tesoro; al igual que ese dragón, él la miraba con ojos llenos de codicia y promesas.

Alanna pensó un instante en la muchacha cuáquera y tuvo pena por ella. En ningún rincón de este mundo podría encontrar a otro hombre que besara como Ian, y siempre compararía. Siempre. Ninguna mujer podía recibir un beso de Ian y no recordarlo.

Recordar…

-No.

Giró la cabeza: no quería recordar»

El calor del sol traspasó su enagua; así se dio cuenta de que él le había quitado el vestido por los hombros.

¿Cómo hacía eso? La noche anterior le había quitado el camisón y ella no se había enterado. Pero aquello había sido un sueño. Un sueño que parecía tan real… Lo aferró por las muñecas.

-Esto no es civilizado.

-¿Civilizado? -echó la cabeza atrás y lanzó una franca carcajada que hizo eco en el aire y se burló de la refinada protesta de Alanna-. La civilización es lo último que me preocupa en este momento. Quiero algo primitivo, básico, caliente y sudoroso, tan bueno que te saltarán las lágrimas -se inclinó hacia ella y susurró-: Déjame; yo haré que lo desees.

Le ofrecía un secreto. Un secreto que nadie conocía, que cambiaría su vida. Un secreto que ninguna dama de buena cuna debía conocer pero que ella, Alanna, deseaba. El rostro de Ian llenó su visión; su mirada la atrajo.

-Alanna.

En esos labios, su nombre se convertía en un encantamiento.

Ella reaccionó: bajo la enagua, sus pechos se tensaron deseando la boca de él. Su bella boca carnal.

Los labios de Ian dibujaron una lenta sonrisa. Con sus manos grandes y tibias levantó el lazo que cerraba el cuello de la camisa de Alanna y la miró, interrogante. Alanna hizo un gesto de acuerdo y lo ayudó a quitar el lazo, que dejó con cuidado en la cesta. A continuación, le bajó la enagua y ella quedó prácticamente desnuda al aire, al cielo, al sol y, cuando él la miró con expresión maravillada, causó estragos de placer en ella.

Luego le besó un pecho; el roce de esos labios en la piel desvaneció cualquier resto de pudor que aún quedara en su mente.

-Oh, por favor -se estiró hacia arriba deseando que él abriese su boca sobre ella, que la chupara, que aliviara de algún modo el ansia que quemaba cada punto sensible de su cuerpo. El punto más sensible de su cuerpo.

-Alanna.

Alanna se sacudió la repetición de un sueño recurrente y se encontró con que Ian estaba con ella, fuerte y real, acariciando sus pechos con las yemas de los dedos.

-Eres hermosa -murmuró-. Del tamaño perfecto -ahuecó sus manos sobre los pechos-. Piel del color de la crema, con motas tostadas que atraen la mirada.

-Pecas -dijo ella, tratando de no perder contacto con la realidad.

-Besaré cada una -la abrazó e inició la tarea-. Prométeme que me conducirán al paraíso.

En lo más hondo del vientre de Alanna crecía el conocido anhelo. ¿Por las palabras tentadoras de él? ¿O por sus hábiles caricias? No lo sabía. Cada caricia la sumía más y más en su propio mundo de sueños. Un mundo que él crearía con la tormenta y el viento. ¿La habría hechizado o ella misma habría convocado la situación con su fértil imaginación?

Bajó la vista a la cabeza de él, al sedoso pelo que acariciaba su piel. Lo tocó, sintió sus hebras entre los de-dos; los hundió más a fondo en un sensual masaje, luego siguió el contorno de las orejas.

Esto era real. Él era real. Ian frotó su mejilla contra el pecho.

-Eres innovadora.

Los dedos de Alanna se detuvieron:

-¿Qué has dicho?

Ya lo había dicho antes. Ian alzó la cabeza y sonrió.

-Dije... que es hora de recordar.

Antes de que atinara a pedirle que le explicara cómo era posible que repitiese cada palabra dicha en sus sueños, él la hizo darse vuelta.

-Ian, por favor, dime...

-Ya lo sabes.

Desató la enagua y la deslizó hasta los pies.

Claro que lo sabía, pero no se atrevía a creerlo. Si hubiese podido, se habría vuelto para enfrentarlo, pero... estaba casi desnuda. Su corta camisa no le llegaba más abajo de las rodillas. Sus ligas le sujetaban las medias en los muslos. Y si bien las botas le protegían los pies, no creía que a Ian le importase mucho dar un vistazo a sus pies. Pensó por un instante en los calzones de Wilda y envió una pequeña disculpa mental a Fionnaway. Los calzones que ella despreciaba le hubiesen brindado, al menos, una pequeña protección contra la mirada del hombre.

-No hables -susurró él junto al oído-. Escucha.

Se puso rígida: no quería que los pastores la sor-prendiesen a medio vestir, en brazos de él. Paralizada, aguzó el oído pensando que escucharía voces, pero el único sonido perceptible era el rumor de las olas, el grito de las gaviotas, el suave silbido del viento.

-¿Qué ves?

-La manta, la hierba -inquieta, miró alrededor-, No hay nada más aquí.

Las manos de Ian subieron por sus piernas levantando el faldón de la camisa.

-Exacto. Nadie vendrá a salvarte. Sólo pueden vernos los pájaros, y ellos lo aprueban. Créeme que lo aprueban.

Furiosa con él, le dijo:

-¡Que el diablo te lleve!

-El diablo ya me tiene. Por eso, ¿qué tiene de extraño que quiera dormir en los brazos de un ángel? -sus dedos acariciaron la piel de Alarma con la misma delicadeza que habría empleado con las plumas de los pájaros que revoloteaban cerca. Su aliento le acariciaba la base de la espalda-. Puedes llevarme volando al paraíso.

Algo la tocó: su boca. Dios querido, la besaba allí y ella no podía soportarlo. Apretando la manta en los puños, preguntó:

-¿Qué haces?

Como su voz se había hecho más aguda, él murmuró:

-Calla. No te hago daño -el aire de su frase tranquilizadora se mezcló con la brisa-. ¿Puedes identificar esa fragancia? preguntó luego.

-¿Qué fragancia? Sólo hay hierba aplastada -cerró los ojos reprimiendo la mezcla de vergüenza y placer; los perfumes del día le llegaron con más intensidad-. La manta de lana. El aire salobre del mar.

-Y tú. Eres como un perfume que me incita a probarte.

Le frotó los músculos de la parte alta de la espalda y fue descendiendo lentamente a lo largo de la columna. Amoldó las manos a la redondez de sus nalgas y acarició ligeramente el surco entre ambas. Alanna se sobresaltó y abrió los ojos.

-¡No! Eso no está bien.

-¿Qué es lo que no está bien? -rió entre dientes-. No se me ocurre nada que esté mejor. Excepto…

El dedo fue bajando, despertando nervios cuya existencia ella ignoraba. Trató de cerrar las piernas, pero, de alguna manera, él había metido la rodilla entre sus muslos. Entregando su última hilacha de dignidad, Alanna trató de alejarse a rastras.

Pero Ian la aplastó contra la manta con su cuerpo y, colocándole una mano en la base del cuello, le volvió el rostro hacia él y acercó el suyo. Entonces Alanna captó sus intenciones cuando él ordenó:

-Prueba esto.

Aplastó su boca contra la de ella, y ella pudo saborearlo. Cálido sabor a humo, salada pasión. Un sabor que bloqueó los olores, las imágenes, los sonidos del día y aumentó su deseo de él. Sólo él.

Se incorporó, la dio vuelta y la instaló debajo de él. Alanna tenía la camisa amontonada bajo los hombros, todavía extendida sobre su pecho, pero esta vez él no se molestó con ella. Se limitó a aferraría y levantarla como si no pudiese esperar para contemplarla y, cuando pudo verla, gimió:

-Eres perfecta -su mirada turbulenta la devoró-. Déjame... -la invitó a alzar los brazos-. Quiero verlo todo.

Arrojó la prenda de algodón como si fuese un trapo y miró a la mujer como si fuese una fantasía convertida en realidad. Bajo el ardor de su mirada, el pudor la quemó y el orgullo y las primeras volutas del deseo ocuparon su lugar.

Deseo. ¿Cómo podía reconocerlo?

-Yo hago valer mis derechos como debe hacerlo cualquier hombre que se precie. ¿No recuerdas aquella noche, en la choza de la bruja?

-No. Te juro que no.

-Déjame que refresque tu memoria.

Apartó la cabeza negando el recuerdo, pero Ian no permitiría que ella se alejara de él ni de ninguno de los momentos de ese día. Ian movió sus manos intencionadamente y le tocó un pezón con la punta de un dedo. La yema de un dedo, Y el pezón se irguió. Le dolían los pechos casi como si él la hubiese lastimado.

Pero sólo la había tocado con la yema de un dedo. Un dedo de increíble delicadeza.

Su contacto no le resultaba extraño. Le parecía familiar, como si lo hubiese sentido más de una vez. No sólo soñado sino vivido. No sólo imaginado en la vigilia.

-¿No recuerdas aquella noche en la choza de la bruja?

Trazó el contorno del pezón observando su propio movimiento con una fascinación rayana con la tontería. Alarma alzó la cabeza, miró también y la atrapó el contraste entre la mano oscura y su piel pálida. Moviéndose con cautela, temerosa de que él parara si ella hada un movimiento brusco, levantó el brazo y apoyó en él la cabeza.

No se detuvo. Sólo la miró a la cara, entornando los párpados.

-¿Qué sientes? -amplió poco a poco los círculos que trazaba. Fue agregando dedos uno a uno, hasta que toda la mano la acarició-. Dime lo que sientes.

-No puedo.

Quería que hablara y ella a duras penas podía apartar la atención de la creciente tortura a la que era sometida.

Era igual que en sus sueños.

Era mejor que en sus sueños.

Librodot

Con buena voluntad, Ian levantó la mano.

-¿Esto te ayuda?

Igual que en los sueños: él la llevaría hasta el límite y luego se detendría.

-¡No!

Ella atrapó la mano y la puso donde debía estar.

Él sonrió, lento, seguro y caliente.

-¿Esto es lo que quieres?

Ahuecó la mano y apretó con fuerza.

Eso aliviaba la tensión, no mucho pero ayudaba.

-Sí.

La sostuvo y levantó la otra mano. La acercó al otro pezón pero se detuvo.

-¿Te gustaría que te toque aquí?

La anticipación la ahogaba; aun así logró insistir:

-¡Sí!

-Primero cuéntame. Dime cómo te sientes.

¿Acaso no entendía? Ella no podía hablar, mucho menos describir... Ian apartó las dos manos.

-Bien -dijo de una vez.

¿Bien? -las manos de Ian se acercaron a su cuerpo-. ¿Realmente bien? Alanna trató de hallar las palabras. Lo intentó, pero lo único que pudo decir fue:

-Muy bien. Ian tocó con la punta del dedo el otro pezón y Alanna casi saltó mera de la manta.

-Describe eso.

-Quema -la desesperación la llevó a la elocuencia-. Como una salpicadura de lluvia helada o una ola en invierno.

-¿Es frío?

-Frío no. Sorprendente. Pero... -buscó la palabra justa-... apropiado.

-¿Apropiado? -dibujó una sonrisa de tiburón-. Yo nunca hago nada apropiado.

Igual quitó su mano y la reemplazó por su boca.

Alanna aspiró, trémula y escandalizada, cuando la lengua de él la lamió con delicadeza.

-Dime -el aire sopló sobre la humedad de la piel de Alanna-. ¿Qué sientes?

Toda mi piel está caliente, y quiero... tanto.

Ian tomó el pezón en su boca y chupó, provocando ' tales estragos en ella que la hizo gemir. Horrorizada por la primitiva necesidad que había demostrado sin advertirlo, se tapó la boca.

Pero Ian le sacó la mano.

-Ese es uno de los sonidos que yo quiero oír.

El permiso no alivió su vergüenza, pero, cuando él sostuvo un pecho y apretó el pezón, volvió a gemir.

-Dime cómo te sientes.

-Sin control.

Ella trató de agarrarle el pelo.

Él le levantó los brazos.

-Cuéntame.

-Tú eres justo para mí -exclamó-. Eso está bien...

-Porque tú eres mía.

No respondió: él le pedía demasiado.

-Dilo -le sacudió levemente los hombros-. Eres mía.

Alanna trató de recordar que era una MacLeod. Que todo y todos en Fionnaway dependían de ella. Que su madre había tomado una decisión apresurada y todos lo habían pagado. Que, en realidad, no sabía mucho de Ian.

-No lo diré. No puedo.

El se echó hacia atrás enmarcado por el cielo azul y las nubes flotantes. El viento agitaba su pelo oscuro re-volviendo los mechones como unos dedos tiernos. El sol buscaba su rostro luchando con la sombra por el simple placer de acariciarle la nariz, la frente, la suave curva de los labios. Una de sus abejas zumbaba cerca, soñando con poder beber su néctar.

Y Alanna sintió celos del viento, del sol, de la simple abeja.

-¿Acaso es porque crees a mi padre? ¿No me aceptarás porque soy un... -vaciló ante la palabra-... mestizo?

-¡No!

Sin la protección de su cuerpo, la piel de Alanna se enfrío. Sin sus audaces caricias, su cuerpo sufría. Ian apartó la mirada. El sol llameó en su cara iluminándolo con dureza, revelando sus pensamientos. Ya había sido rechazado antes. Ya no creía a Alanna.

Y verlo así frustrado, decepcionado, le hizo olvidar el deber y el honor, invadida por el gozo mayor de hacerlo feliz. Por eso le dijo la verdad que había esperado reservar como una carta de triunfo.

-He vivido toda mi vida aquí y nadado en esta costa y jamás he visto a un selkie. Pero he oído las historias, he visto las pruebas y, si bien no hablamos al respecto, el clan MacLeod sería el último en negar su existencia. Tu padre no está mintiendo, ¿no es así?

El pecho de Ian se hinchó con fuerza cuando él hizo una inspiración y se preparó para el golpe.

-Por una vez en su vida dice la verdad.

Un selkie. Alanna había querido ver uno durante toda su vida, tener la posibilidad de creer que todo lo que se refería a su herencia era verdad. Y ahora estaba con un hombre que había vuelto su cara, que esperaba ser repudiado por su nacimiento, y la justicia de la situación lanzó una nota como la cuerda de un coro celestial.

-Eso explica muchas cosas.

Estirar la mano para tocarle el rostro fue una de las cosas más valientes que ella había hecho.

El se encogió un poco como si esperase un golpe.

Pero, en cambio, ella le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, casi esperando que él se transformara y desapareciese como las nubes.

Lo que él hizo me apretar las mandíbulas.

Ella hundió los dedos en la barba de él y lo obligó a mirarla. Sus ojos, con sus místicas chispas plateadas, la penetraron profundamente. Demasiado profundamente, y Alanna se sorprendió diciendo:

-Ian Fairchild, tú no eres el primero que alardea de tener un progenitor selkie. Por eso…

Pero no, no se lo diría. Todavía no. Esa información estaba reservada para su esposo.

Más aun: en ese momento no era importante. En ese momento ella le daría lo que él deseaba. Debía hacerlo feliz.

-Ian, yo soy tuya.

Esos ojos castaños la miraron, desconfiados; la suspicacia endureció su boca generosa.

-¿Realmente mía?

Alanna lo atrajo hacia ella.

-Sí. Ian desenredó los dedos de ella de su barba y los examinó: las uñas cortas, la piel pecosa, los callos de tanto moler hierbas. A continuación escudriñó su rostro, con expresión cautelosa y esperanzada a la vez. En tono suave, dijo:

-Si tú crees eso: que me aceptas como soy, entonces, mi querida Alanna, no tendrás escape posible. Eres verdaderamente mía, ahora y para siempre.

Tomó la mano de Alanna y la apoyó sobre su sortija.

19

La piedra parecía fría y tersa, casi viva. Ian retuvo la mano de Alanna entre las suyas y la miró hondamente a los ojos.

-¿Te entregas libremente a mí?

Alanna empezó a sentirse mareada, a percibir que el mundo cambiaba a su alrededor. Los colores se reavivaron, los sentidos se intensificaron; había dicho que creía, y ahora Ian la llevaba a un mundo diferente, que ella no se atrevía a nombrar.

La mirada magnética de Ian la retuvo mientras ella repetía:

-Me entrego a ti.

-Escúchame -su voz cálida, profunda, tejió un hechizo-. Recordarás este día.

-Claro que sí.

La piedra se entibió.

-Todo este día. Todo. No existirán más olvidos entre nosotros. Cada vez que el viento lleve hasta ti el olor de la hierba aplastada, que la lana áspera de una manta te raspe la piel, cada vez que veas nubes surcando el cielo azul, cada vez que oigas los gritos de los pájaros, pensarás en mí.

Pedía demasiado y ella trató de negar. No. Pero la palabra no se formó en sus labios.

-Cada vez. que el placer sea tan intenso que se parezca al dolor, cada vez que ansíes poseer más de lo que puedes tener en esta tierra, pensarás en mí. Yo estaré cerca de d, siempre. No transcurrirá un momento sin que sepas que estoy aquí. Seré parte de ti para siempre.

¿Era una afirmación o una maldición?

-¿Lo entiendes? -susurró.

Si era una maldición, llegaba tarde porque ella sabía que él decía la verdad. Si en ese momento una gran corriente los arrastraba y los depositaba en los confines de la tierra, ella lo recordaría. A él, a ese día, a su propia entrega.

-Sí.

Él soltó lentamente la mano como si estuviera poco dispuesto a que se desvaneciera la unión mística entre sus almas.

Alanna volvió poco a poco a esa colina, a las hierbas que susurraban, a la brisa que le acariciaba la piel y al resplandeciente cielo azul que veía sobre el hombro de Ian.

Ian se quitó los pantalones y los arrojó sobre la camisa de Alanna en una especie de dominación simbólica. El faldón de la camisa le cubría las partes, lo que ella no quería ver aunque contemplaba y observaba todo como si conocerlo fuese a disminuir su temor.

Ian se cernió sobre ella, que estaba tendida sobre la manta. Ya conocía su peso. Ya sabía que sus hombros llenaban las camisas y que sus manos eran diestras. Lo que ignoraba era que sus muslos estaban acordonados de músculos que ondulaban bajo la piel bronceada como una advertencia silenciosa. Con ellos podía controlar a un caballo... o cabalgar a una mujer.

Se arrodilló a su lado y tendió sus brazos envueltos en las mangas de la camisa.

-Tú ocúpate de los puños. Ian no había dicho que ella reconocería el olor de él pero así era. Olores masculinos del cuero de la montura y del aire fresco mezclado con su propia fragancia personal. ¿Qué fragancia era? La mezcla de olores terrena-les la impulsaron a

incorporarse, a hacer lo que él le indicaba para completar este acto antes de que el calor y la frustración la redujesen a cenizas. Mientras conservara la posibilidad de retener una parte de su alma.

Soltó los broches y los arrojó a la hierba con un descuido similar al de él. Ian no lo notó, porque tenía la mirada clavada en el rostro de ella, que le abría la camisa y la extendía una mata de fino vello negro le cubría el pecho, se abusaba hasta un punto y luego se expandía otra vez como para cubrir ese sido necesariamente privado. Pero nada era privado en ese hombre. Su cuerpo parecía gritar: "¡Mírame!". Su erección se elevaba, grande y escultural, atrayendo la mirada de la mujer.

Mientras él se despojaba de la camisa, Alanna pensó en huir otra vez. Pero entonces el sol dio de lleno en él í y a ella se le secó la boca. Era hermoso. Hermoso, amenazador y…

Él le sujetó el mentón y le levantó la cara hada la de él.

-Mía -le recordó-. Eres mía y no te haré daño.

Me creerás.

Alanna no pudo hacer más que mirar.

-la primera vez casi no te hice doler. Recuerdas que fui muy cuidadoso.

Alanna oyó de nuevo el eco de la voz de él: ¿No recuerdas aquella noche, en la choza de la bruja?

La mano de Ian se deslizó por su cuello, sobre su pecho, tras la espalda, y la recostó sobre la manta.

-Te aseguro que tampoco te haré daño ahora.

Alanna no sabía si cerrar los ojos o dejarlos abiertos.

Si tocarlo o no. Cierto instinto o cierto recuerdo olvidado le hizo deslizar las manos por sus hombros cuando descendió sobre ella.

Supuso que a él le gustaba porque se detuvo un instante pendiendo sobre ella con expresión de angustiosa gratificación. Alarma podía entender lo que era una angustiosa gratificación. La había sentido, y ahora la presión del pecho de él sobre el suyo la llevó otra vez a la superficie.

El olor de la manta de lana y de la hierba aplastada se elevó desde abajo de ella mientras él la besaba dulcemente en la boca. Fue dulce hasta que ella recordó el placer de sus besos. Después, presionó más, la abrió más. La respiración de la mujer se aceleró, y ella se prendió del hombre.

Pero él no llevaba camisa, ninguna ropa; los dedos de Alanna trepaban por la piel de Ian buscando con desesperación algo de donde tomarse, algo que la retuviese sujeta a la tierra.

-Eso es -susurró Ian-. Tócame. Tócame cuanto quieras.

Quería. Tenía muchas ganas de tocarlo. Mientras ella los recorría, los músculos del hombre se contraían. Encontró la clavícula, exploró los cordones musculares de los brazos, dejó vagar sus manos al azar

por el pecho. Ian no se movió, no respiró siquiera cuando ella enredó sus dedos en el vello, buscando los pezones masculinos. Los acarició tratando de imitar las caricias seductoras de él sin dejar dé preguntarse si a él le gustaría tanto como a ella.

-Estás matándome -respondió Ian a la pregunta no formulada, hablando entre los dientes apretados-. Voy a morir de frustración.

De modo que le gustaba eso. Renovado su valor, hizo resbalar las manos hacia abajo por las costillas, pero él la detuvo.

-Hasta ahora he podido soportar -le puso las manos sobre la manta, a los costados del cuello-. En otra ocasión, cuando no tenga tanta hambre de ti... aunque no me imagino cuándo podría suceder eso.

Alanna quiso protestar pero entonces él la besó sobre el tendón del cuello, deslizándose hacia abajo como si fuese una flecha indicadora en un camino. Chupó un pezón, luego el otro, y Alanna se convenció de que nada podía ser tan estupendo y, a la vez, tan frustrante.

Eso fue hasta que él la tocó. Allí.

El rayo de un recuerdo penetró en su mente. Una dura embestida palpitante: él ya había hecho esto antes. Ella había hecho esto antes.

Lo miró a los ojos y la llama que vio en ellos le hizo lanzar una exclamación inarticulada. Esto ya no era un gentil chantaje sino una primitiva posesión. Si la poseía en ese momento, sucedería lo que ella temía: Ian tomaría el control de sus tierras, de su vida. Ya no sería Alanna sola sino una parte de él.

En la choza de la bruja. Rayos. Truenos. La voz de su amante. Placer... y dolor.

-¿No recuerdas aquella noche en la choza de la bruja?

-¿Qué? -gritó, como si la respuesta pudiera surgir en el aire.

El grito de Alanna no sobresaltó a Ian. Parecía saber lo que ella estaba descubriendo y su rostro oscuro brillaba triunfal.

-Mía -dijo-. Recuerda.

-¡No!

Llevada por una oleada de pánico, lo empujó con tanta fuerza que lo hizo caer hacia atrás. Alanna se levantó y huyó. La hierba le azotaba los muslos; jadeaba como si hubiese corrido kilómetros. Pero no era la fatiga lo que la impulsaba sino la desesperación. No la necesidad física sino las emociones.

No llegó muy lejos. Una vez más, Ian la hizo caer, pero en esta ocasión no rodó para atraparla. Le apoyó la mano sobre la cara y la retuvo, mientras ella se retorcía.

-Lo prometiste -dijo, con voz temblorosa. La hizo girar y, al ver la cólera de su expresión, Alanna dio un grito-. Dijiste que eras mía.

-Sí, pero...

Librodot

¿Pero qué? No lo sabía. Sólo sabía que si dejaba entrar esos recuerdos, si los dejaba entrar, todo cambia-ría. Algo acechaba dentro de esos recuerdos, algo que la atemorizaba.

-No -cortando el aire con la mano, Ian dijo-: Nada de peros. Eres mía. Podrás luchar todo lo que quieras pero eres mía -la arrastró por la hierba hasta que su trasero quedó apoyado sobre los muslos de él y sus piernas alrededor de la cintura de él. La alzó con un brazo y con la mano del otro se puso en posición-. No te atrevas a cerrar los ojos.

Empujó en el centro de ella.

Alanna estaba sobre el suelo. Él, arriba. La posición de la mujer era de sumisión. La de él, dominante. Alanna le dirigió una mirada colérica mientras se debatía, tratando de quitárselo de encima.

Ian sonrió, pero su sonrisa no era afable. Aceptaba el desafío que ella le presentaba y le advertía de su tenacidad.

-Eso es. No me lo facilites. Que sea una guerra, así podré ganar.

Entonces, Alanna le gritó todas las palabras soeces que conocía. Se retorció y forcejeó: nada lo afectó Siguió sonriendo y sujetándola con cuidado, dejando que ella se moviera... pero no que se alejara de él. Por fin, Alanna se detuvo, jadeando. No había logrado nada y él seguía tocándola, deslizando su miembro a lo largo de su hendedura hasta dejarla húmeda de involuntaria excitación.

Alanna apartó el rostro.

-No -Ian se interrumpió. Le sujetó la mandíbula con la mano y la obligó a volver el rostro y mirarlo-. Me mirarás. Esta vez no quiero que olvides jamás.

Se alzó sobre las rodillas y apoyó las caderas de la mujer en el suelo. Le sujetó los muslos, encontró su centro y embistió.

-Recuerda.

Y al recibir esa embestida profunda y deliberada, recordó. Recordó todo.

Los relámpagos eran tan brillantes que los veía a través de los párpados cerrados. El trueno restallaba en un estrépito celestial. Su pie palpitaba pero remoto, aliviado por las drogas que había tomado. Y junto a ella, en la cama, el peso de un hombre que dormía la entibiaba con su cuerpo. Entonces comenzaba la seducción de él. Besos tan dulces que adormecían, sus viejos temores. Caricias que procuraban su deleite. Intimidades quejamos habría imaginado.

Y esta mañana lo redescubría.

Había sepultado hondamente los recuerdos en su mente, pero no había narcóticos que enturbiasen una realidad como la de Ian.

-Ah -la expresión de Alanna le hizo sonreír-. Ahora lo sabes, ¿no?

Si no lo admitía, podría salvarse.

-Lo sabes.

Así, profundamente metido en ella, Ian estalló en carcajadas. El viento apresó la risa y la llevó lejos para

qué todos pudieran oírla.

Alanna quiso decirle que callara pero él la acarició

Otra vez y sus músculos internos lo apretaron.

-Mi Señor -Ian entornó los ojos-. Eres gloriosa

-la obligó a rodearle las caderas con las piernas, la bajó al suelo, se tendió sobre ella y la penetró de nuevo-. Recuerdas -penetró otra vez-. Recuerdas -otra vez-Recuerdas.

El pecho de Ian contra el de ella, su aliento en la cara de ella, el roce áspero de su barba, la profunda embestida... todo le resultaba familiar. Era bueno. Se arqueó compulsivamente alrededor de él recibiéndolo, deseándolo, poseyéndolo a su modo.

Impulsado por la necesidad, Ian se movió rápidamente, luego más rápidamente aplastándola contra el suelo, recibiendo gratificación de la carne de ella, temblando, jadeando y esforzándose.

Y cuando se aplastó contra el cuerpo abierto de Alanna, los temblores la sacudieron. Esto no era igual. No era un recuerdo. Era mejor que antes, más grandioso de lo que ella había soñado. Alanna gritó de placer y él reía mientras se tendía lentamente sobre ella.

Le rodeó la cara con las manos.

-Mía -lo decía como si no pudiera saciarse de la palabra-. Toda mía -aturdida y abrumada como estaba, Ian le dio un beso de conquistador y le dedicó una sonrisa de amo-. Felicidades en tu cumpleaños, Alanna. Hoy has alcanzado la mayoría de edad.

Ahora recordaba todo y sabía por qué había luchado tanto.

Recordó... le había dado su alma la primera vez que hicieron el amor. En esta ocasión, le había entregado su corazón.

Lo amaba. Amaba a un hombre que la quería para poder tomar el control de su hogar. Para poder usurpar su lugar en Fionnaway.

Cuando un selkie se acopla con un bípedo, puede que se casen o no y, si conciben un hijo, es preciso seguir un protocolo. Primero, los mayores deberán examinar al niño y determinar su naturaleza. ¿Es humano o selkie? Lo revisan y, si el recién nacido es humano, el padre selkie debe permanecer en tierra. A un selkie se le conceden 12 años hasta el momento en que debe volver al mar. 12 años de exposición al aire que lo reseca, el sol malévolo, el sufrimiento de vivir entre extraños. Pero el marchitamiento gradual del cuerpo y el alma tiene su recompensa porque los niños nacidos de esas uniones siempre son especiales. Siempre diferentes. Siempre mágicos.

20

-¿Te he hecho daño? Ian observaba con atención a Alarma mientras le daba trozos de conejo frío.

Librodot

-No -murmuró ella. Ian la vistió con su camisa blanca para proteger del sol la piel clara de Alanna y volvió a colocarle el collar pues parecía reconfortarla cuando lo sentía sobre su piel.

Allí, sentada sobre la manta de lana, tenía un aspecto frágil. Bajo el sombrero que él le había traído, sobresalían briznas de hierba entre las mechas cobrizas y, si él hubiese sido un hombre como es debido, se habría sentido culpable por haberle irritado la piel del mentón con su barba. Ian no. Se sentía estupendamente bien. De hecho, no podía recordar una ocasión en que se hubiera sentido mejor.

-¿Más pan?

-No.

Alanna no había pronunciado una palabra por su voluntad desde que él había arrojado su cuerpo al suelo y obtuviera placer de ella por la fuerza. Se limitaba a estar sentada con los brazos cruzados sobre el vientre, respondiendo a sus preguntas y comiendo su comida, con cierto aire de estar perdida.

Aunque ella no lo comprendiese, los sueños con que él la había provocado también habían tenido efecto sobre él. Ian no había obtenido satisfacción de esos encuentros nocturnos de la mente; en cambio había sentido su cuerpo dolorido, demasiado lleno y anhelante para reprimirse. Ahora que esa presión estaba un tanto aliviada, podía halagarla, cortejarla y fingir que ahora mismo no la deseaba otra vez. Aunque la deseara.

Le quitó con el pulgar una miga del labio inferior y después, incapaz de detenerse, acarició la boca grave.

-¿Acaso podrías decir que no has disfrutado?

-¿Acaso piensas exigirme que hable de eso?

-No, creo que no. Puedo hacer esa concesión a tu pudor -la miró: estaba sentada con las piernas cruzadas y lo único que no cubrían los faldones de su camisa eran las rodillas. Y si bien él no podía ver el resto, lo imaginaba-. Es el pudor lo que te inhibe, ¿no?

-Bien sabes que sí.

-No sé nada acerca de mujeres -igual que cualquier otro hombre-. Sólo sé que sentí cada ondulación.

Asombrada, Alanna apretó la camisa que tenía puesta.

-¿Ondulación?

-Dentro de ti.

Alanna apretó los dientes y frunció el entrecejo, pero lo importante era su sonrojo.

-¿Creíste que no lo notaría? -preguntó el hombre.

-No sé lo que notas. No sé mucho acerca de cómo funciona esto.

Le replicaba con la misma aspereza de una pequeña perra terrier tras su primer acoplamiento, y para él era un alivio oírla: había estado tan abatida que él comenzaba a preocuparse. El se había comportado con mucha brusquedad y sin embargo... sin embargo ella casi se

mostraba cruel. Se había esforzado mucho en negar sus recuerdos, en alejarlo de su mente, y él ya no podía concederle más tiempo.

Ese día era su cumpleaños. Ian no tenía mucho tiempo más. Ian sonrió.

-Virgen.

-Esta vez no.

Aunque su voz era débil, él la oyó y recordó: la noche en la choza de la bruja. El sueño de ella inducido por las drogas, la seducción que él había juzgado necesaria. La respuesta asombrada de ella y su propio deseo ferviente.

¿Estaría atormentándolo la culpa? No, seguramente no. Había sopesado cuidadosamente sus posibilidades aquella noche que fue hasta ella, y los hechos habían demostrado la sabiduría de sus acciones. Aun así, para su sorpresa descubría que un hombre confiado en sí mismo tendría que emplear el tacto para tratar a la mujer que había manejado a su antojo.

Alarma ladeó la vista como si hubiese algo que aguardara su inspección pero cuando él miró sólo vio la hierba barrida por el viento. Como Alanna evitaba su mirada, Ian metió su mano bajo el faldón de la camisa de ella. Su camisa. Ella saltó al sentir su contacto pero él se limitó a acariciarle el tobillo e imaginar su entrega, su disponibilidad a él, si lo deseaba.

Desde luego, él también haría que ella lo deseara.

-Yo te enseñaré todo lo que necesites saber.

-Pensaba que ya lo habías hecho. Ian soltó una risa gutural.

-Apenas hemos empezado. Buscaremos una cama y estaremos en ella todo el día y toda la noche, y ése será sólo el comienzo... cuando nos casemos.

-¿Te provoco repulsión?

-¿Repulsión? ¿Estás bromeando? -hizo un pequeño ademán que la obligó a alzar la mano con que protegía su cuerpo, pero se apresuró a volverla a su sitio, como si el gesto demostrase una comodidad que ella no sentía-. Creo que ha quedado demostrado que no me despiertas repulsión.

-Porque respondiste a mí cuando...

-Calla.

Le lanzó una mirada feroz. Ian reprimió una sonrisa y trató de explicarse:

-Hay cosas que se pueden hacer a una mujer para que se vuelva receptiva a un hombre.

Ella lo miró, interrogante.

-Dicen de mí que soy bastante competente... -aunque sabía que no debía fanfarronear, perdió la paciencia y la delicadeza y dijo-: Por ejemplo, esto.

Apartó la mano del tobillo y la pasó por la cara interna del muslo de Alanna.

Ella ahogó un chillido y trató de atrapar su mano bajo la tela de la camisa pero él continuó sus movimientos tiernos y discretos. Alanna lo sujetaba por la muñeca y apretaba para detenerlo, pero él trazaba lánguidos círculos con sus dedos sobre la piel suave de la mitad del muslo.

Con los ojos dilatados, ella lo observaba, esperando el ataque.

Claro que él no tenía semejante intención. Si bien ella había confirmado que no le había hecho daño, él sabía que había sido demasiado brusco con una mujer prácticamente virgen y no podía poseerla otra vez. Aunque... se había puesto los pantalones como tributo al recato de Alanna y ya los sentía de nuevo demasiado ajustados.

Pero independientemente de las exigencias del tirano que tenía entre las piernas, no podía usar a Alanna en

Alanna se crispó. Ian captó el movimiento en su tobillo y casi se crispó él también. Aunque odiaba saberlo, comprendió que debía preguntar:

-¿Te provoco repulsión?

-¿Repulsión? ¿Estás bromeando? -hizo un pequeño ademán que la obligó a alzar la mano con que protegía su cuerpo, pero se apresuró a volverla a su sitio, como si el gesto demostrase una comodidad que ella no sentía-. Creo que ha quedado demostrado que no me despiertas repulsión.

-Porque respondiste a mí cuando...

-Calla.

Le lanzó una mirada feroz. Ian reprimió una sonrisa y trató de explicarse:

-Hay cosas que se pueden hacer a una mujer para que se vuelva receptiva a un hombre.

Ella lo miró, interrogante.

-Dicen de mí que soy bastante competente... -aun-que sabía que no debía fanfarronear, perdió la paciencia y la delicadeza y dijo-: Por ejemplo, esto.

Apartó la mano del tobillo y la pasó por la cara interna del muslo de Alanna.

Ella ahogó un chillido y trató de atrapar su mano bajo la tela de la camisa pero él continuó sus movimientos tiernos y discretos. Alanna lo sujetaba por la muñeca y apretaba para detenerlo, pero él trazaba lánguidos círculos con sus dedos sobre la piel suave de la mitad del muslo.

Con los ojos dilatados, ella lo observaba, esperando el ataque.

Claro que él no tenía semejante intención. Si bien ella había confirmado que no le había hecho daño, él sabía que había sido

demasiado brusco con una mujer prácticamente virgen y no podía poseerla otra vez. Aunque... se había puesto los pantalones como tributo al recato de Alanna y ya los sentía de nuevo demasiado ajustados.

Pero independientemente de las exigencias del tira-no que tenía entre las piernas, no podía usar a Alanna en una actitud tan egoísta. Había dejado establecida su posesión con toda claridad; ahora, era la hora del galanteo.

A su pesar, retiró los dedos deslizándolos por el muslo, detrás de la rodilla y a lo largo de la esbelta pantorrilla formada por años de trepar por el abrupto terreno escocés. Ella supervisaba cada uno de sus movimientos y no respondía en absoluto a su encantadora sonrisa.

Tendría que trabajar un poco. Acercándose junto a ella, le pasó un brazo por los hombros. Por sus hombros rígidos. Alanna mantuvo la vista adelante, pero de todos modos él levantó la rodilla por si ella miraba. Ian no creía que su erección contribuyese mucho a tranquilizarla.

-Cuentan otras cosas, además de tú y yo. Está tu propiedad y la gente que la habita. Mi padre aún está viviendo allí. Tu primo sigue siendo tu heredero. Yo no soy como ellos. Lo sabrás cuando te cases conmigo. Te ayudaré a cuidar de Fionnaway: puedes fiarte de mí.

-¿Por qué? -preguntó ella, hostil-. No sé nada de ti.

Los dedos de Ian apretaron el brazo de la mujer.

-Conoces mi más profundo secreto -se recordó que debía conquistarla y aflojó la presión y el tono-. Mi padre estaba impaciente por difundirlo. Tú le creíste y no dijiste una palabra. ¿Por qué?

-Todos tenemos nuestros secretos, Ian.

Lo miró de soslayo.

¿Ella tendría secretos? Por supuesto que sí. Los veía flotando a su alrededor con colores desvaídos.

¿Le contaría ella sus secretos? Todavía no, pero él podría convencerla. Podía hacerle el amor. Podía traspasar su guardia y, algún día, la conocería tanto como se conocía ella misma.

-Cuéntame de ti -pidió-. Convénceme de que puedo confiar en que te quedarás.

Cauteloso, Ian se echó atrás sobre la manta y se apoyó en los codos.

-¿Qué quieres saber?

Alanna se relajó un poco:

-¿Cómo se conocieron tus padres?

-Creo que mi padre y el tuyo eran amigos. Por eso él es tu tutor.

Alanna flexionó las rodillas, estiró la camisa sobre ellas y se inclinó adelante como si la sola mención de su padre le provocara dolor de vientre.

-Sí, el señor Fairchild es la clase de hombre que mi padre habría calificado como dignó de confianza.

-Leslie vino de visita, a vivir a costa de alguien, para ser más preciso, y de alguna manera conoció a mi madre. Esto es todo lo que sé con certeza, pero imagino que le hizo promesas que no tenía intención de cumplir, la dejó embarazada y se marchó de regreso a Inglaterra.

Tenso, esperó el comentario de ella con respecto a la ausencia de matrimonio.

Pero Alanna ni siquiera lo advirtió, y a él eso no lo sorprendió del todo. ¿Por qué le sorprendería que él fuese un bastardo a una mujer que había enfrentado su animalidad? Hasta habría podido confesarle que usaba ropa de mujer -el secreto mal guardado de su padre-, y ella se habría encogido de hombros.

Alanna rebuscó un poco más.

-¿Recuerdas a tu madre?

No quería responder: jamás se lo había dicho a nadie. Pero ésta era Alanna, casi su esposa. Todavía tenía las piernas apretadas contra su pecho como una niña con dolor de estómago y, si quería convencerla de que se casara con él, tendría que brindarle al menos una parte de la verdad para ganar su confianza. Además, sabía que ella no se burlaría ni se reiría. Lo sabía. Como quien abriese una puerta cerrada durante mucho tiempo, oxidada, abrió la cerradura de sus recuerdos:

-La recuerdo.

-¿Qué aspecto tenía?

-Humano -entornó los ojos tratando de ver a su madre a través del largo túnel del tiempo-. Muy bella, con sus cabellos oscuros y su dulce sonrisa. Claro que yo pensaba así porque era su hijo, pero recuerdo que los hombres la rondaban. Todos la deseaban hasta que... ella los miraba. Tenía la cualidad de poder ver hasta el fondo de tu alma. Sus ojos se nublaban, se tomaban casi plateados...

-Como los tuyos. Ian hizo una pausa, se puso tenso y se preguntó qué otras señales de su mestizaje exhibiría.

-¿En serio? No lo sabía. Supongo que por eso la gente empieza a retroceder cuando la miro fijo.

-Ese es uno de los motivos. ¿Tú también ves el alma de las personas?

Se tocó la sortija. La llevaba en la mano desde el día en que su madre lo había dejado en la casa Fairchild. Ella la había sacado de la cadena que llevaba en el cuello y le había dicho que ya era hora. Se la puso en el dedo y le dijo que le ayudaría a abrirse camino entre la confusión de las emociones humanas. Así había ocurrido; se valía de la sortija para ver el aura de las personas y la piedra le ayudaba a juzgar su carácter. Pero, aunque no se lo habían dicho, sabía que la

piedra no funcionaría del mismo modo en la mano de otro y por eso respondió a Alanna:

-No, pero yo soy selkie a medias.

La muchacha estiró las piernas y movió los pies, contemplándolos atentamente.

-Creo que la gente te mira por tu altura, y porque das una impresión de... no sé... de dominación.

-Entonces, sería un buen esposo para la señora de Fionnaway -bromeó.

-No paras nunca.

-Otra cualidad valiosa.

-Tú no perteneces a esta tierra.

La angustia lo golpeó como un hierro al rojo en el corazón. Se incorporó y la aferró por los brazos obligándola a mirarlo.

-¡Sí! No hay otro sitio al cual pertenezca.

-Ian, me haces daño.

Los ojos de Alanna se habían abierto muy grandes, y cuando él bajó los ojos vio que estaba clavándole los dedos en la carne.

Nada de lo que ella había dicho, ninguna de sus negativas lo habían herido tanto como su negativa a compartir Fionnaway. La soltó.

-Lo siento -acarició las marcas rojas que le había dejado en la piel. Inclinó la cabeza para ocultar la expresión de angustia que había en sus ojos, trató de explicarlo de modo que ella lo comprendiese-. Esta es mi tierra. He vivido como un perro mestizo perdido buscando un lugar donde dar descanso a su alma. Lo he hallado aquí. Fionnaway es como el aroma del pan recién horneado para el hambriento o como el contacto de la madre para el recién nacido. Yo pertenezco a este lugar, Alanna. Éste es mi lugar.

Alanna no dijo nada y él comprendió que había hablado con demasiada intensidad. Con un dramatismo que revelaba su vulnerabilidad. Ahora Alanna, como su padre, como la muchacha cuáquera, como toda la sociedad, tenía el poder de destruirlo, si lo deseaba.

¿Lo desearía?

La mujer sacó con cuidado sus brazos de sus manos laxas.

-Tengo un carácter que me traiciona, como sucedió en esta ocasión. Hablé imprudentemente. Por cierto, Fionnaway es tu hogar todo el tiempo que lo desees -dijo.

Apoyó sus manos en las de él, palma contra palma. Los finos huesos, los cartílagos, las almohadillas y líneas de la piel estaban abiertas a él, vulnerables y, al mismo tiempo, en actitud de aceptación. Confiaba en que él no abusaría de ella aunque sus violentos deseos afloraran a la superficie y se volvieran casi ingobernables cuando

estuviera cerca de él. En ese momento bullían en él como burlándose de su decisión de darle tiempo para aceptarlo.

Sólo quería un hogar. Sólo la quería a ella. Ella no había hecho votos ante un sacerdote; él estaría loco si arriesgaba la buena voluntad de ella con un despliegue de pasión no querida.

Sin embargo, una de sus manos se alzó por propia voluntad y se cerró sobre la barbilla de la mujer. La otra, sobre un pecho.

-Alanna -pretendía sonar seductor pero sonó imperioso-. Te poseeré otra vez ahora, lo quieras o no.

Sin un atisbo de timidez, ella lo miró a los ojos:

-Entonces, me conviene aceptar, ¿no es verdad?

21

Alanna se puso de pie y dejó a un lado el sombrero.

-Ven. Quiero mostrarte algo.

Paralizado por la sorpresa, Ian se quedó sentado mientras ella subía la colina; cuando vio que él aún no se había movido, lo miró sobre el hombro:

-¿Vienes o no?

Tal vez la pregunta pareciera una provocación inconsciente, pero el modo en que ella inclinaba la cabeza y lo miraba por debajo de las pestañas no lo era. ¿Cómo habría aprendido esa treta en tan poco tiempo? No hacía un mes que era una niña inocente, y ahora la Madre Naturaleza le había enseñado cómo atraer a un hombre jadeando a su lado.

Se puso de pie; había llegado a la conclusión de que él no era nadie para desafiar a la Madre Naturaleza. Alanna desapareció tras lanolina, y él se apresuró, ansioso por alcanzarla. Luego, cuando llegó a lo alto, aminoró la marcha: qué imagen tentadora verla caminar entre la hierba. Sus pies delicados casi no hollaban el suelo. Sus piernas desnudas atravesaban los tallos y las cabezas cargadas se deslizaban bajo el faldón de la camisa y la acariciaban donde él ansiaba tocarla.

Ella bajaba la pendiente hacia un grupo de árboles, sin mirar atrás para ver si él la seguía. Ian admitió que lo más probable era que oyese su jadeo pues, a cada paso, su deseo se hacía más fuerte.

Una línea de árboles limitaba el terreno y, al llegar junto a ellos, Alarma se inclinó ofreciéndole un atisbo de sus blancos muslos y de la curva de sus nalgas.

De repente, desapareció como si la hubiese tragado la tierra.

Desgarrado entre la lujuria y la alarma, Ian resbaló por la pendiente. Era imposible que se hiciera daño: conocía demasiado bien la región. Sin embargo... sin advertencia previa un pequeño abismo se abrió a sus pies. Algo más abajo, sonaba el chapoteo del agua que

corría entre las piedras y, aguas arriba, el ruido más fuerte de una cascada. Se balanceó en el borde y luego saltó. Al llegar al arroyo se tambaleó y rodó; cuando abrió los ojos, se encontró frente a una ceñuda Alanna de pie junto a su cabeza.

-Siempre pensaba que te movías con mucha elegancia -dijo. Ian podía ver dentro de la camisa. Su camisa. La camisa. Podía ver... todo. Sus piernas y, entre ellas, los labios ligeramente cubiertos de vello y, más allá...

-¿Te has hecho daño?

Lo miraba con el entrecejo fruncido, ajena al rumbo que tomaban sus pensamientos.

Sin habla, lleno de gozo, Ian negó con la cabeza. No se había lastimado al caer pero, que Dios lo amparase, si rodaba ahora sufriría una herida mortal. Ella estaba des-nuda, completamente desnuda, lo miraba fijamente... Él la miraba fijamente. Ella lo notaría y se alejaría. Y él moriría de desolación.

-Pensé que te gustaría este lugar. Estas aguas arriba del estanque de las ovejas y es bastante limpio... -lo observó-. Tienes un aspecto extraño. ¿Te golpeaste la cabeza?

Él levantó la mano como para tocarse la cabeza; en cambio, rodeó con ella el tobillo de Alanna.

-Ian, ¿qué estás ..? -su voz me perdiéndose; ladeó la cabeza y lo observó. Cuando volvió a hablar, empleó un tono enfurruñado que jamás le había oído antes-. Ian, ¿me estás mirando?

¿Cómo podía admitirlo? ¿Cómo podía dejar de admitirlo?

Alanna acercó su pie libre a la cabeza de Ian. El otro estaba firmemente plantado en el suelo y él podía ver... más. Ella se abría a él, y su mano inició el largo ascenso hacia la bienaventuranza.

-No -se apartó y dijo con voz que burbujeaba de risa-: Te traje aquí para que vieras la cascada, no a mí.

Cuando giró para alejarse él la atrapó por la pantorrilla. Riendo, Alanna cayó sobre las manos, se escapó y tomó distancia antes de que él pudiese atraparla de nuevo. Dando un salto, corrió hacia el arroyo, y él, incorporándose con energía, la persiguió. Un surtidor de agua chisporroteó a la luz del sol cuando ella saltó desde una roca y se zambulló en el estanque formado debajo de la cascada. Ian se frenó con los pies en el borde.

-¡Alanna!

Ella saltó en el agua y volvió a zambullirse dejándole ver, por segunda vez en menos de un minuto, un claro panorama de su intimidad y las esferas de sus nalgas seguidas por sus piernas fuertes que se agitaban hacia el cielo.

Jamás había sabido cómo hacían las ninfas del agua para atraer y ahogar a sus víctimas; ahora lo entendía. La veía en las profundidades, veía cómo braceaba con sus brazos fuertes, cómo se movían sus pies,

Librodot

la camisa pegada a su cuerpo. Su pelo flotaba como una bandera de seda. Quería reunirse con ella pero...

Alanna surgió al otro lado del estanque.

-Te apuesto a que no puedes atraparme -dijo desafiante.

-A que sí -murmuró.

Si la vista de su desnudez lo fascinaba de tal modo, ¿también ella se sentiría encantada? Otras mujeres lo habían admirado, pero a él le fastidiaba ser valorizado como un caballo. De pie sobre el peñasco, se quitó los pantalones y permaneció desnudo, moteado por la luz del sol.

Alanna abrió la boca, se mordió el labio inferior y lo miró sin disimulo. Ian no se lo reprochaba: no sabía cuándo había estado tan excitado.

Con la ágil elegancia que tanto lo enorgullecía, se encaminó hacia la orilla del arroyo, allí donde el agua corría en un estrecho canal. El agua le llegaba a la rodilla; cuando se metió le sorprendió que estuviese tan fría. Dedicó un instante a agradecer por no haber seguido a Alanna en su loca zambullida.

Con despreocupada ligereza, chapoteó hasta el otro lado y se sentó en un peñasco bañado por el sol.

Alanna nadó un poco más cerca.

-¿Qué haces?

Se estiró cuan largo era y rodó sobre un costado.

-Se está muy bien al sol -apoyó la cabeza en el codo-. Continúa nadando.

Encogió los hombros e hizo lo que él decía, luego volvió a zambullirse sin ocultar su deleite. La erección de Ian se hizo más fuerte, más flagrante cuando, con cada impulso de sus piernas, parecía tentarlo para que se uniera a ella. Pero no lo haría y, cerrando los ojos, se tendió de espaldas sobre la roca. El sol lo acunó y se adormiló esperando a su presa, planeando cómo la atraparía.

En lugar de eso, cayeron unas salpicaduras de agua helada sobre su piel tibia que lo despertaron de su ensueño. Rodando de lado, la vio salpicando agua y riendo.

-¿Te desperté? -gritó.

Ahuecó la mano y volvió a salpicarlo. Ian esbozó una lenta y amenazadora sonrisa: ella se lo hacía demasiado fácil.

Se sentó, frotó las manos en su pecho desparramando las gotas de agua y dejando un rastro brillante sobre su piel. Pasó primero una mano, luego la otra por sus brazos y atrapó con la lengua una gota que había resbalado hasta su boca.

Alanna perdió su disposición juguetona y lo observó, siguiendo con sus ojos cada uno de sus movimientos, como encandilada por el brillo de su piel.

-Alanna, salpícame otra vez.

Lo dijo en tono íntimo y persuasivo y ella lo miró a los ojos con la boca un poco entreabierta, los ojos dilatados.

-Estoy caliente, Alanna -sacudió la cabeza haciendo volar las gotas-. Salpícame otra vez. Aparentemente hechizada por su cuerpo, y no por algo mágico, nadó hacia él. Cuando sintió el suelo bajo sus pies, salió caminando y, a cada centímetro que le era revelado, la gratitud de Ian hacia sus ancestros aumentaba. Lo habían dotado con ese cuerpo que él, a su vez, pasaría a sus hijos.

Los hijos que tendría con Alanna.

La mujer pisó el peñasco donde él estaba y la camisa se pegaba a sus pechos, le ceñía la cintura, le acariciaba las caderas.

Ian sintió celos de su propia camisa.

-¿Por qué me miras así?

Su voz estaba un poco ronca y gotas de agua le perlaban los muslos y resbalaban en erótica danza por sus piernas.

-Pareces... fresca. Como un refresco en un día caluroso -se apoyó sobre un codo y le tendió la mano-. Ven, déjame beber de ti.

Alanna puso su mano en la de él y se arrodilló a su lado, sentada sobre los pies. Lo besó con tanta confianza como si se conocieran desde hacía años; sus labios sabían a agua fresca de montaña y a curiosidad. Ian quiso sujetarle la cabeza para guiarla, para enseñarle algo que podría dar placer a los dos. Pero esperó: quería ver a dónde los llevarían las fantasías de ella.

Cuando ella se irguió, él creyó que le había faltado valor o imaginación, pero no. Alzó los brazos y, sujetando el peso de su melena, se inclinó sobre él y la retorció, echando sobre él el agua retenida.

Cada gota que le salpicó la piel lo hizo saltar. Ella lo mojó desde el pecho hasta los pies y, cuando terminó, imitó los gestos de él. Apoyó sus blancas manos sobre la piel atezada y extendió el agua en una fina capa que brilló con el sol y luego se evaporó.

Debería haberlo enfriado pero no lo hizo. Alanna empezó por acariciarle los hombros. Luego pasó las manos por los pectorales, girando en torno de cada pezón. Si hubiese tenido más experiencia, Ian se habría convencido de que ella quería provocarlo. Pero ella contemplaba con expresión abstraída lo que hacían sus propias manos moviéndose sobre él, tanteando los músculos debajo de la piel y tocando el vello que la cubría.

Le gustó. Fue más que gusto. Su corazón palpitó con fuerza, su aliento se cortó. Si alguien estaba haciendo magia, ésa era Alanna. Incapaz de permanecer quieto, alzó la rodilla y la sujetó con su mano.

Su movimiento la sobresaltó y la sacó de su abstracción. Le miró las piernas, el cordón muscular que sobresalía en la cara interna del muslo, y lo recorrió con la yema del dedo. Ian aspiró el aliento de manera audible. Alanna lo miró a la cara y sonrió.

¡Esa sonrisa! Tan femenina, tan sabia... ¿Cómo era posible que aprendiera tan rápido? ¿Qué había creado Ian?

Se movió hacia los pies de él, los roció con agua y deslizó por ellos sus manos fuertes hacia arriba, los tobillos, las pantorrillas, las rodillas. Le masajeó los muslos y, cuando él se puso tenso y exhaló un silencioso gemido de placer, oprimió y amasó cada músculo nítidamente delineado.

El señuelo de Ian había resultado muy eficaz. Su cuerpo la había cautivado, y ahora ella lo devoraba.

Contuvo el aliento cuando ella llegó a la ingle preguntándose si su pudor de doncella la haría retroceder.

Debió haber sabido que no sería así. Alanna, no. Esta criatura salvaje, no. Mojando los dedos en el agua que se había acumulado en el hueco entre sus piernas y su vientre, le acarició los testículos atormentándolo con su levedad. Cerró con fuerza los puños cuando un dedo recorrió todo el largo de su erección, y recogió la única gota de semen que sus manipulaciones habían hecho brotar. La contempló, fascinada; luego la llevó lentamente a la boca y la tocó con la lengua.

-¡Alanna!

Más excitado de lo que podía soportar, trató de agarrarla.

Pero ella lo eludió.

-¡No, déjame!

Lo empujó hacia atrás, y Ian la dejó: ya no le importaba cómo lo poseyera sino sólo que lo hiciera.

Se trepó sobre él rodeándolo con las piernas, apretándolo en ávida exigencia. Se irguió, rodeó su miembro con las manos y lo puso donde él quería estar.

-¿Aquí? -le preguntó.

-Precisamente ahí.

Ya estaba dispuesta, suave y húmeda, enardecida por la visión de su cuerpo, por el contacto de su mano con la carne de él. Era suya; sintonizaba tan bien con sus deseos que el placer reverberó entre los dos y creció por momentos.

La lascivia de estar dentro de ella lo impulsó a ponerle las manos en las nalgas. La ayudó, y los músculos de Alanna se flexionaron bajo sus palmas al tiempo que lo hacía penetrar en ella. Cuando su pasaje se cerró alrededor de él, él parecía una virgen que recibía instrucciones de su primera mujer... su única mujer. Dios, el calor de ella lo quemaba, lo ponía al rojo y le hacía desear tenerla ahora, hacerle saber que era suya y de nadie más.

Alanna había cerrado los ojos y su expresión era intensa, pues estaba absorbiendo esa sensación aún nueva para ella de tener a un hombre dentro de sí. Se elevó lentamente y, cuando su pene se movió dentro de la vagina, Ian se estrelló contra el duro límite del éxtasis. La camisa seguía pegada al cuerpo de ella y sus faldones cosquilleaban en

los muslos y en el estómago. Alanna se detuvo. Abrió los ojos, lo miró... y levantó los brazos sobre la cabeza. Sus pechos se alzaron cuando se movió, sus pezones parecían frambuesas sobre un fondo de la más magnífica crema.

Alanna sujetó su pelo y lo sacudió sobre Ian, quien se sorprendió de que las gotas no hirvieran sobre su piel.

-Estoy tratando de enfriarte -aquélla era una flagrante mentira porque se hundió otra vez sobre él, se elevó, se hundió otra vez. Con las palmas de las manos, dispersó el agua sobre los músculos del vientre de él-.¿Ahora estás más fresco?

Ian ardía en feroz tortura. No debía haber sentido otra cosa que a Alanna apretada alrededor de él, pero las manos de ella intensificaban el castigo. Las gotas que ella no había atrapado le resbalaron por las costillas y cada gota de su sangre deseó estar en la parte de Ian que estaba hundida dentro de ella.

-Eres bruja.

-Lo sé.

Sonrió complacida.

Demasiado complacida. Ian tenía armas que podía emplear en esta batalla carnal, y una de sus manos fue desde el trasero de ella hacia el frente. Con dos dedos, abrió los pliegues femeninos y frotó amorosamente el pequeño botón cobijado allí.

La sonrisa de Alanna desapareció. Trató de cerrar las piernas pero Ian estaba entre ellas. Se abatió con fuerza sobre él. Los dedos del hombre apretaron con firmeza.

Alanna gimió y se elevó y cada movimiento era menos í controlado, más precipitado; la prisa se alimentaba a sí misma. Ahora él la embestía, la sujetaba con fuerza, siendo retenido a su vez, manteniendo el ritmo y deseando acabar en ese momento, ya...

-Ya-dijo Alanna, aplastando su pelvis contra él en insaciable exigencia, y sus músculos internos vibraron.

Ian apoyó bien los pies, alzó las caderas y se abalanzó hacia ella tomando el mando de sus respuestas, arrancándole un grito alto y agudo que llegó al cielo. Alanna se aferró de los brazos de él echando la cabeza atrás, pidiendo con su cuerpo. Él derramó en ella su simiente, pasando del tormento al placer más primitivo en el tiempo que dura un estallido.

Una jadeante Alanna se aflojó sobre el pecho de él, y él la abrazó pasándole un brazo por los hombros y otro sobre el suave y mullido trasero. Era suya. Por todo lo que Dios albergaba en los cielos, ella era suya y en la vida no habría nada mejor que ese instante.

Entonces ella se movió y dijo sobre el pecho de él:

-Cuéntame tu recuerdo más remoto.

Por cierto, había aprendido todas las estratagemas femeninas. Ablandar eróticamente a la bestia masculina; luego, aprovechando su

docilidad, extraerle información. Refunfuñó y le quitó de la cara los mechones que ya estaban secándose.

-¿Por qué?

-Porque quiero saber.

Le acarició suavemente el brazo.

-Pensé que podía ser porque no podías mirarme otra vez a la cara.

-No.

La voz sonó débil e incierta.

Podía conmoverla por medio de la pasión, pero después estaban las consecuencias. El recuerdo de su propia audacia la avergonzaba, y el pudor de ella lo volvía tierno cuando debería haber sido impaciente. Podía responder su pregunta. Habían pasado muchos años y seguramente el recuerdo ya no lo afectaba.

-Estábamos nadando en el negro mar.

-¿Negro?

Por un instante, Ian vio la escena con los ojos del niño que había sido.

-Supongo que era por la noche. Yo era pequeño; tres, cuatro años, no recuerdo. Yo sólo sabía que estaba oscuro. Me abrazaba a mi madre por la espalda; ella reía y yo también.

Brotó el sudor de su frente, de las palmas de sus manos.

Alanna se incorporó un poco y un leve ceño le crispó la frente.

Vino una ola muy grande y me volteó.

Volvió la cabeza para contemplar una nube particularmente interesante que estaba formándose... y para mantenerla inclinada de modo que ella no viese su crispación.

El corazón le latía pesadamente, y sintió la necesidad de tomar aire, aire tibio, ligero, antes de poder hablar de nuevo.

-Me sumergí en lo oscuro y no podía respirar. Pero estaba acostumbrado porque yo nadaba desde que tema memoria; sabía que siempre saldría a la superficie.

Tuvo que interrumpirse. No estaba recibiendo suficiente aire e inhaló una y otra vez.

Qué tontería recordar algo que había pasado hacía tanto tiempo. No tenía importancia. No volvería a hablar de eso y así pensaba decirlo, pero... sólo podía concentrarse en respirar.

Alanna se deslizó de su cuerpo pero él no se movió.

¡Por Dios, no habría podido!

Ella lo acarició suavemente con las yemas de los dedos.

-¿Esa vez no saliste a la superficie?

-No -la caricia alivió un poco la opresión que sentía en el pecho-. El mar estaba muy agitado. Tomé aire algunas veces pero creo que no pude absorber todo el que necesitaba.

-Tu madre te encontró. Ella te salvó.

-No.

Con su nariz casi pegada a la de él, Alanna le preguntó:

-¿Cómo no?

-La tormenta era más violenta de lo que ella había supuesto y quizás ella estaba más débil -esbozó una tensa sonrisa para demostrar algo: que su abigarrada crianza no servía para nada o que sus recuerdos ya no lo perturbaban-. Años después, ella me dijo que los miembros humanos no son aptos para nadar.

-Supongo que habrá mejores maneras.

-Esa noche el mar estaba demasiado turbulento también para ella. Fue otro el que me salvó -¿por qué contaba esto a Alanna? Antes, ella no comprendía a fondo su monstruosidad. Ahora, se negaría a casarse con él-. No sé quién. A esa altura estaba medio muerto. Algo me empujó hasta la costa...

-¿Algo? Ian no soportaba ser tan débil, encogerse ante un simple recuerdo, y dijo:

-En verdad, no creo que haya sido humano. ¿Y tú?

Alanna negó con la cabeza.

-No podía ver. El agua me hacía toser. Entonces, apareció mi madre y me abrazó como si jamás fuese a soltarme. Mi salvador la regañaba. Le ladraba. Y ella le entendía.

Alanna le rodeó el cuello con los brazos.

En las nubes se formaron y se diluyeron dragones y gatos.

-Después de eso, ya no volvimos a nadar en el mar.

Ella frotó su mejilla contra el pecho de él y murmuró:

-Pobre pequeñuelo -derramó sus besos sobre la mandíbula-. Pero hubo otros buenos momentos, ¿no es así?

-Cuando yo era muy pequeño, ella solía cantar -las nubes formaron la imagen del rostro de su madre, y él se sorprendió sonriéndole-. Pero después... me como si estuviese envejeciendo demasiado rápido, secándose. Acostumbraba mirar el mar con mucha nostalgia. Después me miraba a mí y siempre tenía la misma expresión. Por eso no esperaba que me abandonase.

Alzó una mano y acarició el pelo de Alanna.

-Tu madre se demoró todo el tiempo que pudo a tu lado. Ian no se dio cuenta de qué hablaba ella y no entendió por qué lo decía como si aprobase que su madre lo abandonara. La apretó con más fuerza.

-Explícate.

-¿No lo sabías? -giró hacia él para poder mirarlo de frente-. Las leyes que nos rigen en Fionnaway no le hubiesen permitido permanecer más tiempo en tierra. Debería habértelo dicho.

-Debería haberlo hecho.

Él no la habría escuchado. Había sido su madre y él la creía omnipotente. Estaba seguro de que no lo abandonaría, cualquiera fuese el costo para ella.

-Volvió al mar -dijo Alanna en voz baja-. Quizás aún esté allí. Algún día iremos a nadar allí y tal vez ella...

-¡No!

Esa inmensa ola negra se elevó de nuevo en la mente de Ian y recordó la sensación de ahogo al tragar agua de mar. Recordó su sabor, amargo, quemante, y el ardor de la sal en la piel.

Pese a la explicación de Alanna, todavía estaba re-sentido hacia esa mujer que había hecho la tontería de acostarse con Leslie y concebir un hijo, y después abandonar ese hijo sin una mirada atrás.

Alanna estaba callada y Ian percibió que lo sacudían los temblores. Echó mano de la disciplina que lo regía y, poco a poco, logró controlarse.

-Tu padre es un imbécil -siempre directa, Alanna habló -con brutal impaciencia-. Desperdició todos los dones que tenía. Educación, encanto, apostura. Abandonó a su prometida selkie por temor, y se alejó de un hijo precioso, impulsado por la envidia.

-No entiendo.

-Tú eres especial. El no. Toda su vida procuró convencerse de que él no era el culpable de su inadaptación.

Entonces apareciste tú, que, en las más espantosas circunstancias que él pudo haber creado, te convertiste en un hombre que la gente admira y respeta.

Jamás había considerado a su padre y sus parientes desde ese punto de vista. Por dentro, siempre se había sentido el muchacho abandonado por su madre y rechazado por su padre. Y, de algún modo, Alanna había hecho girar el mundo con su cordel y reacomodado la realidad con tanta destreza como un hada... o una bruja.

-Para algunos, ejercer influencia sobre el clima no es muy agradable ni digno de respeto.

-El señor Fairchild nunca pudo ejercer poder -la boca de Alanna tenía una expresión grave-Tú, Ian, eres un hombre poderoso.

Ian contempló a la mujer que tenía bajo su mentón. Un pequeño mechón rebelde oscilaba sobre su frente balanceándose en la brisa, y ella lo miró con audacia a los ojos.

Mientras otros retrocedían frente a su misterio, ella lo absorbía, se mezclaba con él. Sin voluntad consciente, su cabeza descendió sobre ella y su boca tocó la de ella. Sus narices chocaron por lo incómodo del ángulo; pero pasó el brazo bajo la cabeza de ella y corrigió la situación. Sus labios eran suaves y sabrosos como la mantequilla de verano, aquiescentes y tersos. Sabía que debía profundizar el contacto pero se retiró.

Por su propia protección, retrocedió. Siempre supo que podía seducir a esta pequeña paloma y librarla de sus temores, pero por

primera vez se preguntó qué cambio le aportaría ella a él. Alanna entornó los párpados.

-¿Por qué me seguiste hasta aquí?

Él se puso de pie, le tendió la mano y la invitó a seguirlo.

-Porque es tu cumpleaños, es tiempo de que recuerdes. Es tiempo de que nos casemos.

Lo miró como si viese en él el dolor de todos esos años. Ian temió que eso la apartara de él como nada lo había conseguido hasta ahora, porque un hombre incapaz de superar el dolor no puede exigir respeto.

Pero la boca de Alanna se curvó en una generosa sonrisa satisfecha.

-Sí -dijo-. Me casaré contigo.

Lo inundó la imposibilidad de creer. Luego, despertó en él la esperanza, se estiró, creció poco a poco. Por fin, nació el triunfo en un resplandor de púrpura y escarlata y oro. Un triunfo esplendoroso, increíble.

Tendría que hablar, que expresar su placer y confirmar a Alanna sus buenas intenciones, pero la única palabra que pudo hacer brotar de su boca fue:

-Hoy

22

-Ya era hora de que llegaran. Si hubiesen demorado mucho más, habría ido a buscarlos con un arma.

Alanna no parecía sorprendida de ver al señor Lewis esperándolos junto a la puerta de la iglesia. Ian sí. Le asombraba tanto el sombrero del ministro como su conocimiento de lo que sucedería.

El viento de la tarde empujaba con tanta fuerza al señor Lewis que Ian temía que el frágil anciano saliera volando. Pero no había la menor debilidad en la mirada que le dedicó. Su expresión era de reprobación y regaño; sin embargo Ian se limitó a devolver la mirada. Alanna era suya, él la había seducido con buenas armas; el anciano podía ponerse todo lo ceñudo que quisiera.

Sin advertir las corrientes subterráneas, Alanna preguntó:

-¿Cómo está mi gato?

El señor Lewis concentró su atención en Alanna, llevó su mano con manchas hepáticas a la boca y llamó:

-¡Whisky! Aquí hay alguien que quiere verte.

Se oyó un maullido plañidero y Whisky salió de entre los árboles corriendo muy decidido y maullando en | dirección a Alanna. El ministro dijo:

-Está enfadado. Se pregunta dónde habrás estado.

Alanna alzó al gato.

-No quería dejarlo, pero, con Damon en Fionnaway, tenía que hacerlo.

-Yo apoyaré a Whisky si hay una pelea -dijo el sacerdote.

-Damon no volverá a crear problemas -Ian miró con aire posesivo a la delicada mujer que sostenía al enorme gato-. Llévalo a casa.

Ella sonrió como si lo creyese capaz de cambiar los ciclos de la luna. A Ian le gustaba que ella le sonriera así, aunque luego dijera:

-Nadie lleva a Whisky. Él irá si quiere.

El señor Lewis concitó la atención de Ian.

-De modo que quieres casarte con lady Alanna, ¿no es cierto?

-Así es.

Sería mejor que el ministro le diera la oportunidad de pronunciar esas palabras en el interior de la pequeña iglesia porque si no... bueno, si tenían que ir a casarse a cualquier otro lugar, a Alanna se le rompería el corazón.

El señor Lewis se acomodó en el centro del banco. Whisky se libró de los brazos de Alanna y se unió a él. El ministro y el gato los observaban sin parpadear; cuando el señor Lewis les hizo un ademán, Ian casi se sorprendió al ver que Whisky no hacía lo mismo. En cambio, el gato se acostó sobre el kilt del señor Lewis convirtiéndose en una blanda bola de piel. Parpadeó dos veces y cerró los ojos.

Ian empujó por la cintura a Alanna y, cuando ambos estuvieron ante el señor Lewis, él dirigió al ministro una sonrisa desafiante.

-Cásenos.

El señor Lewis no se impresionó.

-¿Te ha dicho lady Alanna los sacrificios que te esperan cuando seas esposo de una MacLeod?

-Sí, sí, conozco las responsabilidades de quien posee una gran propiedad; entiendo que habrá que invertir dinero...

Alanna lo interrumpió como si hubiese estado hablando de cosas sin importancia.

-Me pareció mejor que se lo dijéramos los dos, señor Lewis. Ian se volvió hacia ella y se quedó mirándola.

-Creía que me lo habías dicho todo.

-Oh, no -de su mirada habían desaparecido tanto su anterior desprecio como su reciente compasión. Con cara inexpresiva, dijo-: Habría sido una tontería hablar del pacto con alguien de quien no me fiaba. Ian no podía creer que ella se hubiese reservado un secreto. Al mismo tiempo, eso significaba que ahora sí confiaba en él. Ya era hora.

-Entonces, estás segura de mí.

-Lo estoy.

Era cierto: lo veía en la serenidad de sus ojos.

Ella se fiaba de él. No le temía, no sospechaba de él: se sentía segura. En ese instante, el triunfo estaba tan cerca de él que casi podía tocarlo.

Triunfo. Maravillosa palabra.

Ian acarició la mejilla de Alanna y la miró a los ojos.

-Si es así, no necesito otros votos conyugales.

-De todos modos los harás -dijo el señor Lewis; con tono agresivo.

Alanna tomó la mano de Ian y la besó en los dedos; luego dijo al sacerdote:

-El no está ligado por el pacto. Al menos mientras no lo sepa todo. Tiene derecho a arrepentirse, incluso al último momento.

Irritado, el señor Lewis dijo:

-Sí, sí, pero es mejor que no lo haga. Ya he visto demasiadas promesas rotas por la familia Fairchild.

-Yo no soy mi padre -soltó Ian-. Yo no rompo mis promesas.

La boca del señor Lewis se torció.

-En ese caso, lo mejor será que se lo digamos, así podremos terminar con esto antes de que se ponga el sol.

A juicio de Alanna, Ian se lo había tomado muy bien. Había jurado conservar en secreto todo lo que había oído sin revelarlo a nadie cualquiera fuese la provocación. Se había sentado en el banco con el gato sobre sus piernas, y la mano que acariciaba a Whisky jamás había temblado, mientras el señor Lewis, en voz baja y serena, le contaba la historia del pacto.

Seguramente, contribuía el hecho de que Ian fuese mitad selkie y conservara recuerdos de sus primeros años tanto a su madre. Más aún, contribuía el que tuviese poderes mágicos, como la capacidad de atraer las tormentas. De domar animales salvajes. Alanna miró la sortija y luego la palma de su mano; pensó que también ayudaba poseer una sortija sobre la cual se pudiese jurar fidelidad y que dejase la marca del juramento.

Tocó suavemente la huella que había dejado el ondulado óvalo. Parecía una quemadura pero no dolía.

Pero no sólo la piedra la había marcado; también se sentía marcada por Ian con su incesante acoso, con su deseo y, sobre todo, con su desesperación. Codiciaba Fionnaway con un anhelo que lo quemaba, y hubiese hecho cualquier cosa para poseer las tierras de Alanna. Necesitaba un sitio que pudiese considerar propio, y Fionnaway era ese sitio.

Sin embargo, siendo hombre, no llegaba a darse cuenta de hasta qué punto la necesitaba a ella.

El señor Lewis dio una palmada distraída al gato, que descansaba sobre las piernas de Ian.

-Los humanos aseguran un lugar protegido en la costa y dentro del agua a los selkies, y éstos garantizan la continuación de la familia MacLeod y les proporcionan una piedra especial como tributo -señaló la sortija de Ian-. Esa clase de piedras.

Incrédulo, Ian contempló la piedra engastada en plata.

-Jamás he visto otra similar.

-Son raras -dijo el señor Lewis-; sólo se encuentran en aguas profundas. Los selkies suben unas pocas cada vez, y los MacLeod las venden secretamente. No podemos permitir que nadie descubra de dónde provienen. Si alguna persona codiciosa lo supiera, los cazadores de tesoros caerían sobre nosotros y destruirían esta costa.

Ian miró a Alanna como si necesitara confirmación de esa increíble historia; ella asintió. Alanna quería que él escuchara, que aceptara, que supiera lo que enfrentaba y que estuviese dispuesto a soportar la carga.

Aunque él estaba convencido de que la había seducido, poseído, de que Alanna estaba tan desbordada de pasión que no podía ofrecerle resistencia, ella sabía que no bastaba la pasión para convencerla de que debía casarse: sólo el amor lo conseguiría.

Amor. ¿Qué sabía Ian de amor? No lo había recibido durante años y años e imaginaba que así era la vida. No entendía; lo que él deseaba no era la tierra sino el cariño de su gente. Cuando ella se casara con él, lo aceptarían plenamente en su seno y él sería feliz.

Ella podía brindarle eso y lo haría en tanto pudiera conservar su propio amor en paz. Ese hombre que había vivido solo tanto tiempo debería ablandarse, llegar a sentirse seguro en su existencia, antes de aceptar de buena gana que ella lo amaba como un ser total, tanto a su lado selkie como a su lado humano, su faz activa y la tranquila, su aspecto agradable y su aspecto malhumorado... y, como en todos los hombres, este último ocupaba más de la mitad.

Pese a eso, lo amaba, y en Fionnaway, la sombría existencia de Ian dejaría de ser sombría.

Cuando salió de su ensimismamiento, Alanna vio que el señor Lewis la miraba y sonreía pues había leído en su mente, como siempre. Ella le devolvió la sonrisa con cierto sesgo irónico.

El sacerdote dijo a Ian.

-¿Quieres hacer alguna pregunta?

Con una curva curiosa en la boca, Ian preguntó:

-Señor Lewis, usted ha estado aquí muchos años, ¿no es así?

Tras una vacilación, el ministro admitió:

-Sí, así es. Ian dijo en tono intencionado:

-¿Conoce a algún selkie?

-Los he visto.

Alanna se quedó mirando al ministro: nunca le había revelado eso. De niña, él la había oído mientras hacía planes para atrapar a uno, también la había animado con divertida indulgencia para que lo hiciera. Pero le había insinuado que las criaturas avistadas en el mar no eran más que focas.

-Señor Lewis, usted dijo que los selkies no son para ojos mortales.

-¿Eso dije? -preguntó con aire vago.

Con una mezcla de desgana y apremio, Ian preguntó:

-¿Sabía de... mi existencia?

-Bueno... -el señor Lewis se manoseó la barbilla-Tu padre lo anunció, ¿no es así?

-Pero usted no lo supo por eso. Lo sabe porque lo recuerda de antes.

El señor Lewis afirmó de mala gana.

-¿Conoció a mi madre? -preguntó Ian-. Cuando vivía en tierra, ¿la conoció?

-En efecto. Ian se puso de pie como si no soportara estar sentado, y el disgustado Whisky cayó al suelo.

-¿Me conocía a mí?

-Te vi en la cuna... y después -confesó el señor Lewis.

Atónita, Alanna murmuró:

-¿Por qué no me lo dijo?

El sacerdote la oyó. Pese al viento, las olas y lo bajo de la voz, la oyó. Alzó al gato, lo dejó de nuevo sobre el banco y, mientras se acomodaba, respondió:

-Ay, muchacha, ¿acaso piensas que yo cuento todo lo que sé? Buen ministro sería si divulgara los secretos de las personas.

-¿Aún vive ella? -el anillo de la mano de Ian pasó del verde oliva a un azul chispeante-. ¿Aún está viva mi madre?

-Eso significaría divulgar su secreto -replicó-. De todos modos, creo que usted conoce la respuesta. Ian caminó hasta el borde del acantilado y miró hacia el mar. El sol poniente iluminó los reflejos azules de su pelo negrísimo y el viento lo agitó como Alanna ansiaba hacer, jamás le había parecido más fuerte... ni más desolado.

Hizo ademán de ir hacia él.

-No vayas -en la voz del señor Lewis vibraba una nota de autoridad que la joven no se atrevió a ignorar-. Pienso que tú lo curarás, pero, por lo que más quieras, no lo apresures. Ian se volvió como si lo hubiese oído y regresó a ellos con paso firme. Aferró la mano de Alanna, la balanceó con la suya, y dijo con seriedad:

-Ninguna de estas condiciones me ha hecho cambiar de idea hasta ahora. Dudo que nada lo logre.

Alanna descubrió que creía a Ian; le sonrió con el aire de propietaria de una esposa después de muchos años de casada.

El señor Lewis entrelazó sus manos y se balanceó atrás y adelante al ritmo de las olas. Su acento escocés se intensificó.

-Ha habido MacLeod en Fionnaway desde mucho antes de que tú llegaras; si estás dispuesto, joven Ian, lo habrá después de ü.

-Un MacLeod no -dijo Ian-. Si Alanna se casa conmigo, nuestros hijos serán Fairchild.

Alanna se sintió sacudida por un escalofrío de temor.

-No... exactamente.

En los ojos de Ian aparecieron las chispas plateadas que ella asociaba con las grandes emociones.

-O es así o no lo es.

-Desde el primer MacLeod -explicó ella-, hay una tradición que indica que el varón adopta el apellido MacLeod.

-Así que, el primer MacLeod fue...

-Una mujer -Alanna hizo un gesto afirmativo con la cabeza-. Igual que la primera jefa selkie.

-Una jefa mujer.

No parecía demasiado asombrado. Tal vez todo lo que había oído había embotado su capacidad de asombro.

-Los selkies saben que las mujeres custodian el hogar y que por esa razón son las más importantes. Y, después de todo, eso es lo que Fionnaway representa para humanos y selkies: un hogar.

Una sonrisa fue abriéndose en el rostro de Ian.

-¿De modo que, para casarme contigo, tengo que abandonar el apellido Fairchild? ¿El apellido que es una vergüenza y una herida en mi espíritu? -abrió los brazos y rió fuerte-. Tomaré el apellido MacLeod, y lo haré con gusto -rodeó a Alanna con sus brazos y la levantó en el aire-. ¿De verdad pensabas que eso podía ser una dificultad?

Ella también rió mientras él la hacía girar y, cuando la bajó, dijo:

-Suele ser el obstáculo con que tropiezan los esposos MacLeod pues creen que así no serán los hombres de la casa. Pero yo te aseguro que todos los matrimonios MacLeod son tradicionales, y están sujetos a las leyes de Escocia. El esposo es quien manda. La esposa es su vasalla. Puede hacer lo que se le antoje y la esposa no puede impedirlo.

Nuestro matrimonio será igual que el de mi padre y mi madre. El pensamiento flotaba en la mente de Alanna; Ian tal vez lo leyera porque dijo con suavidad:

-Eso significa que deberé cuidar de ser honorable en todo lo que haga.

Alanna se alegró de haber aceptado casarse con él por la seguridad de su pueblo, por la continuación de su descendencia. Pero no podía mentir: también se alegraba por sí misma.

-Grata conversación -dijo el señor Lewis-. Pero, a menos que un hombre sostenga algo sagrado sobre lo cual pueda jurar, otorgo poca importancia a sus votos -desafió a Ian con la mirada-. ¿Qué consideras sagrado, muchacho?

-A mí mismo -rió con amargura-. Mis objetivos.

Alanna sintió una sacudida: ¿lo habría dicho en serio? Echó una mirada a la iglesia de Dios que siempre había estado allí y al ministro que había desarrollado la labor de Dios desde que ella tenía memoria.

-Hay un poder que está por encima de todos nosotros. ¿Nunca rezas? Ian no pensaba mentir:

-Nunca.

-¿No crees en el Señor? Ian la soltó con cuidado.

-Creo en el Señor a causa de ti. Tú eres humana. Dios no es para los seres como yo.

-Hay un solo Dios y Él está por sobre todos nosotros.

El señor Lewis sonrió con un relampagueo de dientes blancos.

-Eso no se refiere a las bestias -dijo Ian.

_En especial a las bestias -replicó el sacerdote.

- ¿Cómo se atrevía a hablar de sí mismo de ese modo? ¿Y cómo se atrevía el señor Lewis a actuar como si Ian se conociera tan bien? Impulsada por la ira, tiró de la chaqueta de Ian hasta que él le prestó atención:

-¡Tú no eres una bestia! Ian alzó una mano, titubeó y luego le tocó la mejilla con ternura.

-Tú eres la única que cree eso, y te lo agradezco.

La expresión de él la dejó sin aliento: la miraba casi con reverencia. El viento se deslizó entre ellos pero no los separó. El sol brilló sobre ellos pero eso no justificaba la calidez de ella. La esperanza creció en Alanna; una esperanza que no tenía ninguna relación con Fionnaway.

-Bien -el ministro se aclaró la voz y se puso de pie -No estoy muy convencido de que no tengas fe, joven Ian, pese a tus cínicas palabras.

La mirada de Alanna se demoró en Ian; luego pasó al señor Lewis.

Este sacó del bolsillo un libro de oraciones.

-Bueno, los casaré ahora mismo.

El gato también se levantó y se sentó junto al señor Lewis como si su bendición fuese igual de importante.

La ceremonia, que se desarrolló en la escalinata de la iglesia, a la luz sesgada del sol, fue tan sagrada como austera y, como bien sabía Alanna, absolutamente vinculante. Estaba asumiendo el mayor riesgo de su vida y, sin embargo, cuando miraba a Ian, cuando pensaba en su sincera aceptación de las condiciones de esta boda, todas sus dudas se desvanecían. Ella dijo sus votos sin hacer una pausa; cuando el señor Lewis los declaró marido y mujer y los llamó señor y señora MacLeod, y Ian asintió como si gozara de su nuevo nombre, algo se conmovió en su corazón. Sintió una dulce conmoción. El comienzo de un cambio que nunca pararía.

Cuando el sacerdote cerró su libro, Ian la besó con discreción, un mero roce de los labios, pero Alarma atesoró la promesa de otros besos. Y elevó una ferviente plegaria rogando al cielo que la bendición cayese sobre ellos.

El señor Lewis entró en la iglesia y volvió con el libro de registro parroquial de ese año y los hizo firmar. Él hizo lo propio para completar el registro, y con eso acabaron las formalidades.

-Casarse el día del cumpleaños augura buena fortuna para la unión, milady -dijo-. ¿Elegimos una gema para el año que empieza?

Extrajo el saco de cuero cuarteado por los años, lleno de piedras.

Alanna cerró los ojos, metió la mano en la bolsa y sacó una piedra del color del ante que mostró al señor Lewis.

Éste miró las líneas que atravesaban el granito y su sonrisa se esfumó. La arrebató de la mano de Alanna.

-Ah, milady, has cometido un error. Esta es mi piedra.

Alanna abrió los ojos y se quedó con la boca abierta viendo cómo el ministro guardaba la piedra en su bolsillo.

-¡Pero, señor Lewis...!

-Privilegio de la edad -el sacerdote cerró el saco de cuero-. Tanto la boda como tu cumpleaños deberán ser registrados y guardados con el pacto.

Alanna tocó el collar que pesaba en su cuello. El ministro no quería hablar de las piedras ni de su extraña actitud, y ella no entendía por qué. Pero tampoco quería hacer una escena, precisamente ese día. El día de su boda.

Al parecer, tampoco Ian lo deseaba, porque la tomó de la mano y le preguntó vagamente:

-¿Dónde se guarda el pacto?

-En una cueva junto al mar. Ian alzó las cejas y retrocedió un paso.

-¿Tú lo has visto?

-Yo soy el ama de Fionnaway -supuso que él lo entendería pero era evidente que aún no habían aclara-do esta cuestión- Soy una de las guardianas del pacto. Por supuesto que lo he visto.

-¿Quién es la otra?

No le hacía preguntas: la interrogaba.

-La jefe selkie.

-¿Cómo llega a una cueva que está a la orilla del mar? ¿Tiene forma humana?

Jamás la he visto pero yo diría que no. Puede nadar hasta el interior de...

-¿Nadar?

Alarma no estaba acostumbrada a que la interrumpiesen, y menos en ese tono.

-Si me dejas hablar -dijo con tono neutro-, te lo explicaré.

Casi sin mover los labios, Ian dijo:

-De acuerdo.

-La entrada de la cueva está bajo el agua.

-Debajo del agua.

-Se eligió esa cueva porque es conveniente y segura tanto para los selkies como para los humanos. En el interior, el suelo sube y se convierte en tierra seca, aunque arenosa y difícil para el avance de un selkie. De todas maneras, aun con marea baja, la entrada está bajo el

agua. Yo entro nadando en bajamar y, con suerte, salgo antes de que suba la marea.

-¿Y si no tienes suerte?

Alanna hizo una mueca.

-Sólo me pasó una vez. Me demoré demasiado y tuve que quedarme. Es oscura -recordó ese error de sus comienzos y se estremeció-. Y fría.

Te quedaste en una cueva inundada por el mar con la ropa mojada. Nadaste sola...

Le apretó los hombros como si fuese a sacudirla; ella, recordando lo que él le había contado de aquel accidente nocturno en el mar, lo acarició a modo de disculpa.

-Sólo lo hice aquella vez, porque era joven y estúpida. No ha vuelto a suceder.

Aún sigues nadando en el... -echó un vistazo al mar, sonrojándose con la proximidad de la noche-... el mar -lo dijo como si fuera una maldición-. ¿Lo haces para poder contemplar un antiguo pergamino?

-No -seguía tratando de tranquilizarlo-. El pacto está allí. Ha estado siempre. No me preocupo por eso. Pero una vez cada año envuelvo en una tela impermeable los documentos importantes de la aldea y los llevo a la caverna. Pronto, antes de la primera tormenta invernal, llevaré los documentos de este año.

-¿Por qué?

Seguía preguntando y abusando de la paciencia de Alanna, quien trataba de contener su ira, teniendo en cuenta que él había sido tan bueno con respecto a las otras condiciones del matrimonio.

-Porque siempre los hemos guardado allí. Porque, al principio, supongo que en esa cueva estuvieron a salvo de los merodeadores.

-¿Qué clase de merodeadores vienen por aquí?

-Los vikingos -dijo secamente.

El señor Lewis los observaba con ojos brillantes.

-Los vikingos quemaron la iglesia más de una vez.

-Hace mucho tiempo -dijo Ian-. No volverás a esa cueva -Alanna trató de hablar pero él le tapó la boca con la mano y la miró, ceñudo-. Puedes tener un calambre. Puede tragarte una ola.

Ella apartó la mano:

-Nunca me ha...

-No quiero discusiones. Cuando imagino que tú... -hizo otra profunda inspiración, como las que había hecho cuando él le contara que había estado a punto de ahogarse-. Yo ya no puedo nadar -dijo con claridad-. No habrá nadie que pueda salvarte.

-No necesito que me salves -Alanna puso la mano en el corazón de Ian y lo sintió palpitar aceleradamente. En verdad estaba perturbado pero era preciso que entendiese-. Ian, soy una buena nadadora. Iré

antes de la bajamar y regresaré lo antes posible. No tienes por qué preocuparte.

La boca tensa y la mandíbula rígida le indicaron que no oía sus palabras:

-Dijiste que nuestro matrimonio sería tradicional-dijo Ian-. Qué yo sería la autoridad. Bien: mi primera orden es que te quedes en tierra firme.

Así chocaron las antiguas promesas con las nuevas. Alanna sabía que Ian la quería. La quería para su beneficio... pero también para el de ella.

Lo peor era que ella también lo quería del mismo modo. Él era como una droga. No como la que había bebido aquella noche fatal de su huida en el bosque. Aquellas hierbas habían perdido su efecto en la mañana siguiente. Ian, en cambio, modificaba de manera permanente sus estados de ánimo, sus deseos, sus propósitos, haciendo que Alanna MacLeod pasara de ser la señora capaz de darlo todo por proteger Fionnaway a ser una mujer que quería de la vida algo más que el deber y la propiedad.

Quitó sus ojos bruscamente de él. ¿La habría hechizado? Después de todo, ella había comprobado que él podía influir sobre el clima.

Pero si esto era un hechizo, ¿por qué ella podía pensar con tanta claridad? ¿Por qué veía las dudas, reconocía los temores? No, Ian no podía cambiarla. Tal vez lo amara, y lo amara profundamente, pero Fionnaway siempre estaría primero. Así lo había jurado.

Fijó firmemente en él su mirada y dijo:

-Ian, las piedras. Los selkies dejan las piedras en esa cueva.

-Yo tengo bastante dinero, gano suficiente dinero para hacer mejoras en Fionnaway. Puede que para tu aristocrática familia ganar dinero sea ofensivo, mi señora, pero...

Lo interrumpió con vehemencia.

-Los buenos escoceses no desprecian el dinero honestamente ganado como lo hacen tus nobles sajones.

-... pero si es preciso hacer algo yo puedo costearlo. No necesitamos esas malditas piedras.

Alanna pensó en Armstrong viajando penosamente a Edimburgo para vender las piedras. O quizás estuviese regresando, Ellie con él.

-Pero eso es parte del pacto, además de ser un importante secreto que jamás deberás divulgar. Los selkies aportan las piedras.

Si le importó, Ian no lo demostró.

-¿Quién te enseñó a nadar? ¿Quién te enseñó a encontrar la cueva?

-Mi madre, hace mucho tiempo.

-¿Acaso también es eso una antigua tradición de los MacLeod? Porque algún día tendremos una hija, y ella no arriesgará su vida por

unos documentos piojosos -puso su anillo bajo la nariz de Alanna-. Ni por una piedra.

Se quitó la sortija.

Alanna dio un grito y le pareció que el señor Lewis y hasta el gato le hacían eco.

-No es más que una piedra. Una bonita piedra -la furia y alguna otra emoción ardían en los ojos de Ian mientras sacudía el anillo-. No vale tu vida.

Fue hasta el borde del acantilado y lo arrojó lo más lejos que pudo, a ese mar que tanto odiaba.

El hijo de una unión entre un selkie y un ser humano está bien dotado por los dones del otro mundo. Suelen ser hermosos y llenos de garbo, de huesos grandes y músculos fuertes, favorecidos con tanta capacidad de magia como el Señor juzgue apropiado, y reciben plata y gemas como regalo.

Aun así, en ocasiones los inunda la pena. Son seres en los que se mezclan dos razas y se encuentran desgarrados entre la tierra y el mar, entre el animal y el mortal. No se adaptan a ningún medio. El ridículo o la repulsa los persiguen. A veces parecería que lo que retiene a sus parejas no es el amor sino un encantamiento y, con frecuencia, ni el encantamiento es suficiente.

A veces, los mestizos que andan sobre la tierra intentan renunciar a sus derechos de nacimiento pero eso es imposible: esa herencia forma parte de ellos.

Tanto entre los selkies como entre los humanos se dice que un mestizo que no tiene paz en su corazón está condenado a naufragar en los escollos del desastre, y quienes los aman no pueden hacer otra cosa que observarlos.

23

Mientras la pareja pisaba el umbral de la casa Fionnaway, Ian pensaba que habría debido sentir una oleada de satisfacción. Era el dueño de una propiedad. Su flamante esposa era bella y noble. Lo miraba sin repulsión y confiaba en él. Había cumplido todos sus propósitos y, sin embargo... Alanna no era feliz. No entendía por qué el señor Lewis no le había permitido que se quedara con la piedra. Ella quería nadar en ese mar infernal, y la imagen de Alanna sometida al capricho de las corrientes lo ponía furioso. Estaba furioso con la madre de su mujer por haberle enseñado a nadar. Furioso con la tradición que exigía que Alanna arriesgase su vida por tan poco.

Furioso con Alanna por insistir en que ella era el ama y que, por lo tanto, debía ir.

Y aunque lamentaba su tristeza, Alanna había hecho la promesa de obedecerlo y ella pertenecía a esa clase de mujeres que honran sus promesas.

_¿La familia está cenando? -preguntó a la señora Armstrong, mientras le entregaba su sombrero.

-Acaban de terminar -respondió la señora Armstrong. Ian no podía ver el aura de ninguna de las dos. Sabía de la existencia de las auras; sucedía que ya no podía verlas. Al arrojar su anillo al mar había renunciado a su herencia selkie.

La señora Armstrong tomó la cesta de manos de Ian.

-¿Le agradó el almuerzo, señor?

-Mucho.

Todo parecía desarreglado, limitado a contornos y cuerpos físicos.

Pero, al parecer, la señora Armstrong no lo percibía.

-El señor Fairchild y los demás han ido al gran salón.

-Están todos allí -dijo Alanna-. Supongo que se-ría demasiado esperar que mis primos, al menos, se hubiesen marchado.

¿Estaba nerviosa? Sí, lo estaba. Ian lo advertía en el temblor de sus dedos. Se esforzó en concentrarse para recuperar la visión pero lo único que logró fue percibir el movimiento de las mareas y las perturbaciones en el aire. Sabía que esa parte de su herencia jamás la perdería porque esos poderes no dependían de un mecanismo extremo: estaban incorporados a sus fibras.

Tomó la mano de Alanna y la oprimió.

-Tú eres la señora y yo soy tu esposo, y nadie podrá hacer nada para modificar eso.

Alanna le dirigió una sonrisa afligida.

-Lo sé. Está hecho y estamos ligados, pero no ha sido la boda que yo esperaba. Pensaba que mis amigos y mi pueblo estarían presentes, y que habría una gran celebración; tal como ha sido me parece... extraña.

Como cualquier mozo codicioso, sólo había pensado en casarse con ella lo antes posible antes de que alguien, de alguna manera, se la arrebatase. No había pensado en lo que ella pudiese desear.

-Cuando esté recogida la cosecha, enviaremos invitaciones a todos los que conocemos. Anunciaremos nuestra boda y daremos una gran fiesta. Haremos traer un vestido de novia para ti de Londres y tú conseguirás un valet que me afeite, y asaremos un buey y correrá el whiskv.

El rostro de Alanna se iluminó con una sonrisa que fue creciendo a medida que él hablaba.

-Tendríamos que invitar al rey.

-Bueno, por lo que sé, no está muy bien.

Alanna se sintió un tanto abatida.

Y aunque sabía que ella estaba bromeando, Ian le ofreció invitados como si fuesen golosinas, para hacerla sonreír otra vez:

-Pero podríamos invitar a lady Valery y a lord y lady Whitfield y a sus hijos. Tres varones, muy traviesos -los ojos de Alanna resplandecieron; a Ian se le ocurrió que quizás estaba pensando en los hijos que ellos tendrían-. Invitaremos a mi otro primo también. Les diremos que hay selkies en el mar, y Hadden se meterá en el agua hasta las rodillas y esperará hasta ver-los aparecer. Es tan encantador que probablemente acudan.

-Me gustaría conocer a tus amigos -dijo Alanna.

Ian se alarmó: en realidad, nunca había considerado que lady Valery fuera una amiga. En otra época había sido más bien, una rival. Pero le agradaba, por cierto, admiraba su habilidad para la intriga.

Llamaba "prima Mary" a lady Whitfield desde que la conocía y hacía años que llamaba Sebastián a lord Whitfield. Pero ¿amigos? Sebastián había aceptado introducirlo en los negocios a instancias de Mary, lo sabia. Desde entonces hubo invitaciones a tranquilas cenas familiares, presentaciones de la gente apropiada y de mujeres deseables... Sí, quizá pudiese calificar como amigos a Sebastián y Mary.

Y Hadden. Aunque, en una ocasión, Hadden le había dado una paliza, no cabía duda de que era su amigo.

Quizás Ian no fuese tan descastado... aunque hubiese inducido a Alanna a creerlo así.

-Me gustaría que conocieras a mis amigos -dijo él-. Pero antes debemos enfrentar a mi padre.

Recorrieron juntos el gran salón y encontraron a Leslie, Edwin, Brice y Wilda reunidos alrededor del fuego, y Damon tendido en el centro del grupo. Pese a que cada persona tenía una copa de vino, el único que parecía contento era el perro.

Leslie tenía las mejillas sonrosadas, los ojos vivaces. Y aunque se apoyaba en el brazo del sillón, tenía el aspecto de quien holgazanea más que el de un desahuciado. Era un progreso para alguien que hacía menos de dos semanas había estado a punto de morir.

El perro se incorporó, se desperezó, se sacudió y trotó hasta la mano de Ian. Este lo acarició, y Leslie dijo con acritud:

-Has arruinado otro perro, Ian.

Ian rascó a Damon en la garganta hasta que entró en éxtasis mientras observaba a su padre. Alanna había dicho que Leslie lo insultaba porque lo envidiaba; en su opinión, era una pobre excusa para arruinar dos vidas. Atrapando la mirada de Leslie, dijo:

-Cualquier ser necesita saber que es valioso, padre. Yo no hice más que expresar mi aprecio a Damon.

Librodot

Él intentaba desesperadamente convencerse de que Leslie también era un ser que necesitaba ser apreciado. De que, incluso en ese momento, sería capaz de perdonarlo.

Durante un instante, Leslie lo miró y captó el mensaje. Pero, a diferencia de Damon, tenía la capacidad de rechazar semejante consuelo y, bajando la vista, lanzó un resoplido desdeñoso.

-Siempre fuiste blando, igual que el fenómeno de tu madre.

Ian descubrió que no se sentía aliviado sabiendo por qué su padre lo odiaba: Leslie se negaba a dejar atrás el pasado.

El silencio se alargó hasta que Wilda se levantó de un salto. Dejando su copa sobre la mesa, cruzó el espacio que los separaba.

-Han vuelto. He tratado de que los esperaran para cenar con ustedes, pero tu padre no quiso, Ian. Dijo que no morirías de hambre aunque estuvieses mucho tiempo fuera. Quiero decir que las personas no pueden pasar mucho tiempo sin comer. Les da hambre, se debilitan y les cae mal la ropa.

-No permitiríamos eso. Ian tomó la mano de Wilda y la condujo cerca del fuego. Esa noche, la sonrisa de la joven era algo vacilante; él se preguntó por qué sería.

-¡No! Eso es lo que yo dije. Mamá dice que un traje bien cortado es de la mayor importancia para causar una impresión correcta. Si llegaran visitas y viesen que la ropa no nos queda bien, les desagradaría y se marcharían al poco rato -Wilda calló y frunció el entrecejo como si hubiese olvidado lo que quería decir. Luego agregó más bajo-: Y las cuentas del sastre serían enormes.

-Como siempre, tienes razón.

Edwin se levantó de un salto y realizó una elegante reverencia.

Brice permaneció sentado, ceñudo.

Wilda le echó una mirada y dio vuelta la cabeza.

Pero Ian no tuvo tiempo de especular sobre la actitud desdeñosa de su prima porque Leslie se agitó, inquieto.

Wilda, no sé por qué parloteas acerca de las impresiones apropiadas cuando es evidente que mi pupila y mi hijo acaban de regresar después de haber retozado en el campo. Tienen manchas de hierba en la ropa y están desagradablemente satisfechos.

Edwin giró y volcó la copa de Wilda con el brazo. El vino carmesí se volcó antes de que Brice tomara la copa y la enderezara.

-Edwin, trata de no comportarte como un asno -dijo Brice, entre dientes.

Leslie rompió a reír mientras Alanna se miraba el vestido. Luego el anciano lanzó una de esas toses acuosas.

-Ya no es posible ocultar lo evidente, señorita. Siendo tu tutor, te exijo que des cuenta de lo que has hecho hoy.

-Padre, permíteme que te cuente la parte importante -Ian acercó una silla e invitó a Alanna a que la ocupara. Apoyó las manos en los

hombros de ella, paseó la mirada por todos los presentes, uno a uno, y anunció-: Felicítennos: nos hemos casado.

Sucedió un instante de silencio, hasta que Wilda exclamó:

-¿Casados? ¿Se han casado? ¿Después de lo que dijiste esta mañana, Alanna? Es decir, prima Alanna. ¡Porque ahora eres mi prima; estoy tan dichosa que tengo ganas de gritar!

Y lo hizo: soltó breves y agudos chillidos que hicieron que Damon saliera corriendo del salón. Wilda dio unos saltos, luego se inclinó y abrazó a Alanna, a Ian, y aun dio algunos saltos más. Ian trató de reprimir la sonrisa que jugueteaba en sus labios pero no pudo. Bien podían los hombres quedarse sentados como piedras; siempre podía confiar en que Wilda diría lo primero que cruzara por su diminuto cerebro; ahora mismo, estaba encantada. Alanna también sonrió presenciando con gran placer el despliegue de Wilda, mientras él se inclinaba y le decía al oído:

-¿Qué le dijiste esta mañana?

Sin volver la cabeza, ella respondió:

_Que estaba decidida a casarme con Damon.

-Mentirosa.

-Fanfarrón. Ian se irguió y miró a los demás. Cada vez que Brice y Edwin intentaban hablar, Wilda pasaba saltando y perdían la concentración.

Su padre... Ah, la mirada de Leslie no se apartaba de su hijo y su flamante esposa. Y lo peor era que sonreía. Ian se preguntó qué haría ahora que no tenía la sor-tija en el dedo. Quería ver las emociones que se arremolinaban en tomo de ellos, sin duda.

Cuando se había deshecho de su anillo había obedecido a un impulso. No podía exigir a Alarma que cortara sus lazos con los selkies si él no hacía lo propio. Aun así, no lo habría hecho si la piedra no se hubiese puesto negra cuando Brice la tocara. Frunció el entrecejo. ¿O había sido Edwin el que provocara ese cambio de color?

No tenía importancia. Cuando la sortija le había transmitido su frío mortal, Ian se había dado cuenta por primera vez de que tenía el poder de arrastrarlo al otro mundo, ése que había visto en el mar oscuro, aquella noche, hacía tanto tiempo. Había sido una actitud prudente deshacerse de la sortija, y pronto se acostumbraría a la sensación de tener un miembro amputado.

Cuando Wilda calmó sus demostraciones, Leslie dijo:

-Muchas felicitaciones, Ian. Has logrado lo que yo no pude. Has cazado la paloma más gorda de Escocia. Ian sintió tensarse los hombros de Alanna bajo su mano; los masajeó hasta que volvieron a aflojarse.

-Ella no es una paloma. Es una gran señora.

-Bah. Sigues siendo un maldito oportunista y siempre lo serás. Si no puedes poseer a una mujer, toma otra: ése es tu lema.

Ian ya había jugado de ese modo con su padre. Nunca había sido agradable, pero, si él y Alarma permanecían unidos, todo saldría bien. Respondió con calma:

Alanna es la mujer que quiero.

-Con su propiedad y su ingreso, ¿por qué no? Siempre has podido seducir hasta a los pájaros en las ramas. ¿Qué posibilidad de defensa tenía una chica tonta contra tus poderes? -Leslie perdía el color al mismo tiempo que las energías. Aunque estaba desmejorando por momentos aún consiguió añadir-: Buen trabajo, hijo, buen trabajo.

Alarma se puso tensa de nuevo, pero no era momento de que Ian le recordase que Leslie era capaz de retorcer la verdad hasta volverla irreconocible.

Ahora soy un hombre casado, padre, y mi responsabilidad primordial es hada mi esposa. De modo que, habiendo oído por fin tu aprobación, el resto no tiene interés.

-¡Soy yo el que no aprueba! -finalmente, Brice había reunido suficiente lucidez para hablar-. Yo soy el jefe del clan MacLeod. Alanna debería haberme pedido permiso.

-Tú no lo habrías dado.

-Tal vez lo hiciera, pero no para un matrimonio tan apresurado. ¡Es indecente!

La joven se removió, inquieta.

-Las mujeres MacLeod siempre nos hemos casado deprisa, Brice, lo sabes.

-Y más tarde se arrepintieron -sacudió un dedo hacia ella-. ¡Recuerda a tu madre!

¿Acaso siempre tenía que elegir la peor manera de decir las cosas? Él había enrarecido a Alanna con sus críticas; Ian se adelantó antes de que ella pudiese hablar.

-Tienes razón, Brice -su admisión apaciguó a Brice e indignó a Alanna-. Debería haber venido a pedirte la mano de Alanna. Pero cuando tuve que elegir entre Alanna y las formalidades, olvidé por completo las formalidades.

-Bueno... bueno... deberías haberlas recordado-balbuceó Brice.

-Estoy de acuerdo -Ian dio un paso al frente y levantó la mano-: Te pido mis más sinceras disculpas.

-¡Él no tiene derecho a conceder mi mano a nadie! -exclamó Alanna. Ian la ignoró: ahora Brice también era primo suyo y, en su amarga experiencia con los Fairchild, había aprendido el valor de la buena voluntad entre los parientes.

-Te haré una promesa, jefe de los MacLeod. Cuidaré y protegeré a Alanna mientras vivamos, y después también.

-Oh, Ian -Wilda unió sus manos sobre el pecho-. Qué romántico.

_Y... eh... _Brice se levantó y ofreció su mano a Ian-. Sí, supongo que está bien. Alguien debía casarse con Alanna. Alguien debe

controlarla, y bien puedes ser tú. Ian tuvo ganas de gemir. No porque él no hubiera pensado exactamente lo mismo -sobre todo cuando ella anunció que iría nadando hasta la caverna-, sino por-que era una torpeza de parte de Brice decirlo en su misma cara. Si él quería sabotear su matrimonio, estaba haciéndolo muy bien.

Edwin se puso de pie.

-Si a Brice le parece bien, a mí también -se aproximó y estrechó la mano de Ian y besó a Alanna en la mejilla-. Felicitaciones, primos.

Dio media vuelta y salió del salón.

Wilda se quedó mirándolo.

_Pobre hombre -murmuró Wilda.

-¿Qué problema tiene? -preguntó Ian.

-Nada -Wilda abrió más los ojos-. Es pobre.

-No tiene dinero -tradujo Alanna-. Wilda siempre se compadece de los que no tienen dinero.

-Ella podría tener aun rico -dijo Brice.

-Edwin es tan agradable. No puedo herir sus sentimientos -dijo Wilda.

-Podrías, si lo desearas lo suficiente -dijo Brice sujetándola del brazo.

Ella trató de soltarse.

-¡Me haces daño!

-Deja de forcejear -la arrastró hacia el estudio-. Quiero hablar contigo.

Leslie dio una palmada contra los brazos de su silla.

Vivo en un lugar donde se escucha a Wilda como si hablara con sensatez. Debo de estar en el infierno.

-Quizá tú lo sepas, padre.

Padre e hijo se miraron ceñudos, atrapados en su viejo odio.

Alanna decidió que no podían volver a pelearse después de que Ian declarara con tanta firmeza su independencia de su padre y su devoción hacia ella. Con una palmada en la mano de Ian, dijo en tono apaciguador:

-Es probable que, al fin, Brice esté enamorado.

-¿Qué? Ian la miró, interrumpiendo el contacto visual con su padre.

-Brice -repitió-. Está enamorado de Wilda. Ian se concentró por completo en ella:

-Todos están enamorados de Wilda.

-Pero él siempre ha jurado que se casaría con una mujer de fortuna, y veo que ha desechado eso sin la menor duda -el atisbo de una sonrisa jugueteaba en sus labios-. Lo mejor es que Wilda también está enamorada.

-¿De veras? -Ian echó una mirada en dirección al estudio. ¿Cómo haría Alanna para saberlo sin verles las auras? ¿Cómo podía

escudriñar en el corazón humano y captar sus emociones?-. Tenía la esperanza de que Wilda se uniera a alguien más acorde con su naturaleza sensible.

-Brice es el jefe de los MacLeod de Fionnaway, y tiene una encantadora propiedad y extensas tierras -Alanna lo miró con severidad-. Casarse con un MacLeod es un honor que no se da a menudo a los ingleses.

_Él quería tus tierras -dijo Ian, cortante.

-Para que Edwin las administrase. Da a Brice el crédito de ser un hermano amante.

-El amor no es una cosa que yo relacione con la familia -replicó, echando una mirada a su padre.

-Mi madre me enseñó que amar es una debilidad -comentó Leslie- Y yo hice todo lo posible por enseñártelo a ti, pero tú siempre miste un alumno recalcitrante.

Alanna había notado el intento de Ian de cerrar la brecha entre ellos, y también el indudable rechazo de Leslie, un verdadero imbécil por alejar a su hijo con tanta brutalidad. Porque ahora Ian le pertenecía, y ella lo protegería como protegía Fionnaway Interponiéndose entre ambos, dijo:

-Nos retiraremos a mi dormitorio y cenaremos allí.

Usted debería hacer lo mismo, señor Fairchild. Tiene mal aspecto.

Leslie le hizo poco caso, como a alguien sin importancia: ése había sido siempre su error.

-¿Tienen prisa por renovar sus demostraciones de pasión? -se burló-. ¿O acaso quieres contar tu flamante fortuna, Ian?

-No hay tal fortuna -repuso Ian.

Alanna lo empujó hacia la puerta y Ian se dejó llevar.

-Por supuesto que la hay -dijo Leslie subiendo la voz-. ¿Acaso no te ha contado acerca del pacto... y de las piedras?

Horrorizada, Alarma dio media vuelta y clavó la vista en el sonriente anciano de la silla. Él sabía algo y era tan malvado que era capaz de usar ese conocimiento parar arruinar a todos.

Alanna abandonó a Ian sin escrúpulos y se acercó a Leslie.

-¿De qué está hablando?

-No te hagas la tonta conmigo -Leslie sonrió con complacencia, como el pescador que atrapó a una sirena-. Sé lo de los ópalos de mar y sé de dónde provienen.

De pie junto a él, Alarma deseó poder aplastarlo como a un gusano.

-¿Y por qué cree saberlo?

-Tu padre, querida mía, me uno de mis mejores amigos... y cuando bebía a veces contaba historias fantásticas.

Su padre. El imbécil, descuidado de su padre había hablado a este inescrupuloso sobre los ópalos de mar. ¿También habría traicionado ese secreto ante otras personas?

Leslie miró a su hijo.

-Así es, hijo. Empezaremos a extraerlas de inmediato.

-¡No! -exclamó Alanna.

-¿No? -Leslie arqueó las cejas con aire de burlona inocencia-. ¿Por qué no? -se tocó la boca con el dedo-. Oh, espera, creo que lo recuerdo. Hay una tonta tradición según la cual las costas deben mantenerse limpias para esos fastidiosos selkies.

-No te importa, ¿eh, Leslie? -Ian se puso junto a ella, manifestando su indignación con cada línea de su cuerpo-. Si pudieras alejarla de aquí para siempre te sentirías feliz.

La mirada de Leslie resbaló hacia Ian con el fluido movimiento de la luz de un radar.

-¿Alejar a quien?

-A mi madre.

Un intenso temblor comenzó en las manos de Leslie y subió por sus brazos hasta el pecho. Desde allí se irradió hacia fuera hasta que todo su cuerpo entró en convulsión.

-¿La has visto? preguntó con aspereza-. No intentes buscarla. Ella me envenenó. Te envenenará a ti también.

-¿Cuándo te envenenó? -preguntó Ian inclinándose hacia él.

-Hace años. Muchos años.

El viejo apretó la camisa sobre su pecho con sus dedos hinchados, concentrándose en cada aliento entrecortado como si fuera el último.

Alarma casi deseaba que lo fuera. Ian se aflojó:

-O sea que es un veneno de efecto lento.

-Las piedras... -Leslie jadeó y recuperó gradual-mente el control. Su febril sudor se esfumó y pudo hablar aunque con una leve agitación-. Debe de haber un filón de piedras. Podemos ser ricos. Muy ricos.

_Padre -dijo Ian con suavidad-. Ya soy bastante rico.

Leslie miró a su hijo con tal expresión de malevolencia que Alanna se estremeció.

_Eres tan imbécil. A veces me pregunto si en ver-dad eres mi hijo. Jamás puedes ser bastante rico. Ian me hacia la puerta y llamó a los lacayos.

-Lleven a mi padre a la cama.

Los lacayos entraron corriendo, aún asustados por el señor Fairchild, pero más todavía por Ian.

-¡N0! -exclamó Leslie-. No quiero -los hombres levantaron la silla-. ¡Déjenme! ¡Déjenme!

Mientras los criados, estoicos, lo transportaban hacia su habitación, Leslie los golpeaba sin contemplación.

Cuando estaba por desaparecer, Ian dijo:

-No habrá extracción, Leslie. No habrá extracción; ésta es mi última palabra.

Alanna esperó a que se desvaneciera la conmoción y luego se volvió hacia Ian y dijo:

-Creo que eso estuvo bien.

-Estás bromeando.

Alanna sonrió.

-Tú estás bromeando -su tono era de alivio cuan-do la rodeó con su brazo y la condujo hacia su habitación. La habitación de los dos-. jamás pensé en casarme contigo y ponerte bajo la jurisdicción de mi padre -dijo.

-Lo sé -volvió hacia él su mirada sorprendida-. ¿Piensas, acaso, que he creído alguna palabra de lo que dijo tu padre? Ian la abrazó más fuerte y ella percibió el alivio de él... y su creciente pasión.

-No permitiré que esta noche él se convierta en un fantasma entre nosotros.

-El no tiene poder para serlo.

Alanna creyó oír un complacido rumor mientras él abría la puerta de la habitación. Ella lo precedió y miró en torno con expresión afectuosa. En la gran cama estarían muy cómodos los dos. Había una mesa y sillas donde podrían comer su refrigerio. El fuego ardía en la chimenea; nadie podría adivinar que detrás de uno de esos ladrillos... Alanna miró con más atención... que detrás de uno de esos ladrillos. Sin duda, la luz jugaba una mala pasada a sus ojos...

-Es una habitación muy agradable -Ian sonrió con aire significativo-. Y he esperado mucho tiempo para tener el derecho de visitarla.

Alanna se acercó a la chimenea. Un ladrillo parecía raerá de lugar. Un ladrillo... seguramente, no sería ese ladrillo...

-¡Alanna!

Estaba contando. Doce hacia abajo. Cuatro hacia arriba. Quitó el ladrillo de su sitio.

-¿Qué haces? -Ian se acercó a ella-. ¿Qué te pasa?

Alanna alzó hacia él su rostro con expresión atónita, incrédula:

-La caja no está. Alguien ha robado las piedras.

24

-¿Qué quieres decir con que alguien ha robado las piedras? Ian avanzó hacia ella y miró dentro del sitio vacío entre los ladrillos.

Nunca había visto así a Alarma, casi enloquecida de angustia, y temblando de rabia. Tomándola de los brazos, la atrajo hacia él, pero

ella se revolvió y se libró de él. Ian había sufrido el rechazo la mayor parte de su vida, con frecuencia en medio de situaciones familiares, a veces, en odiosas exposiciones públicas. Sin embargo, la negativa de Alanna de aceptar su consuelo, por mínima que fuese, echó sal sobre sus antiguas heridas. Sé quedó inmóvil viendo cómo ella pasaba su mano delgada y pecosa por su pelo, formando una especie de sol cobrizo en torno de su cabeza.

-Me va a oír -como si la inactividad fuese lo único que no podía soportar, cruzó la estancia hacia la puerta, alejándose de Ian-. Voy a advertirle que quiero recuperar las piedras, y que más le vale no decir de dónde provinieron, o si no... o si no yo...

-¿A quién?

-¿Aún preguntas a quién?

Giró sobre sí misma y lo miró con tal hostilidad que cualquiera habría pensado que él era el responsable.

Era evidente que Ian había resultado manchado por el mismo pincel que su padre.

-¿A quién vas a ordenar? No te referirás a Leslie.

-¿Por qué no? Él las tiene.

-¿Tú crees? -largos años de experiencia le habían enseñado a contestar con aplomo-. Si es así, ya que tu padre habló a Leslie acerca de las piedras, me pregunto por qué esperó cuatro años para mencionarlas.

-Porgue no sabía dónde estaban ocultas.

-¿Acaso las ha buscado?

-No -admitió Alanna sin mucho entusiasmo.

A Ian no le causó ningún placer la admisión. Después de todo, habría sido mucho más fácil que el ladrón fuese Leslie. Más fácil y, sin embargo... tan difícil.

-En todo caso, ¿amenazarías a mi padre para obligarlo a ser discreto? Se está muriendo; está aterrorizado con lo que le espera en el otro mundo. No hay con qué amenazarlo.

-Ya no tiene tan mal aspecto -dijo ella-. Sólo parece un poco enfermo.

-Se está muriendo -repuso Ian sin la menor duda.

Alanna se abrazó a sí misma.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo sé.

También lo sabía su padre y, como un cangrejo ante una ola enorme, se debatía desesperadamente para huir de ella.

Alanna apartó la vista de Ian y la dirigió al fuego, mientras se mordía el labio.

-Si es así, ¿quién ha robado las piedras?

-No lo sé. Dímelo tú. ¿Cuántas personas lo saben? ¿Y cuántas conocen el escondite?

-Sólo somos dos -al pensarlo se puso ceñuda-.La caja estaba en su escondite la semana pasada, el día que yo regresé. Armstrong no se había marchado.

-¿Armstrong? -cayó en la cuenta de que no lo había visto la última semana-. Se ha marchado. Él podría haber robado las piedras.

-¡Armstrong no! No, yo lo he mandado a hacer un recado -se apresuró a añadir-. Oyó algo al otro lado de la puerta, pero, cuando él miró, no había nadie en á pasillo. Me dijo que debía tener cuidado.

-Sí -dijo Ian, pero su cabeza estaba en otra cosa.

Alanna esquivaba sus ojos con aire culpable, como si no estuviese diciéndole todo. ¡Ah, no tener la visión que le proporcionaba la sortija! Así sabría si ella lo culpaba por las fechorías de su padre. Si lamentaba haberse casado con un Fairchild.

-¿Organizamos el registro? -preguntó:

-¡No! Si no queremos que nadie conozca la existencia de las piedras, menos aún diremos que faltan algunas -se balanceó como si la empujara un viento fuerte y errático-. He faltado a la confianza depositada en mí. Pensé que lograría cumplir mejor que mi madre y, en cambio, he permitido que suceda un desastre. Eso es lo que resulta de escapar -se cubrió los ojos con las manos y dijo-: Es un cataclismo que yo he provocado. Ian no se movió. No podía. Alanna había lamentado el error de juicio de su madre cuando había elegido marido; ahora, ella estaba ante el suyo y se quejaba de un desastre. Tal vez no se refiriese a él o tal vez sí; era probable que él tuviese la culpa.

Él había develado a la bruja. Él le había exigido que hiciera algo para mejorar el estado de Leslie. Él había descubierto su secreto y la había obligado a quitarse la máscara. No había aceptado la derrota y se había casado con ella, apoderándose de una riqueza que otros codiciaban.

¡Ay!, Quizá Leslie no había robado las piedras; así y todo Ian sabía que no había infamia cercana a Leslie en la que él no tuviese algo que ver. Entonces, ¿a quién habría atrapado su padre en su pegajosa telaraña de maldad? La respuesta era obvia: aquel a quien él había relatado la leyenda. Aquel que había robado las piedras.

Brice. Edwin. Alguno de los criados. Si Ian hubiese prestado atención, habría conocido al culpable. Habría visto la verdad girando en el aire, sobre sus cabezas. Pero se había dedicado a perseguir a Alanna, a manipular sus sueños, con todos sus sentidos concentrados en ella.

Casi no había percibido la presencia de los demás, y ahora, sin su sortija, no era capaz de captar el más remoto olor a maldad en ninguno de ellos.

Un débil golpe en la puerta sobresaltó y estremeció a Alanna, que bajó la mano y clavó la vista en la puerta con expresión angustiada.

-¿Esperas al demonio? -preguntó Ian con tono afable, mientras pasaba junto a ella para abrir.

-Espera -le tocó el brazo-. Podría ser nuestro ladrón.

-Los ladrones no regresan a la escena del crimen.

-Si creen que aún hay más, sí.

El golpe se repitió un poco más fuerte.

Ian la tranquilizó:

-Es más probable que se trate de nuestra cena.

Abrió la puerta esperando encontrar a la señora Armstrong con la bandeja.

En cambio, brotó un torrente de palabras de una pequeña silueta encapuchada.

-Ya sé que es su noche de bodas; sólo a un loco se le ocurriría molestarlos... no es que yo sea un hombre porque no tengo el físico y mi voz es demasiado aguda, ¿pero creo que me he vuelto un poco loca y tengo que hablar con Alanna. Por favor, Ian, ¿puedo hablar con Alanna?

La primera reacción de Ian fue de enfado: él y Alanna tenían problemas mayores de los que podría tener Wilda jamás. Pero había cierta nota desesperada, agitada en la voz de su prima y, abriendo más la puerta, la invitó a pasar.

Pero Wilda vacilaba en el umbral, su cara crispada por la inquietud.

-Entra, querida -Alanna echó a Ian una mirada perpleja y luego se aproximó a Wilda para tomaría del, brazo y conducirla adentro-. Nos alegra que nos visites, pero ¿por qué estás así vestida?

Wilda se acercó a la chimenea y se quedó ahí zangoloteándose arriba y abajo en un constante y nervioso movimiento. Dirigió una mirada a Ian, luego otra, y preguntó en tono quejumbroso:

-¿No vas a cerrar la puerta?

Él la cerró.

-Es mi disfraz. No quería que nadie supiera quién era si me veía.

-Hay muchas mujeres menudas, delgadas y rubias viviendo aquí, en Fionnaway -observó Ian.

Wilda echó atrás la caperuza y le lanzó una mirada desafiante,

-Sé que no te gustará esto pero no me importa, debo hacerlo, así que déjame en paz. Ian miró a Alanna con expresión interrogante, y esta se encogió de hombros, confundida. Wilda, eres mi prima preferida. Lo único que quiero es que seas feliz -dijo él. Wilda no sonrió como él esperaba; más bien frunció el entrecejo y dijo:

-Lo seré, te guste o no. Pero no puedo ser feliz hasta que... -se mordió el grueso labio inferior-. Oh, Alanna, ¿recuerdas que ayer me dijiste que tú eras la bruja? Por supuesto, yo no te creí: es una idiotez pensar que una mujer con tu apariencia pudiese serlo. Pero dije que

quería un hechizo y tú dijiste que eras la bruja, y yo sabía que no era cierto pero dijiste que tal vez vieses a la bruja y podrías decirle que yo la necesitaba. ¿La viste cuando saliste? Sé que estabas atareada con la boda, pero, en realidad, la necesito de verdad ahora mismo. ¿Se lo has dicho?

El impacto estuvo a punto de hacer caer a Ian. Wilda buscaba a la bruja y deseaba encontraría con una determinación muy poco característica de su cambiante y buena prima.

-¿Para qué quieres a la bruja? -preguntó.

Wilda giró hacia él como si fuera a golpearlo y su voz suave se elevó:

-Para que me dé un hechizo. Ya te lo dije. Quiero un hechizo.

Alanna estaba tan confundida como Ian.

-Si pudiera convencerte de que, en realidad, soy la bruja...

-Entonces no podrías ayudarme-Wilda alzo su delicado mentón-. Necesito a una bruja, no a una dama.

Ian imaginaba una escena horrorosa desarrollándose ante sus ojos: Wilda preguntando a los sirvientes, a los visitantes, tratando de saber algo de la bruja. Desde luego, alguien conocería alguna. Alguien mandaría a Wilda a recorrer Escocia en una literal caza de brujas. Wilda resultaría herida, y él no podía soportar la idea de que esa joven de rostro abierto, ingenuo, sufriese daño. Por el solo hecho de ser una Fairchild ya había sufrido bastante; no merecía sufrir también porque Ian fuese su primo.

Antes de detenerse a pensarlo, Ian dijo:

-La bruja aún está dentro de la propiedad.

-¿De veras? -preguntó Wilda.

-¿Aún está? --Alarma se recuperó rápidamente-. Ah, sí, de vez en cuando anda por aquí. Ian apoyó una mano firme en el hombro de su prima y la llevó hacia la puerta.

-Ve a tu habitación y espérame allí. Iré a buscarla; luego te avisaré.

-¿Lo harás? -Wilda unió las manos.

-Por ti, Wilda. Sólo por ti.

Sonrió, luego cerró la puerta y se volvió hacia Alanna. Y al mirarla se dio cuenta de que no necesitaría explicar nada. Ella estaba arrodillada ante la chimenea recogiendo ceniza fría del cubo con la pala.

-Hay trozos de carbonilla para marcar pero tendrás que conseguirme algunas ropas de trabajo harapientas en algún sitio -le dijo-. Pregúntale a la señora Armstrong: ella debe de saber dónde obtenerlas.

Una intensa sensación oprimió su garganta mientras la observaba: la luz de las llamas parpadeaba sobre su rostro rozándolo como él hubiera deseado hacer. Sus pómulos altos daban un sesgo a

esos ojos mudables que él admiraba. El cabello rebelde flotaba al calor de las llamas. Sus labios se movían leve pero incesantemente.

No pudo menos que preguntar:

-¿Qué estás diciendo?

-Estoy ensayando un encantamiento para tranquilizar a Wilda -contemplando las llamas, se mordió el labio-. Ojalá supiera cuál es el hechizo que quiere. Así sería más fácil saber qué debo hacer. Ian no pudo contenerse y, acercándose a ella por detrás, apoyó las manos en sus hombros.

-Gracias.

Su tono era áspero, como si estuviese enfadado, pero cuando Alanna alzó la vista hacia él y sonrió, apoyó su mejilla en el dorso de la mano de Ian.

-Lo haremos por Wilda, ¿no es cierto?

Cuando él regresó con un equipo completo de prendas de lana, Alanna se había pintado con carbonilla y cubierto su pelo con ceniza. Era otra vez la bruja, pero, al contemplarla, se preguntó cómo había sido que lo había engañado, a él que se preciaba de ver con más agudeza, y también pensó que tal vez cada hombre veía lo que quería.

Alanna dio una vuelta completa para que él la examinara.

-¿Crees que la engañaré?

-Tienes un aspecto que atemoriza, pero, por las dudas, disminuiremos la luz.

Le pasó la túnica por la cabeza y luego la ayudó a enrollar un trozo de tela formando una giba de buen tamaño.

-Puse a hervir una olla y metí dentro pimienta de Jamaica y clavo. ¿Lo hueles? Ian olfateó:

-Sí, lo huelo. ¿Qué efecto mágico tiene?

Cuando Alanna sonrió, la carbonilla se desprendió de su boca.

-Suelta un aroma dulzón -amarró a su cintura varios zurrones pequeños y un cuchillo, utilizando un trozo de cuerda-. El borboteo y el vapor forman parte de la situación. Eso me lo enseñó la vieja Mab.

-Te enseñó mucho, ¿no es verdad?

-Me enseñó a cuidarme cuando murió mi madre -siguió sonriendo, pero de lado-. Una vez me dijiste, burlón, que lady Alanna había pasado demasiado tiempo en la choza de la bruja, y era verdad. Mab me enseñó a cuidar de mi pueblo. Más adelante, cuando llegó el momento, me tomó bajo su protección y me enseñó a disfrazarme. Aunque corríamos el riesgo de ser descubiertas y de que ella sufriera mucho, de todos modos lo hizo -una lágrima resbaló por su mejilla polvorienta-. La echo de menos. Ian se aproximó a ella, atrapó la lágrima y luego la ayudó a esparcir otra vez la ceniza.

-Estás haciendo lo que ella habría querido que hicieras: curar a las personas. Ayudar a Wilda. Mab estaría orgullosa de ti, Alanna MacLeod.

-Ojalá.

Por lo bajo de su tono Ian supo que estaba pensando otra vez en las piedras. Sin duda, su desaparición dominaba la mente de su esposa. Pero como esa noche no podían hacer nada, se ponía horrible para ayudar a que Wilda tuviera su hechizo. Y eso alegraba a Ian. Le alegraba poder ofrecer ese consuelo a su prima.

-Ahora iré a buscar a Wilda.

Wilda abrió la puerta al primer golpe dado con los nudillos.

-Alanna encontró a la bruja merodeando por la cocina -dijo el primo-. La cocinera quería echarla para que no arruinara el estofado; por eso Alanna está entre-teniéndola mientras la bruja te atiende a ti.

Apenas Ian se volvió, Wilda, ansiosa, lo siguió.

-¿Se acordaba de mí?

-¿La bruja? Por supuesto. Se ha quedado en Fionnaway sólo para ayudarte. Después quiere marcharse a su choza.

-Espero que no sea un hechizo muy difícil -se sumió en la aflicción hasta donde una muchacha como Wilda era capaz-. Espero que pueda ayudarme.

-Es una bruja excelente -aseguró Ian.

-Eso no es lo que decías antes -Wilda lo miró duramente mientras él abría la puerta de la estancia-. Habías dicho que la bruja no tenía poderes.

-Kennie, el herrero, me convenció -dijo él sin alterarse.

Wilda asintió con aire de saber y entró en la habitación pero se detuvo de repente. Al entrar, Ian comprendió por qué: Alanna había apagado las velas dejando que la noche se apoderase de la habitación. El fuego en la chimenea parpadeaba y restallaba, la olla hervía con suave rumor, una voluta de humo se elevaba en el aire, y Alanna era la deforme representación de la majestad brujeril sentada a la mesa, donde ardía una única vela de luz tenue.

-Entra, niña -invitó Alanna con una mano engrasada.

Wilda se adelantó, la vista clavada en la bruja.

-Ven y siéntate.

Enfrente de Alanna había una silla y Wilda la apartó. Las patas soltaron un chillido al arrastrarlas en el suelo, y Wilda echó una mirada inquieta a Ian por encima del hombro. Ian recordó la convicción de ella de que la magia no funcionaría si él sabía de qué se trataba.

-¿Quieres que me vaya? -preguntó.

-No -respondió Wilda en voz chillona. Ian se sentó en un taburete, mientras observaba a

Alanna, que apoyaba la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba.

-Dame tus manos, mi querida. Déjame leer tus líneas.

Librodot

A Wilda le temblaban las manos cuando las apoyó sobre la mesa junto a las de Alanna y ésta acercó la vela para iluminarlas.

Tienes líneas muy diferentes en una mano y otra. Eso significa que las circunstancias no te han permitido desarrollar tu talento.

-No tengo talento -dijo Wilda.

-Tus manos dicen que sí lo tienes. Esta elevación... -Alanna señaló la zona protuberante en la base del pulgar de Wilda- es alta. Eso significa que tienes buen corazón. La línea de la vida hace una curva amplia alrededor de ella. Es porque estás llena de vida. Tienes mucho para dar y no encuentras a quién.

Wilda asintió y, para horror de Ian, una lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre la mesa. ¿Acaso esa noche todas sus mujeres iban a llorar?

-Pero las cosas están por cambiar -Alanna siguió con su dedo la línea de la vida-. Mira aquí. Ahora se presenta un cambio porque has sido persistente y decidida buscando a la vieja bruja. Dime lo que quieres.

-Quiero... -Wilda soltó un trémulo suspiro-... un hechizo. Quiero... ser buena.

Alanna no se movió; se limitó a fijar la vista en Wilda, esperando.

Wilda guardó silencio, obviamente convencida de que ya había explicado lo necesario.

-Eres buena -dijo Alanna.

-No. No, no lo soy. Durante mucho tiempo no podía comprender por qué nadie me quería -su voz temblaba-. Y luego lo comprendí: soy una Fairchild. Soy malvada, igual que todos los demás; necesito que alguien me vuelva buena.

La boca de Alanna se entreabrió un poco y se le enturbiaron los ojos.

Ian intervino desde su rincón.

-Wilda, ¿quieres que la bruja prepare un hechizo que te haga buena?

-Eso he dicho -respondió, ya algo amoscada.

Ian se apoyó contra la pared y sonrió con aviesa diversión. Confiaría en Wilda para malograr los preparativos de Alanna. Él podría apostar a que ella no conocía ningún encantamiento que tuviese alguna relación con ser «buena».

-Bueno -dijo al fin Alanna, con una especie de graznido ronco-. La vieja bruja malvada no suele recibir pedidos semejantes.

-Pero puedes hacerlo, ¿no es cierto? -preguntó Wilda.

-Claro que sí -respondió Alanna palmeándole la muñeca-. Sólo para ti. Espero que no me caiga un rayo encima.

-Oh, no -Wilda se levantó a medias-. ¡No quiero que te pase algo malo!

-Conque no eres buena, ¿eh? -Inclinó la cabeza y la miró con aire significativo-. Yo no sufriré ningún daño y esto resultará más fácil de lo que piensas.

Se levantó, destapó la olla dejando escapar una nube de vapor que llenó la habitación con su olor a clavo y pimienta de Jamaica. Mientras ella revolvía enérgicamente con una cuchara de madera, Ian tuvo la impresión de que estaba reflexionando. Luego recogió una cucharada del líquido y caminó lentamente hacia Wilda con la mano ahuecada bajo la cuchara para recoger las gotas. Deteniéndose junto a ella, Alanna salpicó algunas gotas de la infusión por sobre la cabeza de Wilda mientras recitaba algo en gaélico. A Ian le recordó mucho la oración de gracias que decían los campesinos antes de cada comida.

Wilda tenía la cabeza levantada y dejaba que cada gota rodara por su cara como si mera una bendición.

Alanna la tomó del brazo y la ayudó suavemente a ponerse de pie y girar tres veces sobre sí misma. Canturreó otra vez; Ian reconoció ahora los versos de una antigua canción escocesa del tiempo de la siembra en el campo. Luego hizo sentar a Wilda de nuevo y le dio un beso en la frente.

Alanna dio un paso atrás y dijo:

-Ahí la tienes. Bondad.

Wilda la miró fijo:

-¿Eso es todo?

Alanna se tambaleó de manera evidente.

-Ese es todo el hechizo. Pero debes conservar un recuerdo, un símbolo que demuestre que eres buena, algo para mirar cuando evoques esta noche y te preguntes si acaso fue un sueño.

De algún pliegue de su túnica sacó el collar de piedras rúnicas.

-Mi prima tiene uno como ése -exclamó Wilda-. ¿Es alguna tradición escocesa?

Al ver la expresión consternada de Alanna, Ian metió la cara dentro de su chaqueta para ahogar la risa.

Pero Alanna se recompuso.

-Sí, es una tradición; esta vieja bruja va a regalarte una de las suyas -desabrochó la cadena y las piedras cayeron sobre la mesa formando un pequeño montón. Se situó detrás de Wilda y cubrió sus ojos con las manos-. Elige.

Wilda tocó las piedras. Cada gema cuadrada tenía una marca diferente; ella vacilaba, palpando las piedras con los dedos.

-Elige una; eso es todo -le dijo Alanna en el oído.

Wilda hizo una ruidosa aspiración y tomó una. Alanna destapó los ojos de su prima.

-Déjame ver.

Wilda le entregó la piedra y luego, con ojos desorbitados, esperó a que Alanna la examinara.

Una sonrisa me creciendo en el rostro de Alanna.

-Es la piedra del fuego -la puso entre sus manos para entregarle su calor-. Es el símbolo del hogar, del amor, de la bondad. Significa que el hechizo ya ha surtido efecto, joven Wilda, y que jamás te abandonará.

Los ojos de Wilda se agrandaron de entusiasmo.

-¿Ya soy buena?

-Sí -Alanna se aclaró la voz-. Ya eres buena.

Wilda extendió su mano y Alanna puso la piedra en ella.

-Ponía en una cadena y llévala en el cuello.

-¿Y sí la pierdo?

-Nada de lo que hagas puede romper el hechizo -la tranquilizó.

-¡Oh, Ian! -Wilda giró hacia él-. ¿Lo has visto?

-Lo he visto -se puso de pie, la abrazó y luego con-templó la piedra que ella tenía en su mano.- Pero yo jamás dudé que tú fueses buena.

-Eso se debe a que eres un Fairchild y eres incapaz de distinguir la diferencia -dijo Wilda.

-En realidad, soy mitad demonio y mitad bestia -admitió él en voz baja.

Wilda apretó la piedra contra su pecho.

-Ahora debo irme.

Te acompañaré hasta tu cuarto -dijo Ian.

-No volveré a... deja... puedo ir sola -Wilda fue ha-da la puerta con el rostro iluminado por una sonrisa dichosa-. Ve a buscar a Alanna y disfruten la noche de bodas. Y a usted, señorita Bruja -dejó un beso en el aire-, gracias.

La puerta se cerró tras ella y Ian se volvió hada Alarma.

-Bien hecho, señorita Bruja. ¿Qué significa, en realidad, esa piedra? Alanna rió de puro deleite:

-Exactamente lo que dije. Ian arqueó las cejas.

-Hogar. Chimenea -Alanna se quitó el disfraz-.Y, en el caso de Wilda, sin la menor duda significa bondad. Según las viejas historias, gracias a esa piedra ella tiene la seguridad de que se casará antes de que termine el año.

-Entonces debo creer en las viejas historias -se apoyó en la repisa de la chimenea y observó a Alanna, que se cepillaba el pelo-. La señora Armstrong preparará un baño y traerá la cena.

Alanna tosió a causa de la ceniza.

-Gracias, esposo -dijo ella con un ligero temblor en la voz. Ian se puso tenso. Seguramente ella sospecharía que no dejaría que se bañara en paz, aunque sólo un canalla sería capaz de asediar a una mujer con preocupaciones como las de Alanna.

Pero, antes de que Ian pudiese tranquilizarla, ella dejó el cepillo y se acercó a él:

-Wilda desea ser buena. La querida, la dulce Wilda tenía miedo de casarse con su amor porque pensaba que había alguna maldad dentro de ella que sólo la magia podía quitar -Alanna rodeó con sus brazos la cintura de Ian y alzó la vista hacia él-. ¿Te imaginas? Wilda piensa que, por el solo hecho de ser una Fairchild, está corrompida.

Con mucha ternura, Ian abrazó a Alanna contemplando su rostro puro e inocente, mientras pensaba: Sí, puedo imaginarlo. Puedo imaginarlo perfectamente.

25

Edwin dio un último toque a su corbata y sonrió al espejo, mientras se pasaba la mano por el pelo rojizo impecablemente peinado.

Por fin, su suerte había empezado a cambiar. Él era el más apuesto de los hermanos. Siempre usaba la ropa con más donaire. No cabía duda de que era el más inteligente, aunque eso no era difícil. Pero su punto flaco era la pobreza, su posición de segundo hijo. Ahora, en cambio, gracias a su astucia, a la indiscreción de su tío muerto y a los buenos oficios del señor Fairchild, poseía riqueza y contaba con la posibilidad de obtener más.

En consecuencia, ¿qué importaba que se quedara con Fionnaway? Esta posibilidad sólo le habría dado trabajo arduo y responsabilidades. El regreso de Alanna había sido providencial para él y había significado la posibilidad de sangrar las arcas sin esfuerzo. Sabía con cuánta seriedad asumía Alanna su deber en relación con el antiguo pacto, y él no tendría escrúpulos para aprovecharse de eso. Su prima cedería ante la presión del chantaje.

Claro, no era más que un segundo hijo, pero aun así era demasiado MacLeod para que el señor Fairchild le marcara el camino. Nadie recorrería la costa buscando los preciosos ópalos marinos. Edwin se limitaría a exigir, sabiendo que los selkies y Alanna no se atreverían a desobedecer. Era consciente del poder que tenía en sus manos; ¡ah, cómo gozaba con el poder!

Esa mañana podría detenerse ante la puerta de la habitación de Wilda y ofrecerse a acompañarla a desayunar. Después de todo, era tan buen partido como Brice. Mejor, porque Brice siempre había jurado que tomaría por esposa a una mujer de fortuna y de posición, y Edwin no había hecho semejante juramento.

Edwin tocó el bolsillo que había colocado en el interior de su chaleco: aun cuando Wilda hubiese estado fijándose en Brice, coqueteando con él, gracias a los dos ópalos de mar que había robado, una mujer como ella miraría con ojos favorables que él la cortejase. Y a Edwin le encantaría tener una esposa tan bella; él sería la envidia de toda Escocia.

Abrió la puerta y salió al corredor. Se detuvo cuando oyó dos voces que murmuraban; clavó la vista en la puerta sobre el pasillo: ésa era la habitación de Brice, era su voz la que se oía y, al parecer, la otra era de una mujer.

La puerta se abrió; Edwin se apresuró a volver a entrar en su cuarto para ocultarse. Contuvo el aliento al ver que una mujer cubierta por una capa salía al corredor. Aunque no veía su cara, sólo había una mujer menuda de flotante pelo rubio en Fionnaway. Y sólo una que hablara de esa manera verborrágica y agitada.

Brice no la dejaba hablar. Una y otra vez la interrumpía con besos y risas sofocadas, incluso con un empellón que la llevó más allá de donde estaba Edwin.

Parecía tan enamorada que ni siquiera lo vio.

Pero Brice, desaliñado y embelesado, lo vio. Apoyó el brazo en el marco de la puerta y le dijo con expresión radiante:

-Felicítame, hermano. Por fin ha consentido en ser mi esposa.

-Felicitaciones -dijo Edwin con la boca tensa.

Se dio cuenta entonces de que el señor Fairchild tenía razón: había algo más que la riqueza y el poder. También estaba la venganza.

Ian y Alanna iban hacia el comedor; la mano de él en la cintura de ella.

Para Ian, la noche pasada había sido un ejercicio de dominio de sí mismo. Primero, mientras Alanna se bañaba. Más tarde, cuando se acostaron y ella se refugió entre sus brazos. Se dio cuenta de que ella sólo quería consuelo, y él la había consolado. Mientras ella estaba acurrucada entre sus brazos, él se repitió toda la noche: mi cama, mi casa, mí esposa. Habría más noches. Miles de noches. Una vida entera con noches para los dos.

Aspiró el perfume de jabón de rosas que despedía el cuerpo de Alanna. Ninguna de las mujeres que él conocía se atrevería a llevar un collar de piedras rúnicas junto con un elegante vestido castaño. Alanna sí se atrevía, y lo llevaba. Su cara, su andar y su estilo eran únicos. Incluso semanas antes, cuando ella se vistiera de bruja, él había reconocido y disfrutado aquella confianza en sí misma.

Hoy día, la confianza de Alanna vacilaba, pero él ha-ría lo que hiciera falta para restituirla porque la humildad no le sentaba nada bien.

Alanna se detuvo poco antes de llegar a la puerta.

-Ian.

-¿Qué, muchacha?

Ya que ahora vivía en Escocia, hablaría como los nativos.

-¿De verdad crees que podrás encontrar al ladrón?

-Si tocamos el resorte adecuado, lo conseguiremos -hizo el gesto automático de tocar el lugar donde debería estar el anillo. ¡Qué

momento había elegido para tirarlo!-. No te aflijas, Alanna: quienquiera que haya robado las piedras, querrá más y pronto se descubrirá.

Ella expresó su acuerdo apretándole el brazo.

-Sí, seguramente tienes razón -entró en el comedor delante de Ian con una sonrisa-. Buenos días.

Se paró sorprendida; Ian tropezó con ella, sujetándola por la cintura para sostenerla.

-¿Qué...?

Entonces vio lo que ella veía:

Sus parientes estaban sentados a la mesa, tomando el desayuno. Brice los miraba con reconcentrado disgusto. Edwin tenía la vista clavada en su plato, empeña-do en no levantar la cabeza.

Leslie los observaba con malévolo placer.

Y, con el tono más hostil que Ian había oído en ella, Wilda decía:

-¿Qué hay de malo? Muchas personas son concebidas fuera del lecho matrimonial. Quiero decir que no es culpa de Ian que el tío Leslie se acostara con la que sería su madre sin tener la decencia de casarse con ella.

Alanna irrumpió en el salón como si una gran mano la hubiese empujado y, cuando Ian se precipitó a ayudarla, ella se volvió y apartó sus manos con brusquedad.

-Dime que no es verdad -pidió, ahogándose.

-¿Que soy un hijo ilegítimo? -habló con lentitud preguntándose el porqué de la consternación de Alanna-. Es verdad.

Ella alzó la voz.

-¿Y no me lo dijiste?

La voz aguda de Wilda se oyó como fondo.

-Seguramente te habrá prometido muchas cosas. Mamá dice que los hombres dicen cualquier cosa con tal de seducir a una mujer.

Ian se esforzó por recordar:

-Yo te dije que mi padre había hecho promesas a mi madre que después no cumplió.

-¡No sabía que hablabas de que no se había casado con ella!

Ian se quedó atónito: ¿esta fiera era la misma Alanna que había admitido la necesidad que él tenía de poseer tierras y, de todos modos, se había casado con él? ¿La que estaba dispuesta a tolerar a Leslie como suegro?

-¿Qué otras promesas hace un hombre a una mujer? Pensé que lo sabías y no te interesaba.

-¿Que no me interesaba? -se alejó un paso, luego se acercó-. ¿Cómo podría no interesarme?

-Tú aceptaste sin problemas mi... mis extraños antecedentes. No creía que mi ilegitimidad tuviese importancia.

-¿Que no mera importante? -Alanna tembló como si hubiese entrado un viento frío por las ventanas abiertas-. Era lo único importante.

-Lo más probable es que el tío Leslie prometiera casarse con ella y que luego se negara. No se podría decir que el tío Leslie nunca ha roto una promesa -la voz de Wilda adquirió un tono desesperado y se atrevió a mirar de soslayo al aludido-. Además, miente constantemente. Es muy mentiroso.

-No entiendo -Ian trataba de tomar las manos de Alanna, de establecer el contacto que siempre había funcionado tan bien entre ellos-. Dime qué he hecho.

Alanna se hizo atrás con brusquedad, se pasó la mano por el pelo haciendo saltar las hebillas. Si aquello le había producido dolor, nadie llegó a notarlo.

-Me has arruinado. Lo has arruinado todo.

-¿Qué pasa? -gimió Wilda.

Ian miró alrededor: Brice y Edwin estaban de pie, y Ian no entendía nada.

-¿Qué haremos?

-Lo que debemos hacer -repuso Edwin.

-Por el amor de Dios, Edwin.

Brice no habría podido expresar mayor disgusto.

-Ella es la señora de Fionnaway; ya conoces la ley.

Edwin argumentaba con una seriedad que no había demostrado hasta entonces.

-No es una ley -tirando de su corbata, Brice dijo-: Más bien es una... tradición.

Alanna lo interrumpió:

-Forma parte del pacto. El pacto sagrado. Ian paseó la vista por los tres primos: no le gustaba el tono con que hablaban.

-Alanna, ¿por qué dices eso? -preguntó Brice-. Eres tú la que saldrá perdiendo.

-Soy el ama de Fionnaway -miró de frente a Brice con expresión sombría-. Tengo el deber de hacer cumplir el pacto.

-Es un convenio arcaico con seres que no existen -replicó Brice-. ¿Insistes en que debemos atenernos a él y echarte de tu casa?

-¿Qué? -Ian dio un salto hacia delante-. ¿Qué es lo que están diciendo?

Por fin, Leslie se hizo oír:

-El contrato. El que convinieron los MacLeod con los selkies. Sólo exige una cosa del hombre que se case con el ama de Fionnaway. ¿Sabes cuál es, Ian?

Desde luego que Ian lo sabía. ¿Acaso era posible que no lo supiera, viendo la desesperación de Alanna y el ánimo alegre de Leslie? De todos modos, su padre lo diría.

-Exige que sea hijo legítimo.

Leslie echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas. Grandes carcajadas que se expandieron en el comedor y rebotaron en el pasillo. Ian estaba seguro de que cualquiera que las hubiese oído se habría espantado con ese sonido. Era como si el diablo mismo diese rienda suelta a su hilaridad en un mundo desprevenido.

-Tiene razón -Edwin se balanceaba de un lado a otro como un niño a punto de orinarse-. Ian debe marcharse.

-¿Por qué? -quiso saber el aludido-. ¿Por qué es tan importante que el esposo sea hijo legítimo?

-Fionnaway pasa de madre a hija; dado que las leyes inglesa y escocesa establecen que las tierras pasan siempre al hijo mayor, se pensó que algún oportunista inescrupuloso podría intentar apoderarse de la propiedad por cualquier medio -Alanna procuró contener el temblor de su voz-. Por eso, el hombre con quien se case el ama debe estar por encima de cualquier reproche para que nadie de antecedentes inferiores pueda reclamar Fionnaway por ningún motivo.

-Es tu culpa, Alanna. Debiste preguntar -dijo Edwin.

-Lo sé, pero no se me ocurrió porque... -fijó la mi-rada en Leslie-, porque me parecía tan obvio... -Leslie no la miró a los ojos y ella prosiguió-: Aquí hay algo raro. Yo pensaba...

Edwin la interrumpió.

-Quizá podamos conseguir una anulación.

Alanna giró bruscamente la cabeza y su expresión se volvió tan consternada como cuando Ian había admitido su ilegitimidad.

-¿Una anulación?

Acaba de pasar la noche con él, so tonto-Brice echó a su hermano una mirada ceñuda y luego se volvió a Alanna con expresión esperanzada-. Salvo que puedas jurar que anoche no ha sucedido nada.

-Brice, si puedes trata de no ser estúpido.

Alanna miró alrededor con añoranza y luego contempló a Ian con la misma expresión.

Ella quería Fionnaway por encima de todo; eso Ian lo entendía. ¡Maldición! Claro que entendía. Él acababa de perder esa propiedad, su único lugar en el mundo.

Había tenido la concreción de sus sueños en la palma de su mano; ahora se le escapaba como la arena entre los dedos, y él sería otra vez un exiliado.

Sin embargo suponía... No, sabía que su pérdida no se podía comparar en modo alguno con la de ella.

Ahora... ahora perdería a su flamante esposa.

No, eso estaba mal. Ahora haría aquello que siempre le daba ganas de vomitar: iba a renunciar a su esposa.

-Anoche no sucedió nada.

Edwin hizo una mueca desdeñosa.

-¿Esperas que te creamos? Ian lo ignoró. Lo único que podía hacer era contemplar a Alanna, con el pelo revuelto sobre los hombros, y hacerse preguntas. Había dicho la verdad con respecto a la noche pasada y puesto en duda su virilidad ante cualquier hombre que lo hubiese oído. Había cedido Fionnaway siguiendo la mejor tradición de los nobles estúpidos. ¿Y qué era lo que más le angustiaba? La mujer, Alanna.

Ella era sólo una mujer, igual a tantas otras. Maldición, ni siquiera poseía ya lo que él más deseaba. Seguramente, con su experiencia, Ian podría desistir de ella sin escrúpulos. Sin embargo, la mirada de Alanna se enfrentó con la suya y una sonrisa lenta y sensual empezó a curvar sus labios.

Pero Ian tenía escrúpulos. Muchos.

En ese momento, Leslie rió, lanzó grandes carcajadas resonantes que pusieron a Ian carne de gallina.

-Yo sabía que te meterías bajo su falda antes de la boda. Eso, al menos, lo sacaste de mí.

La sonrisa de Alanna desapareció. Enfrentó al tribunal que rodeaba la mesa y dijo con aire decidido:

-Yo hice los votos en uso de mi albedrío. A los ojos de la ley, consumado o no el matrimonio, lo único importante es que los votos existen. Yo siempre cumplo mi palabra... ¡siempre!, y Ian es mi esposo. La única, solución es que yo me marche.

-Eres horrible -Wilda empujó su silla hacia atrás con tanta fuerza que se cayó-. Eres realmente horrible. Tú... -señaló a Brice- eres tan malo como todos los demás. Ian y Alanna están casados. Están enamorados. Son las mejores personas que hay en el mundo y estás tratando de que parezcan ruines y groseros. ¡Bueno, ustedes son sólo un hato de... viejos... mezquinos!

Lanzó un fuerte sollozo y salió corriendo del comedor, mientras Brice se aferraba a la silla como si mera un salvavidas. Edwin se apartó como si quisiera tomar distancia de la situación.

Alanna suspiró y palideció. Se tambaleó como si estuviese exhausta, y dijo a Ian:

-Ven. Marchémonos ahora mismo de Fionnaway.

26

De pie junto a la choza de la bruja, Ian dirigió la mirada hacia la casa Fionnaway con tal sentimiento de odio que le resultó difícil respirar. Su odio crecía por momentos, rodando en el aire, espeso, negro, terrible. Muy pronto estallaría con una furia tan demoledora que el mundo entero sabría que Ian MacLeod odiaba. Odiaba a su

padre y a esas dos comadrejas de primos. Lo habían despojado de todo: el orgullo, las tierras, su sueño.

Miró hacia la choza oscura. Su sueño. Alanna.

Todo había sido como él lo había deseado: ella había soñado con él, y él lo había gozado. Disfrutó invadiendo la mente de ella, atormentándola con imágenes de noches tórridas y de pasiones dulces y lentas. Se había alegrado viéndola al día siguiente, exasperada por la frustración y avergonzada por el recuerdo de sus fantasías lascivas.

Ahora lo atormentaba el recuerdo de sus sueños. Durante años había soñado con tener un lugar propio, un lugar que fuera suyo, donde nadie lo considerase un monstruo o un bastardo. Y bajo ese sueño latía otro más profundo. Uno tan imposible que jamás había intentado, siquiera, hacerlo realidad. Que una mujer le fuese leal. Que quisiera los que él quería. Que aceptara su amor. Que le diese hijos.

En los últimos tiempos, esa mujer tenía el rostro de Alanna.

Alanna. Su ilegitimidad la había aplastado, la había despojado de sus derechos, la había arrojado al polvo, cuando él habría querido llevarla hasta las estrellas.

Todo, todo lo que tocaba lo destruía. Y ahora se tomaría venganza, como hacían los dioses antiguos.

En esa ocasión ni siquiera necesitó concentrarse, tampoco le afectaba la falta de la sortija. Su herencia selkie alimentaba su hostilidad y con ella convocó la tormenta. La brisa le revolvió el pelo. Grandes nubes se agolparon sobre Fionnaway rodando en la atmósfera cercana al castillo. Crecieron más y más, pasando del gris verdoso al negro, tapando la luz del sol, impidiendo cualquier esperanza. Ian tuvo que hacer un esfuerzo para poder ver más allá del claro en el bosque.

Pero la oscuridad no era suficiente; él convocó al terror que produce la anticipación.

El viento paró. El ruido cesó. Los árboles se aquietaron, los pájaros se encogieron, los animales se agazaparon. Como una gran capa, las nubes ahogaron cada grito de consuelo, cada gemido de temor. Las nubes se desplazaban en silencio volcándose sobre sí mismas y volviendo a formarse con más fuerza. Ian aguardó, viéndolas en su mente, en su corazón. Esperó hasta estar seguro de que las barcas de los pescadores hubiesen regresado al muelle. Hasta que los granjeros hubiesen cruzado el campo a la carrera para refugiarse en sus hogares.

Hasta que Leslie advirtiese de qué era capaz su hijo y el terror penetrara en sus huesos. Entonces, Ian alzó los brazos y desató la tormenta.

La ira se precipitó sobre Fionnaway como una mano vengadora. Los relámpagos estallaron formando relucientes láminas blancas, candentes. Reventaron los truenos retumbando en infernal estrépito.

El viento levantó del suelo las hojas secas y las hizo girar en hipnóticos remolinos. Y empezó a llover. Ian irrumpió en la choza y cerró la puerta con todas sus fuerzas. Ya no quería rechazar su herencia selkie porque no era ella la que lo había puesto en la presente situación. Eran Leslie y su madre, abusando de su libertad.

Con la espalda apoyada contra las tablas de la puerta vio que Alarma se acercaba a él llevando en la mano una vela encendida. La llama la bañaba de oro. Los relámpagos, de plata. Cada sombra curva hablaba de secretos sin resolver y su pelo ardía con vida propia.

-Ian, ¿tú lo has hecho? Ian sintió el reproche en el tono de Alanna; sin embargo ya no le importaba demasiado la repulsión que en ella pudieran provocar sus poderes monstruosos. Levantando la voz para hacerse oír sobre el fragor de la lluvia, dijo:

-Yo he sido.

-Bien,

Al ver la enigmática sonrisa que jugueteaba en los labios de su mujer, el corazón de Ian dio un brinco.

Alanna apoyó con cuidado la vela en el alféizar y se acercó a él. Frotó con sus manos el pecho de Ian y repitió:

-Bien.

La miró intrigado, la sangre bullía en sus venas: ¿qué significaría ese bien en sus labios?

Los relámpagos se sucedían al ritmo del corazón de Ian, y en cada estallido el rostro de Alanna estaba cada vez más cerca del suyo. Enredó sus dedos en el pelo del hombre, tiró de él hacia abajo y, poniéndose de puntillas, lo besó.

Con la boca abierta. Chupó su labio inferior y gimió, como excitada por el sabor de su boca. Tocó sus dientes con la lengua comunicándole un leve canturreo de placer que vibraba a través de ella, y el aliento que salía de la boca de Alanna entibió a Ian.

Ian se echó hacia atrás con vivacidad y le sujetó la cabeza.

-Alanna, ¿sabes qué estás haciendo?

Alanna abrió lentamente los ojos y, antes de responder, le lamió el labio inferior:

-Me convierto en parte de la tormenta. Ian la deseaba. Siempre la deseaba. Y ahora, en ese momento, daba la impresión de que ella también lo deseaba. Apretó los dedos en el pelo de ella y escudriñó su rostro como tratando de descubrir una señal. Alanna, la mujer que él nunca entendería. La mujer con quien pasaría con gusto su vida tratando de descifrarla.

-Será mejor que estés muy segura.

Alanna adelantó el cuerpo apretándolo contra el suyo, haciendo ondular las caderas.

-Ahora, Ian.

El control del hombre se evaporó con la misma certeza con que el rayo abría el cielo. La alzó y llegó con ella hasta la mesa en una sola zancada. La deposito y, llevando las manos a las piernas de la mujer, levantó la falda y se situó entre sus piernas.

Ella lo contemplaba con ojos cálidos, resplandecientes, como si lo considerara un señor por todos sus atributos.

-Cuando estábamos llegando a la choza -dijo la mujer-, deseé ser una verdadera bruja para poder vengarme de tu padre.

Su voz se hizo agitada cuando él empezó a acariciar con los pulgares, haciendo pequeños círculos, el monte junto al centro de su deseo.

-De todos ellos.

Ian continuó su caricia acercándose al sitio donde la piel tomaba un tono rosado y estaba tibia y húmeda.

Alanna se puso rígida.

-Ah, Ian, eso es... -trató de sujetar la mano de Ian-. No. Para; así no puedo hablar. Quiero decirte...

-Te escucho. -Ella lo deseaba y lo tendría, pero, siendo prácticamente virgen, aún no estaba lista-. Háblame de la venganza.

Alanna se apoyó sobre los codos y miró el sitio donde él la tocaba, luego a él. Estiró su mano y lo tocó allí donde la erección forzaba los botones del pantalón de Ian.

-La venganza -lo acarició como modelándolo- puede funcionar en ambos sentidos.

Ian quería arrancar la prenda y hundirse en ella hasta hallar olvido, pero él no la soltaría tan fácilmente. Ese día, Ian MacLeod triunfaría al menos en una cuestión.

Cuando él llevó las manos a los botones de su pantalón, los labios de su mujer se abrieron. Ian veía el lejano brillo de los dientes de Alanna mientras él liberaba cada ojal, la veía intentando calmar su respiración.

Afuera, crecía la intensidad de la tormenta; el viento rugía, los truenos retumbaban, cada rayo golpeaba como dotado de conciencia. Dentro de la casa él atormentaba a su mujer; él la llevaría hasta el límite... y más allá.

Ian abrió su pantalón y se descubrió ante ella; ella le tendió los brazos.

-De prisa.

¿Prisa? No, no se daría prisa. Aunque su deseo era evidente, su resolución estaba bien disimulada.

-Eres tan hermosa -apretó una rodilla con cada mano-. ¿Recuerdas... -atrajo con el pie el taburete-... cuando te dije -se sentó y la atrajo hasta el borde mismo de la mesa-que me gustaría besarte por todas partes?

Los ojos de Alanna se dilataron. Desmintiendo su inocencia, ella había entendido perfectamente.

-Ian -ella intentó incorporarse-. Ian.

Ella intentaría convencerlo de que no lo hiciera. Impedirle que la saboreara, tan fresca, limpia y suya.

-Mírame si quieres -le dijo-. Así será más excitante.

Alanna se echó hacia atrás lanzando un gemido y empezó de nuevo:

-Ian...

-Mira.

Miró. Vio que él empezaba en el tobillo y avanzaba por la cara interna de la pierna. Cuando él se interrumpió para sonreírle, ella gimió. La respiración de Alanna era entrecortada y sus piernas temblaban.

-No quiero que me hagas eso..

-¿De veras? -apoyó sobre su hombro la pierna que había besado e inició el largo trayecto en la otra-Yo diría que lo deseas mucho -contempló a la mujer con su pelo del color del cobre por arriba y por abajo-. Tanto como yo. La demora es terrible, ¿no es cierto?

La abrió con sus dedos para él: incluso allí era bella, femenina, incitante.

Alanna enredó sus dedos en el pelo de Ian y trató de alzarle la cabeza.

-No está bien.

Ian sonrió.

-¿Quién te ha dicho eso? -luego, la sonrisa desapareció-. Déjame, amor. Me dará un gran placer.

Los dedos de Alanna se aflojaron; con uno le acarició la oreja, y murmuró:

-Bueno, está bien, sólo para hacerte feliz.

El hombre rió. Y en su risa vibró el deleite y una cuota de agresividad sexual apenas contenida.

-Voy a ser muy feliz.

Estallaron los relámpagos y restallaron los truenos mientras él la tocaba delicadamente con la lengua. Los músculos de Alanna se pusieron tensos; él no sabía si ella se retorcía dominada por la aversión o por el placer. Levantó la cabeza, la miró... y vio el retrato de una mujer entregada al éxtasis. La cabeza echada atrás, las manos aferradas a los bordes de la mesa, los pechos plenos y los pezones empujando a través del corpiño.

Para eso se había entrenado él en los dormitorios de la India, Tahití, Londres. Para llevar a Alanna MacLeod al orgasmo. La lamió, la chupó, saboreó su placer. Metió la lengua dentro de ella regodeándose con sus gemidos, disfrutando de sus instintivas ondulaciones.

Alanna se debatió contra su orgasmo. Protestó en alta voz contra él, arañó la mesa y, al fin, se entregó y se estremeció en una violenta marea de éxtasis. Él hundió el dedo en ella y sintió sus frenéticos espasmos.

¡Dios, qué apretada, dulce y caliente; tanto placer sólo para él!

-Ian -exclamó con voz ronca-. Por favor, Ian.

-Sí.

Se incorporó, apartó el taburete de una patada y se quitó los pantalones. Con una sola embestida, la penetró. Alanna gritó y sus músculos se crisparon reteniéndolo como si no fuese a soltarlo jamás. Ian pensó que se quedaría así toda la vida.

Pero el frenesí los atrapó. Como los rayos afuera, él embistió y embistió, y cada movimiento de sus caderas lo llevaba más profundamente, cada movimiento daba una luz más intensa. Como el trueno, el deseó de Alanna era el eco del de Ian, y alzaba las caderas para recibirlo, concentrando todo su ser en la satisfacción.

La de él. La de ella.

Esta vez, cuando ella llegó al orgasmo, él estaba dentro de ella. Sus piernas lo rodearon reteniéndolo junto a su cuerpo, y se retorció sobre la mesa en glorioso arrebato. Ian se sostuvo largo rato hasta que los movimientos de su mujer se hicieron más lentos; entonces apoyó las manos sobre la mesa a ambos lados de ella. Inclinándose sobre ella, la sujetó y la penetró tan profundamente que Alanna no tuvo más alternativa que recibir la si-miente de Ian en su matriz.

Y la recibió con una exclamación de dicha.

Ian se dejó caer sobre ella con el pecho agitado, los brazos temblorosos por el esfuerzo. Quiso besarla, expresar la maravilla de sus sensaciones en esta unión, acariciarla mientras ella se recuperaba.

Pero ¿se atrevería? Se preguntó si no le habría hecho daño, dándole demasiado, exigiéndole una experiencia que él sabía que ella no tenía. Alanna era novata y casi no entendía lo que ella misma había provocado.

Él, con toda su experiencia, había llegado a tal punto de ebullición que había estallado en un relámpago de luz.

Cuando ella habló, se puso tenso.

¿Ian? -la voz suave se hizo más profunda y vacilante. Espero que no te importe... pero te amo.

27

Alanna no había tenido la intención de confesarlo. Ella era consciente de que habría sido mejor que Ian hubiera tenido tiempo de adaptarse a la rutina de Fionnaway antes de decirlo. Pero ahora no sabía si alguna vez tendría esa posibilidad y, en cierto modo, quería

compensarlo por la pérdida... además, la frase se le había escapado, sencillamente.

Te amo. La frase pendía entre ellos dos como un nudo corredizo.

Ahora que estaban juntos, todo estaba claro para Alanna... pero para Ian no estaba todo tan claro. El no había intentado convencerla de que lo amase. En realidad, no había dicho palabra. Se había limitado a llevarla a la cama. La había desnudado quitando cada prenda y revelando cada nuevo lugar con una actitud casi reverencial. Había quitado su collar y derramado una lluvia de besos en su cuello, uno por cada piedra. Después le había hecho el amor lentamente, con ternura, sumiéndola en tal torbellino de pasión que Alanna sólo había podido soltar sonidos inarticulados.

Ahora, acurrucada contra su espalda, ella rodeaba su cintura con los brazos. El pobre hombre estaba estupefacto, pero ella no podía retirar las palabras pronunciadas y, en consecuencia, tendría que acostumbrarse a ellas, ¿verdad? Una resistente burbuja de alegría se había formado en el interior de Alanna, y nada podría destruirla.

-Esposo, ¿te gustaría comer algo? Aún no hemos desayunado, ¿sabes?

Sin hablar, Ian echó una mirada al interior de la choza sin amedrentarse cuando el rayo rompía una y otra vez la oscuridad. Que así mera. Que Alanna interpretara su reserva como quisiera.

-¿No tienes hambre? -le dio un beso en el omóplato-. Bueno, tengo mejores planes para ti. Ian siguió callado; cavilando, sin duda. Nunca había conocido a tan magnífico cavilador; ella estaba dispuesta a arreglar eso.

-¿No quieres conocerlos?

-¿Qué...? ¿Conocerlos?

La voz de Ian había sonado áspera y muy aturdida.

-Mis planes.

Ella le hizo masajes con el pulgar en cada vértebra, bajando por la columna, con la intención de relajarlo.

Cuando llegó al cóccix, Ian gimió y se estiró.

-Planes.

Alanna sonrió sintiendo la sinuosidad de los músculos bajo la piel y, sentándose, sacudió su melena.

-Voy a afeitarte.

Se puso de pie, pasó por encima de él y bajó de la cama. Fue hasta donde estaba la gran maleta que había llevado y, rebuscando en ella, sacó una bata. Ian la contemplaba con una avidez que hacía vibrar el aire. Una avidez que se manifestaba en el parpadeo constante de los relámpagos y el retumbar de los truenos. Sin embargo, adoptó un aire distante.

-Aféitame.

Alanna sintió cierta compasión por Ian; sabía que él debía enfrentar emociones que jamás había esperado vivir. Pero no podía dejarlo retroceder: era suyo. Lo mejor era que él lo entendiera cuanto antes.

-Sí -sonrió-. Un poco de agua tibia, una navaja bien afilada, y por fin podré ver el rostro completo de mi esposo.

-Claro que sí. Aféitame -él sonaba un poco más animado cuando se incorporó lo suficiente para apoyarse en un codo-. Has descubierto una manera mejor de librarte de un marido no deseado que apelando a una anulación.

Esa hostilidad la sorprendió, le hizo parpadear.

-¿Qué quieres decir?

-¿Por qué no admites que quieres cortarme el cuello?

Una oleada de furia recorrió a Alanna al oír tan cínica suposición; mientras se tomaba tiempo para controlarse, deseó poder expresarse ella también con relámpagos y truenos. Pero debía arreglárselas con palabras; qué fastidio ser mortal. Con las manos en la cintura, contempló al hombre oculto por las sombras.

-¿Por qué querría cortarte el cuello?

-Porque has perdido Fionnaway gracias a mí.

-Fionnaway -renació la esperanza-. Fionnaway.

Qué tonta: ella había pensado en emociones abstractas. Él, en cambio, en tierras muy concretas.

Ella buscó en su bolso y sacó una bata de terciopelo. Era de ese color jade que destacaba el de su piel; no era casual que la prenda los acompañara en el exilio. Se la puso; en ese momento sólo pretendía cubrirse.

-Entonces me adelanté cuando rechacé la solución propuesta por Edwin; es decir, la anulación. Ian, que estaba apartando las mantas, se quedó helado.

Sin mirar, Alanna encontró el cinturón; lo anudó en su cintura.

-Tú deseabas una anulación.

La acusación de Alanna quedó vibrando en el aire; Ian se incorporó lentamente para replicar. Su magnificencia viril parecía empequeñecer la choza con su altura.. Su pelo, del color de la medianoche, atrapaba las explosiones de luz y parecía derramar plata fundida. Su cuerpo resplandecía: acero fundido y bronce pulido. Y en sus ojos enigmáticos se reflejaba la llama de la vela.

-Nunca. No sé de qué hablas; te aseguro que yo no quiero la anulación.

Con un extremo del cinturón en cada mano, Alanna preguntó:

-¿Aunque ya no tenga lo que tú deseas?

-¿Qué es lo que yo deseo?

-Fionnaway.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Ian; él dio un paso hacia ella.

-No querrás hacerme creer que te separarías de mí para hacerme un favor.

Alanna tragó con dificultad e hizo otro nudo en el cinturón.

-Nunca me has engañado: siempre supe que querías Fionnaway.

-No, señora mía -su tono era burlón-. Tú me acusas de rechazarte cuando yo soy la causa de tu caída.

Esta vez fue ella la que avanzó hacia él hasta que sólo un aliento los separó. Lo escudriñó atentamente: sus ojos ya no parecían enigmáticos. Encolerizado, herido, había sido golpeado por la vida y no tenía motivos para esperar que ella se condujera con él de una manera demasiado diferente al resto de las personas que lo habían maltratado tanto.

Si bien tuvo piedad por su angustia, al mismo tiempo Alarma sintió que una pequeña burbuja de esperanzas crecía dentro de ella.

-Quiero que seas feliz y sé que no puedes serlo sin... Tú deseas una propiedad. Si quieres una anulación, no te lo impediré.

-Como actriz, no tienes igual -le dio la espalda-. Casi me has convencido.

Levantó sus pantalones, se los puso con movimientos coléricos y echó una mirada por la ventana.

Alanna se dio cuenta de que él quería marcharse. Siendo como era un ser salvaje, quería huir de ella, de la situación. Pero el viento aún aullaba amera y la lluvia caía sobre el techo de paja.

Ian cruzó el cuarto en un sentido, luego en el otro. Un relámpago iluminó el cielo y el trueno sacudió las contraventanas.

La tormenta que él mismo había provocado lo atrapaba en la choza, con ella. Tal vez no fuese sólo la pérdida de las tierras lo que lo hacía pasearse y mostrar los dientes. Alanna debía averiguarlo, ¿no?

-Siéntate -le ordenó, señalando el banco. Ian alzó la vista hacia ella con expresión ceñuda, la cabeza levantada, las ventanas de la nariz dilatadas.

-No seas tan dramático -lo regañó, viendo que él se ruborizaba. Levantó el cubo con agua, lo puso sobre la mesa, sumergió en él un paño de lino y lo exprimió-. Si prometo no cortarte el cuello, ¿te sentarás?

-Maldita sea, qué irritante eres.

Se sentó con tanta fuerza que el banco se balanceó sobre las patas traseras y él tuvo que equilibrarse. Apoyó los codos sobre la mesa e hizo la parodia de la relajación.

-Yo no soy la que tiene el monopolio de ser irritante -calentó el paño sobre la llama de la vela hasta que casi no podía tenerlo en la mano; luego echó atrás la cabeza de Ian y rodeó su cara con el paño. Ian dio un respingo y lanzó una violenta maldición, pero Alanna lo

Librodot

sujetó con merza-. Ya -lo inmovilizó con una rodilla-. ¿Siempre te pones de tan mal humor cuando tus mujeres te declaran su amor? Ian apartó la mano de Alanna.

-¿Mis mujeres? -explotó en una carcajada que parecía un trueno-. No tengo mujeres.

-Bueno, tus amantes -insistió-. Cuando te dicen que te aman, ¿acaso huyes?

-No pienso hablar de eso contigo -la toalla comenzó a resbalar y él la sostuvo. Luego, como si ya no pudiese soportar más, se incorporó-. ¿Qué te hace pensar que quiero huir?

Alanna tuvo ganas de sonreír pero se contuvo.

-Intuición femenina. Ian se aflojó contra la mesa y se acomodó la toalla en la cara. Con voz ahogada, dijo:

-Nadie me lo ha dicho hasta ahora.

-Desde luego que no -burlándose de él, sacudió una toalla limpia y se la puso en el cuello. Mientras buscaba la navaja y el asentador en la valija, dijo-: Con esa cara que parece la gracia de Dios en la tierra y ese encanto, todas mis doncellas suspiran por ti; y tú me aseguras que ninguna mujer te ha dicho nunca que te ama. Trae el otro cubo, por favor.

-Diablos; sí, gusto a las doncellas. Yo me lo propuse. Me propuse agradar a toda tu gente -sus ojos lanzaban chispas mientras la veía asentar el filo de la navaja con largas pasadas-. Estaba resuelto a cumplir bien con el papel de señor de las tierras. Pero las mujeres... no, las mujeres no me aman.

Alanna probó el filo con el pulgar y, ya satisfecha, dejó la navaja sobre la mesa, detrás de Ian.

-¿Eso significa que ayer eras virgen?

-Las mujeres siempre me han deseado por el dinero o porque me creían peligroso; el peligro las atrae -cuando Alanna sacó el paño todavía tibio, le dedicó una sonrisa feroz-. ¿Tienes alguna queja sobre mi entrenamiento?

-Tu manera de hacer el amor, ya sabes, es arrobadora -inclinándose sobre él lo besó en los labios-. Pero si dices la verdad, y yo soy la primera que te ama, bueno, ahora entiendo por qué estás tan perturbado.

La detuvo poniéndole una mano en la espalda. Sintió la flexión de los músculos bajo su mano cuando ella se enderezó y disfrutó tanto de la sensación como de-testaba ese examen al que ella lo sometía.

-¿Por qué estoy perturbado?

-Porque no te agrada que haya alguien demasiado cerca de ti.

Retiró bruscamente la mano. Desde que era niño, nadie había podido atravesar su fachada misteriosa. Y ahora, esta menuda muchacha «sentía» su miedo, su perturbación, sin mirarle la cara, siquiera.

-Quizá tú tengas sangre selkie -un trueno sacudió la choza con largo retumbar; Ian esperó a que se apagara el ruido-. Ves los sentimientos.

-Esa sangre selkie es tan remota que en mis venas tal vez no haya más que una gota -le enjabonó la cara y extendió la espuma hasta el cuello. Tomó la navaja y dijo-: Echa la cabeza atrás -él obedeció y ella apoyó la navaja sobre la piel, cerca de la nuez-. ¿Preparado?

¿Que si estaba preparado? Si ella se inclinaba un poco más, él podría entrever el interior de la bata. Entonces ya vería si estaba preparado.

Con entonación paciente, ella dijo:

-Ian, créeme, no tengo intenciones de cortarte el cuello.

Por supuesto que no. Alanna jamás tomaría por el camino más fácil... ni permitiría que él lo hiciera. Estiraría la conversación hasta que él huyera o se volviera loco... o hasta que se convenciera de que ella lo amaba.

Por Dios, ¿podría atreverse a creerle?

-Aféitame -dijo a regañadientes.

Con una larga pasada, primero le cortó las patillas y, para sorpresa de Ian, no lastimó la piel. Limpió con cuidado la hoja y empezó de nuevo; después de unos primeros momentos de tensión, Ian comprobó que ella era buena. Muy buena.

-Eres mejor que mi valet.

-Acostumbraba a afeitar a mi padre. No confiaba en ninguna otra persona... había mucha gente en Fionnaway que deseaba verlo muerto... y él decía que yo tenía tal sentido del deber que no le cortaría la garganta -pasó por su cara un paño limpio y se inclinó otra vez hacia él-. Lamentablemente, tenía razón. Ian no pudo tolerarlo más. Necesitaba saber.

-¿Cómo es que no estás enfadada conmigo por la pérdida de Fionnaway?

-La culpa ha sido mía. No cumplí mi deber de preguntarte por tus antecedentes.

-¿Y por qué descuidaste eso, teniendo en cuenta que habías sido tan responsable en los demás aspectos? Ian aguardó la respuesta conteniendo la respiración.

-Quizá porque no me importaba la respuesta -terminó de afeitar el cuello con amoroso cuidado y luego asentó otra vez la navaja-. Mientras era bruja, cuidaste muy bien de Fionnaway. Cuando descubriste quién era yo, no trataste de matarme y quisiste casarte conmigo. Y no me declaraste tu amor de toda la vida sino que me dijiste la verdad. Ansiabas quedarte con Fionnaway, pero no por la riqueza de sus ópalos marinos sino porque querías un hogar -enjabonó otra vez su mano y extendió la espuma por las mejillas del hombre-. Eres un buen hombre, Ian MacLeod.

-Si piensas que mi decisión de casarme contigo en lugar de matarte es una señal de nobleza, es porque has tenido una educación dura.

Cuando Alanna sonrió, se formó un hoyuelo en su mejilla.

-Hay quienes no hubiesen vacilado, de haber sabido dónde encontrarme. Ian podía comprender que sospechara de sus intenciones, que estuviese resentida por ese matrimonio, por la ilegitimidad de él y por la destrucción que había llevado a su vida. Lo que no podía comprender era la con-fianza de ella. Ian tenía la impresión de que ella adivinaba sus pensamientos porque se apoyó sobre su hombro y dijo otra vez:

-Te amo.

Te amo. Pronunció esas palabras que penetraron en su carne como no lo había hecho la navaja. Y ni siquiera hubo sangre.

-No puedes amar a un hombre profundamente espantado y mutilado.

Alanna le estiró el cabello hacia atrás con la mano libre y lo miró a los ojos.

-Tú no eres nada de eso. Si yo fuese una presumida, proclamaría ante el mundo que me he casado con el hombre más guapo de Escocia. Ian echó la cabeza atrás y recorrió con su mirada las facciones de su mujer. El resplandor de las pecas se fundía en la nariz y la boca ancha sonreía o hacía un mohín o, como en ese instante, la resolución afinaba sus labios. Para Alanna las emociones no eran sus enemigas sino la mejor parte de la vida; él envidiaba esa ingenuidad. Aunque sabía que no podría soportar que ella rebuscara y descubriese todos los rincones oscuros de su alma, también sabía que debía ponerla sobre aviso.

-Tú no puedes ver las heridas profundas. No puedes ver la deformidad. Tú no me amas a mí sino a una fantasía.

Alanna rió. Su sombría advertencia la hizo reír.

-Vaya, Ian, ¿acaso crees que no sé a quién amo?

Con un dedo hizo girar su cabeza. Ian oyó el rascar de la navaja que desnudaba nuevas regiones de su cara. El sol quemaría esa piel expuesta. El viento la ajaría. Sin embargo, su piel se endurecería... y como ella su espíritu también tendría que hacerse fuerte y soportar la ex-posición.

-Sé que, a tu lado, soy una muchacha inexperta, pero eso no significa que tú lo sepas todo y que yo lo ignore todo -se acercó más, apoyó su mejilla en la de él y, canturreó casi-: Más aún -su aliento le rozó la oreja-, en lo que atañe al amor, yo sé más que tú.

Quizá sangrara, después de todo.

-Ah, ¿sí? Eso significa que has declarado tu amor a muchos hombres.

Ofendida, Alanna se irguió.

-Ya veo por qué temes que te corte la garganta -abrió su bata y dijo-: Oye, no seas tonto; no hay otro hombre. Hasta que te conocí a ti, no tenía una opinión particularmente favorable de los hombres. El amor no se refiere al asunto del macho y la hembra.

-¿No?

En ese preciso momento, con la vista fija en el resplandor de sus piernas, él habría jurado lo contrario.

Alanna se acomodó sobre él, con una rodilla sobre su muslo y el pie de la otra pierna en el suelo. Su limpio aroma lo embriagó. La cercanía de su cuerpo creaba en él remolinos de placer. Afuera rugía el viento pero dentro de la choza estaba acogedor y abrigado, y los pechos de su mujer estaban muy cerca de su boca. Expectante, aguardó a que ella abriese la parte superior de su bata.

-Aprieta los labios -dijo Alanna-. Quiero hacerte la barbilla.

-¿Hacerme la barbilla?

-Afeitarla -tradujo-. Quiero afeitarte la barbilla. Aprieta los labios -Ian obedeció y observó, fascinado, cómo ella lo imitaba y hablaba de un modo extraño, torciendo la boca primero a un lado, luego al otro-. Amo Fionnaway. Amo a mi gente. Amo a mi gato -señaló a Whisky que dormía sobre el tapete-. Hace mucho tiempo, amaba a mi madre. Ella me decía continuamente qué debía hacer. Me regañaba y me obligaba a ser responsable. Se burlaba de mí cuando yo tenía un berrinche -hizo una mueca-. Aun así, yo la amaba.

-¿Por qué?

-Tienes una hendedura -dijo, incoherente-. Estoy convencida de que quizá seas el hombre más guapo de Gran Bretaña bajo este techo de paja.

-Sí, es verdad. Eso dicen las mujeres.

-¿Quieres que te deje algo de patillas? -mantuvo la navaja en el aire-. ¿Bigote quizá?

-Bien podrías quitarlo todo -respondió, sabiendo que, si ella era capaz de afeitar el delicado contorno de su labio superior, podría prescindir de su valet. Impulsado por la curiosidad insatisfecha, insistió-: ¿Cómo es posible que amaras a tu madre si era así?

-¿Cómo no? La amaba porque ella también me amaba tanto que me decía qué debía hacer. Por eso, no me digas que no sé lo que es el amor. Tú no serías capaz de reconocerlo aunque te mordiese.

Ella se inclinó y le mordisqueó un hombro. Ian se estremeció y la abrazó. Alanna rió entre dientes y lo miró, expectante. La sentía cálida y viva en sus manos, más vital de lo que nunca sería él. Aun así, se aferraba a ella con la vana esperanza de que, de alguna manera, el calor de su cuerpo y la intensidad de sus pasiones pudiese ablandarle, algún día, el corazón.

-Yo no puedo retribuir tu amor.

-Bueno.... no. Quizá no. Ahora no -un suspiro hizo que su pecho subiera y bajara; apoyó la navaja en la otra mejilla. Mientras le afeitaba las patillas, dijo-: Pero no puedes aplastar las esperanzas que deposito en el futuro.

Evidentemente, abrigaba la esperanza de que si ella lo amaba con fuerza, tarde o temprano ese sentimiento contagiaría a Ian. Pero él había pasado años vagando, solo, no tenía esa confianza, y pensaba que si hubiera sido un buen hombre habría acabado con esas esperanzas en ese mismo momento.

-No soy un buen hombre -dijo, hablando tanto para sí mismo como para ella.

Alanna rompió a reír echando la cabeza atrás en un burbujeo de alegría, mientras Ian se dedicaba a sentir el perfume de su cuerpo y gozaba la gracia de su cuello, preguntándose cómo era posible que una mujer extrajese un placer tan sensual de una afeitada y de una discusión.

-Venga, Ian; yo diría que eres muy bueno.

-Muchacha atrevida.

Sin dejar de sonreír, Alanna puso espuma sobre el labio superior de Ian. Con delicadeza, terminó de quitarle el bigote. Limpió los restos de espuma, dio un paso atrás, y examinó su trabajo. Ian se sorprendió aguardan-do su veredicto como si la opinión de ella pudiese cambiarle el rostro.

-Uyy -era una exclamación de admiración. Como incapaz de resistir, su mano revoloteó hacia la cara de él y se posó en su mejilla. Trazó el contorno del pómulo y le acarició el mentón-. Tenías razón: eres el hombre más guapo de la Gran Bretaña -mientras le quitaba la toalla de alrededor del cuello, se inclinó sobre él poniendo su boca casi junto a la de él-. El problema, me temo, es que... me habría casado contigo sin tener en cuenta tu apariencia.

-¿De verdad?

La rodeó con los brazos y la navaja cayó sobre la mesa con ruido metálico.

-Oh, sí. Ian evaluó sus palabras, la sinceridad con que las decía: ella decía la verdad. Tal vez no fuera toda la verdad, aunque era la suficiente para que él dijera:

-Siempre pensé que si amaba a alguien podría hacer magia.

-Yo diría que es probable que tu magia haya inundado Fionnaway -lo besó suavemente y frotó los labios de él con los suyos-. Me gustas sin barba.

-Me alegro -abrió la bata y estudió ese cuerpo que ahora era suyo-. Porque acabo de descubrir que me gusta que me afeites.

De repente, Alanna se apartó; él la dejó ir, preguntándose por qué no se abrazaba a él. ¿La habría ofendido? ¿Se sentiría otra vez tímida?

¿Caprichosa quizá? No, estaba trabajando con el doble nudo de su cinturón; luego dejó que la bata resbalara hasta el suelo.

Volvió a estallar el relámpago; aunque la tormenta se alejaba, su luz alcanzó para iluminar la sonrisa titubeante de la mujer. Ian no tendría que apoderarse, exigir, seducir: ahora ella se ofrecía.

Ian pensó: Soy un oportunista, no soy mejor que cualquiera de los Fairchild. Pero tenía que poseer a Alanna. Se había pavoneado ante ella obligándola a aceptarlo y ella, como un espejo mágico, le devolvía otra imagen. Una imagen mejor.

En esta ocasión, resolvió mostrarle a ella su propia imagen. Mostrarle de qué modo lo afectaba y por qué.

Con mano temblorosa, le acarició la curva de la cadera y dijo:

-Si yo amara a alguien, podría hacer algo más que provocar una tormenta. Podría hacer auténtica magia.

Brilló un relámpago; un trueno retumbó en el momento en que él levantaba las manos. Mientras acariciaba delicadamente la piel de la mujer, la electricidad recorría sus nervios.

Alanna lanzó un gemido y echó la cabeza atrás.

-Sí. Magia.

Empujado por una ignota necesidad interna, confesó lo que siempre había guardado en su corazón:

-Si yo amara a alguien, haría brillar la luna llena en un cielo de luna nueva. Haría que pararan las olas en una noche de borrasca. Haría que el mar fuera tan transparente como un cristal.

-No sé por qué -Alanna le echó la cabeza atrás tironeándole del pelo- creo que puedes hacerlo. Ian tomó su mano y se la llevó a los labios para que ella sintiera la caricia de su declaración:

-Si yo amara a alguien, ésa serías tú.

Leslie estiró sus piernas era del fuego: otra vez las tenía hinchadas. Cuando apretaba la piel encima de los tobillos le parecía estar apretando un pan sin hornear. Su dedo dejaba un hoyo que tardaba en recuperarse. Pero se pondría mejor. Había arreglado las cosas; sólo necesitaba hacer su jugada...mientras aún había tiempo. Con aire bastante engreído, dijo:

-Muy pronto empezaremos a buscar el filón de ópalos marinos.

Edwin casi no apartó la vista de los libros contables de Fionnaway.

-Tendremos que traer mineros de otro sido. Estos campesinos no reconocerían un filón aunque les mordiese el culo.

Leslie se encogió: ésa era la sensación exacta que le producía su enfermedad. Como si las viejas promesas no cumplidas lo mordieran desde atrás.

-No importa. Cuando empuñen un pico, harán trizas la costa.

-Quizá yo no quiera que destrocen la costa -Edwin volvió una página, que soltó un crujido-. Tal vez quiera que el trabajo se haga bien.

Leslie giró la cabeza y lo miró con malevolencia.

-Harás lo que yo te diga.

-¿Por qué? -los azules ojos MacLeod, tan similares a los de Alanna, le devolvieron la mirada sin parpadear-. Estando Alanna casada y exiliada, usted ya no es el tutor. Ya no puede dar órdenes.

Ese imbécil lo desafiaba. ¡A él, que había puesto todo aquello en marcha! Leslie aspiró una gran bocanada de aire con la intención de gritar su respuesta, pero sus pulmones estaban demasiado obstruidos y tuvo que conformarse con un susurro furioso.

-¿Así es como me pagas todo lo que he hecho por ti?

-Usted me dijo que su hijo era un bastardo. Esa información me permitió hacerme con Fionnaway; lo reconozco -volvió otra página y frunció el entrecejo-. Sin embargo, examinando estas cifras, yo diría que ya ha tenido su recompensa. Ha gastado hasta el último penique que produjo Fionnaway.

Leslie resopló por la nariz: como si el derroche no tuviese importancia. Él era un aristócrata inglés.

-Tienes las otras dos piedras. ¡Véndelas!

-Eso pienso hacer, para poder contratar mineros que hagan un buen trabajo -se puso de pie y cerró el libro-. Ahora yo soy el amo de Fionnaway y, si le quedar algo de sensatez, lo tendrá presente.

Leslie rió sin hacer caso de los estertores de su pecho. Ese joven don nadie creía poder ser más listo que Leslie Fairchild. Ningún hombre lo había sido hasta entonces, y sólo una mujer.

-Si tú fueras sensato, harías lo que te digo.

Alarmado por el tono de Leslie, Edwin se volvió:

-¿Por qué?

-Pichón mío... -¡Dios, cómo lo disfrutaba Leslie...!-: Me casé con la madre de Ian por medio de un contrato. El no es ningún bastardo.

Como los anillos de una serpiente, el mal se enrosca en la corriente de la vida distorsionando cualquier reflexión y consumiendo cualquier esperanza. El mal se alimenta de sí mismo y se fortalece con el miedo y la locura.

También la magia atraviesa toda la existencia. Puede ser vista en el arco iris, oída en el graznido del cuervo, saboreada en un sencillo estofado. Y sin embargo, como el mal, la magia puede causar estragos. Cada vez que se usa se comporta como una piedra arrojada a un estanque. Sus ondas se amplían hasta que tocan todas las orillas. Afecta todas las vidas, provoca cambios que ni los más clarividentes pueden anticipar.

El mal destruye. La magia engaña.

¿Qué poder sobre la tierra de Dios es capaz de equilibrar esas poderosas fuerzas?

28

Vestida y calzada con sus botas más fuertes, con el collar firmemente sujeto al cuello, Alanna se escabulló fuera de la choza. Todavía soplaba el viento pero casi no quedaban nubes, salvo unas pocas hilachas que se deslizaban hacia el sol poniente. Caminaba lo más rápido que podía con la esperanza de que la tormenta no hubiese provocado alguna situación digna de la atención del señor Lewis. Lo necesitaba al frente de su iglesia.

Allí estaba. Como si la esperara, mirándola mientras se acercaba a él.

-Suponía que vendrías hoy, milady -dijo en alta voz-, cuando supe que te habían echado de la casa.

Alanna se detuvo ante él y puso los brazos en jarras.

-Entonces ya sabe por qué he venido.

El ministro llevaba, como siempre, su sombrero de ala ancha, una camisa de manga larga, el kilt con los colores de los MacLeod. Como siempre también, era discreto:

-Cuéntame.

-Leslie Fairchild asegura que su hijo es ilegítimo. Por otra parte, tiene todos los síntomas de quien se está muriendo después de haber roto una promesa hecha a una selkie -con expresión apremiante, se inclinó hacia él-. ¿Está mintiendo, señor Lewis? ¿Se casó con la madre de Ian?

-Ven -invitó él con un ademán-. Demos un paseo; te contaré una historia.

Empezó a andar, pero Alarma, decepcionada, se quedó donde estaba.

-Por favor, señor Lewis, no tengo ganas de escuchar una historia. Sólo quiero saber si estaban casados.

-Vosotros los jóvenes sois demasiado impacientes -siguió andando-. Si quieres oír las respuestas tendrás que esperar que lleguen.

-Está bien -se apresuró a alcanzarlo-. Pero me lo dirá, ¿verdad?

-Tú sabes que los selkies han hecho su morada en esta región de Escocia desde los tiempos más remotos que alguien pueda recordar y, al igual que los humanos, hay entre ellos buenos y malos, serenos y salvajes.

selkies. Hablaba de selkies.

-Me lo dirá -dijo Alanna, complacida, y aceleró la marcha.

Librodot

Iban por la huella que serpenteaba a lo largo del borde del acantilado, donde se alternaban paisajes del mar aún agitado con tranquilos grupos de robles esculpidos por el viento.

Alanna escuchó con atención el relato del señor Lewis.

-Muirne, la madre de Ian, estaba entre las salvajes; siempre quería ver qué había en tierra. Cuando cumplió dieciséis años se transformó por primera vez.

-¿Cómo?

Alanna esperó la respuesta conteniendo el aliento. Siempre había querido saber pero habían hecho caso omiso de sus preguntas.

El señor Lewis, en cambio, sabía. Ahora no tenía más dudas al respecto.

-Se trepaba a las rocas... ¿ves? Aquéllas que están allí, en la costa.

Señaló y Alanna vio unas rocas negras, muy lisas por la acción del viento y las olas. En días cálidos, había visto focas tomando el sol allí; ¿cuántas de ellas serían selkies?

-Muirne forcejeó para salir de su apretada piel. Salió primero la cabeza, luego un hombro, después el otro; como un niño de la matriz, ella se liberó de la piel. Nacimiento difícil, seguido por una adaptación también difícil. Se estiró, movió los pies, probó sus piernas, tambaleándose como una pequeña en sus primeros pasos.

En la imaginación de Alanna se formó la visión de una beldad de ojos y cabellos oscuros que caminaba torpemente en la orilla del agua, ganando confianza a cada paso que daba hasta que se sintió lo bastante fuerte para trepar el camino que iba del acantilado a la aldea.

-¿Estaba vestida?

-¿Qué criatura viene al mundo vestida? -preguntó el ministro-. Pero la muchacha había observado a los humanos y conocía su costumbre de cubrirse. Sin el menor escrúpulo, robó prendas tendidas a secar en una cuerda y se mezcló entre los mortales. Desde luego, los hombres se enamoraban de ella porque era hermosa y los provocaba.

Alanna se encogió. En otra época ella había provocado al señor Fairchild, burlándose de su falta de poder sobre ella y había resultado herida.

Al ver su reacción, el señor Lewis dijo:

-Sí, tú conoces los peligros de esa conducta. Irritó a los hombres y, un día, un grupo la atrapó. Comenzaron a acosarla, a tratarla de monstruo, sin duda preparándose para algo peor, hasta que intervino Leslie Fairchild.

-Supongo que estaría muy asustada -dijo Alanna con acritud.

-No. En aquel momento, él estaba de visita en Fionnaway, y se dedicaba a beber y a ir de juerga con tu padre, apuesto como el demonio e igual de malvado.

-Hoy sólo le queda la maldad.

-Eso sucede con la belleza terrenal -le tocó la mejilla con un dedo-. Por eso todos buscamos a alguien que nos quiera, Alanna. Cuando estés marchita y seas desagradable como yo, te alegrarás de tener a Ian.

-El no me ama -respondió con voz firme, orgullosa de decirlo.

-El día aún no ha terminado -algunos trozos del sendero estaban embarrados y otros cubiertos de hojas. El señor Lewis resbaló y dijo, con tono irritado-: Bueno, ¿quieres escuchar la historia o quieres parlotear?

Alanna se inclinó para recoger una estaca que había caído de un árbol y la entregó al señor Lewis.

-Lo escucho.

El sacerdote se detuvo, examinó la rama; luego la clavó en la tierra y se apoyó en ella.

-Todas las muchachas estaban enamoradas del señor Fairchild. El se satisfacía con ellas a su antojo; yo ya sabía entonces que él no era bueno. Pero salvó a Muirne y a ella le pareció maravilloso. Más aún, él se enamoró sin límites de ella.

-Oh, señor Lewis, ese hombre jamás amó nada que no fuese él mismo.

Yo no diría eso. Es cierto que la ha amado tanto como es capaz de amar un sujeto torcido como él -la mi-rada del señor Lewis escudriñó el mar-. Durante todo el verano recorrió la costa, rogándole que se casara con él; admito que, en un momento, yo pensé que ella sería la perdición de él.

-¿De modo que se casaron?

El hombre suspiró hondamente.

-Lo sabía. ¡Lo sabía! -Alanna no podía contener su sensación de triunfo.- ¿Usted ofició la ceremonia?

-Sí. Pero no quise casarlos a menos que no mera con un contrato, porque yo no me fiaba de él.

Alanna dijo, sorprendida:

-Él es inglés. ¿Entendió qué significaba un contrato?

El señor Lewis echó a andar otra vez.

-Yo le expliqué con mucha claridad que podrían convivir como marido y mujer durante un año y que si, pasado ese lapso, querían continuar juntos y si la unión resultaba ser fértil, quedarían casados para siempre.

Alanna tomó el brazo del señor Lewis y lo obligó a detenerse.

-¿Le aclaró las condiciones que implica casarse con una selkie?

-Él conocía bien las consecuencias de sus acciones. Muirne me responsable y se las dijo -con el improvisado bastón, el sacerdote señaló en la dirección en que el sendero se alejaba serpenteando siguiendo la línea de la costa-. Ella lo amaba pero creo que no confiaba en él. Era una unión desuñada al fracaso y yo lo supe antes de que

acabase el primer invierno. Él odiaba esta tierra cuando se desataba la tormenta y hacía tanto frío que las orejas trataban de refugiarse bajo el pelo. Muirne también era desdichada. Quería ver a su familia pero sus parientes se habían alejado de ella y así seguirían hasta que ella regresara al mar. Él quería ir a Londres, pero ella le dijo que no podía, que jamás viviría en ningún otro sitio.

Alanna no podía creerlo.

-¿Acaso no lo sabía?

-Se lo dijimos pero no lo creyó. Sin embargo, en medio de tanta infelicidad, no podían sacarse las manos de encima y, antes de la primavera, ella estaba embarazada.

-Así que terminó el contrato y quedaron casados para siempre.

-Sí, y cuando él lo supo dijo a Muirne que se iría a la casa Fairchild a visitar a su familia antes de instalarse aquí en la costa, para siempre.

El señor Lewis no dijo nada más: no era necesario. Alanna se dio cuenta de que el señor Fairchild, con la esperanza de romper el encantamiento, había huido como una rata abandonando a su esposa embarazada. Imaginando la pena de Muirne, Alanna preguntó:

-¿Estaba sola cuando dio a luz?

-Completamente sola -la compasión del sacerdote se reflejó en su voz-. Ella y el recién nacido vivieron en una cabaña que estaba sobre el acantilado, no muy lejos de aquí, y cuando llegó el momento en que ella debía regresar al mar, llevó a Ian a la casa Fairchild. Lo puso en manos de Leslie con la advertencia de que el niño fuese bien tratado. Y le recordó que debía acudir a ella cuando Ian hubiese madurado.

Llegaron al final del sendero, donde comenzaba el descenso pedregoso hacia el agua. Alanna precedió la marcha y la conversación se interrumpió porque ahora el camino era escarpado y estrecho hasta que desembocaba en una caleta con playa de arena protegida por los acantilados; allí lo esperó. Cuando él llegó, ella dijo:

-No puedo creer que el señor Fairchild haya cometido la tontería de venir aquí en calidad de tutor mío.

-Por más que se hubiese mantenido lejos, no se habría salvado.

Alanna no podía discrepar con él porque el señor Lewis conocía mejor que ella la leyenda.

-De todos modos, la gente que vive en las zonas de las islas Británicas donde la magia murió hace mucho... en realidad no lo creen posible. En mi opinión, él vino convencido de que, años atrás, había tenido un mal sueño. Que, en realidad, Muirne era sólo una mujer y que él jamás debería pagar un precio por no cumplir su palabra -junto a la base del acantilado había un gran bloque de granito gris y el señor Lewis se sentó en él-. Ha descubierto que se equivocó y ahora está desesperado.

Alanna recordó la expresión del señor Fairchild cuan-do había exigido a Ian que excavase la costa.

-Me parece que él cree que, si destruye todo esto -con un gesto del brazo abarcó los acantilados de granito, la costa y el mar, hasta el horizonte-, acabará con el embrujo que da prosperidad y tranquilidad a Fionnaway.

-Quizá sea así -el señor Lewis la miró, y Alanna creyó ver el brillo de las lágrimas en sus ojos-. Ése es el peligro, ¿no es cierto?

Alanna lo comprendió: ése era su legado sagrado, el lugar que le habían enseñado a proteger.

-No puedo esperar para recuperar ese certificado de matrimonio, ¿no cree? Debo ir ya mismo.

Debía ir. Se trataba del nacimiento de Ian. Él no era un bastardo que Leslie había concebido sobre las rocas en un encuentro casual con una selkie. Era legítimo, había sido concebido por dos personas que se amaban, que al menos se habían amado durante un tiempo.

Y como había percibido la firmeza de Ian, detrás de la cual se escondía un miedo muy real, sabía que él le prohibiría ir. Aunque dijera que no la amaba, el temor por ella le haría renunciar a tratar de demostrar su propia legitimidad. Hasta perdería Fionnaway, su más profundo deseo.

-La marea está baja -dijo el señor Lewis con suavidad-, pero pronto cambiará y la tormenta ha dejado bastante mar de fondo.

Decía la verdad. No era un buen momento para nadar. Alanna miró el lejano saliente donde se ocultaba la cueva: la tormenta había cesado pero sus efectos persistían en el mar. El estrépito de las olas era tal que Alanna y el señor Lewis tenían que levantar la voz para hablar. Las olas llegaban coronadas de espuma. La playa estaba sembrada de astillas de madera y conchillas rotas. Algunas criaturas marinas no habían tenido la suerte de escapar a la furia de la tormenta. Y si Alanna no tenía suerte, acabaría como ellas.

Por primera vez desde que ella tenía memoria, el señor Lewis se quitó el sombrero. Su pelo corto era hirsuto como el de una foca y el sol poniente remarcaba las arrugas de su cara. Comprendió que era un hombre mayor, que había dedicado su vida a atender a su rebaño de fieles y a custodiar el cumplimiento del pacto.

-Ojalá pudiera ir contigo, pero sería más una carga que una ayuda.

Parecía tratar de convencerse a sí mismo.

-Puedo hacerlo -le aseguró la muchacha.

Debía hacerlo. Se quitó rápidamente las botas y los calcetines y dejó todo en la parte alta de un peñasco. La arena fría se pegaba a sus pies descalzos mientras ella ponía el collar dentro de una bota.

-No tengo la tela impermeable para proteger la licencia de matrimonio.

El señor Lewis se puso de pie, buscó en el interior de su morral de caminante y sacó el zurrón de hule de Alanna.

-Se me ocurrió que lo necesitaríamos. Dentro puse tu licencia de matrimonio. La de tu boda.

-Estaba seguro de que yo vendría, ¿eh?

Alanna sonrió cuando recibió el zurrón; luego le hizo señas de que se diera vuelta. El sacerdote lo hizo.

-Rogué a Dios que lo hicieras.

Alanna se quitó el cinturón y lo utilizó para atar la falda entre las piernas. Esto no era muy propio de una dama, pero tampoco lo era la forma en que ella solía nadar; prefería hacerlo desnuda.

-También rogaré a Dios que te permita volver a salvo -agregó el señor Lewis.

-Aceptaré esa plegaria y sumaré la mía -le tocó levemente el hombro-, Pero usted siempre me enseñó a orar como si todo dependiese de Dios y a trabajar como si todo dependiese de mí. Volveré, señor Lewis. No se aflija por eso.

Mientras ella se metía en el agua, el señor Lewis murmuró:

-Ah, muchacha, ahora seguiré mi propio consejo.

29

Ian cruzaba el bosque rumbo a la iglesia. La tormenta se había agotado mientras él dormía. El sol brillaba entre las ramas, el suelo estaba cubierto de hojas y a lo lejos oía el rumor del mar diciendo su nombre como el de un pariente perdido hacía mucho tiempo.

Ignoró el llamado y se concentró en Alanna.

Cuando despertó y vio que no estaba, resolvió con sombría determinación buscar a su esposa y traerla de vuelta. Imaginaba que ella estaba enfadada porque él le había dicho que no podía amarla; habría huido a ocultarse para lamer sus heridas. O, peor todavía, al despertar habría cobrado conciencia del hecho de que por culpa de él había perdido su precioso Fionnaway. Sabe Dios que él se había puesto furioso.

Era probable que hubiese corrido a la iglesia a hablar con el señor Lewis. ¿A qué otro sitio iría? Seguramente no iría a Fionnaway. Allí no sería bien recibida.

Como era joven, Ian la perdonaba, pero debía hacerle comprender que los conflictos entre marido y mujer no debían salir del ámbito del matrimonio, ni siquiera para exponerlos ante un ministro de confianza. Ian lo explicaría y Alanna lo entendería. Se irían a vivir a cualquier otro lugar... y él haría todo lo que estuviese a su alcance para compensarla por la pérdida de Fionnaway.

Compensarla por la pérdida de Fionnaway. Quiso gritar de angustia al pensarlo. ¿Cómo podría compensarla de semejante

privación? ¿Qué podía darle para compensar esa pérdida? Su casa de Londres era fría y oscura un sitio para estar de paso, no para vivir. Ni siquiera tenía un perro allí, y casi no conocía a los criados.

Era diferente de Fionnaway, donde las personas lo recibían como si comprendiesen las cuestiones que atormentaban su alma. No era como Fionnaway, donde hasta las piedras parecían familiares. No era como en Fionnaway, donde había una mujer que insistía en que lo amaba y que sólo con el influjo de sus palabras, creaba una ilusión de calidez y seguridad.

No se preocupaba por el barro -e1 barro de su tormenta- que se pegaba en sus botas ni por la brisa inquieta que revolvía su pelo. Sus pensamientos teman que ver sólo con Alanna.

No la casa de Londres no reemplazaría la casa que ella había perdido... así como él no podía reemplazar al marido que ella debería haber tenido. Un esposo que la amara como ella merecía.

El problema era que, en ese momento, no podía dejar que se fuera. Era la única luz en su largo y sombrío futuro; él encontraría algún modo de hacerla feliz.

Parpadeó al comprobar, sorprendido, que había llegado al borde del acantilado. Ante él se extendía el sendero que llevaba a la playa. Más allá, el mar se perdía en el infinito. Una vez más, oyó la voz musical de su madre que lo llamaba:

-Ian, hijo mío.

__¡No!

Trató de apartarse. No podía sucumbir a un encantamiento mágico. Tenía una esposa a la que debía mantener, debía enmendar dos vidas.

-Ian.

Oyó otra vez su nombre pero esta voz no era musical. Tampoco era una voz femenina; Ian buscó de dónde procedía.

Allí, en la playa, estaba el señor Lewis agitando los brazos como un molino.

-¡Ian! Has llegado justo a tiempo. Ven. ¡Baja, deprisa! Ian no quería bajar. Quería mantenerse bien lejos de ese condenado mar bullente.

Pero al ver que Alanna no estaba con el señor Lewis, ya no sabía dónde buscarla; fue así que accedió a bajar para pedirle consejo. Sus instintos lo empujaban a tratar de encontrar a Alanna.

A medida que bajaba, el olor a pescado y a agua sala-da se hacía más fuerte. La sal le cuarteaba los labios y el rugido de las olas palpitaba en su cabeza como una melodía olvidada hacía mucho tiempo. Instintivamente se dio cuanta de que la marea estaba empezando a subir. También percibía que la tormenta desatada por él había molestado a criaturas de las profundidades que habría si-do preferible dejar en paz y modificando bajíos quietos desde hacía años.

Esas intuiciones eran una parte de él que odiaba, tanto como el egoísmo que había heredado de su padre.

Aunque había tirado su sortija, no podía deshacerse de sus senados selkie. Aunque había rechazado a su padre, la frialdad de un Fairchild jamás podría curarse. Se aferraba a Alanna como el náufrago se aterra a un madero, con la esperanza de que su humanidad encontrase un modo de salvarlo.

-Ian -el señor Lewis lo agarró por la pechera de la camisa cuando daba sus últimos pasos sobre la playa. El sombrero del ministro estaba arrugado como si hubiese estado retorciéndolo, y tenía manchas de sangre en los labios resecos-. Ian, debes ayudarla.

A Ian se le erizó el pelo de la nuca. Entonces apoyó la mano en el hombro del anciano.

-¿Ayudarla? -pese a la pregunta, ya recorría el horizonte con la vista buscando a Alanna. A su esposa-. Está nadando en el mar, ¿no? Le dije que no, y de todos modos ha ido a nadar.

Lo hizo para salvar Fionnaway.

-¿Cómo? ¿Acaso fue a buscar una parte del pacto, antes desconocida, que diga que puede casarse con un bastardo?

-Algo así. Ay, Ian... Ian no quería que el señor Lewis excusara a su esposa. La amargura creció en él, inexorable como la marea.

Así que está arriesgando su vida para recuperar Fionnaway.

-Sí, y por ti -el sacerdote se apresuró a defenderla-. La quiere por ti.

-Por supuesto, se sacrifica por mí -replicó, irónico-. Más probablemente por su condenada herencia. Maldita sea. ¡Maldita sea, por bruja y mentirosa! -sus ojos exploraron el mar agitado. Nada se balanceaba entre las olas-. Es como todas las mujeres del mundo, afanándose por lo que puede poseer, por lo que puede tener.

-Bueno -el señor Lewis apretó los labios finos como si estuviese ofendido-. ¿Qué es lo que tiene contigo?

Ian no tenía respuesta para eso y preguntó en tono brutal:

-¿Cuánto hace que se ha zambullido?

-Hace demasiado tiempo. La vi cuando se fue, pero la marea está subiendo y aún no ha vuelto -el señor Lewis señaló-. Mira allí. La caverna está detrás de aquella roca -agarró el brazo de Ian- Ha sucedido algo. Ian, tienes que ir por ella.

-Y torcerle el cuello -Ian pasó la vista del mar al rostro marchito del ministro-. ¿Cómo es posible que haya dejado que mera?

El señor Lewis esbozó una sonrisa desmayada.

-Yo la envié, muchacho. ¿Todavía no sabes quién soy?

Al advertir las chispas de plata en los ojos del anciano, Ian lo supo. Extrajo la certeza de las profundidades de su alma junto con la reverencia por ese ser que había consagrado su vida al bien de todos.

-Usted es el custodio selkie, el que cuida que los humanos cumplan el pacto.

-Sí, y en este preciso momento tu padre y su cómplice están allí arriba, urdiendo un complot para destruir este lugar. Nuestro hogar. Ve al agua, pues, y trae viva a lady Alarma. Ian no esperó a oír más. Se quitó las botas, se arrancó la camisa, y se zambulló.

El frío lo intimidó. Era ese frío que cala hasta los huesos, propio de un mar tan antiguo e indiferente al que no importan las criaturas que se atreven a desafiarlo. Las despiadadas olas lo azotaban como la bofetada de una mano descuidada; se hundió más, empujado por fuertes corrientes, y la oscuridad lo encerró. Era algo más que la oscuridad de las profundidades. Era la oscuridad del espíritu, un resurgir del antiguo temor que lo ahogaba.

Dios querido. Se estaba ahogando. Él no era selkie, no podía respirar. No podía nadar. Ya no era un niño de tres años, convencido de que el mar era su patio de juegos. Era sólo un hombre. Tenía brazos y piernas y su propia madre había dicho que no eran muy aptos para nadar. Pataleó con desesperación, tratando de subir a la superficie. Lo consiguió, y aspiró a grandes bocanadas. Luego se sumergió de nuevo y otra ola lo arrastró hacia el fondo.

El pánico se repitió pero él logró salir una vez más a la superficie. Adoptó un ritmo frenético, hundiéndose bajo las crestas de las olas y luego emergiendo en procura de aire. No era más que un trozo de madera flotando, arrastrado de un lado a otro, incapaz de actuar... y por más que Alanna no lo supiera, ella lo necesitaba.

Saltó fuera del agua, bramando de frustración. Era un hombre, maldición, y no permitiría que esa infinita extensión de mar impiadoso dirigiese su destino... y se apoderase de la vida de su esposa.

Con renovada tenacidad, se impulsó hacia la caverna. La marejada lo alejaba de ella pero él se empecinaba pensando Alanna, Alanna, y lo intentaba una vez más, empecinado. Al acercarse al acantilado donde estaba la cueva trató de oír algún grito pero el estruendo de las olas rompiendo contra las rocas tapaba cualquier sonido.

Sin embargo, ella estaba allí. Tenía que estar. Al recordar cómo le había descrito la caverna, la saliente de piedra bajo la cual debía maniobrar, el suelo seco de arena en el interior, a Ian se le ocurrió que podía haber quedado atrapada por la marea alta. Rogó que no se le hubiese ocurrido salir en ese momento, internándose en un mar que no perdona los errores. Ian rezó. Ian, que no creía que un ser como él pudiese recibir ayuda, rogaría por la vida de Alanna. Ella sí era humana. Seguramente, Dios lo escucharía.

Se reuniría con ella en la caverna. La acusaría de picara codiciosa. Y daría gracias a Dios de que estuviese viva.

Por favor Dios, haz que esté viva.

A medida que se acercaba, el mar trituraba la roca como un monstruo hambriento. Se debatió contra las olas mientras exploraba los alrededores con la vista, procurando ver una pequeña cabeza coronada de rojo, buscando la entrada de la cueva adonde la avaricia había atraído a Alanna.

¡Allí! El seno de una ola le permitió ver un lugar donde el acantilado había sido horadado por las corrientes. Allí. Aspiró una gran bocanada de aire, se zambulló con la ola que llegaba y dejó que lo llevase hacia el acantilado. Desapareció la luz mientras él pasaba bajo la saliente rocosa; el agua tomó esa apariencia de tinta china que él tanto temía. La arena se arremolinaba alrededor, levantada del fondo por el movimiento del agua. Sintió el impulso de la corriente y las piedras que rodaban hacia los costados.

Asustado, abrió los ojos; la sal le escoció tanto que no podía ver nada. Lo único que pudo hacer fue nadar con grandes brazadas, esperando eludir las rocas, buscando la entrada que estaría en algún punto delante de él.

Entonces sintió algo en sus manos. Algas.

No, un momento. Tocó de nuevo.

Pelo. Largos cabellos flotantes. Manos que se agarraban a él. Alanna. Estaba ascendiendo, buscando la superficie.

No, aquí no.

Con ese sentido sobrenatural que tenía, Ian se dio cuenta de que no podrían llegar al aire. Seguramente, los cambios en la profundidad la habían desorientado y, si ahora intentaban alcanzar la superficie, estando precisamente bajo el acantilado, quedarían atrapados, se darían contra las rocas.

Desesperado, se sumergió más aún, arrastrándola con él.

Con la misma desesperación, ella intentó librarse de él. Estaba quedándose sin aire.

Por, favor, mi amor. Por favor confía en mí por última vez.

Alanna forcejeó un instante más y luego, como si hubiese oído su ruego, se aflojó. Ian la arrastró hacia el fondo, buscando una corriente favorable. Alanna se agitó de nuevo estremeciéndose, y Ian se dio cuenta de que ella estaba perdiendo la batalla por la vida. Si no la sacaba pronto de allí y la llevaba a la playa, se dejaría ahogar junto con ella.

En ese momento, algo lo empujó con fuerza. Agarró con fuerza a Alanna mientras la criatura lo empujaba desde atrás. Hacia abajo, hacia afuera. Hacia la vida. Ian y Alanna salieron a la superficie, donde los rayos del sol caían oblicuos. Mientras aspiraba el aire con avidez, apareció una cabeza cerca de él. Era la cabeza negra y lisa de una foca. Ian reconoció sus ojos. Reconoció su cara.

El recuerdo lo sacudió de tal modo que estuvo a punto de volver al fondo. La sal le quemó los ojos; no la sal del mar, era la de las lágrimas tanto tiempo contenidas. Gritó, sin saber qué.

Entonces, Alanna se movió entre sus manos. Tosió, medio ahogada pero todavía luchando. Una enorme ola cayó sobre ellos; Ian alzó a Alanna manteniéndola fuera del agua mientras pasaba la ola.

Cuando hubo pasado, miró otra vez a su alrededor: la criatura había desaparecido.

Rodeó el pecho de Alanna con un brazo y la arrastró tras él. Las oscilaciones del mar permitían que Ian viera a veces la costa; un instante después la perdía de vista. Maldijo la cólera que había provocado la tormenta e imaginó cómo regañaría a Alanna. La maldijo por inducir en su interior esa inmensa y desgarradora emoción.

Para alegría de Ian, la marea creciente los llevó casi sin esfuerzo. El no habría podido hacerlo librado a sus propias fuerzas. Después de haber nadado hasta allí, el pánico y el frío lo habían agotado.

En ese momento recordó la ayuda que había recibido bajo el agua.

El no había hecho solo aquello: algo lo había ayudado.

Alguien.

Sus pies tocaron el fondo de arena. Se irguió con dificultad, cargando a Alanna y luego una ola lo derribó. Cuando aparecieron de nuevo, más cerca de la orilla, Alanna estaba conmocionada pero ahora la corriente los arrastró más lejos. Cuando hizo pie, ayudándose con manos y pies, arrastró consigo a Alanna.

Así llegaron hasta la franja de arena húmeda donde morían las olas.

Como maderos en la playa, quedaron tendidos boca abajo, tosiendo y escupiendo agua salada. Ian sentía las conchillas que se clavaban en su mejilla; observó a Alanna y vio que tenía la carne de gallina, que temblaba de frío, que su pelo estaba lleno de arena y de briznas de algas.

Parecía estar bien. Parecía estar viva.

La ambiciosa muchacha giró la cabeza y, al sorprender la mirada de Ian, sus labios azulados se abrieron en una sonrisa amorosa. ¿Acaso pensaba que él ya creía en el amor?

-¿Por qué has hecho esto? -la pregunta lo quemaba-. Me has engañado.

La sonrisa de Alanna desapareció. Se incorporó sobre los codos y bajó la cabeza, con aire culpable.

-Ya sé que me habías dicho que no volviera allí -se sentó, desató el cinturón que ceñía su cintura y sacó con cuidado el paquete de tela impermeable-. Pero cuando te diga lo que recuperé...

-¡Ya lo sé todo sobre tu amado documento! Me lo dijo el señor Lewis.

Alanna se detuvo con la mano extendida, viendo que Ian miraba con desprecio el paquete.

-No entiendo. ¿No estás entusiasmado?

-¿Entusiasmado? -se puso a cuatro patas y la miró con la misma hostilidad que Damon cuando estaba en su talante más feroz-. ¿Entusiasmado? ¿De que mi es-posa arriesgue su vida y la mía por un trozo de papel y una parcela de tierra? Pero no debo culparte por eso. Después de todo, yo también hice todo lo posible por apoderarme de Fionnaway. Pero me has mentido.

Alanna tuvo la audacia de adoptar una expresión confundida.

-¿En qué te mentí?

-Me dijiste que me amabas.

Alanna dejó caer la mano.

-Sí, te amo.

-Con la condición de que también puedas tener Fionnaway.

Alanna inclinó la cabeza y lo observó en un momento en que debería estar farfullando excusas. Su actitud serena lo enervó, como le había pasado hacía años cuando su madre le hacía notar su temperamento poco razonable.

Se sentó, fijó la vista en el horizonte, donde sólo asomaba un borde de sol e intentó ignorar a Alanna. Ian la oyó acercarse.

-Ian -le rodeó el hombro con el brazo o, al menos, la parte del hombro que podía abarcar-. Cuando nos marchamos de Fionnaway yo tenía la certeza, o al menos estaba bastante segura, de que tu padre mentía. Ian se sacudió pero el brazo no se movió.

-¿Cuándo?

-La última vez. Cuando dijo que tú eras bastardo.

Ian se atragantó.

-¿Bastardo? -graznó-. Es verdad; lo soy.

-No -replicó ella con suavidad-. No es verdad.

Ian giró la cabeza y le clavó la vista. Nada se agitó en su pecho. Ni esperanza, ni alegría, nada más que la lúgubre certeza de que ella estaba equivocada. No podía ser de otra manera. Él había sido un bastardo toda su vida.

-¿El señor Lewis no te lo dijo? -abrió la tela impermeable y deshizo una serie de envoltorios hasta que por fin apareció un rígido pergamino; se lo ofreció-. El acta de matrimonio de tus padres.

Ian no quería mirarla. Si ella le había mentido en algo así, oh, Dios, en algo así... moriría. Se consumiría y moriría.

-Ian -le acarició la mejilla-. Mira.

Movió los ojos con cautela. Sólo los ojos. Y en la par-te superior leyó Matrimonio. Miró a Alanna.

-Es auténtico. Tócalo.

Animado por el tono suave de ella, lo tomó con dos dedos y, con un profundo suspiro, leyó.

Arriba, Matrimonio. Una fecha: 5 de junio de 2765. Firmas al pie. Leslie Emest Edward Hyatt Fairchild. Muirne de los Selkies. Y el Reverendo señor Ranger Lewis.

Sus manos empezaron a temblar.

-Todos mis ruegos... -le costaba hablar-. Tantas plegarias sin respuesta durante tantos años. Y ahora... ahora...

Con voz cargada de satisfacción, Alanna dijo:

-Ya ves que Dios escucha a los seres como tú.

El rostro de Alanna parecía dar vueltas a los ojos de Ian; ella había rescatado el pergamino.

-No lo perdamos, ¿eh?

-No -dejó que lo tomara mientras él se enjugaba las lágrimas-. No lo perdamos.

El viento seguía soplando, pero parecía más suave mientras Alanna envolvía el acta una vez más.

-¿Cómo lo supiste? -preguntó él con voz ronca.

-Leslie me lo dijo -ella hizo todo lo posible para que Ian la rodeara con un brazo, luego se acurrucó contra él-. Por supuesto, no con tanta claridad, pero para los que nos hemos criado aquí era obvio. No podía abandonar a tu madre. El matrimonio entre humanos y selkies se realiza ante los ojos de Dios igual que el nuestro.

Oportuno recordatorio.

-Se casaron para siempre. Mientras estén vivos deben permanecer juntos, aunque a causa de los hijos eso no siempre es posible. Tu madre se quedó en tierra para criarte y luego te llevó con tu padre. Se suponía que, cuando tú fueses un hombre, Leslie se reuniría con ella en el mar.

Ian giró la cabeza hacia ella.

-¿Cómo?

-Por medio de la magia selkie.

-Se habría ahogado.

-¿Por qué? Los selkies respiran aire, como nosotros. Sólo que nadan mejor -echó una mirada al revuelto mar-. Mucho mejor.

No hacía falta intuición para saber qué había sido lo que había funcionado mal entre su madre y su padre.

-Mi padre tuvo miedo.

-Tendría que haberlo pensado antes de casarse con tu madre y abandonarlos a ella y ti -condenó a Leslie sin compasión-. Pero tu padre no sólo es el cobarde más grande que ha existido; además está la enfermedad que se desarrolla cuando un humano rompe el voto sagrado.

-¿Has notado que la piel de tu padre tiene un aspecto lustroso e hinchado, como un cadáver arrojado a la playa? ¿Has oído cómo respira, como si tuviese los pulmones llenos de agua?

Ian recordó la visión que había tenido una vez; en ella había visto a Leslie arrojado a la playa.

-Está ahogándose -confirmó Alanna-. Ahogándose con aire.

Claro: Leslie estaba muriendo con la maldición selkie.

-Por eso estaba tan ansioso por destruir la costa de Fionnaway: pensaba que así podría romper el encantamiento.

-Por eso nunca te pregunté si eras legítimo -frotó la cabeza contra el pecho de él-. Reconocí los síntomas de la enfermedad de tu padre y consideré que eran una prueba. No te mentiré, Ian. Fionnaway es importante para mí; no sólo porque he jurado ante Dios que la protegería de todo peligro sino también porque es mía. Es mi lugar en el mundo y la amo. Creo que entiendes eso, del mismo modo que yo entendí por qué te casaste con una muchacha tonta por su herencia.

Ella había entendido; nunca se lo había reprochado, ni gritado que quería ser amada por sí misma y no por sus tierras. Ahora que lo pensaba, era probable que Alanna estuviese contenta de que él ambicionase Fionnaway de ese modo porque esa ambición creaba un vínculo entre los dos y la garantía de que él se preocuparía por la propiedad tanto como ella.

-No tan tonta -repuso.

-Cuando Leslie negó haberse casado con tu madre y tú aceptaste aquello, yo sentí como si tú me hubieses traicionado -levantó las rodillas y metió las manos entre ellas-. Pero luego me di cuenta de que tú no sabías que esa condición nos haría perder Fionnaway. Y después... después dijiste que podíamos obtener una anulación.

Ian gimió.

-Oh, Ian -rodeó su cuello con los brazos y lo besó en la oreja-. Estabas dispuesto a ceder Fionnaway para que yo no la perdiera.

Ian empezaba a sentirse incómodo. Alanna hablaba como si creyese en su nobleza. Y él jamás se había portado con nobleza.

-Yo ya la había perdido, no estaba cediendo nada.

-Me halaga pensar que habría sido terrible renunciar a mí.

Su tono sonaba como si estuviese sonriendo. Ian miró de soslayo: en efecto, estaba sonriendo.

-Yo habría estado dispuesto a que me conservaras como amante -dijo Ian de mala gana.

Alanna estalló en carcajadas.

-Muchísimas gracias -tomó el zurrón impermeable y lo metió dentro de la camisa de Ian-. Aquí está la prueba de tu legitimidad, si la quieres.

Ian tanteó el bulto del paquete. Desde luego que la quería. Toda su vida había anhelado ser un hijo legítimo y ahora descubría que lo era; sin embargo, no había recibido la noticia con alegría incontenible.

Más bien había desconfiado, portándose como el bastardo que todos creían que era.

Alanna se volvió y quedó frente a él. Tras ella retumbaba el mar; el viento hacía todo lo posible para levantar los pesados mechones de su pelo; ella lo pasó detrás de las orejas y preguntó:

-Ian, ¿es tan duro para ü creer que te amo? No ganaba nada diciéndote eso. Ian la miró, enmarcada por el mar, el sol y el cielo carmesí. Decía que lo amaba y quizá fuese cierto. Quizá... fuera verdad.

-Lo que pasa es que no entiendo el porqué -le puso una mano en el cuello-. ¿Por qué alguien habría de amarme?

-Por la misma razón que amo Fionnaway -ella sonrió-. Porque eres mío.

Se inclinó hacia él. Ian se inclinó hacia ella. Sus labios se encontraron... y una ola los salpicó. Ian la levantó. Ambos echaron a correr, mientras Alanna reía y él sentía que una sonrisa curvaba sus labios. Ian había creído que ya no volvería a sonreír. Ian friccionó los brazos de Alanna con sus manos.

-Está oscureciendo. Debemos buscar reparo -dijo.

-Sí -ella señaló hacia arriba-. Mira: está saliendo la luna nueva.

Era verdad. Una finísima tajada de luz asomaba por el este del cielo purpúreo. Ian la miró, preguntándose si sería una señal. Una luna nueva para una vida nueva.

-Ian -Alanna retorció su falda para quitar el agua de mar-. ¿Qué me eso que nos empujó?

-¿De qué hablas?

Él sabía muy bien a qué se refería, pero se demoró; sus emociones eran muy precarias y frágiles.

-En el agua -ella lo miró-. Ese ser que nos hizo salir a la superficie cuando estábamos en apuros.

Ian se volvió hacia el mar y escudriñó las olas buscando aquella cabeza familiar.

-Supongo que era mi madre.

-¿Lo supones?

Recordó la cara, la sonrisa y dijo:

-Era mi madre.

-Eso es lo que yo pensaba -se jactó-. Aquella vez, de pequeño, cuando estuviste a punto de ahogar-te, no pudo salvarte porque era humana. Pero esta vez lo hizo.

-Sí. Sí, lo hizo -su madre. Durante años, él había pensado que ella lo había concebido de manera irresponsable y abandonado sin detenerse a pensarlo. Ahora sabía que se había equivocado. El alivio y la dicha hincharon su pecho hasta el punto que él sintió que su corazón estallaría. Dijo en tono inseguro-:Supongo que el señor Lewis me quien me salvó aquella vez.

-¿El señor Lewis? Pero pensé que habías dicho que era...

A medida que entendía la verdad, la voz de Alanna iba perdiéndose.

Ian disfrutó viéndola boquiabierta.

-¿Que es selkie?

-El custodio selkie.

-Como Armstrong es el custodio humano. Armstrong es quien... -Alanna tomó aliento- quien vende los ópalos en la ciudad.

Ian recordó la reticencia de Alanna en comunicarle el paradero de Armstrong.

-¿Por qué no me lo dijiste? -preguntó.

-Estabas tan enfadado por la desaparición de las piedras que creí que también te enfadarías por eso. Pero él regresará pronto. -su boca dibujó una expresión satisfecha-. Y tendremos dinero.

Ian tocó el bulto del zurrón bajo su camisa.

-Supongo que has traído más piedras de la caverna.

-Esta vez, los selkies no habían dejado ninguna. De un modo u otro, se enteran de lo que pasa en Fionnaway; bueno, es evidente que el señor Lewis les informa, y no volverán a dejar piedras hasta que descubramos quién ha robado las otras.

-Eso significa que cuando hayamos resuelto el misterio querrás ir a la caverna otra vez.

Alanna pateó un trozo de conchilla.

-Sola no -dijo Ian, mientras observaba la luna-. Yo iré contigo.

Ella tiró del brazo de él hasta que por fin la miró:

-¡Si a ti te da miedo!

Y con buenos motivos, como acabamos de ver. Pero me daría más miedo quedarme en la costa, afligido. Por eso iré.

-Oh, Ian.

Alanna lo miraba otra vez como si él fuese un sujeto noble. Ian creyó conveniente decir algo antes de que ella comenzara a regodearse como un gato al sol. Recorrió la playa con la vista y dijo:

-Hablando de eso, ¿dónde está el viejo entremetido?

-¿El señor Lewis? No sé -Alanna frunció el entrecejo-. No sé.

-Maldición -miró hacia las rocas-. ¿Habrá regresado al agua?

-¿Para siempre sin despedirse? No. Quizás haya tenido un accidente.

-No creo que un viejo listo como él pueda tener un accidente.

-Pero es viejo. El mismo lo dijo. Dijo que, de haber podido, me habría acompañado en el mar. ¿Y si lo volteó una ola o se cayó desde las rocas?

Sin saber por qué, la inquietud de Alanna lo conmovió.

-Tú ve por arriba -señaló hacia el sendero-. Yo iré por allí.

Ese era el camino más largo. Él podía avanzar más rápidamente y, considerando la marea alta, no tenían tiempo que perder. Ian se dio prisa; miró entre los peñascos en la base del acantilado, buscó

cualquier rastro del hombre delgado con el sombrero de ala ancha. No vio nada, y empezaba a volver cuando oyó gritar a Alanna desde el extremo más alejado de la playa. La vio mientras iba a cuatro patas sobre los macizos peñascos y desaparecía en una grieta en la base del acantilado.

Reapareció sobre la roca agitando frenéticamente las manos. Haciendo bocina con las manos en la boca, gritó:

-Lo reconocí por el sombrero y la piedra rúnica que lleva en el pecho, pero ya no es... humano.

Ian vio que sus labios se movían pero el viento y las olas se llevaron su voz.

-¿Qué?

Esa vez la oyó muy bien.

-Ha sido apuñalado.

Volvió junto al señor Lewis.

-No -Ian se apresuró-. ¡No! Alanna, sal de ahí.

Vio la silueta masculina que trepaba por las rocas, por encima de la cabeza de Alanna. Corrió, seguro de que no llegaría a tiempo. Lanzó un grito de advertencia; ella se volvió y levantó los brazos para protegerse.

Edwin se abalanzó sobre ella y los rayos del sol poniente tiñeron de rojo su cuchillo..

30

-¿Qué haces? -gritó Alanna a su primo. De un golpe, apartó su mano hacia arriba y le dio un puñetazo en la cara-. Siempre he podido contigo.

Alanna lo vio retroceder tambaleante; entonces acusó el impacto del significado de su presencia allí.

Edwin tenía un cuchillo. El señor Lewis estaba muerto. Y Edwin, el imbécil, desatinado Edwin, estaba atacándola.

Trató de apartarse de un salto y a duras penas eludió a ese ser grisáceo con forma de foca que había sido el señor Lewis. La pequeña grieta estaba bordeada de peñascos. La falda de Alanna estaba empapada e impedía sus movimientos. Tanteó buscando algo, cualquier cosa, aferró un puñado de tela y rodó. El ataque mortífero de Edwin me a clavarse en el sombrero del ministro. Edwin lanzó una maldición y arrancó el destrozado fieltro de las manos de la mujer. Levantó el cuchillo.

A lo lejos, Alanna oyó el grito de Ian.

No llegaría a tiempo; ella levantó el brazo para protegerse el corazón.

Pero entonces, algo atacó desde el costado y Edwin cayó esparrancado sobre las rocas. Alanna se puso de pie con dificultad y Brice gritó:

-¡Vete! ¡Alanna, vete!

Ella vaciló. Estando los dos contra Edwin…

-A mí no me hará daño -dijo Brice.

Con manos y pies, Alanna salió a gatas y se subió a un peñasco. Ian corría por la playa hacia ellos gritando, y ella gritó a su vez:

-¡Rápido!

Oyó un grito tras ella y se volvió. Brice se retorcía en el suelo. Edwin estaba de pie junto a él y su cuchillo goteaba sangre. Lo alzó de nuevo, y ella trató de gritar.

Pero alguien gritó desde arriba:

-Edwin, ten piedad. ¡Es tu hermano!

Allí estaba Wilda, en el sendero, con las manos apretadas a los lados. Jadeaba, resollaba, pero gritó otra vez:

-¡Ten piedad, Edwin!

Edwin levantó aún más el cuchillo.

-Edwin… -sollozó Wilda.

Edwin dejó caer la mano. Apretando el cuchillo, le dijo a Brice:

-Te has cruzado en mi camino.

Echó a andar hacia Alanna. Corre, se dijo ella.

Edwin lanzó la mano hacia ella y erró, hizo otro intento y la atrapó por la falda. Ella cayó con fuerza sobre la cima plana de la piedra. Perdió el aliento. Tanteó buscando algo de qué asirse y halló un hueco en la roca. Edwin tiró de ella tratando de arrastrarla hacia abajo. Alanna lo pateó. Lanzando un juramento, Edwin se alzó hacia ella.

Alanna oyó el grito que llegaba desde abajo, desde la playa, y Edwin alzó la vista hacia la oscuridad creciente.

-Ian -susurró ella.

Edwin se puso de pie y la pateó en las costillas.

-Después -prometió el atacante.

Entonces, viendo que Ian corría hacia allí, se lanzó hacia él.

Alanna trató de recuperar el aliento, de sentarse, pero la lucha contra las olas la había dejado sin fuerzas. Lo peor era que ella sabía que Ian había hecho más, había nadado con más esfuerzo, corrido más lejos y ahora rodaba con Edwin sobre la tierra.

Con su elegante primo Edwin, que tenía intenciones de matar a todos para alzarse con Fionnaway y sus piedras.

Vio movimientos en el camino y gritó:

-Wilda, ve a buscar ayuda.

Pero Wilda pasó junto a ellos y a Alanna como si no estuvieran allí. Trepó los peñascos, se dejó caer en la grieta y abrazó a Brice.

-No te mueras -rogó.

-Maldición, Wilda, no me muevas -dijo Brice.

Wilda estalló en lágrimas y apoyó la cabeza del herido en su regazo. Más abajo de donde estaba Alanna, Ian y Edwin rodaban juntos, apretados en un abrazo macabro. Alrededor, las olas seguían golpeando la playa, dominando el resto de los sonidos. Alanna aguzó la vista tratando de ver en la creciente oscuridad; se esforzó por ponerse de pie, pero resbaló del peñasco. Permaneció sentada apretándose el costado. Cada respiración era una tortura.

Se armó de coraje y eligió una piedra de buen tamaño, sujetándola con ambas manos. Sus músculos casi no respondían, pero aun así logró ponerse de pie. Vio vagamente a Ian echado de espaldas sobre la arena. Vio la silueta oscura de Edwin a horcajadas sobre Ian como una sanguijuela gigante. Su cabeza era un blanco perfecto. En Alanna se despertó la sed de sangre. De sólo pensar que había amenazado a su Ian, era capaz de matarlo.

A los tumbos, avanzó hacia ellos.

Tuvo tiempo de ver cómo Edwin blandía el cuchillo sobre Ian, que sujetaba la muñeca de Edwin con ambas manos y comenzaba a retorcerla. Edwin lanzó un grito de rabia y le dio un puñetazo en la cara con la mano libre, pero Ian no hacía caso de los golpes. La cara de Edwin se contrajo por el esfuerzo de detener el cuchillo, que, de todos modos, bajó, inexorable.

Edwin se quebró. Gimiendo, dejó caer el cuchillo y se retorció tratando de librarse. Ian lo soltó. Recogió el cuchillo y, cuando Edwin se incorporó tratando de huir, desde el suelo, Ian le dijo:

-Cobarde rastrero.

-Dos palabras. Cobarde rastrero.

-¡Bastardo! -gritó Edwin, abalanzándose hacia el cuerpo postrado de Ian.

La luz débil de la luna brilló sobre el cuchillo, que tenía la punta hacia arriba.

Edwin se sacudió al caer sobre la hoja. Alanna oyó su gruñido cuando el cuchillo le penetraba en el cuello y, de manera instintiva, giró la cabeza.

-Se acabó -dijo Ian-. Ayúdame a quitármelo de encima.

La piedra de Alanna cayó con ruido sordo sobre la arena húmeda y ella corrió hacia él. Ian ya había apartado a Edwin, y ella tiró de su primo por las piernas y los brazos sin cuidarse de que el cuerpo cayese boca abajo sobre la arena. Ian continuaba tendido: algo malo pasaba.

-¿Te ha herido? -preguntó a Alanna.

-Me rompió una costilla.

Se arrodilló en ese sitio donde hervían las olas y recorrió con sus manos la cabeza, los hombros, el cuello de Ian. ¿Por qué no se incorporaba? Ian trató de reír y, en cambio, emitió un jadeo agónico.

-Me ha matado.

Alanna se paralizó.

-Ian.

-Me apuñaló cuando saltó del peñasco, y la lucha me ha hecho más daño.

Yacía inerte sobre la arena y su voz era más y más débil con cada palabra que decía.

-¿Ian? -encontró la herida: era un orificio estrecho y profundo en el pecho del que brotaba sangre con cada latido del corazón-.¿ Ian?

Los chorros de sangre cesaron. Simplemente, cesaron. Ya no había sangre. No hubo más latidos. No hubo más respiración.

-¿Ian? -acuclillada sobre él, le palpaba el pecho como si pudiera volverlo a la vida-. ¿Ian?

En ese momento, en la propiedad Fionnaway, Leslie Fairchild quedó inmóvil en su silla. De su boca brotó un chorro de agua salada y murió.

Solo.

-Por piedad del Cielo, milady, ¿qué ha sucedido? -preguntó Armstrong, su silueta recortada contra el cielo donde empezaban a aparecer las estrellas.

Alanna no se preguntó por qué él estaba allí ni cómo había llegado. Sólo dijo:

-No está respirando, Armstrong. Trata de reanimarlo.

Armstrong chapoteó en el agua, se arrodilló junto a ella y le apartó las manos.

Alanna volvió a ponerlas sobre la herida para detener la sangre.

Armstrong hizo presión en el cuello de Ian y le puso una mano en los labios. Con voz cargada de compasión, dijo:

-Milady, se ha ido. Señora...

Alanna no podía oírlo.

-Tenemos que llevarlo lejos del agua o se enfriará. A un hombre herido no le hace bien el frío.

-Papá -dijo una niña que estaba junto a ellos-. ¿Qué le pasa? -señaló el otro cuerpo-. ¿Y a él?

Alanna vio el brillo tenue de los ojos de Armstrong cuando éste levantó la vista para mirar a su hija. Se oyeron pasos de mucha gente y la voz de la señora Armstrong que exclamaba:

-Por Dios, ¿qué ha pasado aquí?

Escuchó el murmullo de voces; se dio cuenta de que los acontecimientos habían atraído a los sirvientes de la casa. Los pescadores y los aldeanos los habían seguido y, en ese momento, la playa estaba llena. Llena de gente. Llena de... nada.

Se acuclilló más cerca de Ian y lo miró, esforzándose por distinguir sus facciones a la tenue luz de la luna.

-Ian -lo llamó en voz suave-. Ian, por favor.

Ahora podía verlo mejor. Sus marcados rasgos parecían apacibles.

-¿Qué es eso? -preguntó con brusquedad la señora Armstrong-. Armstrong, ¿qué es eso?

La piel pálida del hombre atrapaba la luz blanca y la reflejaba.

-Es la luna.

Parecía que él podría despertar si ella lo llamaba.

-Ian...

-No puede ser la luna. Es tiempo de luna nueva. La vi cuando venía hacia aquí.

-Ian...

Encerró la cara de él entre sus manos Y lo besó. Lo besó y sintió que y a se estaba enfriando.

-¿Qué otra cosa puede ser? Es la luna y está...

Alanna miró:

-Está llena.

Armstrong se quedó mirándola. La señora Armstrong, Ellie y, tras ellas, los aldeanos y los pescadores se quedaron mirándola.

-Él me dijo que, si me amaba -apartó las manos del cuerpo inerte de Ian-, haría brillar una luna llena en un cielo de luna nueva.

Como atendiendo a una señal, todos miraron hacia arriba; ella también. La luna llena brillaba, confirmando el deseo de su corazón. Cuando ya era demasiado tarde.

Alanna se puso de pie sintiendo su cuerpo entumecido por el dolor y la pena.

-Dijo que haría morir las olas en una noche ventosa -hizo un ademán en dirección al mar, que ahora estaba sereno como un estanque-. Dijo que, si me amaba, haría que el mar se volviera tan transparente como el cristal.

Se alzaron murmullos cuando la luz lunar penetró el agua de mar cercana a Ian. La claridad empezó a crecer alrededor de él en un círculo cada vez mayor, mostrando primero el fondo de arena junto a la orilla, luego el banco de arena más lejos, las rocas partidas en la base del acantilado y el límite de la bahía, los bajíos y los peces que nadaban como flechas. Y muy fugazmente, en un lugar mucho más profundo, Alanna vio algunos selkies nadando en un inquieto círculo.

-Él dijo que haría todo eso... si me amaba.

Su voz se quebró; bajó la cabeza como si la realidad de la muerte de Ian la hubiese aplastado.

Alguien tocó su hombro con gesto vacilante. Alguien le dejó un pañuelo en la mano. Pero ella no estaba llorando. ¿Cómo habría podido llorar? El dolor era demasiado profundo, demasiado reciente. Casi no podía res- pirar, no podía comprender. ¿Cómo podía pensar alguien que ella podría hacer algo tan banal como llorar? Ian estaba muerto. Ian estaba muerto.

Cuando empezó a oír el rumor, le pareció sólo una ilusión, el delirio de una mente aturdida y elemental. Sin embargo, la tierra temblaba bajo sus pies, y el temblor se hacía más fuerte a cada segundo que pasaba. Algunas piedras se desprendieron de los acantilados cercanos. La gente que la rodeaba empezó a murmurar, alzando la voz.

-Armstrong -dijo su esposa-. Armstrong, ¿qué es eso?

Alanna levantó la cabeza tratando de ver, pero tenía los ojos tan secos que veía borroso.

-Corre -ordenó Armstrong-. Alza a Ellie y corre -tocó a Alarma en el codo y repitió-: ¡Corra! -sin esperar su respuesta, la arrastró consigo hacia el sendero gritando-: Corran, antes de que esto nos atrape a todos.

El mar, rebelándose contra el freno que le imponía el amor de Ian, se alzó en una gran ola. Las personas echaron a correr gritando, apretándose contra el acantilado. La señora Armstrong había subido a Ellie a un peñasco y apretaba a la niña contra su pecho, mirando el mar con ojos llenos de terror.

-¡No! -la histeria de Alanna desbordó al ver el cuerpo inmóvil de Ian tendido sobre la playa, mientras trataba de soltarse de Armstrong-. Ian. ¡Tenemos que traer a Ian!

Armstrong no la dejaría ir. La rodeó con sus brazos y la sujetó con determinación mientras ella forcejeaba, alejándola de la costa.

Entonces, la ola cayó sobre la playa cubriendo a Ian y arrastró todo lo que encontró en su embestida. Alguien perdió pie y gritó, luego alguien más. Volvieron a levantarse ayudados por manos que se tendían o por sus propios medios. Armstrong sostuvo a Alanna, ambos con el agua a la rodilla, y aguantó la succión de la ola que se retiraba.

Cuando se hubo retirado, en la playa estaban todos. Todos... menos Ian. El sitio donde había estado quedaba vacío.

-No -Alanna no podía creerlo. ¿Cómo habían podido? ¿Cómo se atrevían?- No, lo quiero de vuelta -de un tirón se soltó de Armstrong; esta vez él la dejó ir. Estremecida por la rabia, corrió hacia el mar hasta que la ola golpeó sus muslos. Ya no se veía el fondo del mar pero ella sabía que los selkies estaban allí, que podían oírla-. Devuélvanlo. Es mi esposo -golpeó el agua con la palma de la mano y gritó-: Él es humano, no es selkie, y merece ser sepultado en tierra. Cerca de mí. Devuélvanme su cuerpo.

Armstrong chapoteó hasta ella.

-Señora, no haga eso.

En su tono vibró la angustia.

-Lo quiero de vuelta -tiró agua para mantener alejado a Armstrong. Las olas comenzaban a formarse otra vez; ni suaves ni tempestuosas pero aún grandes y agitadas por la pasada tormenta. A

Alanna no le importaba. Tropezó, se enderezó y, respirando con dificultad, insistió en su demanda-: Quiero su cuerpo.

-Quizás el mar lo devuelva -Armstrong intentaba consolarla-. A veces pasa.

-Lo quiero ahora.

-Milady…

La noche volvió a ser negra, y la luna llena desapareció. Alanna casi no distinguía el rostro de Armstrong pero sabía que estaba allí, que era un servidor, un amigo, que no quería tocarla pero tampoco dejarla sola, que estaba temblando y muy asustado.

Ella, en cambio, no tenía miedo. ¿Qué podía temer? Ian estaba muerto.

Dentro de sí oyó una débil voz que la regañaba. Le decía que ella era el ama. Que tenía ciertos deberes. Deberes que comenzaban con Armstrong, su guardián. Él todavía tenía una esposa y una hija en la playa, y otros hijos más en su casa. A su familia le importaba lo que pudiera sucederle; al parecer no era fácil hacer a un lado los hábitos de toda una vida.

Alanna dio la espalda al mar ladrón y salió del agua.

-Debemos llevar el cuerpo del señor Lewis hasta el agua.

Notó que su voz sonaba casi normal; su conciencia señorial la aprobó.

-Sí, mi señora -dijo Armstrong.

-¿Brice está muerto?

-No, señora.

Armstrong señaló hacia la playa con un dedo tembloroso.

Alanna vio vagamente dos siluetas que avanzaban cojeando hacia el sendero y se detuvo, con los pies todavía en el agua. Por el modo en que Wilda lo sostenía y que Brice se apoyaba en ella, era evidente que habían resuelto los problemas que los asolaban, cualesquiera que fuesen. El jefe de los MacLeod celebraría su boda en cuanto sanara su herida.

Alanna apartó la vista. Era la señora de Fionnaway. Debía ayudar a los amantes, pero no estaba obligada a mirar.

-Será conveniente que elija dos hombres corpulentos para que carguen a Brice. Él no podrá subir solo -las olas ya golpeaban sus pantorrillas-. Edwin lo apuñaló.

-¿Edwin? -preguntó Armstrong sin poder creerlo.

-También mató a Ian.

-¿El otro cadáver era de Edwin?

Alanna empezó a andar.

-¿Edwin también fue arrastrado?

Armstrong miró alrededor.

-No lo veo.

La señora se volvió a medias hacia el mar.

-A ése no lo quiero de vuelta -dijo a los selkies.

Los que estaban en la playa daban vueltas hablando en voz baja, pero los que estaban más mojados o tenían a sus hijos en casa comenzaban a marcharse. Pronto Alanna supo que el sendero estaría lleno, cuando la gente del pueblo mera a sus hogares a pasar la noche.

Juntos. Estarían juntos.

Cada uno con su familia. Con las personas que amaba... y quienes los amaban. Menos ella.

Caminó hasta uno de los peñascos y se sentó, abatida. Otra vez le dolían las costillas; antes no lo había sentido pero el dolor era persistente... aunque poco importaba en comparación con el peso que abrumaba su corazón.

Un corazón pesado. Se apoyó en la piedra. Hasta ese momento no lo había comprendido pero esa expresión no era un tópico: era verdad. Sentía como si el corazón la aplastara, latiendo lentamente bajo la magnitud de su pena. Su mente aceptaba que Ian estaba muerto; estaba segura de que pronto lo aceptaría su corazón.

-Mi señora, hace frío y está oscuro. Debemos regresar a Fionnaway.

-Vaya usted nomás -dio media vuelta, clavó los pies en la arena e hizo un gesto a Armstrong de que se marchara-. Enseguida subiré.

-Entonces, me quedaré con usted.

Alarma percibió cierta inquietud en su voz. Después de todo, él era el guardián, tan responsable de ella como de las piedras. Pero no tenía por qué preocuparse: la señora de Fionnaway conocía su deber.

-Quisiera quedarme sola.

-No creo que sea conveniente.

-Sólo me sentaré un rato -observó la borrosa silueta, procurando contener la angustia-. Vuelva a su casa, con su familia, Armstrong. Ellos lo necesitan más que yo.

Algo en sus modales serenos debió de convencerlo, porque el mayordomo hizo una reverencia y se retiró. Pero volvió un instante después con una manta que había pedido a alguien y se la puso sobre los hombros, y luego dejó sus botas al lado de ella.

-Gracias -dijo la señora.

La manta olía a lana mojada pero la protegía del viento. Envolvió con ella sus hombros, mientras se desvanecían en la noche los últimos murmullos preocupados. Todos se habían ido.

31

Estaba sola. Alanna fijó la vista en el mar y se esforzó por comprender. Le había dado mucho: Fionnaway, las piedras, el pacto. Todo lo relacionado con sus derechos de nacimiento tenía su origen en el mar.

Y ahora el mar se había cobrado su tributo. Alarma conservaba su herencia, la propiedad que tanto había significado para ella. Seguía siendo la señora de Fionnaway. Ante ella se extendían jornadas llenas de trabajo y preocupaciones, alegrías y logros. Para todo ello estaría sola.

Extendió la mano hacia las botas y sacó sus medias. Su collar cayó sobre la arena. Lo levantó y se quedó mirándolo como si jamás lo hubiese visto.

Ya no había quien pudiese regalarle una piedra rúnica para su cumpleaños; el señor Lewis se había llevado la que ella había elegido un día antes. La había visto en su pecho ensangrentado. La había reconocido: era la piedra de la muerte.

Entonces el ministro se había sacrificado por ella.

Ian se había sacrificado por ella.

Levantó el collar y se lo puso en el cuello; sintió el frío de las piedras.

¿Acaso esos hombres no comprendían que la soledad roería su espíritu hasta no dejar de ella más que una cáscara vacía? Ya había estado sola cuando vivía en la choza de la bruja, pero en aquel entonces la sostenía la esperanza.

Ahora no tenía nada.

Hundió las manos en la arena, la recogió y la apretó, formando grumos. Alguien diría que sus tareas serían más fáciles de realizar sin Ian. Se podía decir que él era egoísta, cínico, empeñado en sus propios objetivos.

Apretó el puño y detuvo la caída de arena. El también la había necesitado. Necesitaba su calor, su risa, su amor. Su último y magnífico gesto lo demostraba.

Alzó la vista al cielo.

Y ella lo había necesitado. Dios querido, -lo necesitaba en ese mismo momento.

El primer sollozo brotó en su garganta y lo siguió un segundo, un tercero. Quería a Ian. Las lágrimas corrieron por sus mejillas hasta escocerle la piel. Le dolía el estómago, le ardían los pulmones. Quería que su amado la abrazara y sólo la rodeaba el frío de una indiferente noche escocesa. La pena la desbordó, habían desaparecido los límites impuestos por las convenciones o la discreción. Nadie la oía, a nadie le importaba que la angustia la hiriese con el tosco filo de su cuchillo.

De pronto, oyó una voz femenina que llamaba desde lejos.

-Alanna. Alanna.

Ella secó sus lágrimas y miró alrededor, frenética. Su madre. Parecía la voz de su madre.

-Alanna, aquí.

Forzó la vista hacia las negras olas. ¿Habría alguien allí?

Librodot

Se apoyó a tientas en la roca y se puso de pie. Había algo. ¿Alguien? Sí, una cabeza se acercaba a la costa; Alanna percibió en ese rostro las huellas de una belleza encantadora.

Sin embargo, toda su atención se concentró en el objeto abultado que la criatura empujaba delante de ella.

-Ian.

No era su madre sino la de él. Muirne lo había traído.

-¡Ian! -Alanna gritó su nombre, tiró la manta y corrió. Salpicando agua, se metió entre las olas. Pero éstas frenaban sus movimientos. Siguió adelante con dificultad-. Ian.

El cuerpo de Ian rodó hacia ella, todavía llevaba los pantalones; ella lo atrapó. ¿Estaría vivo? ¿Habrían empleado su magia los selkies para burlar a la muerte?

-Un milagro -rogó en voz alta-. Otro milagro.

Lo arrastró hasta la costa, sobre la arena, se arrodilló junto a él, lo tocó...

Muerto. Estaba muerto.

-Por favor -le acarició el rostro-. Por favor. Te necesito tanto. -apretó sus manos, le tocó el pecho. La herida estaba curada, sólo había quedado una delgada línea que emitía un débil resplandor; los selkies lo habían hecho-. Ian, por favor, vuelve a mí. Había exigido la devolución de su cuerpo, pero lo que en realidad quería era su vida. Ella había querido que los selkies lo llevaran a las profundidades y le aplicasen su magia.

No lo habían hecho. No pudieron. La muerte supe-raba incluso a la magia más poderosa.

Ahora lo tenía, pero era peor que no tenerlo. Mientras no lo tenía, podía engañarse. Pero ya no había engaño posible; abrazada a él, viendo sus facciones y sabiendo que nunca volvería a sonreírle en un intento de llevarla a la cama. Jamás le mostraría el ceño prohibiéndole que cumpliese con su deber. Jamás contemplaría las tierras con el anhelo de un descastado. Nunca provocaría sus sueños ni los convertiría en realidad.

Las lágrimas de la mujer cayeron sobre la piel del hombre, emitiendo un brillo pálido.

-Te amo.

Oyó los graznidos de las gaviotas que anidaban en el acantilado, sobre la playa; ahora, como Ian le había dicho, recordó aquel día en el prado. Recordó la aspereza de la manta de lana, el olor de la hierba aplastada, las nubes que flotaban en el cielo azul. Él la había obligado a escuchar, a mirar, a absorber ese instante con todos sus sentidos; ella no lo olvidaría nunca. Estaría siempre con ella... pero sólo en su imaginación.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y apoyó la mejilla húmeda sobre la piel helada de Ian.

-Siempre te amaré.

Con el oído apretado contra su pecho, oyó un ruido; contuvo un sollozo que estaba por brotar.

Nada. El corazón de Ian estaba en silencio. No había otra cosa que el anhelo desesperado de una mujer.

Pero... un silbido. Un golpe sordo.

Un latido.

-¿Ian?

La esperanza revivió en ella. La desesperación la encendió. Conteniendo el aliento, apretó el oído todo lo que pudo en el esternón de Ian.

Nada.

-Por favor, Dios. -si la sinceridad de una plegaria podía hacer regresar a un hombre, entonces Ian viviría-. Por favor, Dios -levantó la cabeza y sacudió a Ian-. Puedes hacerlo. Vuelve a mí. ¡Ian! -puso la mano sobre la boca floja: no había aliento-. ¡Ian!

La frustración recorrió sus venas y le hizo dar un puñetazo en el pecho de Ian.

Y él se encogió.

-Oh, por favor.

Alanna lloró, lo frotó, rogó a Dios y al propio amor.

Las manipulaciones de Alarma estremecieron a Ian. ¿Estaría siendo recompensada por su fe? Ian se movía. ¡Estaba vivo!

Eufórica, ansiosa, temerosa de que una vida que se había ido con tanta facilidad pudiese volver a escapar, se puso de pie.

-Frío. ¿Tienes frío?

Corrió hasta donde había tirado la manta, volvió corriendo y la extendió sobre él.

Estaba respirando. A duras penas, pero respiraba.

-Tienes que salir del agua -le acarició la cara, el pelo, levantó los bordes de la manta y, al notar que estaba muy mojada, hizo una mueca-. No, espera -él es-taba como un recién nacido y ella esperaba que camina-se: ¡qué tonta!-, yo te sacaré. No te fatigues.

Los párpados de Ian temblaron cuando ella lo tomó por los hombros y tiró de él. Alarma cayó de rodillas y sus costillas protestaron. Llevó su mano al costado y esperó que calmara el dolor.

Cuando abrió los ojos, se encontró con que Ian la miraba.

Movió los labios pero no consiguió emitir sonido.

-Inténtalo otra vez -lo animó, preguntándose si se habría vuelto loca, luego tocándole la frente y comprobando que no había enloquecido.

Él murmuró en voz casi inaudible:

-Me has traído de vuelta.

¿Ella lo había traído de vuelta? Tuvo ganas de reír. ¿Qué había hecho, además de gritar, llorar, y adorarlo aunque él hubiese traspuesto el umbral de la muerte?

-Yo no -dijo en un murmullo.

-Tú me has hecho dar el último paso -levantó la mano y buscó hasta que ella la tomó en la suya-. Con tus lágrimas sobre mi cara. Con tu amor.

Alanna lloró, se secó las lágrimas, lloró un poco más.

-¿Puedes moverte?

Pregunta tonta, incoherente, considerando que que-ría decirle mucho más.

-Por supuesto -se incorporó sobre los codos-. ¿Ves?

-Estás en el agua. La manta está mojada. Ian hizo una mueca y se arrastró hasta la playa acompañado por ella, que quería ayudarlo y no sabía si debía hacerlo.

-Lo siento -tendido en la arena, se disculpó por su respiración agitada-. Estoy débil.

-Desde luego. Nunca has estado muerto -se inclinó hacia él-. Déjame que te ayude a sentarte.

Ella supo que en verdad era él, que en verdad había vuelto a ella cuando él aprovechó su proximidad para tomar su cara entre las manos.

-Alanna, ¿viste la luna, el viento, el mar? ¿Lo has entendido?

Alanna era incapaz de decir una palabra; sólo pudo asentir con la cabeza.

-Te amo. Eres parte de mí, lo mejor de mí, y no soportaba dejarte.

-Gracias a Dios -susurró ella.

-Sí, gracias a Dios. Mi Dios.

La atrajo hacia él, la envolvió en sus brazos y la estrechó. Sólo eso.

Esa playa era el único sitio del mundo donde Alanna deseaba estar. Disfrutó del calor de Ian, de su aliento, de los latidos de su corazón como si fuesen los suyos. Lentamente, cobró conciencia de la brisa salobre, de la arena fría sobre la que estaban sentados, de los trozos de piedra que golpeaban cuando otra ola llegó al acantilado. Ella odiaba la idea de marcharse, pero sabía que él necesitaba reposar junto al friego.

-Debemos marcharnos -dijo.

-Sí. Alanna...

-¿Qué?

Ella lo ayudó a sentarse, luego a ponerse en pie, brindándole su apoyo mientras él recuperaba el equilibrio.

-Mira qué he traído.

Alarma miró la mano que él extendía. Ahí, en el dedo medio, estaba la sortija. Su sortija. La tomó, se la llevó a la boca, la besó.

-Pronuncié mis verdaderos votos conyugales con ella; me alegro de volver a verla.

-Yo me alegro de haberla recuperado. Otra cosa, Alanna -metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un paquete envuelto en tela impermeable. Lo abrió y le ordenó-: Ahueca las manos.

Alarma lo hizo, y él puso en ellas un resplandeciente montón de ópalos de mar. Al calor de las manos de ella, las piedras cambiaron de color, se hicieron más brillantes y lanzaron destellos de radiante alegría. La alegría de Alarma. Ian dijo con honda satisfacción:

-Helas aquí.

Alzó la vista para sonreírle, pero él estaba escudriñando el mar.

Ella también miró y se dio cuenta de que él no se refería a las piedras sino a las cabezas que se balanceaban entre las olas: selkies. Docenas de ellos. Ian los saludó con la mano.

-Han venido a felicitamos.

Alarma oyó sus gritos traídos por el viento; entre todos uno muy especial.

Era la voz de Muirne. Ian también la oyó y sonrió. Abrazó a Alarma, la estrechó más y la hizo girar hacia el acanalado.

-Ven, amor -dijo-. Vamos a Fionnaway. Volvamos a casa.

Vasto, incansable, arrollador, el mar socava la costa occidental de Escocia. La tierra se interna en el agua como si fueran dedos que trataran de atrapar la eternidad; la perdieron sin cesar ante el batir incansable de las olas. El viento transporta la sal y la deposita en las Highlands, donde la niebla se cierne sobre altas piedras como los pliegues de la seda sobre la dama más elegante. Allí donde se encuentran la tierra y el mar hay un sitio de especial encanto, de seres especiales, de humanos y de selkies.

Algunos mueren. Otros viven. Algunos perecen por romper promesas. Otros son rescatados por el amor.

Uno de ellos es mi hijo. Ian es su nombre, y tiene lo que yo nunca he encontrado: una compañera y una amante.

Me ha dado lo que siempre he anhelado: una hija a quien poder querer.

Alanna.

Avizoro para ellos seis niñas y el primer varón nacido en esta rama de los MacLeod. Veo éxito, riqueza y felicidad. Y, sobre todo, veo larga vida y amor perdurable.

¿ Qué más podría desear una madre para sus hijos?

Muirne de los selkies, agosto de 1800

Librodot